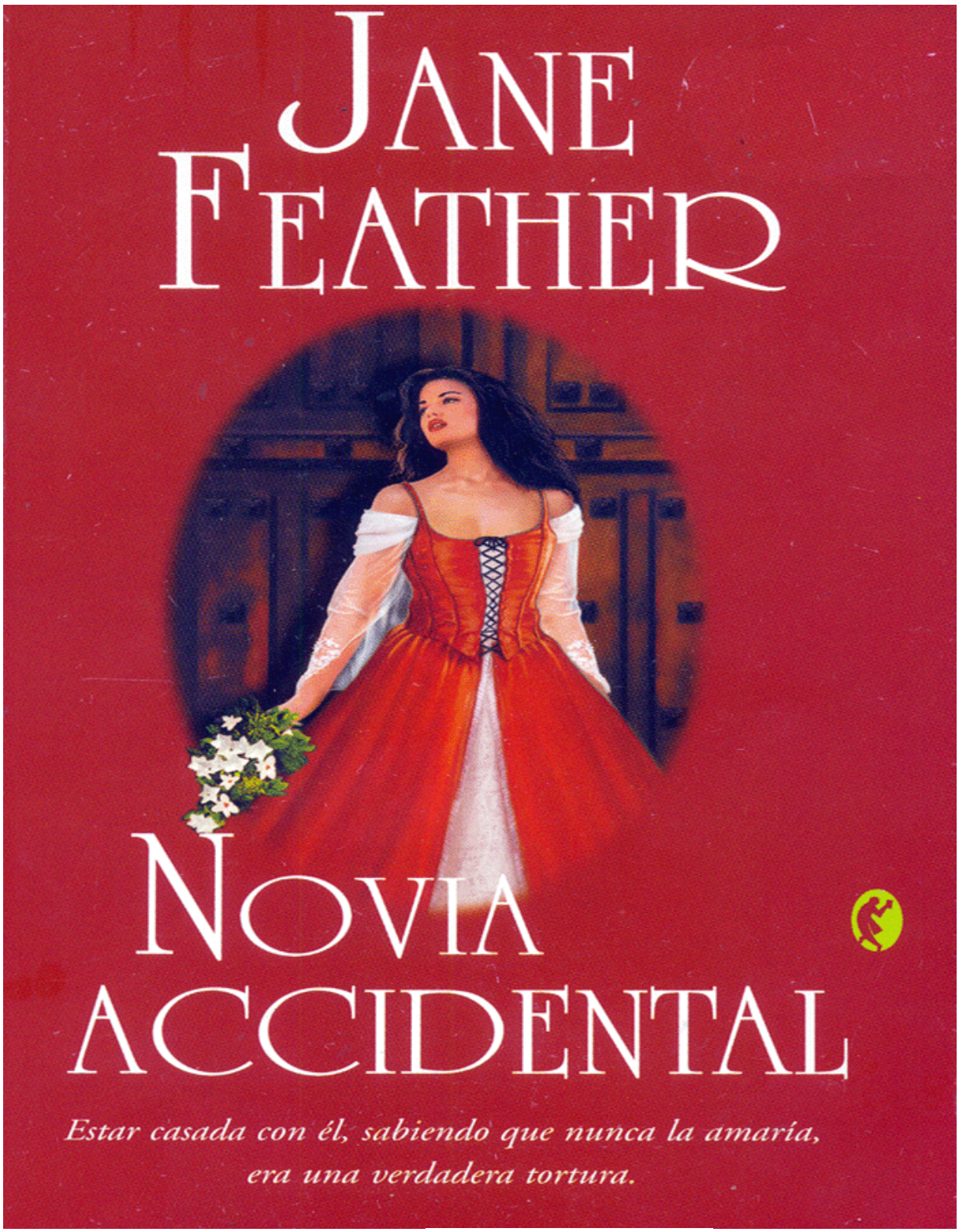
NOVIA ACCIDENTAL
JANE FEATHER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Rotterdam, diciembre de 1645

Brian Morse se desplazaba con rapidez por la oscura callejuela que le alejaba del puerto. Lo seguía un hombre, con la capa ceñida y la capucha bajada sobre la frente. Al arrimarse a los húmedos muros de piedra de uno u otro lado, Brian se fundía con las sombras. Los tejados de ambos costados casi se tocaban sobre su cabeza, lo que no impedía que la persistente lluvia lo empapara mientras caminaba con cuidado sobre los resbaladizos adoquines.

El inglés sabía que lo seguían. Pero no dio señal alguna de ello, salvo quizás una mayor rigidez de sus omóplatos, pues todos sus nervios estaban tensos y alerta. Se encontró frente a una puerta estrecha y vaciló durante un instante. Después alzó la mano como si pretendiera llamar y, acto seguido, se adentró en el oscuro y angosto espacio, donde no podía ser visto desde el callejón, apretándose contra la puerta cerrada.

Su perseguidor se detuvo y frunció el ceño. El inglés no tenía que haberse detenido en esa calle. Se suponía que tenía que haber ido al Tulipán Negro a encontrarse con el agente del rey holandés, Federico Enrique de Orange. El hombre maldecía para sus adentros. ¿Cómo podía ser que sus informadores hubieran cometido semejante error? Eran todos unos ineptos.

Siguió adelante, encorvado bajo su capa. Al llegar al portal, Brian Morse salió y se colocó frente a él. El hombre se percató entonces de aquel par de ojos castaños, fríos y determinados como los de una víbora. A continuación vio el destello del acero. Trató de asir su puñal, pero al ser consciente de su desesperada posición se le agarrotaron los músculos.

La punta del bastón de estoque le alcanzó en el pecho, atravesando su capa, su camisa y su carne con la facilidad de un cuchillo que cortara mantequilla. El dolor fue agudo, una suerte de fría y punzante intensidad en sus órganos vitales. Resbaló por el muro, buscando con las manos un asidero en las piedras húmedas, y se desplomó inerte. La sangre corría bajo su cuerpo, mezclándose con los oscuros charcos de lluvia entre los adoquines.

Brian Morse le dio la vuelta con la punta de su bota. Los ojos, ahora vidriosos, le miraban fijamente. En la boca de Brian se dibujó una leve sonrisa. Despacio, echó el brazo hacia atrás y hundió el estoque en el estómago del hombre. Tras sacarlo, se derramó por el suelo una grisácea y carmesí masa de vísceras.

Brian observó durante un instante el sanguinolento montón de carne. Acto seguido, con un gruñido desdeñoso *y* torciendo el labio, se volvió *y* prosiguió su andadura por la callejuela.

Al llegar arriba, dobló a la derecha para enfilar una calle más ancha. Podía verse la luz en las ventanas superiores de una taberna de vigas transversales. El viento hacía crujir y oscilar el letrero del Tulipán Negro.

Brian abrió la puerta de golpe y entró en aquel maloliente y abarrotado lugar. El hedor a cerveza rancia, a suciedad humana y a pies de cerdo cociéndose impregnaba el aire cargado de humo. Las paredes encaladas exhibían grandes lamparones de humedad y ardían velas de sebo en los candelabros que colgaban del techo.

Brian se abrió camino entre la estridente multitud hacia una puerta situada detrás del mostrador, donde un hombre con las mejillas coloradas servía cerveza sin descanso con movimientos firmes, alineando las jarras llenas en la barra. Una agobiada moza las retiraba y las llevaba en una bandeja que sostenía por encima de la cabeza mientras se sumergía en la concurrencia, sorteando los pellizcos y las palmadas en el trasero.

El hombre de la barra alzó la vista cuando Brian pasó frente a él. Le dedicó un breve saludo y señaló con el mentón hacia la puerta que había a sus espaldas.

Brian alzó el pestillo y entró en una pequeña habitación de techo bajo. Había un hombre sentado a una mesa junto al fuego, acariciando una jarra de loza. Hacía un frío húmedo en la estancia, a pesar de las sombrías llamas, *y* el hombre llevaba aún puestos la capa *y* el sombrero. Cuando Brian entró, alzó la vista y lo examinó de arriba abajo.

-Os han seguido -señaló con una voz extrañamente rotunda y nasal. Fijó la mirada en el bastón de estoque que Brian todavía sostenía sin envainar. De la punta goteaba sangre que se coagulaba en el serrín esparcido sobre el suelo de madera.

-Sí ¯admitió Brian. Levantó el bastón y escrutó las manchas color óxido como si analizara y diera su aprobación al trabajo hecho. Luego, con un tajante ruido sordo, envainó el estoque y se sentó en el lado opuesto de la mesa.

-¿Uno de los agentes de Strickland? -inquirió el hombre, asiendo su jarra.

-Supongo. No he tenido tiempo de averiguarlo -respondió Brian-. No ha sido un encuentro muy amistoso. -Alargó el brazo para alcanzar la jarra de cerveza encima de la mesa, la inclinó sobre su boca y bebió largamente-. Matar da sed -indicó. Pasó la lengua por los labios y dejó la jarra de nuevo sobre la mesa.

El otro hombre tan sólo soltó un evasivo gruñido y llevó la mano al interior de su capa. De un bolsillo de su jubón de lana sacó un papel y, con aire pensativo, dio unos golpecitos con él sobre las manchadas tablas de la mesa.

Brian observó con sus pequeños ojos castaños las manos del hombre, pero no dijo nada, reprimiendo su impaciencia.

-Bien -dijo su interlocutor-, su majestad ha sido sumamente generosa.

-El hijo y heredero de su majestad está casado con la hija del rey Carlos -recordó Brian Morse con tono mordaz. El otro entornó los ojos.

-Sea como fuere, Holanda es neutral en vuestra guerra civil -manifestó-. Con esta oferta de ayuda, el rey está haciendo una gran concesión.

-Que le será agradecida. -Brian tomó la jarra de nuevo y se la llevó a los labios.

El otro hombre asintió en señal de aprobación. Desdobló el papel y lo deslizó en silencio sobre la mesa.

Brian dejó la jarra y agarró el papel. Desplazó sus ojos por las pulcras columnas. En efecto, el rey de Orange se mostraba generoso. Las municiones que ofrecía para abastecer al sitiado y empobrecido rey de Inglaterra contribuirían en gran medida a compensar la diferencia de fuerzas entre el New Model Army de Cromwell y los Cavaliers.

-Su majestad no escatimará su gratitud -dijo Brian lentamente.

Metió la mano en su bolsillo también en busca de una carta. Esta llevaba el sello de Carlos de Inglaterra.

Su interlocutor la tomó y examinó el sello. Le habían explicado qué debía buscar; en efecto, era sin duda la insignia real. Se guardó el documento en el jubón y bebió de la jarra.

Al levantarse, arañó los tablones del suelo con la silla. Acto seguido, tomó los guantes del cinturón.

-Se pondrán en contacto con vos para explicaros los pormenores de la entrega una vez que el rey haya leído la carta y consultado con sus consejeros. El barco zarpará desde Rotterdam. Debéis estar preparado. -Se dirigió con largas zancadas hacia la puerta y al salir la cerró de golpe.

Brian apuró la jarra de cerveza. En cuanto hubiera terminado con éxito la misión, regresaría a casa, llevando consigo los frutos de sus negociaciones. Por fin, los auténticos hombres poderosos que rodeaban al rey le prestarían atención. Y obtendría con ello alguna recompensa. Si jugaba bien sus cartas, obtendría una satisfacción de sus intereses personales con el pretexto de servir a la causa del rey.

1

Woodstock, Oxford, enero de 1646

Lady Phoebe Carlton estaba totalmente inmóvil, podía escuchar incluso la respiración de su compañera de cuarto. Olivia tenía el sueño muy ligero y el menor ruido la despertaba. Y esa noche Olivia no debía saber qué era lo que iba a hacer Phoebe. Nunca tenían secretos una para con la otra, estaban tan unidas como si fueran hermanas, si no más. Sin embargo, Phoebe no estaba en disposición de permitir que su más querida amiga supiera de sus andanzas.

Phoebe apartó la colcha y puso los pies en el suelo. Olivia se dio la vuelta. Phoebe no movió un músculo. El fuego de la chimenea estaba casi apagado, y en la habitación hacía tanto frío que su aliento formaba una pálida nubecilla de vaho sobre la tenue luz de la consumida vela de la repisa. Olivia tenía miedo a la oscuridad y al acostarse dejaba siempre una vela encendida.

Olivia recuperó el ritmo de la respiración y Phoebe cruzó la estancia de puntillas hasta el armario. Lo había dejado entreabierto para que después no chirriara. Agarró el hatillo de ropa y la pequeña bolsa y descalza, en silencio, se dirigió a la puerta. Alzó el pestillo y la abrió sólo lo suficiente para poder pasar de lado y salir al oscuro pasillo.

Se vistió a toda prisa sin quitarse el camisón, temblando. Estaba oscuro como boca de lobo, pues en los candelabros del corredor no había velas, aunque la negrura tranquilizó a Phoebe. Si no podía ver a nadie, nadie podía verla a ella.

La casa estaba en silencio salvo por los habituales crujidos de la vieja estructura de madera. Se puso las medias de lana *y,* con las botas *y* la bolsa en la mano, recorrió sigilosamente el pasillo hasta la amplia escalera que conducía a la gran sala de abajo.

Esta se hallaba también a oscuras, iluminada tan sólo por los rescoldos que aún brillaban en la enorme chimenea en el otro extremo. Las grandes vigas del techo constituían una sombría y opresiva presencia sobre su cabeza mientras bajaba las escaleras con los pies embutidos en las medias. Estaba haciendo algo malo, descabellado, pero no veía otra alternativa. La iban a vender en matrimonio, como a un cerdo de primera clase en una feria, a un hombre que no tenía interés alguno por ella, salvo como vaca de cría.

Phoebe hizo una mueca al pensar en ello, aunque ciertamente sus metáforas le parecían precisas descripciones de su situación. No vivían en la Edad Media. Era inadmisible que se le impusiera a alguien un matrimonio no deseado; y si ella no llevaba a cabo una acción drástica, eso era precisamente lo que sucedería. Su padre no quería avenirse a razones, sólo tenía en cuenta su propio beneficio, estaba totalmente decidido a disponer de la única hija que le quedaba para hacer su voluntad.

Phoebe cruzó el salón, murmurando entre dientes, sintiendo cómo el frío de las losas le atravesaba las medias. El recuerdo del terco egoísmo de su padre le infundió valor. Lo que estaba a punto de hacer la aterraba. Intentar huir de aquella manera era una verdadera locura, pero no se casaría con un hombre que apenas era consciente de que ella existía.

La gran puerta de roble tenía los cerrojos echados y estaba atrancada. Dejó en el suelo las botas y la bolsa y levantó la barra de hierro. Pesaba mucho, pero logró colocarla sobre los soportes de uno de los lados. Estiró el brazo y descorrió el primer cerrojo; acto seguido se agachó para repetir la operación con el segundo, situado en la base de la puerta. Respiraba agitadamente y, pese al frío, entre sus pechos se acumulaban perlas de sudor. No era consciente de nada salvo de la puerta, su imponente solidez frente a ella lo ocupaba todo, tanto a nivel interior como exterior.

La abrió despacio. Sufrió la acometida de una glacial ráfaga de aire. Inspiró profundamente.

Y entonces la puerta se cerró de súbito. Había un brazo extendido por encima de su hombro y una pálida mano reposaba en la jamba de la puerta. Phoebe fijó la mirada en la mano..., en el brazo..., atónita por completo. ¿De dónde había salido? Notó la calidez del

cuerpo a su espalda, una figura grande que le cortaba la retirada justo cuando la puerta, ahora cerrada, le impedía avanzar.

Volvió la cabeza, alzó los ojos y se enfrentó a la desconcertada y claramente irritada mirada de su futuro novio.

Cato, marqués de Granville, la observó en silencio durante unos segundos. Tras el amenazador instante, la voz de él la sobresaltó.

-Por Dios santo, Phoebe, ¿qué estás haciendo?

Tal como solía ocurrirle aquellos días, su voz, potente y magnífica, le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda. Durante un momento, no encontró las palabras adecuadas y se quedó mirándole, muda y con la boca abierta como si del tonto del pueblo se tratara.

-Iba a dar un paseo, señor-respondió, a pesar de lo absurdo que sonaba.

Cato la miró incrédulo.

-¿A las tres de la madrugada? No me hagas reír. -Avivó la mirada y entornó los ojos, casi del todo negros en la oscuridad de la sala. Miró la bolsa y las botas, perfectamente colocadas una al lado de la otra-. Un paseo, ¿eh? -dijo con indisimulado sarcasmo-. Y nada menos que calzada sólo con medias. -Le puso las manos sobre los hombros, la apartó a un lado y volvió a correr los cerrojos y a colocar la barra en su sitio. El fuerte ruido metálico sonó para Phoebe, habida cuenta de su melodramático estado de ánimo, como un verdadero tañido fúnebre.

Cato se agachó para recoger la bolsa y con un seco «vamos» se dirigió hacia la puerta trasera de la sala que comunicaba con su despacho.

Phoebe miró sus botas, encogió los hombros con triste resignación, y las dejó donde estaban. Caminó tras la ancha espalda del marqués, advirtiendo, mal que le pesara, cómo el espléndido terciopelo del camisón acariciaba sus poderosos hombros y le caía hasta los calzados tobillos formando elegantes pliegues negros. ¿Estaba a punto de acostarse? ¿Cómo podía haber sido tan tonta y no reparar en la línea de luz bajo su puerta? No había llegado a pensar que alguien pudiera estar levantado a tan insólita hora.

Cato entró en el despacho con paso majestuoso y dejó la bolsa sobre la mesa con un gesto que Phoebe interpretó como desdeñoso. Después se volvió hacia ella, el camisón oscilando en torno a sus tobillos.

-Cierra la puerta. No hay motivo alguno para que nadie más se vea forzado a estar en vela.

Phoebe cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. El estudio de Cato era acogedor, el fuego de la chimenea ardía vivo y brillante, pero la mirada del marqués no evidenciaba precisamente cordialidad mientras observaba a Phoebe guardando un severo silencio. Cato se volvió hacia la bolsa.

-Bien -dijo para comenzar en tono familiar-, así que ibas a dar un paseo, ¿verdad? -Abrió la bolsa y extrajo la mejor capa de Phoebe. La dejó sobre la silla y siguió sacando las cosas una a una.

Bajo las cejas irónicamente arqueadas, sus ojos no se apartaron en ningún momento del rostro de Phoebe al tiempo que agitaba su limpia ropa interior, sus vestidos, blusas *y* medias, y 10 iba colocando todo sobre la silla con sumo cuidado. Por último, dejó sobre la mesa los cepillos, junto al pequeño paquete de horquillas y cintas para el pelo.

-Extraño equipaje para un paseo -señaló Cato-. Pero, claro, alguien que decide ir a pasear a las tres de la madrugada, a mediados de enero, seguramente es capaz de cualquier rareza, ¿no crees?

Phoebe sentía deseos de arrojarle algo. Pero, en lugar de hacerlo, fue hacia la mesa y, con aire impasible, comenzó a meter de nuevo en la bolsa el conmovedor surtido de sus bienes materiales.

-Voy a acostarme -dijo con indiferencia.

-Todavía no. -Cato puso la mano sobre su brazo-. Me temo que me debes una explicación. Durante los dos últimos años has estado viviendo, supongo que feliz, bajo mi

techo. Y, al parecer, ahora tienes el propósito de huir a escondidas sin decir una palabra a nadie... ¿Olivia sabe algo de esto? -El tono se hizo más grave.

-Olivia no sabe nada, mi señor -declaró Phoebe-. No es culpa suya.

El padre de Olivia asintió.

-En ese caso, dame una explicación, por favor.

¿Cómo podía él no darse cuenta? ¿Cómo podía ella sentirse atraída por aquel hombre..., encontrarlo de lo más cautivador..., si a él ella le importaba tanto como una hormiga..., era tan sólo un medio oportuno para lograr un fin? En los dos años que había vivido en su casa, Cato no la había mirado de verdad ni una sola vez. Estaba segura de que aquel matrimonio era idea de su padre, y de que Cato simplemente había sabido apreciar las ventajas.

Diana, su esposa, la hermana de Phoebe, había muerto hacía ocho meses. Que un viudo se casara con su cuñada era una costumbre arraigada. Conservaba la dote y preservaba la alianza original entre las dos familias. Desde luego, Cato sacaría provecho de ello y, naturalmente, había dado su aprobación.

Nadie había preguntado a Phoebe. No lo habían considerado necesario. No había habido siquiera una apariencia de cortejo...

Cato seguía mirándola con el ceño fruncido. Advirtió distraídamente que ella se había abrochado mal la chaqueta, como si se hubiera vestido con prisas y a oscuras. Su pelo espeso de color castaño claro, recogido con cierta impericia en un moño, caía disperso en todas direcciones. El cierre de su capa colgaba de un hilo. Se sorprendió a sí mismo pensando que iba muy desaliñada. Se dio cuenta de que lo había notado a menudo en ocasiones anteriores. Recordó que Diana se quejaba constantemente de lo mismo.

-Phoebe... -urgió con tono impaciente.

Ella respiró hondo y dijo de corrido:

-No quiero casarme, señor. Nunca he deseado estar casada. No me casaré.

Parecía que había hecho callar al marqués, pues éste mostró un semblante más severo y se pasó la mano por el cabello corto y oscuro, acariciándolo desde las pronunciadas entradas hasta la nuca. Era un gesto que a Phoebe le resultaba dolorosamente familiar: lo hacía siempre que estaba absorto en algo, se distraía por algún detalle o tenía en cuenta una estrategia. Cuando Phoebe lo advertía, le temblaban invariablemente las rodillas.

Cato se dio la vuelta y se acercó a un enorme aparador de caoba. Vertió vino de una jarra de plata en una copa de peltre, tomó un trago con aire pensativo y se volvió de nuevo hacia Phoebe.

-A ver si lo entiendo. ¿No quieres casarte conmigo en particular... o sientes una aversión generalizada hacia el estado marital? -Su voz había perdido el tono incisivo y tan sólo traslucía curiosidad.

«Si creyera que existe una mínima posibilidad de que me prestarais tanta atención como a vuestros caballos, o de que me encontrarais tan interesante como la política o esa horrible guerra, seguramente me casaría con vos de buena gana», pensó Phoebe con amargura. Todas sus muy pregonadas opiniones sobre las innumerables desventajas que tenía el matrimonio para una mujer inteligente con ideas propias habrían quedado en nada si el marqués hubiera mostrado siquiera un atisbo de interés por ella como persona y no como medio para alcanzar un fin. Pero tal como estaban las cosas...

-No tengo interés en casarme con nadie, lord Granville. No veo en ello ventaja alguna..., al menos no para alguien como yo -afirmó de manera categórica.

Fue una declaración tan sorprendente y ridícula que Cato no pudo evitar reírse.

-Mi querida niña, no puedes vivir sin un marido. ¿Quién va a cobijarte? ¿A alimentarte? ¿A vestirte?

La risa desapareció de sus ojos cuando advirtió que la ancha y generosa boca de Phoebe adoptaba una expresión de terquedad. Entonces Cato soltó bruscamente:

-Dudo que tu padre siga apoyando a una hija desobediente y desagradecida.

-¿Os negaríais a apoyar a Olivia en una situación así? -inquirió Phoebe.

-Eso no viene al caso -respondió Cato con brusquedad.

Sí venía al caso, pues Olivia aún estaba menos dispuesta que Phoebe a someterse a los dictados de un marido; pero Phoebe mantuvo la boca cerrada. No era ella quien tenía que decirlo.

-Así que en lugar de ser la marquesa de Granville y vivir rodeada de seguridad y comodidades, prefieres huir en mitad de la noche, atravesando un territorio asolado por la guerra y plagado de soldados errabundos que te violarían y asesinarían en cuanto te vieran. -La voz de Cato recuperó el tono sarcástico. Tomó otro sorbo de vino y la observó por encima del borde de la copa.

Phoebe, que nunca se andaba por las ramas, preguntó sin rodeos:

-Lord Granville, ¿me haréis el favor de decirle a mi padre que, pensándolo bien, no queréis casaros conmigo?

-¡No! -gritó con fuerza Cato-. No le diré algo así. Lo haría si manifestaras aversión hacia mí, pero si tus razones para rechazar este matrimonio carecen totalmente de valor..., siendo simples caprichos de chica insensata..., no lo haré.

-No soy ninguna insensata -dijo Phoebe en voz baja-. Tengo derecho a mis propias opiniones, señor.

-Sí, pero a opiniones razonables -espetó él.

Su expresión se ablandó un tanto. Aunque tenía la misma edad que su hermana Diana cuando ésta se casó, Phoebe estaba en cierto modo menos protegida, pensaba él. Tenía menos defensas. Diana jamás había puesto de manifiesto el menor signo de vulnerabilidad. Se había deslizado suavemente por la vida tan hermosa y, quizá, tan frágil como la porcelana más primorosa. Elegante y regia como un cisne. Cato creía que no había dudado jamás de sí misma ni de sus derechos. Sabía quién era y qué era.

La expresiva y confusa hermana de Diana era un ave de distinto plumaje, pensaba Cato. Más bien un cuclillo. Ante tal comparación se le escapó una fugaz sonrisa.

Phoebe advirtió el gesto. Era sorprendente que viniera precedido de una inflexible declaración. No obstante, desapareció al segundo y ella pensó que se había equivocado.

-Ve a acostarte -dijo Cato, y le entregó la bolsa-. No hablaré de esto con tu padre.

Era una concesión. Sin embargo, Phoebe era incapaz de reunir ánimo suficiente para darle las gracias al marqués. El hecho de que tuviera el poder de amargarle la vida y decidiera no hacer uso de él no le pareció algo digno de celebración. Esbozó una reverencia, salió del despacho y se fue a su dormitorio.

Se desvistió otra vez en el pasillo para no despertar a Olivia. Si se despertaba, Phoebe tendría que contárselo todo. Y no tenía idea de cómo explicarle el inesperado suceso que le había acaecido justo antes de Navidad.

Estaba sentada en el altillo que daba al patio de los establos, forcejeando con la reacia estrofa de un poema que estaba escribiendo, cuando Cato llegó a caballo al frente de un escuadrón de caballería de Roundhead.

Durante dos años, Phoebe había visto al marqués de Granville ir y venir a diario y ello apenas había dejado huella en su conciencia. Y sabía que tampoco ella había causado impresión alguna en Cato. Sin embargo, en ese fresco día de diciembre ocurrió algo muy extraño.

Ya sólo con el camisón, Phoebe se deslizó silenciosamente dentro de la cama junto a Olivia. Estaba totalmente desvelada y se quedó mirando el oscuro contorno del baldaquín tapizado, imaginando la bucólica escena de la celebración del Primero de Mayo dibujada sobre el mismo.

Pero no podía eludir el recuerdo de aquella jornada antes de Navidad, cuando se había enamorado..., viéndose atrapada en las redes del amor..., del deseo... o de cualquier otra nefasta inconveniencia... de Cato, marqués de Granville.

Lo vio entrar en el patio montado en su corcel bayo, algo que se había repetido una y

otra vez. Iba al frente del grupo, pero cuando tiró de las riendas, Giles Crampton, su lugarteniente, se colocó a su derecha. Cato se inclinó a un lado para hablar con él.

Llevaba la cabeza descubierta, y Phoebe advirtió que, a la luz del sol, un destello dorado recorría su oscuro cabello. El hizo un gesto con la mano enguantada, y a ella el corazón le dio un vuelco. En los poemas siempre sucedían cosas como aquélla. No obstante, por muy poetisa que fuera, Phoebe rara vez sufría el acoso de un sentimiento excesivo, y nunca hubiera imaginado que los versos pudieran ser una genuina expresión de la realidad.

Sin embargo, se quedó en su estancia, con el cálamo goteando tinta sobre el precioso papel vitela, a punto de morder la manzana, mientras toda su piel parecía arder por momentos.

El desmontó y ella contempló, paralizada, la fuerza que desprendían sus ágiles movimientos. Observó su perfil y notó, por primera vez, el pequeño bulto en el caballete de la nariz, el mentón cuadrado y saliente, la clara línea de la boca.

Phoebe esbozó una furiosa mueca de disgusto en la oscuridad. Ese sentimiento debería haber desaparecido... debería haber sido tan sólo un instante de locura angelical. Pero persistía. Oyó la voz del marqués, el sonido de su pie en el escalón, y sintió una fuerte punzada en el estómago. Cuando Cato entró en la habitación, Phoebe tuvo que escoger entre salir de allí o sentarse antes de que sus rodillas la traicionaran.

Era absurdo. Sin embargo, no podía hacer nada por evitarlo. Para un ser racional, era el colmo de la injusticia. Tan sólo hacía dos días que su padre le había comunicado que ella iba a sustituir a su fallecida hermana como esposa de lord Granville. En un instante, el mundo había dado una vuelta completa sobre su eje. Aparecía ante ella la espléndida perspectiva de satisfacer sus anhelos. Amor y pasión con el hombre cuya simple presencia bastaba para que los latidos de su corazón la ensordecieran.

El marqués se encontraba junto al padre de Phoebe. Había hecho una reverencia hacia ella.

Lord Granville no dijo nada; ni una sola palabra. Tan sólo asintió con la cabeza cuando el padre le comunicó la noticia. Tras el anuncio, siguió un breve catálogo de detalles relativos a la dote y las capitulaciones. Y Cato escuchó impasible. Resultaba evidente que ya había oído aquello antes. En realidad, Phoebe tuvo la sensación de que o bien le aburría o bien tenía prisa. Si no estaba dirigiendo el asedio a alguna fortaleza realista en el valle del Támesis, tendría que reunirse con Cromwell y los otros generales del New Model Army, o planear estrategias en sus cuarteles de las afueras de Oxford.

Phoebe y Olivia casi nunca lo veían. Vivían su propia vida en la cómoda mansión que Cato había comprado en Woodstock, a unos trece kilómetros de Oxford, cuando el escenario de la guerra se había desplazado desde el norte hacia el suroeste de Inglaterra. Lord Granville no quería dejar a su familia desprotegida en Yorkshire y la había llevado con él. A Phoebe le parecía que la muerte de Diana había cambiado poco, o nada, la vida de Cato.

No obstante, sí había alterado sensiblemente la de Phoebe y Olivia. Liberadas de la tiranía de Diana, pudieron comenzar a mirar por sus intereses sin obstáculo alguno, y hasta hacía dos días... o mejor hasta justo antes de Navidad, rectificaba Phoebe, no había sucedido nada que perturbara su tranquilidad.

Ahora Phoebe estaba condenada a casarse con un hombre que quería unirse a una hembra sana con la dote pertinente y la adecuada capacidad reproductora. Ni siquiera en el infierno de Dante podía hallarse un tormento tan diabólico. La obligaban a pasar el resto de su vida con un hombre a quien amaba y deseaba de manera obsesiva, pero que apenas reparaba en su existencia.

Y lo más cruel de todo era que no tenía a nadie en quien confiar. Era imposible explicarle a Olivia nada de aquello. No había palabras, o al menos Phoebe no sabía encontrarlas.

Portia sí lo entendería, pero vivía en Yorkshire, arrobadamente feliz junto a Rufus Decatur. Si Cato no hubiera aparecido a las tres de la madrugada, Phoebe iría ya camino de Yorkshire.

Tras emitir algo parecido a un gemido, se echó de costado y cerró los ojos.

En la planta inferior, Cato apagó todas las velas de su despacho menos una, con la que se acercó al fuego y se inclinó para atizar un resbaladizo tronco y empujarlo al fondo de la chimenea. Se enderezó y se quedó de pie, distraído, con la vista fija en las llamas. El disparatado propósito de Phoebe le había impactado de lleno. ¿Qué clase de mujer se lanzaría a la fría noche sin hacer el menor caso de los evidentes peligros? Por el amor de Dios, ¿dónde habría podido ir?

¡Y vaya motivos! Una joven de la riqueza y el linaje de Phoebe que no quería casarse. ¡Dispuesta incluso a rechazar la oferta de matrimonio de un marqués! La muchacha sin duda tenía la cabeza llena de pájaros.

Tal vez podría comprenderlo si el padre la estuviera forzando a casarse con algún monstruo, si le propusiera desposarse con un viejo repulsivo...

¿Así lo veía Phoebe a él?

La idea le hizo alzar la cabeza. Era absurdo, desde luego. Con treinta y cinco años, estaba en la flor de la vida. Cierto, había tenido mala suerte con sus esposas, o quizá ellas habían tenido mala suerte con él, rectificó irónico. Aunque no era normal que un hombre hubiera perdido tres esposas antes de cumplir los treinta y cuatro años, quizá eso constituía un signo de mal augurio para una chica impresionable que se preparaba para ser la cuarta.

Sin embargo, Phoebe no le había puesto reparos personales a él sino al estado matrimonial, lo cual, por supuesto, era ridículo.

¿Se trataba acaso de una mujer mentalmente inestable? De ser así, quizá debería pensárselo mejor. Una esposa histérica propensa a impulsos irracionales no anticipaba un futuro halagüeño. ¿Qué clase de madre sería?

Ese, al fin y al cabo, era el quid de la cuestión. El necesitaba un heredero que llevara su misma sangre. Las hijas estaban muy bien, pero no podían heredar el título ni la fortuna.

Si no engendraba un heredero, las propiedades de Granville pasarían a su hijastro, el hijo de su primera mujer, a quien había adoptado de niño como muestra de generosidad. En su exuberante juventud, a Cato jamás se le había pasado por la cabeza que no conseguiría engendrar un hijo propio que heredara el nombre de la familia. Al adoptar al chico, pensó que sólo garantizaba su futuro.

Gesto que había acabado revelándose temerario.

Ante el recuerdo del hijo de su primera esposa, Cato apretó los dientes. No confiaría en Brian Morse ni para ir con él hasta la esquina. Resultaba convincente, encantador, pero sus pequeños ojos eran taimados, y su lengua demasiado zalamera para decir la verdad. Había en él algo que a Cato le inquietaba, y fue así desde que el muchacho era poco más que un niño. Y como colofón, en la guerra civil que asolaba el país, Brian Morse estaba en el otro bando. Apoyaba al rey.

Cato había decidido hacía tiempo que el rey debía someterse a los dictados de sus súbditos. No podía seguir permitiéndosele que esquilmara los recursos del país para su propio beneficio. No se le debía tolerar que hiciera caso omiso de la voluntad de su pueblo. Había que obligar al rey Carlos a promulgar las reformas que el Parlamento le había sugerido. Pero en lugar de hacerlo, el rey había entrado en guerra contra su propio pueblo. E incluso aquellos que, como Cato, eran reticentes a tomar las armas contra su soberano, habían aceptado el desafio.

Según opinaba Cato, la causa del rey estaba casi perdida. Bajo el mando de Oliver Cromwell, los parlamentarios habían reformado sus ejércitos, y el New Model Army, disciplinado y bien pagado, a diferencia del de sus adversarios realistas, iba sumando victorias por todo el país.

Cato recordó de nuevo a Brian Morse.

En aquella peligrosa época no era difícil -debido a una escaramuza, una bala perdida de

mosquete, una cuchillada profunda, una caída del caballo- que Brian Morse se convirtiera en jefe del clan Granville. Así que Cato se casaría con Phoebe. Ella estaba a mano y él no tenía tiempo que perder. A efectos prácticos, la alianza era inmejorable.

A los dieciocho años, ella era lo bastante joven para acatar las órdenes de su marido. Él sabría controlar cualquier tendencia caprichosa.

Frunció la boca pensando en Phoebe con frío desapasionamiento. Tenía un aspecto fuerte, silueta firme y caderas generosas. La figura habitual de una mujer fecunda. Parecía mucho más fuerte, menos frágil, que su hermana. Parecía una mujer capaz de dar a luz varones.

Sin duda sería una buena esposa, él ya se encargaría de que lo fuera. Se dirigió a la puerta. La vela proyectaba frente a él una tenue luz.

Estaba amaneciendo cuando Phoebe se despertó al notar una mano en el hombro.

-Phoebe, ¿cómo es que tu ropa está en el suelo?

-¿Qué...? -Phoebe forcejeó hasta apoyarse en un codo. Después parpadeó hacia Olivia con ojos legañosos. Se sentía fatal, como si hubiera pasado la noche en vela-. ¿Qué hora es? Estamos en plena noche -protestó. Desde luego parecía noche cerrada.

-No es cierto. Son casi las seis -señaló Olivia. En su pálido rostro ovalado, los negros ojos se hicieron repentinamente inquisitivos.

Respiró hondo, concentrándose para dominar la tartamudez que le atormentaba desde niña.

-Tu ropa. Está en el suelo. No lo estaba cuando nos fu-fuimos a la cama.

-No podía dormir y fui a dar un paseo -dijo Phoebe.

-¡Fuera de la casa! -Olivia abrió los ojos de par en par con manifiesta incredulidad.

Phoebe negó con la cabeza.

-No... Quería ir, pero después me pareció que hacía demasiado frío y estaba muy oscuro, así que volví a acostarme. -Pensó que no era exactamente una mentira.

Olivia no quedó convencida.

-Me tomas el pelo -dijo.

Phoebe se dejó caer pesadamente de nuevo sobre las almohadas. Notaba los ojos como si los tuviera llenos de arena, y se los frotó con la parte inferior de las palmas de las manos.

Olivia se incorporó y se abrazó las rodillas apretándolas contra su pecho. Fruncía el ceño con furia, y sus gruesas y oscuras cejas se unieron sobre el caballete de la larga nariz típica de los Granville.

-Supongo que, en el fondo, no quieres casarte con mi padre -dijo con tono flemático.

¡Ojalá fuera tan sencillo!

Sin embargo, Phoebe no sabía cómo explicarle a la hija de Cato las complejidades de su dilema.

-No quiero casarme con nadie. Ya lo sabes -contestó-. Estuvimos de acuerdo en que jamás nos casaríamos... aquel día en el cobertizo de las barcas, con Portia.

-Ya lo sé, pe-pero de esto hace mucho tiempo -indicó Olivia-. Todo cambia. Fíjate en Portia. ¿Hubieras imaginado alguna vez que, de todas nosotras, fuera Portia la que se casara?

-Portia dicta sus propias leyes -replicó Phoebe-. Se casó porque así lo decidió. A mí me obligan a ello.

Olivia reflexionó sobre aquella triste verdad.

-Lo sé -dijo-. Pe-pero, al menos, eso significa que siempre podremos vivir juntas.

-Hasta que tú te cases -advirtió Phoebe.

-Yo no me casaré -afirmó Olivia, categórica.

-Eso es lo que dijimos todas -le volvió a recordar Phoebe-. Si puede pasarnos a Portia y a mí, ¿qué te hace pensar que tú te librarás?

En los finos labios de Olivia se dibujó una expresión obstinada. El rubor cubrió

ligeramente sus pálidas mejillas.

-Nadie podrá obligarme jamás a casarme -murmuró nerviosa.

-No seas ilusa -dijo Phoebe con tono sombrío, alzando la cabeza de las almohadas-. ¿Qué autoridad tienen las mujeres en estos asuntos? Nadie pidió mi opinión, más bien todo lo contrario. Mi padre y el tuyo me comunicaron lo que iba a pasar. Yo podía haber gritado y haberme arrancado los pelos, pero hubiera dado lo mismo. Así son las cosas, e igual de malas serán después de que me haya casado. O acaso peores. -Arrugó su respingona nariz-. Y, para colmo de males, es imposible que tu padre desee casarse conmigo. Lo raro sería lo contrario. -Se palpó la cintura haciendo una mueca-. ¡Mira toda esta carne! Diana era delgada *y* elegante, *¡y yo* soy redonda como un bollo!

-Tú tienes curvas y eres femenina -señaló Olivia, defendiendo tercamente a su amiga como siempre, incluso cuando iba contra sus propios intereses-. Es lo que decía Portia.

-Tu padre sólo quiere un hijo varón, y yo soy un medio apropiado para conseguirlo -espetó Phoebe sin rodeos.

Olivia la miró en silencio. No se le ocurría manera alguna de rebatir aquella evidente certeza.

-Quizá te guste tener un hijo -indicó al cabo de un rato.

-Eso no va a suceder de inmediato.

A Olivia aquello le sonó demasiado expeditivo. -¿Cómo lo sabes? -preguntó con curiosidad. Phoebe tenía la mirada perdida.

-Hay modos de evitarlo.

-¿Cómo? -Olivia la miraba fascinada, con los ojos abiertos como platos.

-¿Conoces a mi amiga Meg?

Olivia asintió impaciente. Meg era herborista, yen el pueblo gozaba de cierta reputación como hechicera benigna.

-Bien, pues ella me explicó cómo hacerlo -añadió Phoebe-. Ciertas hierbas pueden impedir el embarazo. Dice que no es un método infalible, pero por lo general funciona.

-Pero ¿por qué no quieres darle un hijo a mi padre? Phoebe volvió a su mirada ausente.

-Te acabo de decir que él sólo quiere casarse conmigo porque me tiene a mano. Una accesibilidad accidental. Mientras me considere de ese modo, mientras no deje de mirarme bajo ese prisma, no me quedaré embarazada.

Miró a Olivia a los ojos. En su boca se apreciaba un deje de inexorable resolución.

-En cuanto le dé lo que él quiere, ya nunca tratará de comprenderme ni de aceptarme como persona. ¿Lo entiendes, Olivia?

-Sí, de-desde luego que sí.

-Estaría dispuesta a ser su compañera -prosiguió Phoebe-. No una subordinada con funciones delimitadas.

-Las mujeres casadas siempre están subordinadas -manifestó Olivia-. No pueden por menos que... Bueno, excepto Portia -añadió.

-Lo que haga Portia puedo hacerlo yo -afirmó Phoebe.

-Sí, pero tan pronto le hayas dado a mi padre un heredero, no creo que te moleste mucho. Siempre está tan ocupado... -La voz de Olivia se fue apagando. No estaba haciendo demasiado para animar a su amiga, que afrontaba ahora una situación que ambas habían querido siempre evitar. Una situación cuya mera evocación a Olivia le

-No tan ocupado para no esperar de mí que le honre y obedezca a cambio de un techo que me cobije y ropa que me cubra -aclaró Phoebe, balanceando las piernas por el lado de la cama-. Eso fue lo que dijo. Las esposas no son personas, son muebles.

Olivia se encogió de hombros, impotente.

-No sé qué decir.

-No hay nada que decir -declaró Phoebe-. Tengo que cargar con ello, a menos que haga algo. Y voy a intentarlo.

2

-¡Oh, estaos quieta, lady Phoebe! Parecéis un manojo de nervios, así no puedo fijar estos alfileres. ¡Y vigilad dónde ponéis las manos! Con lo sucias que están, dejarán marcas por todas partes, seguro.

Phoebe suspiró y cerró sus mugrientas manos, separándolas de la falda. Había estado en el pueblo ayudando a una de las jóvenes viudas a limpiar su cuadra, pero el tiempo había pasado volando y llegaba tarde a probarse el vestido, por lo que no había podido lavarse.

-¿Crees que Portia llegará a tiempo para la boda, Olivia?

Olivia negó con la cabeza. Sentada en una silla junto a la ventana, apartaba de vez en cuando los ojos del libro que estaba leyendo para observar cómo le iba quedando el vestido a Phoebe.

-Mi padre dijo que le se-sería imposible hacer el viaje en menos de cuatro semanas, y sólo hace tres que le mandamos la carta.

Phoebe asintió apesadumbrada. Necesitaba imperiosamente los sinceros consejos que sólo Portia podía ofrecerle.

«La noche de bodas». Durante aquellos días casi no podía pensar en otra cosa. Sólo tenía un conocimiento vago de los entresijos del asunto, pero cuando se imaginaba con Cato en la gran cama con dosel, el cuerpo le hervía. Hicieran lo que hicieran, ella suponía que para ello deberían estar cerca el uno del otro. Piel con piel..., boca con boca. Phoebe podría recorrer con los dedos su cabello, apretar los labios contra el profundo hueco de su garganta. Aspirar el fuerte aroma masculino que él emanaba, una indefinible mezcla de olores que había llegado a relacionar exclusivamente con Cato. El pelo, la piel, el sabor a cuero y almizcle, el aroma de lavanda de su ropa blanca, y los frescos y limpios perfumes del aire libre.

-¡Oh! lady Phoebe, estaos quieta, por favor -clamó la costurera cuando Phoebe dio sin pensar un paso adelante y saltó del taburete en el que estaba subida.

-Déjame ver el traje -dijo Phoebe sin hacer caso de la mujer. Recogió el dobladillo que arrastraba por el suelo y se acercó al espejo de la consola. Escrutó su imagen con ánimo crítico-. Vestido de segunda mano para novia de segunda mano -observó con una sonrisa un tanto amarga-. ¿Por qué demonios la gente da por sentado que lo que a Diana le quedaba de maravilla en su boda también ha de quedarme de maravilla a mí?

El traje era de damasco marfileño con perlas incrustadas, y los pechos quedaban ceñidos con una faja de tejido plateado. Cinco años antes, Diana se había casado con el marqués de Granville luciendo el mismo vestido, y con él tenía un aspecto primoroso, etéreo. No así Phoebe, que parecía rechoncha e insípida.

-¡Y nadie me preguntó si quería llevarlo! -se quejó-. Mi padre sólo dijo que saldría muy barato y lord Granville se limitó a encogerse de hombros, como si le importara un bledo lo que yo llevara puesto ante el altar.

-Supongo que no le da importancia -indicó Olivia, que conocía bien a su padre-. Seguramente piensa que con lo que cuesta un vestido nuevo puede equipar a tres soldados de su milicia. Ojalá termine pronto la guerra -añadió con un suspiro de abatimiento-. Mi padre sólo piensa en eso.

-Es un poco difícil pasarla por alto -señaló Phoebe-. Pero aunque hubiera terminado, mi padre seguiría intentando ahorrar dinero. Tan sólo buscaría otra excusa. -Tras ese comentario, frunció el ceño y dijo entre dientes-: Sabes, creo que prefiero llevar uno de mis viejos vestidos. -Se puso de lado y ciñó la tela al cuerpo-. Estoy muy gorda -se lamentó.

-¡Oh! no seáis insensata, lady Phoebe. -La costurera iba de un lado a otro-. Tenéis un tipo precioso. Curvas en los sitios exactos. A los hombres les gusta que haya donde agarrarse.

-¿Ah, sí? -preguntó Phoebe, esperanzada-. ¿Le gustará a Cato que haya donde

agarrarse? ¿A Cato, el hombre que estuvo casado con Diana? No lo creo probable.

Con las manos ahuecadas se subió los pechos justo por encima de la faja que los ceñía. El escote era más bajo que los de la mayoría de sus otros vestidos, pero éste tenía un gran cuello de encaje que le caía sobre los hombros y ocultaba la redondez superior de los senos. Pensó que tenía los hombros anchos y que los pechos, bajo la presión del damasco marfileño, parecían deformes como palomas buchonas.

-No os quejéis de lo que el buen Dios os ha dado -dijo con severidad la costurera-. Ahora dejadme que sujete este dobladillo y ya podréis quitároslo.

-Olivia, ¿no crees que estaría mejor con uno de mis viejos vestidos? -insistió Phoebe.

Olivia levantó los ojos del libro con el ceño fruncido.

-Están muy viejos y no te quedan bien -señaló con un aplastante candor-. Al menos este tiene un co-color bonito.

-Pero no me va bien. Le iba bien a Diana. Pero a mí, no.

Olivia recapacitó y se vio obligada a admitirlo.

-No es que no te parezcas en nada a Diana. ¡De ningún modo! Gracias a Dios. -Examinó a Phoebe con aire reflexivo-. De hecho, creo que deberías llevar co-colores más oscuros. Algo que realzara tus ojos y sacara mayor partido a tu cabello.

Phoebe la miró un tanto sorprendida. En general, Olivia mostraba muy poco interés por la ropa, incluida la suya.

-Bueno, habrá ocasión para ello -dijo con un suspiro-. Deprisa, Ellen, quítame esto.

Con un gesto de desaprobación, la costurera fue subiendo poco a poco el vestido hasta retirarlo por arriba, y se fue con él rápidamente, dejando a Phoebe sólo con la saya puesta.

-Quizá si le hubieras dicho a mi padre que detestabas el vestido, él le habría pedido al tuyo que te co-comprara otro -apuntó Olivia.

-Si yo tuviera dinero -proclamó Phoebe-, podría comprar mis propios vestidos. -Se sentó en el taburete de tres patas y estiró hasta la pantalla de la chimenea las piernas embutidas en las medias. Movía distraídamente el dedo gordo del pie, que asomaba por un agujero considerable-. Lo más demencial de todo es que sí tengo dinero. De la herencia de mi madre. Pero ¿crees que alguien me lo va a dar? -Meneó la cabeza con energía.

-Supongo que es parte de tu dote -dijo Olivia, haciéndose cargo.

-Que será administrada por mi marido, porque ¿qué va a saber una mujer, una simple esposa, de asuntos tan complicados? -Phoebe dejó escapar un bufido de asco.

-Tal vez deberías enseñarle a mi padre algunos de tus poemas -sugirió Olivia-. Así vería lo inte-teligente que eres.

-A los hombres no les interesa la poesía -observó Phoebe con pesadumbre.

-Sin embargo, la mayoría de los poetas son hombres -remarcó Olivia.

-Bueno, los soldados no tienen interés en la poesía.

-¡De todas formas, no dejes de escribir sólo po-porque estés casada!

-Por supuesto que no. Es mi vida -manifestó Phoebe-. No quiero dejar de hacer ninguna de las cosas que hago ahora. Iré al pueblo a ayudar, aprenderé sobre hierbas con Meg y seguiré escribiendo poemas.

-Entonces apenas te vas a sentir casada -dijo Olivia-. Será casi como si no lo estuvieras.

Phoebe le dirigió una súbita mirada. ¿Cómo podía decirle a Olivia que eso era precisamente lo último que ella quería? Resultaba imposible explicarle aquella absurda disyuntiva. Por un lado, quería más que nada en el mundo sentirse casada con Cato, estar casada con Cato, y todo lo que eso conllevaba según su inmoderada imaginación. Sin embargo, dado que no podía creer que jamás sucediera lo que deseaba con tan desesperada pasión, no soportaba la perspectiva de obrar conforme a lo establecido.

-Bueno -dijo Olivia con extraña intuición-, quizá no sea exactamente como si no lo estuvieras.

-Eso es -admitió Phoebe-. No exactamente.

La mañana del día de su boda, Phoebe se despertó agotada, como si no hubiera podido pegar ojo. Había tenido muchos sueños..., sueños que rayaban en pesadillas. Hilos entrelazados de ilusión, esperanza, y la aterradora certeza del desengaño. Cuando abrió los ojos, una lluvia torrencial azotaba los cristales y hacía entrar por la chimenea ráfagas de gotas que hacían chisporrotear las ascuas.

-¡Vaya día más horroroso! -exclamó Olivia, irritada-. Un tiempo horroroso para un día horroroso. Habrá que celebrar el banquete de boda en el es-establo.

-De todos modos, se estará más caliente que en el patio -dijo Phoebe. El tiempo, como había observado Olivia, parecía del todo adecuado. Ella misma podía haberlo pronosticado-. Camino de la iglesia quedaré bien mojada -añadió con frío entusiasmo-. Echaré a perder mi vestido... Bueno, el de Diana.

Sería una boda modesta, tendría poco que ver con el grandioso evento que había supuesto el casamiento de Cato y Diana el día en que el Parlamento ejecutaba al valido del rey, el conde de Strafford, en Tower Hill, lo que llevaba a que la guerra civil se hiciera inevitable. En aquella ocasión, las discusiones políticas que provocaron la discordia estaban aún en sus inicios y nada perturbó la armonía de la fiesta. Sin embargo, ahora muchos de los que habían participado en aquella celebración junto al marqués de Granville preferían enfrentarse a él en combate antes que sentarse a su mesa. Y muchos otros habían muerto en alguna de las grandes batallas que se habían librado antes de que la contienda llegara al punto en que se hallaba: el del asedio y desgaste.

La boda no tendría importancia, sería un mero asunto económico. El padre de Phoebe, lord Carlton, no solía derrochar el dinero. Phoebe no era como su hermana: un diamante de primera. Formalizaría una oportuna alianza para su padre, y en mitad de una guerra no era cuestión de tirar la casa por la ventana.

En aquella época insólita, tanto a lord Granville como a su suegro les había parecido conveniente que, el día de la boda, Phoebe acudiera a la iglesia desde la casa donde había vivido los dos últimos años. De todos modos, el marqués se mantuvo de buena gana al margen y dejó que el padre de la novia se encargara de todos los preparativos.

-Mi padre no permitirá que te mojes -afirmó Olivia.

-No puede hacer que deje de llover sólo con un gesto de su mano -puntualizó Phoebe más o menos con la misma triste satisfacción.

La confianza de Olivia no estaba fuera de lugar. Al alba, Cato echó un vistazo al plomizo cielo y a la tierra empapada y decidió que nadie iría andando a la iglesia, como en un principio se pretendía. En poco menos de una hora, un grupo de soldados de su milicia cubrió con un buen grueso de paja la distancia entre la puerta principal de la casa y la pequeña iglesia del pueblo, situada justo fuera de las puertas del mismo, para que las ruedas de hierro de los carruajes no se hundieran en el fango.

Los invitados serían transportados a la iglesia por grupos, en calesa, y la novia y su padre, acompañados de Olivia, irían los últimos. Como remate final, se levantó en el camino un improvisado toldo de lona desde la entrada del cementerio a la puerta de la iglesia.

Cato inspeccionó personalmente todas las operaciones, haciendo caso omiso de la lluvia que calaba su capa y que le goteaba desde su mojado cabello por la nuca. Regresó a la casa a desayunar, y allí se sacudió el agua como si de un perro que hubiera estado nadando se tratara.

Phoebe y Olivia estaban desayunando en una habitación acristalada conocida como el salón de las señoritas, en la parte trasera de la casa. Mejor dicho, Olivia comía distraída como siempre, con los ojos pegados al libro que estaba leyendo, y por una vez Phoebe no demostraba tener apetito. Desmigaba pan en el plato, tomaba sorbos de la copa de cerveza suave, y dejaba vagar su mirada sin rumbo, de la ventana a la mesa, como a la espera de que la lluvia cesara de un momento a otro.

Cato dio un golpecito en la puerta y entró. Olivia se levantó de golpe. Phoebe, ya de pie,

lo miró fijamente, sobresaltada y temerosa.

Llevaba un viejo camisón que le venía pequeño, pues le quedaba tirante sobre el pecho de manera poco grata y le llegaba sólo hasta media pantorrilla. Además, sabía que sus piernas y tobillos, a la vista, tenían un aspecto grueso e hinchado. Para colmo, le faltaban la mitad de los botones, los adornos de piel estaban roñosos, y en la parte delantera se apreciaban unas manchas delatoras.

Cato la había visto antes con pinta desaliñada, pero, por alguna razón, en la mañana de su boda parecía peor que de costumbre.

-Mi señor, a un hombre le trae mala suerte ver a la novia antes de la boda -dijo con palabras atropelladas-. Por favor, marchaos.

-Eso es cuento de esposas viejas, Phoebe -soltó Cato, impaciente-. He venido sólo a tranquilizarte con respecto al tiempo.

-Todavía llueve -señaló la joven.

-Sí, todavía llueve -confirmó él, esforzándose por mantener la calma-. Pero como vas a ir a la iglesia en carruaje, no te mojarás.

-Oh..., gracias, mi señor. Y ahora, por favor, retiraos. Cato vaciló, con el ceño fruncido. Acto seguido hizo una breve reverencia y salió de la estancia.

-Voy hecha un trapo -gruñó Phoebe-. ¿Por qué tenía que aparecer y verme así, precisamente hoy? Olivia miró a Phoebe con cara de sorpresa.

-Por la mañana, siempre tienes este aspecto. ¿Por qué es tan importante? -Después, cuando vio que no había logrado confortarla como pretendía, añadió con aire consolador-: Si te preocupa ta-tanto, supongo que la mayoría de las mañanas él se levantará y saldrá de la casa mucho antes que tú.

-Estoy hecha un manojo de nervios -aclaró Phoebe con timidez-. Mi aspecto no es tan importante, claro.

-Bien, en todo caso deberías ir preparándote -indicó Olivia-. Son casi las nueve y tienes que ba-bañarte y lavarte el pelo.

Llegaron refuerzos: tras otro golpe en la puerta entró el ama de llaves, la señora Bisset.

-Dios santo, lady Phoebe, ¿aún estáis en camisón? Vamos. El baño ya está a punto. -Sin dejar de mostrar su desaprobación, arrastró a Phoebe por el corredor hasta el dormitorio, donde la doncella estaba añadiendo lavanda seca y pétalos de rosa a la humeante bañera colocada frente al fuego.

Phoebe se puso en manos de la doncella, el ama de llaves y la costurera. Siguió sus instrucciones sin pensar, oyendo apenas la cháchara que la rodeaba. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo, tenía la piel sensible, como si alguien se la hubiera restregado centímetro a centímetro con el caparazón de una ostra.

Mientras observaba cómo la doncella le rizaba el grueso y oscuro cabello y 10 enrollaba en blandos rodetes en lo alto de su cabeza, en su interior la esperanza luchaba contra la desesperación. Quizá su miedo al desengaño era infundado. Tal vez todo iría bien. A lo mejor esa noche ella descubriría lo que sabía que tenía que descubrir. A lo mejor esa noche Cato descubriría lo que tenía que descubrir en su mujer.

Al rato, volvía a decirse que probablemente sería todo lo contrario.

-Bien, lady Phoebe, miraos. -Tras colocarle en el cuello el collar de perlas que había pertenecido a su madre, después a Diana, y finalmente a Phoebe, el ama de llaves dio un paso atrás y le indicó el espejo.

Phoebe observó su imagen sólo de manera superficial. Si se demoraba más tiempo, aumentaría su ya incontenible ansiedad. Se dirigió a la puerta.

-Estoy lista. ¿Hay que bajar ya? Olivia, ¿dónde estás? -En su voz se apreciaba un deje de pánico.

-Aquí-respondió Olivia con calma, apartándose de las colgaduras de la cama-, donde he estado desde el principio.

-¡Oh! ojalá pudieras estar conmigo todo el tiempo. -Phoebe asió la mano de Olivia en

un gesto convulsivo-. Ojalá ahora no tuvieran que acompañarme las tías. Si estuvieras tú ahí, ¡no me sentiría como si me llevaran a cumplir un sacrificio!

Olivia apretó la mano de Phoebe.

-Es un ritual atroz-dijo con gran emoción-. Pero acabará pronto..., en cuanto sa-salgas del salón.

-Supongo. -Phoebe estrechó la mano de Olivia con tanta fuerza que ésta hizo una mueca de dolor, aunque no se quejó.

Lord Carlton aguardaba a su hija en la sala, yendo y viniendo impaciente. El novio había salido para la iglesia antes que el primer grupo de invitados, y el conde ya estaba harto de esperar solo.

-¡Ah! por fin. -Se acercó al pie de la escalera mientras Phoebe bajaba-. Cuánto has tardado. Pero bueno, supongo que la novia tiene derecho a tomarse su tiempo -añadió intentando sonreír de manera forzada-. Tienes un magnífico aspecto, querida -dijo, pero sonó ligeramente indeciso-. Es extraño, cuando Diana llevaba... Pero vamos, tenemos que irnos.

Phoebe hizo una reverencia, pero no encontró palabras. Posó la mano en el brazo de su padre, consciente de que su rostro parecía haberse petrificado, paralizado de súbito.

-Creo que ya no llueve -anunció Olivia desde la puerta principal, que un criado mantenía abierta-. Es un buen augurio, Phoebe. -Miró angustiada a su amiga. Phoebe ni siquiera parecía ella misma, y no era sólo por el complicado peinado o por la ceremoniosa rigidez a la que le obligaba su inadecuado vestido.

-Sí -confirmó Phoebe con una inalterable sonrisa. Subió al carruaje que la aguardaba, logrando impedir, sólo con la pronta intervención de Olivia, que los gruesos pliegues de damasco marfileño se arrastraran por la paja. Durante el breve trayecto, miró al frente todo el rato, sintiéndose otra persona. Alguien a quien ella no conocía.

Cato hablaba tranquilamente con un grupo de invitados frente a la iglesia, cuando, debido a la agitación que oyeron todos a sus espaldas, supieron que había llegado la novia. Lord Granville se dirigió sin prisa a la barandilla del altar y se volvió para mirar a la novia, que se acercaba ya por el pasillo. Era la cuarta vez que protagonizaba una ceremonia como aquélla, que para él no encerraría temores ni sorpresas, si bien advirtió que Phoebe se movía de manera desgarbada, como una marioneta manipulada con torpeza.

Tuvo para ella un instante de compasión. Los mejores rasgos de Phoebe eran los ojos, el exuberante cabello y el primoroso color melocotón de su cutis, pero por alguna razón no aparecían ahora bajo una luz favorable. Con aquel vestido, Diana había mostrado un maravilloso aspecto. A su hermana, sin embargo, no le servía de nada.

La pobre chica no tenía el gusto de Diana, ni su estilo ni su belleza, pensó Cato. Pero acabaría teniéndolos.

Phoebe se notó absorbida por un remolino verde esmeralda. El había prescindido de su color negro habitual y lo había sustituido por un brillante jubón de terciopelo sobre seda blanca. Estaba magnífico. E iba a convertirse en su esposo.

Cuando él le tomó la mano, Phoebe clavó los ojos en el anillo de sello, cuadrado y con esmeraldas, a continuación en los fuertes y enjutos dedos, yen las limpias y cortadas uñas color avellana. Nunca antes le había tomado él la mano.

Phoebe alzó los ojos hasta el rostro de Cato. Mientras respondía a las preguntas del cura, su expresión era fría, cortés, carente del menor sentimiento.

3

Phoebe no pudo probar bocado durante el banquete. Ni siquiera le tentaban los bizcochos de mazapán o los confites y las almendras. Un tanto asombrada de que ya no le gustaran los dulces, contemplaba con total indiferencia las bandejas de plata que pasaban ante ella recorriendo la larga mesa.

Los juglares cantaban en la amplia galería que había encima de la gran sala, y cuando la tarde dio paso a la noche, innumerables velas de cera iluminaron con un tenue resplandor dorado los rostros enrojecidos de los invitados.

Cato estaba sentado al lado de Phoebe, en el centro de la mesa elevada. No bebía mucho, raras veces le llenaban la copa. A Phoebe le sorprendió el distanciamiento que mostraba respecto a la jovialidad reinante, si bien atendía a los comensales y estaba muy pendiente de los criados mientras éstos daban vueltas a las largas mesas portando jarras de vino y enormes fuentes de carne humeante. Advirtió de inmediato que sus dos hijas más pequeñas, las que había tenido con Diana, empezaban a dar cabezadas y a dejar caer los párpados, e indicó a una niñera que las llevara a su habitación.

Pese a ello, Phoebe tenía la triste impresión de que él habría preferido estar en cualquier otro lugar antes que sentado a esa mesa, como anfitrión de un banquete de boda.

Apenas parecía reparar en que ella se hallaba a su lado. Y su padre, lord Carlton, se sumía por momentos en los efluvios del abundante borgoña. Parecía que la novia pasaba inadvertida para todos. Sin embargo, Olivia sí le prestaba atención.

Olivia estaba sentada frente a Phoebe, pero demasiado alejada como para poder mantener una conversación privada, aunque su sombría mirada apenas se apartaba un segundo del tenso semblante de su amiga. Olivia pensaba en la cercanía de la noche. La noche de bodas. ¿Por qué Phoebe parecía tan angustiada? ¿Estaba pensando acaso en las horas venideras? ¿En ese momento en que dejaría de pertenecerse a sí misma? Olivia cerró con fuerza los finos labios. A ella no le sucedería eso. Y nada la haría cambiar de opinión.

Con un gesto inconsciente, Phoebe rechazó una cesta de dulces, y Cato miró de soslayo a su novia al reparar entonces en que ella había estado pasando por alto los suculentos manjares que se le ofrecían.

-¿No tienes hambre? -preguntó un tanto sorprendido. El buen apetito de Phoebe era de todos conocido.

Al parecer, no -respondió Phoebe, dio fin a la aplicada contemplación del anillo de esmeraldas y alzó los ojos hacia él por primera vez desde que abandonaron la iglesia.

Phoebe tenía muy presente la proximidad de Cato, cada centímetro de su piel. Estaban sentados de lado, en una alta silla doble tapizada de terciopelo, y Phoebe notaba el roce del muslo de Cato contra el suyo y el de ambos brazos al moverse. Ese simple contacto provocaba que la cabeza le diera vueltas. Cuando lo miraba, los oscuros ojos del hombre ocupaban todo su campo visual. Phoebe veía su propio reflejo en el iris de Cato, y tenía la impresión de ahogarse en él. Al tener la lengua inexplicablemente pegada al cielo de la boca, le resultaba imposible articular frase alguna con sentido.

Se estaba comportando como una idiota, como una bobalicona de pueblo, una chiflada, pensó con enfado mientras alargaba la mano para tomar su copa de vino. El brazo le tembló, la copa se le escurrió entre los dedos y el vestido quedó manchado de rojo.

-¡Oh, qué torpe! -exclamó desolada, frotando suavemente las manchas con la servilleta.

Su furioso frotamiento sirvió para acercar peligrosamente los lamparones a la manga de seda de Cato, cuyo brazo reposaba en la mesa. El le asió a tiempo la mano limpiadora.

-¡Phoebe, no hagas eso! ¿No ves que es peor? Déjaselo a los sirvientes.

Con un rápido movimiento tiró bruscamente de la empapada servilleta justo en el momento en que ella pretendía dejarla de nuevo sobre su regazo.

-¡No! ¡Si ahora la colocas sobre el vestido te mancharás la falda!

Su tono reveló una abrupta impaciencia y provocó un vivo fogonazo de fastidio en los antes apagados ojos de Phoebe. El era tan responsable como su padre de la decisión, funestamente rentable, de que ella llevara ese vestido de novia.

-No creo que importe mucho, señor -replicó con tono mordaz-. Al fin y al cabo, es un vestido horroroso que no me queda bien.

-¿Qué diablos queréis decir? Es un traje elegantísimo y muy caro -dijo Cato frunciendo el entrecejo-. Tu hermana...

-¡Sí, eso es! -interrumpió Phoebe-. ¡A Diana le sentaba de maravilla! Pero a mí me queda fatal. El color no me favorece.

-¡Oh! no seas boba, Phoebe. Es un color muy bonito. -Para algunos.

Cato sólo le había dirigido una mirada superficial cuando ella se acercaba por el pasillo de la iglesia. Ahora la observó con más atención. Parecía nerviosa y molesta, los cabellos se le salían del complicado peinado; incluso las incomparables perlas habían acabado enredadas de algún modo en el cuello. Tal vez el vestido no le quedaba tan bien como a Diana, pero no cabía excusa alguna para semejante desaliño. Era como si se marchitara ante sus ojos.

-Pero, por supuesto, un vestido nuevo es un frívolo derroche de dinero -prosiguió Phoebe, furiosa.

Cato se sintió atacado.

-Phoebe, hay una guerra. Tu padre creyó...

-Creyó, mi señor, que había que gastar el dinero en picas, mosquetes y jubones de piel -interrumpió de nuevo Phoebe-. Y si yo he de llevar este cadavérico atuendo de color marfil, pues que así sea.

-Estás haciendo una montaña de un grano de arena -señaló Cato-. Este traje te sienta muy bien. Y el color no tiene nada de malo.

Phoebe se limitó a mirarlo con indignada incredulidad. La llegada de un criado con un trapo y una tira limpia de ropa blanca para colocar sobre la mancha puso fin al diálogo, con gran alivio para Cato.

Phoebe tuvo que inclinarse hacia su esposo para permitir que el sirviente realizara su cometido. Su mejilla rozó el hombro de terciopelo esmeralda, y toda su indignación se esfumó como paja que lleva el viento. El corazón volvió a latirle con fuerza. El aroma a vino, lavanda y a la pomada que hacía que el bruñido cabello le brillara a la luz de las velas bastó para que sus sentidos se alteraran. El criado se llevó hábilmente la servilleta de Phoebe y la sustituyó por otra limpia.

-Muchas gracias -murmuró ella con voz débil. De pronto reparó en que, en aquel asiento elevado, sus piernas no llegaban al suelo, con lo que los pies se balanceaban a la altura de las pantorrillas de Cato. Se sintió estúpida, torpe y abrumadoramente inexperta.

Al advertir que Cato y su padre intercambiaban un gesto de asentimiento, notó que le empezaban a arder las mejillas. Lord Carlton señaló hacia la tía de Phoebe, una de las dos mujeres de la familia que se habían arriesgado a viajar desde Londres por el valle del Támesis, asolado por la guerra, para asistir a la boda de su sobrina y ayudarla en el imprescindible ritual de acostar a la novia.

Phoebe tragó saliva.

-¿Ya es la hora? -susurró ella.

-Sí, ya es la hora -contestó Cato en voz baja-. Ve con tus tías. Ellas se ocuparán de ti.

Phoebe observó a sus tías acercarse amenazadoramente a ella hombro con hombro. De expresión siniestra, eran dos hermanas de su madre a las que Phoebe no recordaba. Habían adorado a Diana. Y los que habían adorado a Diana, sin excepción, no habían tenido mucho tiempo para Phoebe.

Phoebe dirigió a Olivia una mirada desesperada. Ojalá Olivia pudiera estar a su lado durante aquel rito de inmolación. Pero era una ceremonia que sólo podían llevar a cabo mujeres que ya la hubieran sufrido en su propia carne.

Cato se puso en pie, y le tendió el brazo a su esposa. Phoebe era el blanco de todas las miradas. El se llevó la mano de ella a los labios y, acto seguido, se hizo a un lado y la entregó a sus tías. Los invitados sonreían con disimulada malicia, evidenciando en algunos casos visibles muecas lascivas que rayaban en la impudicia.

El rostro de Phoebe ardió de nuevo. Detestaba ser el centro de atención, por lo general, debido a alguna metedura de pata inoportuna o embarazosa, pero en este caso era muchísimo peor. Deseaba lo que estaba a punto de ocurrir, lo anhelaba con desconcertante urgencia, pero no soportaba imaginar las ideas que subyacían en aquellas muecas ebrias y lujuriosas.

Olivia sacó algo de su bolsillo y 10 dejó con cuidado y a la vista sobre el blanco mantel, frente a su plato. Phoebe lo miró. Era el anillo de amistad de Olivia, uno de los tres que Portia había hecho años atrás enroscando mechones de cabello de las tres en un aro. Phoebe se llevó la mano al bolsillo de su vestido y la cerró sobre su propio anillo. El terror desapareció. Le dedicó a Olivia una leve sonrisa y se dejó arrastrar por sus tías.

Estaba quieta en el centro del dormitorio de Cato. Nunca antes había entrado en esa habitación. Todo parecía sombrío e imponente: el sillón colocado frente al fuego, el cofre tallado al pie de la cama, el aparador de caoba contra la pared, el enorme armario con su gran llave de latón. Las cortinas de las ventanas eran de terciopelo rojo oscuro y colgaban de macizas barras de roble. El suelo, muy encerado, también era de oscuro roble y en él había desparramadas alfombras isabelinas bordadas.

Fijó la mirada, casi a regañadientes, en la mole de la cama tallada y en los tapices que colgaban de ella. Parecía muy alta, y observó el pequeño escabel que sin duda habían puesto ahí para ella; era poco probable que Cato lo necesitara. En la cabecera y el pie de la cama había tallado un revoltijo de lo que parecían ser serpientes y dragones. La colcha era de una suntuosa seda azul oscuro. Phoebe palideció, se sintió empequeñecida.

-Venga, pequeña, deja de pensar en las musarañas -le riñó lady Morecombe al tiempo que le desabrochaba el vestido-. No es cuestión de hacer esperar a tu esposo.

Phoebe temblaba y se acercó al fuego; su tía iba tras ella agitando las manos e intentando terminar su tarea.

-¡Estate quieta, vamos!

Phoebe se detuvo frente a las llamas y allí se quedó, inmóvil y muda como una muñeca, mientras las dos mujeres se apresuraban y entregaban su ropa a la doncella que aguardaba lista para tomarla. Cuando estuvo desnuda, la lavaron de pies a cabeza con un paño húmedo, pese a que se había bañado por la mañana, y la secaron enérgicamente.

-Ahora enjuágate la boca con esta esencia de clavo -indicó una de las tías, y le entregó a Phoebe una pequeña taza llena de un líquido marrón oscuro-. En el dormitorio, el aliento fresco es lo más importante. Procura recordarlo.

-Pero no esperes que tu esposo se acuerde -señaló lady Morecombe con aspereza. Su esposo era un célebre borrachín que fumaba en pipa y tenía debilidad por las cebollas en vinagre.

Aquellas palabras apabullaban a Phoebe. Obediente, se enjuagó la boca y escupió en la palangana. A continuación, le pusieron por la cabeza el suave camisón blanco y se lo abotonaron por detrás.

-Te queda muy bien -dijo lady Barret. Eran las primeras palabras de aprobación que Phoebe oía en todo el día-. Ahora vamos a deshacer el peinado.

Phoebe se sentó en el cofre que había a los pies de la cama y ellas le quitaron los alfileres. Tras esto, las tías se pusieron en pie, cada una a un lado, mientras la doncella cepillaba el largo pelo castaño claro con movimientos fuertes y rítmicos hasta que se le onduló por la espalda formando brillantes hebras.

-Ahora métete en la cama. -Las tías apartaron la colcha y alisaron con las manos la sábana de debajo y las almohadas, sobre las cuales esparcieron ramitas de lavanda.

Phoebe se subió a la cama con ayuda del escabel. Las tías le dijeron que se sentara contra las almohadas, alisaron la colcha sobre su cuerpo y le arreglaron el cabello para que le cayera sobre los hombros.

-Ya está, con eso bastará -proclamaron casi al unísono. Lady Morecombe se volvió hacia la doncella.

-Limpia todo esto, muchacha, rápido. Nosotras vamos abajo a decirle a lord Granville

que su esposa ya está lista.

Tras una última inspección del sacrificio ritual que habían preparado, dejaron a Phoebe sola, esperando.

Lord Carlton estaba entreteniendo a sus vecinos de mesa con un chiste especialmente obsceno cuando las tías regresaron a la gran sala. La expresión de Cato exhibía un aire de ligera repugnancia de la que no era consciente. Las ebrias carcajadas apagaban los más agradables sonidos provenientes de los juglares de la galería.

-Vuestra esposa os aguarda, lord Granville -anunció con solemnidad una de las tías.

-¡Al tajo! -bramó lord Carlton, apartando la silla con tanta fuerza que la estrelló contra el suelo-. Vamos, señores, acompañemos al novio a su fiesta.

La ocurrencia fue saludada con estridentes risas. La sonrisa de Cato fue apenas un imperceptible temblor de labios que no alcanzó a sus ojos.

Lo rodearon y empujaron hacia las escaleras, con las copas de vino en alto, cantando y riendo mientras lo escoltaban hasta el tramo curvo del descansillo.

Phoebe oía las festivas manifestaciones, las fuertes risas, las voces monocordes. Se hallaba sentada rígida en la cama, atacada por la aprensión y una extraña excitación. Estaba a punto de desenredarse la maraña de lascivos sueños que durante tantas semanas habían atormentado sus noches.

La puerta del dormitorio se abrió de golpe. Una multitud se agolpaba en la entrada. Phoebe miró fijamente, conmocionada y horrorizada, el borroso contorno de rostros enrojecidos y brillantes. Sentada sobre la alta y enorme cama, se sentía desnuda, como si estuviera atrapada en el cepo del prado comunal del pueblo.

Entonces Cato se volvió hacia la multitud y, de un fuerte empujón con ambos brazos, cerró la puerta de golpe en las narices de los integrantes del tumulto. Después echó el cerrojo escuchando las intensas protestas al otro lado de la puerta de roble macizo. Esperó, los brazos extendidos, las manos firmemente plantadas en el marco. Por fin, el ruido cesó y las obscenidades fueron desvaneciéndose a medida que los invitados regresaban a la planta de abajo, a las botellas.

-Por alguna razón, en las bodas los hombres se convierten en animales -señaló, acercándose a la cama.

Miró a Phoebe de manera penetrante. Si ella estaba asustada y tensa, el asunto iba a resultar difícil y angustioso.

Su primera esposa, la madre de Brian Morse, era viuda, y la noche de bodas había sido memorable sobre todo debido a la propia inexperiencia de él. A los diecisiete años, había mantenido pocas relaciones sexuales, y todas habían sido fugaces combates de los que había extraído un breve estallido de satisfacción. No tenía ni idea de cómo complacer a una mujer.

En las siguientes noches de boda, la madre de Olivia y después Diana habían sido vírgenes. Ambas noches habían reportado a una y otra poco placer: él había intentado satisfacerlas sin éxito. La madre de Olivia, Nan, trataba de ocultar su aversión al lecho conyugal. Su matrimonio había estado marcado por el afecto, pero Nan jamás gozó de las ávidas luchas sexuales cuerpo a cuerpo. Diana ni siquiera lo intentó nunca. Se limitaba a cumplir con su obligación.

Parecía que a las mujeres reproductoras, las que se convertían en esposas, no les gustaba el sexo, y Cato no esperaba las respuestas desinhibidas de las que disfrutaba, de vez en cuando, con mujeres para quienes el sexo intenso era tanto un placer como una profesión. Había aprendido a no perder el tiempo.

Se volvió y se apresuró en descalzarse con el sacabotas.

Phoebe recibió la primera decepción. Cato no le había dicho nada. Sólo la había mirado de una forma más bien fría y reflexiva, como si la estuviera calibrando con la vista.

Ella observó cómo él se quitaba el jubón verde esmeralda y lo arrojaba

descuidadamente a una silla. No llevaba espada, sólo un pequeño puñal envainado al cinto, que se desabrochó y tiró también sobre la silla. Sus largos y holgados pantalones, del mismo terciopelo que el jubón, estaban sujetos bajo la rodilla con grandes cintas negras. Observó cómo se los desabotonaba por la cintura, inclinándose para deshacer los lazos, y se los bajaba de las caderas desprendiéndose de ellos con un ágil movimiento.

Phoebe contuvo la respiración. Él le echó un vistazo mientras se erguía, luciendo los calzones hasta la rodilla, las medias y su blanca blusa de seda con las mangas llenas de encajes en los puños. Phoebe fijó la mirada en la garganta de Cato, en los latidos que en ella percutían. Era consciente de la extensión de su pecho bajo la fina seda. Bajó los ojos con timidez hasta las caderas, al evidente bulto bajo los calzones. Se mordió el labio.

Cato se movió con rapidez y apagó las velas. La estancia quedó a oscuras, iluminada sólo por el fuego de la chimenea. A continuación, se despojó del resto de la ropa. Mientras se acercaba a la cama, su cuerpo parecía envuelto en sombras. Alargó el brazo y corrió bien los tapices que colgaban del dosel para que en el espacio cerrado no se colara luz por ningún resquicio.

El grueso colchón de plumas cedió a su peso. En la oscuridad, Phoebe no distinguía nada. Deseaba verlo. Había querido saber cómo era él sin ropa. Sin embargo, al parecer ese tipo de acoplamientos tenían lugar en la oscuridad.

De todos modos, al rato ya lo notó encima. Sentía el calor que emanaba de su cuerpo. Cuando se arrodilló sobre ella, Phoebe apreció la oscura silueta que se recortaba en las sombras. Quería tocarlo. Indecisa, alzó la mano y la colocó en su pecho.

Cato ni siquiera percibió la nerviosa caricia.

-Pronto acabará -musitó-. No quiero hacerte daño, pero la primera vez es inevitable. Quédate quieta y procura relajarte.

El no quería que ella lo tocara. Y no quería tocarla salvo si era del todo imprescindible; pues eso, sin duda, no estaba bien. ¡No podía ser! Phoebe se sintió confusa y aturdida cuando él le separó las piernas.

El agudo dolor de la penetración la hizo gritar. Él le habló en susurros, prometiéndole que acabaría enseguida. Se movió una o dos veces dentro de ella, y después se retiró con un claro y evidente suspiro de alivio. Se apartó y todo quedó en silencio.

¡Ya había pasado! Phoebe permanecía inmóvil, conmocionada y consternada. Así que eso era todo... Eso era el acontecimiento que ella había estado imaginando, sobre el que había fantaseado, que había temido y deseado.

¡Sólo ese meter y sacar y después... nada! No debería ser así. En lo más profundo de su ser, ella sabía que no podía ser así. ¿Sería que él, el hombre que había tenido a Diana en su cama, la había encontrado tan poco atractiva, tan poco agraciada, que no podía soportar la idea de pasar con ella más segundos de los necesarios? En cuanto ella se quedara embarazada, no haría ni siquiera eso.

Se mantuvo rígida bajo el chaparrón de frustración y atropello. Ella no era Diana, pero tenía mucho que dar, ¡mucho más de lo que su hermana había ofrecido jamás a nadie! Pero él estaba ciego a lo que había más allá de lo aparente.

Cato yacía al lado de la tiesa figura sintiéndose como un animal. Percibía el ultraje en el silencio de Phoebe. Como era patente, el acto la había indignado. ¿Nadie la había preparado? Se sentía como si la hubiera forzado, violado, aunque en el lecho conyugal esa idea resultara ridícula.

En la oscuridad, sus labios apretados trazaban una fina línea. Ya había acabado todo. Y de aquella unión, por repulsiva que fuera para ambos, saldría un hijo varón. En cuanto lo consiguiera, dejaría tranquila a su esposa.

Cato creía que ella dormía. Ya no parecía estar rígida y su respiración se había hecho más profunda. Hacía casi dos años que no compartía el lecho con una mujer. Antes de morir, Diana había estado enferma durante muchos meses. Por paradójico que sonara, y teniendo en

cuenta las circunstancias, se encontró muy a gusto con un cuerpo cálido tan cerca de él.

Se durmió arrullado por el murmullo del jolgorio de abajo que prosiguió hasta bien entrada la noche.

Cuando Phoebe se despertó por la mañana, estaba sola en la enorme cama. Y, cuando bajó, no vio rastro de su esposo ni señal alguna, en la silenciosa y ordenada casa, que demostrara que el día anterior se había celebrado su boda.

Incluso su padre se había marchado sin una palabra de despedida. Otra vez de regreso a los asuntos de la guerra, contento de dejar a su hija al cargo del esposo... en más de un sentido, pensó Phoebe con un rictus amargo. Ya no correría con los gastos de su hija.

4

-¡Es la última, Granny! -Phoebe arrojó la última col de la zanja al cesto y enderezó su dolorida espalda. Se apoyó en la pala y con una mano enguantada se apartó un mechón de pelo de la cara. Era un día soleado y, pese al frío, Phoebe había sudado de lo lindo recogiendo las coles de Granny Spruel de la zanja cubierta de paja donde habían estado guardadas durante el otoño. En su frente, el fango del guante se mezclaba con el rocío y le corría por la mejilla, pero ella no se daba cuenta.

-¡Eh! muchacha, tienes un gran corazón -dijo la anciana-. Con los chicos en la guerra, en estos tiempos no hay nadie que te eche una mano.

-¿Hay noticias de tus nietos? -Phoebe alzó el cesto y empezó a recorrer el sendero que llevaba desde el huerto hasta la puerta de la cocina.

-Nada desde antes de Navidad. -Granny Spruel siguió a Phoebe-. Déjalas en la despensa, querida. Un hombre que pasaba por aquí dijo que había visto a Jeremiah en algún lugar de Cornwall. Explicó que el combate era atroz. Pero que cuando lo dejó, Jeremiah aún seguía en pie.

-Dicen que a los realistas ya no les quedan apoyos en Cornwall -señaló Phoebe al volver de la despensa-. Prácticamente se han rendido. Estoy segura de que pronto volverás a ver a tus nietos.

-Sí, sólo podemos tener esperanza y rezar, querida. Tomarás un trozo de tarta de frutas, ¿verdad? ¿Y un vaso de sidra? -Granny Spruel se apresuró al aparador y alzó la tapa de una vasija de barro. Sacó una tarta envuelta en un paño y cortó un trozo grande-. Sírvete la sidra tú misma, cariño.

Así lo hizo Phoebe, y tomó el pedazo de pastel. Sabía que, aunque Granny y las demás mujeres del pueblo, vacío de hombres, le agradecían su ayuda física, su compañía resultaba igual de importante para aquellas ancianas, pues anhelaban un poco de charla en aquellos días largos y solitarios. Las mujeres más jóvenes no tenían tiempo para el palique, al cargo como estaban de montones de niños y del trabajo de la casa, el huerto y la granja. Durante aquellos meses de guerra civil, los ancianos sufrían un desacostumbrado aislamiento en aquella compacta comunidad campesina.

El carillón de la iglesia hizo que Phoebe se pusiera en pie con un grito angustiado.

-¡No serán ya las once y media!

-¡Oh! pues sí. El viejo carillón no se retrasa nunca -dijo Granny como si eso fuera algo consolador-. Pensábamos que, después de casarte, no tendrías tiempo para ayudar a los viejos. -Granny parloteaba mientras acompañaba a Phoebe hasta la puerta del huerto-. Creíamos que te convertirías en toda una augusta señora. -Sofocó una risita como si hubiera dicho un disparate.

-Habrá tiempo para ello -replicó Phoebe con una mueca socarrona. Abrió la puerta y

alzó la mano para despedirse-. No va a cambiar nada, Granny. Soy la misma de siempre.

Por alguna razón, su afirmación hizo que Granny Spruel se echara a reír, su curtido rostro se arrugó como una manzana pasada.

-Sí, ya pensaremos en ello, querida -señaló, y sin dejar de reír entre dientes entró de nuevo en la casa.

Phoebe corrió calle abajo, sujetándose la falda para protegerla del barro; aunque ya era demasiado tarde, pensó con tristeza. El dobladillo de su vestido de paño oscuro, y las otrora blancas enaguas, estaban cubiertos por una gruesa capa del fango procedente de la zanja del huerto de Granny Spruel. Cato le había dicho que quería comer al mediodía, y la falta de puntualidad de Phoebe siempre provocaba algún comentario sarcástico de su esposo. No tendría tiempo ni siquiera de ponerse ropa limpia. De todos modos, ¿era eso una novedad?

Mientras se acercaba al terreno comunal del pueblo vio reunido en torno al cepo a un pequeño grupo de personas, del que sobresalía la inconfundible figura de Cato Granville en su corcel bayo.

El corazón de Phoebe bailó su acostumbrada y singular danza. El iba con la cabeza descubierta y el viento agitaba su corto pelo. Como de costumbre, vestía de negro, salvo por la prístina pechera blanca. ¡Qué bien le quedaba! Encajaba con la postura erguida, dominante, del soldado: hacía casi negros sus ojos oscuros y le daba a su tez bronceada un matiz aceitunado.

A medida que se acercaba aminoró el paso. Pese a la sencillez de la vestimenta del marqués, todo en él indicaba riqueza. Sostenía el látigo y las riendas con las manos embutidas en guantes de piel con encajes en las puntas. Las manos descansaban en la perilla de su silla de montar de cuero labrado. Calzaba botas de la más fina piel de gamo. Los pliegues de terciopelo negro de su capa le caían descuidadamente por los hombros, poniendo al descubierto la blanca blusa con sus volantes fruncidos, la pechera rematada con encajes, los grandes botones plateados de su capa negra y la vaina cincelada en plata de la curva espada de caballería que llevaba al cinto.

¿Cómo podía un hombre ser tan hermoso?, se preguntaba Phoebe. ¿Era su poder lo que la atraía? ¿Era su aureola de dominio absoluto lo que hacía que le temblaran las piernas? Y si así era, ¿por qué? ¿Por qué el hecho de que aquel hombre tuviera el mundo a sus pies tenía que acrecentar su deseo?

¡Era absurdo! Incomprensible. Pero, sin duda, era un hecho. Un hecho en absoluto atenuado por la amarga decepción que el matrimonio había supuesto para Phoebe.

Reparó en que se había sentido atraída cada vez más hacia el grupo, sin intención alguna de hacerlo. Sin embargo, al mismo tiempo se dio cuenta de que no quería que Cato la viera. Si se daba prisa, llegaría antes que él a sentarse a la mesa. Se volvió, pero ya era tarde.

Cato, que como juez de paz supervisaba la sujeción de un maleante en el cepo, alzó la vista en el preciso instante en que Phoebe se alejaba. ¿Qué demonios la había llevado hasta allí? Para una mujer joven de su posición no era conveniente vagar sola y a pie por el campo. Y, desde luego, no era apropiado que presenciara el castigo de rufianes y granujas.

Se apartó del grupo y, tras dejar al alguacil a cargo, fue tras su esposa.

Phoebe oyó el ruido apagado de los cascos del caballo sobre la hierba húmeda. Sintió un hormigueo en la espalda y se le erizó el vello de la nuca. No sabía si era temor o expectación. En aquellos días nunca sabía si quería estar o no en compañía de Cato. Se detuvo y se dio la vuelta.

-Buenos días, mi señor -saludó con solemne formalidad.

-¿Qué estás haciendo aquí, Phoebe? -Cato tiraba de las riendas mientras hablaba. La observó con el ceño fruncido. En el rostro de Phoebe se apreciaban manchas de barro, y su cabello parecía un auténtico nido de pájaros-. ¿Qué te ha pasado? Parece que te hayan arrastrado por un seto tirándote de los pelos.

-He estado recogiendo coles -explicó ella.

-¿Coles?... ¿Has dicho coles?

Librodot

Phoebe asintió.

-Estaban guardadas en una zanja para protegerlas de la escarcha. Granny Spruel quiere conservarlas en vinagre, así que le he ayudado a recogerlas.

Cato la miraba fijamente. Nada de lo que ella decía parecía tener sentido alguno. Se inclinó desde el caballo y ordenó con brusquedad:

-Dame la mano y apoya el pie en mi bota.

Phoebe lo miró con sus grandes ojos del color de las verónicas. Cato quedó impresionado por la intensidad del azul, aguardando con impaciencia que ella le obedeciera.

-Dispensadme, señor -dijo Phoebe tras un momento de duda-, pero no me gustan los caballos. Me dan miedo. Tienen unos dientes amarillos muy grandes, y cuando los monto parece que saben que no puedo controlarlos y me llevan a su antojo.

-Este caballo no se te llevará a ninguna parte -indicó Cato-. Ahora haz lo que te digo. Lady Granville no puede negarse a cabalgar, es ridículo. -Chasqueó los dedos con impaciencia.

Phoebe tragó saliva. Tomó la mano y alzó la pierna tratando de poner el pie en la bota de él. Se trataba de una considerable altura, y la longitud de sus piernas no era precisamente uno de sus rasgos más acusados. A diferencia de Diana, cuyas piernas le llegaban hasta las axilas, recordó resentida Phoebe saltando hasta conseguir por fin apoyarse en la bota de Cato.

Éste la subió asiéndola por la cintura y la acomodó en la silla, delante de él.

-Ya está, ¿ves? Aquí irás completamente segura.

Phoebe se mordió el labio y como respuesta hizo un breve y nervioso gesto de asentimiento. Su corazón volvía a repiquetear y, ante la sensación de cercanía y calidez del cuerpo de Cato, se le hizo imposible controlar el leve escalofrío que le recorría la columna. Por fortuna, el corcel se puso en marcha y adquirió velocidad, con lo que su cuerpo empezó a temblar por otro motivo.

-Ahora quizá podríamos hablar de coles-dijo Cato al cabo de un instante, cuando el corcel saltó la estrecha zanja que separaba el camino de la finca familiar.

-No hay hombres en el pueblo. Han muerto o están en la guerra -explicó Phoebe tras recuperar el aliento-. Alguien ha de ayudar a las ancianas a hacer aquello que harían los hombres. Como recoger coles -añadió con un amplio gesto final.

-Es justo y cabal que te impliques en el bienestar de las personas -replicó Cato cuando hubo asimilado la explicación de Phoebe-. Por ejemplo, proporcionar alimentos y medicinas a los pobres y enfermos. Pero la marquesa de Granville no es un mozo de labranza. No recoge coles ni hace ninguna otra clase de trabajo manual.

-Entonces, ¿quién lo hace? -preguntó ella con naturalidad.

Cato no contestó. Trotaron por el patio de los establos, él desmontó y alargó los brazos para ayudar a Phoebe a bajar. Tomó la cara de ella entre las manos y la examinó con un silencio reprobador.

-No está bien que mi esposa ande por ahí como un espantapájaros que ha estado plantado en el campo demasiado tiempo -declaró él, tajante. Con el pulgar le quitó una mancha de barro de la mejilla.

-¿Creéis que está bien que en vuestras fincas haya arrendatarios necesitados, señor? -Los ojos azules de Phoebe desprendían un agresivo centelleo-. Si encontráis otra persona que los ayude, intentaré acostumbrarme a quedarme en casa cosiendo primorosos bordados.

-Semejante tono es indigno de ti -señaló Cato, mirándola enojado.

Phoebe respiró hondo.

-En ese caso, disculpadme, mi señor. Pero yo más bien diría que es indigno de un propietario pasar por alto los aprietos en que se encuentran sus arrendatarios. -Le hizo una reverencia y abandonó el patio a toda prisa.

¡Maldita impertinente! Cato miró la silueta de su esposa en retirada. Se le había soltado el dobladillo del vestido, que iba arrastrando por las piedras cubiertas de barro, recogiendo briznas sueltas de paja y otras desagradables basuras corrientes en los patios de los establos.

-Excusadme, mi señor. -Las abiertas vocales del acento propio de Yorkshire de Giles Crampton hicieron que Cato se volviera-. ¿Sucede algo, mi señor? -El lugarteniente del marqués miraba receloso.

-¿Cuál es la situación en el pueblo, la de los arrendatarios en general? -inquirió Cato de repente.

Giles reflexionó un poco sobre la pregunta, pero no estaba muy seguro de a qué situación se refería exactamente.

-Supongo que más o menos la de siempre -respondió al fin.

-Sí, pero ¿qué significa «la de siempre»? -El tono de Cato revelaba impaciencia-. ¿Hay algún infortunio concreto del que tengas noticia?

-¡Oh! en cuanto a eso, lo de siempre, señor. -Giles se encogió de hombros-. Las mujeres tienen que arreglárselas lo mejor que pueden. En los tiempos que corren, poco pueden ayudar los hombres.

-¿Hasta qué punto es grave? -Cato miraba hacia la lejanía, por encima de la cabeza de su lugarteniente; Giles medía una media cabeza menos que su señor.

-Supongo que es peor para los ancianos y las mujeres con niños pequeños.

Cato se apretó la nuca con la mano, y su frente se vio surcada por profundas arrugas.

-¿Por qué no he sido informado?

Giles parecía desconcertado.

-¿Estabais interesado en ello, señor? -No lo había estado, por supuesto.

-Lo estoy ahora -espetó Cato secamente-. Envía algunos hombres al pueblo a averiguar cómo se les puede ayudar a esas mujeres en las labores del campo y cosas de este tipo.

-Muy bien, señor. -Giles se llevó la mano al sombrero a modo de saludo. Mientras se volvía miró hacia atrás y dijo como de pasada-: Pensábamos acudir pronto al asedio de Basing House, así que, ¿iremos, señor?

El marqués captó el doble sentido de la pregunta. Giles Crampton no creía que las labores agrícolas resultaran idóneas para sus bien preparadas y disciplinadas tropas. Durante las cuatro semanas transcurridas desde la boda, Cato había estado ocioso, y reparó en que ya era hora de dar por terminada la luna de miel.

-Saldremos por la mañana. Di tan sólo a los hombres que hagan hoy lo que puedan -dijo Cato, y recibió como premio una radiante sonrisa.

-Sí, mi señor. Lo dispondré todo enseguida. Cato asintió y entró a comer.

-Divide y vencerás.

Todas las miradas se dirigieron hacia sir Jacob Astley, que estaba de pie junto a una ventana con arco que daba al patio del colegio de Christ Church. Tamborileaba con los dedos en el grueso alféizar de piedra. Se oían con claridad los golpecitos secos del rubí que lucía en un dedo.

-No estoy seguro de lo que queréis decir, Astley. -El rey Carlos alzó los ojos de pesados párpados y volvió la cabeza hacia el hombre de la ventana. A la luz de la lámpara, el rostro de delicados rasgos del rey parecía fatigado. Suelto, su grueso y rizado cabello le caía sobre los hombros. La tarde anterior había cabalgado hasta la ciudad de Oxford, perseguido por una brigada de caballería del New Model Army de Cromwell. Escapó por los pelos, y su Soberana Majestad aún no había recuperado la compostura. El hecho de haber sido acosado por sus propios súbditos, y de haber evitado la captura por muy poco, hizo que se diera cuenta cabal, como nunca antes, de que reinaba en Inglaterra sólo a nivel nominal.

-Quiero decir, sire, que si pudiéramos crear desavenencias entre los líderes del Parlamento... Si de alguna manera pudiéramos hacer que se pelearan entre sí, sería más fácil enfrentarnos a ellos. -Sir Jacob se volvió, dejando de mirar por la ventana, con los ojos inflamados por la convicción.

-Sí, sire. Ha llegado a mis oídos la noticia de alguna disensión en su alto mando. -Brian Morse salió de las sombras, donde había permanecido en silencio hasta ese instante, escuchando y esperando el momento adecuado para atraer la atención del rey.

Librodot

El rey Carlos observó al joven con cierto recelo, intentando reconocerlo. El esbelto cuerpo, vestido de manera impecable con seda gris suave, le resultaba vagamente familiar; y los pequeños ojos castaños, duros como guijarros, más aún.

-Brian Morse, su majestad. -Brian hizo una marcada reverencia-. Perdonadme por haber osado hablar.

El rey agitó una mano, un impreciso gesto de rechazo.

-Si tenéis algo interesante que decir, sir, no os andéis con ceremonias.

-El señor Morse se encargó de traer la oferta de municiones del rey de Orange, sire. Quizá recordéis que lo felicitasteis a su regreso de Rotterdam. -El duque de Hamilton hablaba desde el alféizar de la ventana que había en el extremo más alejado de la estancia, la que daba al patio. Se mordía el pulgar, arrancando cuidadosamente con los dientes trocitos sueltos de pellejo y escupiéndolos a sus pies.

El rey recapacitó durante un instante, y después sonrió. Era una sonrisa de excelsa amabilidad.

-Lo recuerdo, en efecto. Nos habéis sido muy útil, señor Morse. Tenemos en gran estima vuestra opinión.

A Brian le invadió una oleada de júbilo. Por fin estaba allí. En el sanctasanctórum. Dio un corto paso al frente.

-Mi padrastro es el marqués de Granville, sire.

El rey torció el gesto y mostró un semblante apenado. Hubo un tiempo en que el marqués había sido amigo suyo, quizá el más leal de sus súbditos.

Un hombre no es responsable de sus parientes traidores -manifestó el príncipe Ruperto, sobrino del rey, en lo que parecía un trágico intento de consuelo. Su rostro hermoso y sonrojado resplandecía a causa del contenido de la copa que sostenía entre sus manos cargadas de anillos.

-Y menos si es un padrastro -dijo sir Jacob expresando su conformidad-. ¿Granville todavía os recibe?

-Hasta ahora lo ha hecho, sir. -La boca de Brian se transformó en una línea casi invisible, y sus penetrantes ojos se hacían cada vez más pequeños. Tardaría en olvidar la humillación que sufrió la última vez que estuvo bajo el mismo techo que su padrastro. La sobrina bastarda del marqués, Portia Worth, ahora condesa de Rothbury, lo trató de estúpido, y la mocosa Olivia también tomó parte en la ofensa.

Aún le azoraba el recuerdo de las risas de su hermanastra, sus ojos burlones disfrutando de la tortura. Un caso típico cuando se vuelven las tornas. En el pasado había sido él el dominador, sometiendo a la niña a un régimen de terror e incertidumbre por el mero placer que ello le proporcionaba; estaba dispuesto a recuperar ese control. Ya tendría ocasión para vengarse de la chica una vez fuera jefe de la familia Granville.

-Había pensado que, bajo el techo de mi padrastro, acaso pudiera causar alguna discordia de manera provechosa -prosiguió con voz suave-. Volverá a recibirme, y con los brazos abiertos si doy a entender que quizá no estoy muy seguro de mis lealtades.

Paseó la mirada por la estancia, a la espera de alguna reacción. El rey parecía simplemente agotado, Ruperto dejaba entrever su interés, sir Jacob y el duque sin duda se reservaban la opinión.

-¿Un espía en territorio enemigo? -preguntó Ruperto.

-En cierto modo, sir. -Brian se encogió de hombros con calma-. Tal vez alguien destinado a transmitir falsas informaciones, observar y escuchar. Quizá para descubrir algo útil, algo que pudiera provocar conflictos entre Granville y los demás.

Hubo un breve silencio, y a continuación habló el rey: -¿Tenéis un plan detallado, señor Morse? ¿O más bien os agarráis a un clavo ardiendo?

-Nada de eso, sire. Aún no tengo elaborado un plan concreto, pero podría decir que tengo una cierta... una cierta facilidad para aprovechar la oportunidad idónea. Se me ocurren cosas que sin duda no se le ocurren a nadie más.

-A nadie menos taimado -espetó el príncipe Ruperto con una risita-. Sí, he oído hablar de vuestros tratos con Strickldand en La Haya. Por lo visto le engañasteis por completo durante un tiempo.

-El suficiente para obtener la información que precisábamos -admitió Brian sin excesiva modestia. No era el momento ni el lugar para tal cosa.

-Me he enterado de que Granville ha vuelto a casarse -dijo sir Jacob de súbito.

El rostro de Brian se hizo liso como mármol pulido.

-Con la hermana de su difunta esposa -explicó-. De ese modo la alianza entre Granville y Carlton sigue igual de fuerte que antes.

El rey Carlos se frotó las sienes.

.Lo cual nos lleva de nuevo al plan de sir Jacob de divide y vencerás.

-Cromwell y Fairfax son como uña y carne -señaló el duque-. Y, como dice Morse, la alianza entre Granville y Carlton está bien cimentada.

-Sin embargo, si se vieran obligados a ponerse del lado de uno de ellos... -sugirió Brian. Su mente iba acelerada. No esperaba que le ofrecieran tan pronto una oportunidad. Pero encontraría ahora el modo de contribuir de manera espectacular a la causa del rey. Una contribución que favorecería sus propios fines.

Se acercó a la mesa y permaneció de pie, con los puños apretados y apoyados en la brillante madera satinada.

-Mi padrastro goza de la confianza de Cromwell y Fairfax, pero supongamos que esta lealtad se pone en entredicho. Si Cromwell lo apoyara y Fairfax no... -Recorrió con la mirada la estancia revestida de paneles, arqueando una ceja con ademán interrogativo.

Sir Jacob dio un puntapié a un tronco que se escurría y lo empujó a la parte trasera de la chimenea.

-Granville es un hombre honorable. -En la polvorienta y concurrida habitación, aquella sencilla afirmación no fue objeto de comentario alguno durante unos segundos.

-¿Llamaríais honorable a un hombre que se ha alzado contra su soberano, sir? -preguntó el príncipe Ruperto, cuyos ojos llameaban a la luz de la lámpara al tiempo que empujaba la silla hacia atrás y se ponía en pie.

Recorrió la estancia con la mirada, su rubor cada vez más acusado. Era un hombre impetuoso, tan celoso de su fama de brillante jefe en el campo de batalla como apasionado defensor del divino derecho del rey de gobernar Inglaterra.

-Granville es un traidor, y cuando todo haya terminado le cortaremos la cabeza -prosiguió el príncipe-, igual que a todos los demás. -Tomó la jarra de vino y volvió a llenar su copa de plata. Sus movimientos eran tan nerviosos que desparramó por la mesa gotas de color rubí.

Sir Jacob se encogió de hombros. No tenía un gran interés en defender al marqués de Granville contra la cólera del sobrino del rey.

Ruperto apuró el contenido de su copa echando la cabeza hacia atrás, mientras movía la poderosa garganta y su abundante mata de rizado cabello le caía en forma de cascada sobre el amplio cuello de encajes. Dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

El rey tosió, para recordarles a todos quién tomaba realmente las decisiones en aquella empresa.

-Señores, volvamos al asunto que tenemos entre manos. Me encuentro preso en esta ciudad, tras ser perseguido hasta aquí por un escuadrón de caballería de Cromwell. Nuestros ejércitos huyen en desbandada, nuestros leales partidarios son asediados en sus propias casas. Para lograr más apoyo de los escoceses, deberé aceptar la alianza...

Apoyó los codos en la mesa y formó con los dedos algo parecido al campanario de una iglesia. La alianza lo obligaría a aceptar que se estableciera en Inglaterra la Iglesia Presbiteriana, un pecado por el que, estaba convencido, la justicia divina le pediría cuentas. Era un proceder que no podía tomar en consideración salvo en un caso extremo.

-Estoy abierto a cualquier sugerencia. La de Astley es digna de mención. Yen el señor

Librodot

Morse, aquí presente, parece que tenemos a mano el instrumento ideal. -Concedió otra de sus sonrisas a Brian, que a duras penas logró reprimir un grito de triunfo.

-Pues bien, entonces comenzaremos con Granville. -Ahora la voz de sir Jacob era enérgica-. Pero precisaréis de algo más que las mañas corrientes, señor Morse. Insisto en que Granville es tan honrado como listo. -Observó al príncipe un instante, con una ceja alzada a modo sarcástico invitando a la discrepancia. Al ver que Ruperto guardaba silencio, prosiguió-: Si acabamos con el marqués, todo el castillo de naipes se vendrá abajo. Se enemistarán unos con otros. Granville tiene muchos partidarios, pero están también aquellos a quienes no les importaría verlo caer. -En su boca se dibujó una expresión irónica. Siempre podía contarse con la naturaleza humana y sus puntos flacos.

-Majestad, si me encargáis la misión, doy mi palabra de que no os fallaré. -Brian hablaba en serio, con un estremecimiento de sinceridad en la voz.

-Depositamos nuestra confianza en vos, sir. -El rey se puso en pie-. Señores. -Hizo un gesto a modo de breve despedida y se dirigió a la puerta. Un sirviente dio un brinco para abrírsela, y el soberano se alejó de sus reverentes súbditos con el príncipe Ruperto a su lado.

-Preparad vuestro plan con todo detalle, Morse -aconsejó sir Jacob al tiempo que también se encaminaba hacia la puerta-. Granville no es estúpido.

-No, pero es un hombre recién casado -dijo otro de los presentes con una risita burlona-. Con toda seguridad, tendrá otras cosas en la cabeza, al menos durante uno o dos meses.

Brian no replicó a esa ocurrencia. Se dirigió a la ventana opuesta al patio. Desde ella podía verse el gran prado de Christ Church y la hilera de árboles sin hojas que había junto a la orilla del río. Era una vista tranquila, por lo que le resultó difícil hacerse a la idea de que, más allá de las murallas de la ciudad, la guerra seguía haciendo estragos. Las campanas de Tom Tower sonaron cinco veces, su carillón hueco y sonoro retumbó por toda la ciudad.

Cato tenía una nueva esposa. Y una esposa significaba hijos. La suerte de Brian no podía durar para siempre. A menos que pasara algo, Granville acabaría teniendo un hijo. Hasta el momento, y pese a muchas circunstancias adversas, había sobrevivido a la guerra, y nada cambiaría si seguía acompañándole la suerte. De todos modos, la prioridad de Brian debía ser la nueva esposa. Hacía un mes que se había celebrado la boda y quizá ya estuviera embarazada, quizá llevara ya en sus entrañas el niño que le dejaría sin herencia.

Fijó la mirada en el envolvente crepúsculo, apretando los dientes. Había conseguido librarse de la otra esposa antes de que ésta pudiera parir algo más que dos niñas chillonas, con su hermana no debería resultar más difícil. No conocía a la muchacha, pero si se parecía en algo a Diana, si no tenía más pensamiento en la cabeza aparte de pasarlo bien y vestir con elegancia, sería fácil de camelar. En cuanto estuviera bajo el mismo techo que Granville, hallaría la forma de eliminarla. Pero antes quizá podría servirse de ella. Casi logró que Diana actuara en contra de Cato. ¿Por qué no habría de hacerlo la nueva esposa? Y tan pronto ella hubiera cumplido con su cometido, él la quitaría de en medio..., a ella y al posible embrión que llevara dentro.

Después, si la guerra no se había encargado ya de Cato, tendría que centrar su atención en él. A una mentalidad fecunda e imaginativa le resultaba fácil urdir accidentes.

Brian asintió para sus adentros mientras el sonido de las últimas campanadas de Tom Tower se desvanecía en la oscuridad.

Al mediodía, Cato y Giles Crampton entraron a caballo en el patio de los establos. Era un día claro y luminoso, incluso con un anuncio de calor debido al sol de principios de marzo.

-¿Cuánto calculáis que tardaremos esta vez en regresar, mi señor? -preguntó Giles con aparente despreocupación. Silbó desafinado entre dientes sujetando las riendas de su montura.

Cato era muy consciente de que Giles se moría de ganas de volver al asunto que tenían entre manos: el largo y aburrido asedio de Basing House. Sólo habían podido estar allí tres días, pues Cato había recibido un mensaje de Cromwell para que acudiera a recibir

instrucciones en el campamento del general en las afueras de Oxford. Giles, su lugarteniente de más confianza, le había acompañado a regañadientes. Como de costumbre, Giles se debatía entre dos deseos: supervisar la salud, el bienestar y la disciplina de la milicia de Granville, y estar al lado de su jefe.

Camino de los cuarteles de Cromwell, Cato dio un rodeo hacia su casa de Woodstock. Le costaba alejar de su mente la constante preocupación por la guerra, pero no podía pasar cerca de su casa sin ver cómo estaban su esposa y sus hijas.

-Serán un par de horas, al anochecer cabalgaremos hacia el campamento de Cromwell. Después de la reunión seguramente me quedaré aquí uno o dos días. Tú puedes volver al asedio. -Cato habló al tiempo que desmontaba y le entregaba a un mozo las riendas de su corcel bayo.

Entretanto, sus dos hijas pequeñas aparecieron en el patio montadas en sendos ponis de Shetland, cuyo ronzal sujetaba un impasible criado. Las niñas sonrieron tímidamente a su padre, cuando éste se aproximó a ellas, y le informaron solemnemente de que habían estado aprendiendo a ir al trote. A los cuatro o cinco años resultaba impresionante, pensó Cato mientras las felicitaba con la seriedad pertinente. Su madre había sido una intrépida amazona. Muy distinta de su hermana.

Dejó a las niñas y se dirigió a la casa pensando en la manera de hacer que Phoebe le perdiera el miedo a los caballos. Era ridículo que sólo cabalgara a la grupa, detrás de un mozo. En esa ocasión no habría tiempo, pero en cuanto tuviera unos días libres se pondría manos a la obra.

Los finos y desgastados ladrillos de la mansión reflejaban la suave luz del sol, y las ventanas con parteluces resplandecían. De camino a la casa se sorprendió pensando en lo acogedora que parecía, recordando cuánto le gustaba volver con Nan tras haber estado ausente. La aversión de ella al sexo jamás había debilitado su calidez y su afecto como compañera. Cato sabía que había sido afortunado al obtener los placeres derivados de aquella camaradería, y la muerte de ella le había sumido en una profunda aflicción. Mucho mayor que cuando murió la madre de Brian. Su matrimonio había durado demasiado poco para poder establecer un auténtico vínculo emocional. Los matrimonios de sus amigos, y el suyo propio con Diana, le habían enseñado lo infrecuente que resulta la tranquilidad y el cariño conyugal de que había gozado con Nan. Había tardado tan sólo unos amargos y decepcionantes meses en darse cuenta de que Diana no se los proporcionaría. No presumiría de desengaño ante la hermana pequeña.

Cuando entró, apareció por el pasillo el ama de llaves para darle la bienvenida, esforzándose por adaptar los ojos a la luz del exterior.

-Buenos días, su señoría. No os esperábamos hasta la semana que viene..

-Lo sé, pero tengo asuntos que resolver en las afueras de Oxford y he hecho un alto en el camino -dijo, y arrojó la fusta sobre el largo banco que había junto a la puerta y se quitó los guantes-. ¿Está lady Granville?

-Creo que está arriba, mi señor. Me parece que aún no se ha levantado.

Cato frunció el ceño. Phoebe nunca había sido una haragana, y ya era después de mediodía.

-Buenos días, señor. -Olivia bajaba las escaleras con el inevitable libro en las manos-. No os esperábamos hoy.

-Tengo una reunión en el cuartel general -explicó Cato, contemplando a su hija con una sonrisa nacida de sus anteriores pensamientos. Olivia se parecía muchísimo a su madre, salvo por la larga nariz de los Granville. Cuando pensaba en algo, tenía la misma costumbre de juntar las cejas y de apretar los labios.

-He ba-bajado a buscar velas para leer -le informó Olivia-. En el salón es difícil leer aunque brille el sol. -¿Qué estás leyendo?

-Los Comentarios de Julio César. -Olivia le enseñó el lomo del libro-. Mu-muy interesante. Es sobre las guerras en las Galias.

Librodot

Cato asintió.

-Lo recuerdo.

-¿Os pa-pareció interesante? -Los ojos negros le brillaban.

-No demasiado -respondió Cato con una sonrisa evocadora-. Creo que sólo reconocería sus mejores bondades a base de azotes.

Olivia lo miró con manifiesta incredulidad.

-¿Co-cómo puede ser que no os absorbiera por completo?

Nan, prosaica como era, jamás había mostrado la pasión de su hija por el conocimiento, aunque sí tenía un agudo ingenio que sin duda Olivia había heredado. Cato alargó la mano y acarició con delicadeza la mejilla de su hija.

-Me interesaban los asuntos militares -dijo.

Olivia le dirigió una penetrante mirada. Pese a la sonrisa, detectó una cierta turbación en los ojos de su padre, una leve tensión entre sus cejas.

-¿Estáis triste por algún motivo?

Cato negó con la cabeza.

-No, pero este asedio es más encarnizado incluso que los otros.

Olivia asintió y le tomó la mano. El lazo que compartían era tácito, pero a veces un gesto fugaz revelaba lo inefable.

Los dedos de Cato apretaron por un instante los de Olivia.

-¿Dónde está Phoebe?

Olivia frunció el ceño.

-Esta mañana no la he visto. Tal vez esté escribiendo su o-obra de teatro.

-¿Obra de teatro?

-Sí, está escribiendo una obra de teatro. -Olivia lo dijo con tranquilidad, como si fuera la cosa más natural del mundo-. Es una gran poetisa.

Cato no tenía ni idea de las pretensiones literarias de su esposa. No parecía propio de Phoebe.

Meneó la cabeza como si quisiera deshacerse de la perplejidad y se dirigió a las escaleras, subiendo los peldaños fácilmente de dos en dos sin aparentar prisa. Anduvo a grandes pasos por el pasillo que conducía al ala este y abrió la puerta de su dormitorio.

La habitación estaba a oscuras, las cortinas corridas en las ventanas y en el lecho. El fuego de la chimenea casi estaba apagado. Cato se acercó a la cama y descorrió los lienzos.

-Phoebe, ¿estás enferma?

Estaba hecha un ovillo acurrucada en el extremo más alejado de la cama. Al escuchar su voz se volvió, emitiendo un ligero gemido, y se puso boca arriba. En la penumbra, su cara era pálida y los párpados parecían pesarle. Desde luego, no tenía buen aspecto.

Enferma... ¿Quizá embarazada?

-¿Qué tienes? -preguntó él, dominando la impaciencia en su voz mientras apartaba más las colgaduras para poder verla con mayor claridad.

Phoebe se volvió y se puso de costado, esta vez mirándolo a él, y encogió las rodillas soltando otro leve quejido.

-Es el período -musitó, haciendo que las esperanzas de Cato se vinieran abajo-. El primer día siempre es malo, pero esta vez es peor que de costumbre.

De modo que un mes haciendo los deberes por la noche no había dado fruto alguno. La miró con la frente arrugada.

-¡Oh! qué indiscreta soy -gimió Phoebe al advertir el ceño fruncido de Cato, y cerró los ojos con otro quejido.

Cato no supo qué decir. Sus anteriores esposas se habían mostrado siempre muy circunspectas respecto a sus molestias menstruales. En general, una noche reparaba, sin más, en que ellas se habían acostado en la cama del cuarto de vestir, donde dormían hasta que regresaban al lecho marital sin dar tampoco ninguna explicación.

Phoebe volvió a abrir los ojos tras el prolongado silencio.

-Perdonadme, mi señor, si os he escandalizado -dijo apenada, al tiempo que forcejeaba con las almohadas y se apartaba de la cara el desordenado cabello-. Lo que digo no parece que ayude mucho, sobre todo cuando tengo la regla, cuando todo a mi alrededor está patas arriba y yo estoy enfadada e irritable, y después, al cabo de unos instantes, tan melancólica que quiero llorar. ¡Oh! ¿qué estoy diciendo? No queréis escuchar todo esto, ¿verdad?

Por un momento dio la impresión de que Cato se iba a echar a reír. Luego echó un vistazo en la estancia oscurecida.

-No es de extrañar que te sientas mal. Esta habitación es oscura y fría como la de un hospicio, mientras que fuera el sol brilla como si fuera primavera.

Mientras hablaba descorrió del todo los tapices que colgaban del dosel y después se dirigió a la ventana y apartó la pesada cortina de terciopelo dejando que entrara un chorro de luz. Fue hacia la chimenea, atizó las brasas, tomó un puñado de astillas del cesto de la leña y las echó al tenue resplandor.

Phoebe observaba lívida aquellas maniobras domésticas, masajeándose distraídamente la base del estómago, donde sentía los calambres.

-¿Podríais decirle a la señora Bisset que me prepare una tisana de leche y vino, mi señor? -pidió Phoebe-. Si no es mucha molestia -añadió.

-¿Un brebaje de ésos? ¿En pleno día? No creo que sea muy acertado. Pero, bueno... Supongo que te ayudará en tu..., tu... -Sus palabras se fueron desvaneciendo mientras se ocupaba de su tarea con más ímpetu de la que ésta requería, atizando la leña menuda hasta que prendió y chisporroteó. Arrojó un tronco sobre la llama antes de erguirse y dirigirse a la puerta a toda prisa.

-¿Vais a quedaros mucho tiempo? -Los azules ojos de Phoebe lo seguían con ansia camino de la puerta. De nuevo vestía de negro, que quedaba aligerado sólo por el nítido blanco del cuello de su camisa y la esmeralda del dedo.

-No, esta noche tengo una reunión con Cromwell. Pero pasaba por aquí y decidí ver cómo estabais todos. -¿Y después regresaréis al asedio?

Cato se volvió para mirarla. ¿Estaba ella deseosa de que él se marchara? La mirada de Phoebe, tras sus pesados párpados, era profunda pese a su triste palidez y a las sombras bajo sus ojos.

El pretendía pasar más días con ella, pero en el estado en que se hallaba no tenía mucho sentido.

-Sí contestó-. Regresaré en una semana. -Abrió la puerta-. Mandaré llamar a la señora Bisset.

Phoebe contempló la puerta cerrada con abatimiento. Pasaría otra semana antes de volver a verlo. Se subió el embozo hasta la barbilla, aplastada por una renovada oleada de aflicción al tiempo que los fortísimos calambres contraían su vientre.

El dolor era mucho más intenso de lo normal. Se preguntaba si se debería a las esponjas empapadas de hierbas que Meg le había dado para evitar el embarazo. Phoebe las había usado escrupulosamente todas las noches al acostarse, antes de que apareciera Cato, y después, cuando estaba segura de que él dormía, se levantaba para limpiar los restos de su unión. En todo caso, ese mes había funcionado, pensó dejando escapar otro gemido.

¿Estaba Cato decepcionado? Era imposible deducirlo de su expresión, aunque muy a menudo su semblante no revelaba ninguno de sus pensamientos. Era imposible leer en sus oscuros ojos, en sus imperturbables rasgos, sin arruga alguna. Phoebe no lo había visto casi nunca enojado, si bien de vez en cuando podía mostrarse desagradablemente burlón.

Se abrió la puerta, y entró Olivia portando una bandeja con un cuenco cubierto.

-Mi padre se ha vuelto a marchar, pero ha dicho que no te encontrabas bien -explicó con inquietud-. Me preguntaba dónde estarías al ver que no ba-bajaste a desayunar, pero pensé que tal vez habías ido al pueblo a ayudar a alguna de las mujeres.

Dejó la bandeja sobre la mesilla.

-No ha dicho de qué se trataba. Es la regla, ¿verdad? -Hasta el mes anterior habían

compartido el dormitorio, con lo que cada una estaba tan familiarizada con el período de la otra como con el suyo propio.

Phoebe asintió.

-Me compadecía de mí misma -dijo-. Habría sido una mala compañía incluso estando tú.

Olivia miró indecisa. Phoebe yacía en la gran cama, lívida, de algún modo consumida por la presencia invisible de lord Granville en un cuarto que revelaba pocos indicios de la existencia de Phoebe. No se apreciaban toques femeninos por ninguna parte: sus cepillos no estaban a la vista, ni su ropa, ni había flores o cintas para el pelo, ni tampoco frascos de cremas, aceites o perfumes.

-Es curioso -señaló-, pero cuando vivía Diana esta habitación parecía más suya que de mi padre. En cambio, no parece que sea tu-tuya en absoluto. -Levantó el paño que cubría el cuenco y se lo dio a Phoebe.

-No siento que lo sea -replicó Phoebe sin rodeos, al tiempo que inhalaba el rico y reconfortante vapor del brebaje-. Tampoco me siento en absoluto como una esposa.

-¿Mi padre no hace que te sientas como tal? -inquirió Olivia, vacilante-. Está preocupado casi todo el tiempo, ya lo sé. ¿Pero no es me-mejor así? De esta manera puedes vivir tu vida sin obstáculos. Siempre decías que eso era lo que querías.

-Sí, claro que lo quiero -dijo Phoebe, impaciente-. Es sólo la depresión habitual, ya me entiendes. Como una carga muy pesada. -Tomó un largo sorbo de la leche cuajada caliente con vino y sonrió más tranquila-. Esto está mejor.

Olivia no estaba convencida del todo, pero quería estarlo, así que se sentó en el extremo de la cama y empezó a entretener a Phoebe con cotilleos de las cocinas mientras la bebida caliente ejercía su efecto relajante actuando sobre los tensos músculos.

El ruido de caballos y los insistentes ladridos de un perro procedentes de la extensión de grava bajo la ventana hicieron que Olivia se pusiera en pie.

-¿Qué será eso?

Se dirigió a la ventana y lanzó un grito de alegría.

-¡Es Portia!

-¿De veras? -Phoebe se deshizo de las mantas y se levantó, el dolor había desaparecido como por arte de magia.

-Ahí abajo está *Juno* -dijo Olivia emocionada. Tomó la capa de Phoebe de la percha de la pared y se la alcanzó-. Ponte esto, puedes vestirte después.

No hacía falta que a Phoebe le metieran prisa. Se colocó la capa sobre los hombros, introdujo los pies en las zapatillas y avanzó a saltos hacia la puerta.

5

Una semana más tarde, en una mañana lluviosa, Cato entró en la gran sala y, durante un instante de confusión, pensó que se hallaba en otra casa. De cualquier otra persona; parecía una casa de locos.

La explicación apareció en la forma de una gran perra de color mostaza. Si se había visto a Juno con anterioridad, era difícil olvidarla. Y Cato la había visto en varias ocasiones memorables. El animal se arrojó sobre el amo de la casa con un entusiasmado ladrido, segura de que sería bien recibida.

-Abajo -ordenó Cato con voz dulce, aunque pretendía ser obedecido.

Juno se sentó a sus pies con un suspiro velado *y* se quedó mirándolo con la lengua fuera.

Tras ese primer control de la situación, Cato dirigió la atención a las demás causas del alboroto. Dos niños pequeños se deslizaban por las barandillas con desatada euforia, caían al

suelo al llegar abajo e inmediatamente se incorporaban y volvían a subir a toda prisa. Una niña muy menuda gateaba impasible escaleras arriba tras ellos, con una resuelta determinación que Cato sólo pudo admirar. Los chicos la dejaron de lado hasta que ella llegó al último peldaño, entonces uno de ellos la alzó y trató de lanzarla baranda abajo.

Parecía llegado el momento de intervenir. Cato se

apresuró escaleras arriba y llegó justo a tiempo para agarrar a la niña en el pasamano, segundos antes de que una mano fraternal en su espalda la pusiera en movimiento.

Cato contempló a los hijos naturales de Rufus Decatur alzando la ceja. Ellos le devolvieron la mirada con los despiertos ojos azules de su padre tras los enmarañados rizos de fresa.

-No es una buena idea -dijo Cato.

-Pero a Evie le gusta -informó con solemnidad uno de los dos chicos-. Si no le dejamos hacer lo que quiere, llora.

-Está claro que es la hija de su madre -murmuró Cato. Sin soltar a la niña, que parecía contentísima de que un extraño la llevara en brazos, empezó a bajar las escaleras. Al llegar al salón reparó en que sus dos hijas estaban en un lado, con los ojos abiertos como platos. Desde luego, eran demasiado apocadas para participar en aquel circo; las hijas de Diana, aunque eran un par de años mayores, no tenían la naturaleza intrépida de los hijos de Portia, pero no cabía duda alguna de su fascinada envidia.

Cuando Cato las llamó, ellas se acercaron y le hicieron breves y tímidas reverencias. Acto seguido se precipitaron escaleras arriba, a sus exclusivos dominios. En su obvio intento de seguirlas, Eve forcejeó para verse libre de nuevo. Cato no la soltó.

-¡Portia! -llamó en tono enérgico.

A la derecha de la sala se abrió de golpe una puerta, y una delgada joven con melena pelirroja, innumerables pecas y vivos ojos verdes apareció de un brinco en la sala. Lucía pantalones de cuero de montar, botas, una blusa de hilo blanca y un jubón. Cato no apreció nada especial en el atuendo. Portia Worth se había casado en un campo de batalla, llevando pantalones de montar y una espada al cinto.

-¡Oh! lord Granville, os pido disculpas. Si hubier asabido que veníais, no los habría dejado sueltos. Debéis de baberos preguntado si ésta era o no vuestra casa. -Se acercó a él y le tendió la mano.

Cato la tomó y se inclinó para besar a su sobrina. -Es justo lo que he pensado.

-Ya sabéis, ha estado lloviendo y no han podido salir. -Portia dio esa explicación con una radiante sonrisa.

-Iban a lanzar a esta pequeña hacia la perdición barandilla abajo. -La miró con gesto burlón, pensando que el matrimonio con el conde de Rothbury no había provocado cambios visibles en la hija ilegítima de su hermanastro. No parecía muy distinta de la criatura flaca y desnutrida que había puesto su casa patas arriba aquel memorable primer invierno de la guerra.

-¡Oh! ellos la cuidan mucho -dijo alegre, tomando a Eve de los brazos de Cato-. Pero la verdad es que no le gusta sentirse excluida.

Vaya, digna hija de su madre -repitió casi entre dientes.

-También es hija de Rufus Decatur, sir. -La mueca socarrona de Portia revelaba satisfacción.

-¿Está tu esposo aquí contigo? -En la tranquila voz de Cato se apreciaba cierta gravedad.

-No -contestó Portia con el mismo tono-. Nos ha dejado en la puerta. Tenía asuntos que resolver en Londres. Una reunión con lord Manchester sobre el reclutamiento forzoso de hombres para el *ejército.* Rufus está en contra -añadió.

-Yo también, pero no hay muchas opciones -señaló. Hablar de la guerra con Portia era algo tan natural que ni siquiera reparaba en lo insólito, en su caso, de compartir esas ideas con una mujer.

-Ha dicho que regresaría con nosotros a final de semana.

Cato asintió. Rufus y él habían enterrado el odio de sangre que les había hecho pedazos a ellos y a sus familias durante dos generaciones. Lo habían enterrado en el campo de batalla cuando Portia Worth, hija del hermano de Cato, se unió a Rufus Decatur en una improvisada boda. Ahora, cuando estaban acompañados se trataban con cortesía. Habían trabajado de manera amistosa en pro de la paz entre el rey y el Parlamento y lo harían de nuevo, pero no se buscaban uno a otro en privado; Rufus no aceptaría la hospitalidad de Granville más de lo que Cato aceptaría la suya. Sin embargo, Rufus no impedía que su esposa y sus hijos sí lo hicieran, y con eso bastaba. La vieja enemistad ya no afectaría a la nueva generación.

-Mi señor, habéis vuelto. No os esperaba. -Phoebe había tardado unos instantes en sosegarse ante el inesperado sonido de la potente y magnífica voz de Cato. Se precipitó al salón consciente de que tenía las mejillas sonrojadas y de que en la base de su vientre latía un fuerte pulso de expectación y regocijo.

-No pensaba... ¡Cuidado! -Cato advirtió el peligro justo en el momento en que el pie de Phoebe tropezaba con el borde de una alfombra. Ella dio un traspié, dando manotazos al aire, y él la asió antes de que cayera en una postura poco honrosa.

Por instinto, Phoebe se agarró a él, rodeándole con fuerza la cintura con los brazos, y durante unos segundos ninguno se movió. Ella aspiró el aroma de Cato, oyó los latidos de su corazón bajo el jubón, se deleitó con las firmes manos aferradas en mitad de su espalda. Cato nunca antes la había abrazado. Quizá la torpeza tenía sus ventajas, pensó Phoebe torciendo el gesto. De momento parecía el único medio para satisfacer el deseo de su corazón.

Cato la enderezó, se desprendió de las manos de Phoebe, y ésta se vio obligada a dar un paso atrás por cuenta propia.

-Excusadme, señor-dijo sin aliento. Consiguió hacer una reverencia y trató de pensar en un saludo apropiado para su recién llegado esposo-. ¿Os han ido bien las cosas, señor?

Cato no contestó enseguida. La contempló con cierto recelo. Había algo raro en su rostro. La examinó con más atención. La boca estaba manchada de tinta azul.

-¿Ocurre algo? -preguntó Phoebe con una pizca de inquietud.

-¿Has estado bebiendo tinta?

-¡Oh! -Llevó al punto la mano a la boca-. Estaba escribiendo mi obra escénica. -Restregó la mancha y sólo consiguió extender el azul por la barbilla-. Seguramente habré chupado el extremo equivocado del cálamo. -Miró la palma de su mano, ahora azul, y se encogió levemente de hombros-. Cuando estoy concentrada me suele pasar.

Cato consideró que la explicación era suficiente. Sin duda Phoebe parecía pensarlo así. Advirtió cómo su esposa quedaba empequeñecida ante la estatura de Portia y, pensó, también quedaba eclipsada por la vitalidad de ésta. La palidez y el pelo ralo de Phoebe no podían compararse con los vivos ojos verdes y el aura anaranjada de Portia. No es que a Portia se la pudiera considerar hermosa, pues ciertamente no lo era, pero tenía algo que llamaba la atención.

No obstante, y para su sorpresa, Cato pensó que Phoebe no salía perdiendo en la comparación. Su estilo era en conjunto más cortés, pero también tenía su atractivo. Era extraño que lo notara por primera vez ahora, pese a la tinta y el deslucido vestido, que parecía, igual que muchos otros, como si se lo hubieran confeccionado cuando ella tenía una silueta totalmente distinta. Sin duda otro ejemplo del espíritu ahorrador de lord Carlton.

-Como decía, no pensaba regresar tan pronto. Pero hace tres días tomamos Basing House. -Una sombra cruzó el semblante de Cato.

Había sido horrible. Los sitiados habían resistido, y en cuanto se rindieron, Cromwell no mostró la menor piedad hacia ellos. Pasaron a cuchillo a la mayor parte de la guarnición, hicieron prisioneros a los miembros de sus familias y los hicieron marchar encadenados. Eso serviría de ejemplo para el resto de familias realistas que resistían a sus sitiadores por todo el país. La guerra consistía ahora, sobre todo, en asedios: tarea extenuante e interminable, un derroche de hombres y recursos. Cato comprendía la importancia estratégica de la lección de

Basing House, pero aun así lo lamentaba.

Tras él se oyó un ruido sordo. Los dos niños se habían cansado de la conversación de los adultos y habían reanudado sus deslizamientos por la baranda. A un jubiloso chillido desde lo alto de las escaleras le acompañó de súbito el insistente lamento de un bebé desde algún lugar en la planta de arriba.

-¡Oh! es Alex. Se ha despertado. -Portia dejó a Eve en el suelo y se apresuró hacia las escaleras-. Luke, Toby, ya basta por ahora -ordenó, con gran alivio de Cato-. Podéis salir fuera, ya casi no llueve.

Con gritos de alegría, los niños se precipitaron a la puerta de entrada; Juno corría delante de ellos. Un criado se movió con la mayor presteza para dejarlos pasar.

Una niñera bajaba las escaleras llevando al bebé en brazos. Portia tomó el niño, que había dejado de gimotear y observaba a los presentes en el salón con sus serios ojos azules. Tenía el cabello pelirrojo como su padre.

-Es el vizconde Decatur, sir. -Portia presentó a su pequeño con orgullo maternal.

Así que Rufus Decatur tenía ya un legítimo heredero. Cato notó la aguda punzada de la envidia. Miró a Phoebe, cuyos azules ojos color verónica le devolvieron la mirada sin siquiera un atisbo de timidez.

-Hermoso niño -dijo con toda la efusión de que fue capaz-. Me alegro de que estuvieras acompañada en mi ausencia, Phoebe. ¿Hay algo más que deba saber?

-Eh, bueno, sí -empezó Phoebe entusiasmada-. Gitanos. Deberíais saber algo de los gitanos, señor.

-¿Y qué es eso que debería saber?

-Encontré a dos niños gitanos huérfanos en una zanja.

-¿En una zanja?

-Sí, es un poco complicado de explicar. -Phoebe se apartó de los ojos un rebelde mechón de cabello-. Pero sé que estaréis de acuerdo en que hice lo único que podía hacer.

Cato se acordó de las coles.

¿Acaso estabas recogiendo algo en esa zanja cuando encontraste los huérfanos?

-No, desde luego que no -respondió Phoebe con cierta vehemencia-. Era una zanja de la finca y estaba llena de lodo y agua.

-Es lo que suele ocurrir con las zanjas -murmuró Cato.

-No lo estáis tomando en serio, señor -acusó ella con un destello belicoso en sus ojos-. Y es un asunto muy grave.

Cato se pasó la mano por el pelo, desgreñándolo desde las entradas hasta la nuca con aquel gesto familiar que siempre provocaba un estremecimiento en el vientre de Phoebe.

-Me he equivocado, lo admito -dijo con sequedad-. Tal vez deberíamos continuar en mi despacho.

-Y se alejó de ella cruzando el salón hacia la puerta que comunicaba con su santuario. Phoebe lo siguió con paso impetuoso, precedida por sus palabras.

-Veréis, según tengo entendido ha habido una pelea por la jefatura de la tribu. El padre de los niños, que había sido el jefe, fue vencido en un combate a cuchillo y murió a causa de las heridas. Así que sus hijos fueron abandonados en la zanja porque el nuevo jefe tomó la esposa del enemigo como suya propia y no quiso que los niños fueran una amenaza en el caso de que alguna de las otras familias de la tribu decidiera desafiar su liderazgo. Como los Rómulo y Remo descubiertos en las afueras de Roma.

Cato cerró la puerta.

-¿Cómo es que mi esposa se preocupa ahora por las disputas sanguinarias entre los gitanos?

-No podía dejar que las criaturas murieran en la zanja -señaló Phoebe-. Aparte de cualquier otra consideración, mi señor, estaban en nuestra tierra. No os gustaría que se dijera...

-Un momento, Phoebe. Son gitanos. No son arrendatarios míos y no merecen mi

compasión.

-Entonces, ¿qué debía hacer? -preguntó Phoebe-. Son niños pequeños. Tenía que ayudarlos, por supuesto.

-¿Y cómo los ayudaste? -Cato se acercó al aparador a servirse un poco de vino.

-Los alojé en una casa del pueblo, pero tuve que prometer que pagaríamos su manutención. Nadie tiene reservas para más de dos meses, pero vos sí. -Lo miró con el ademán de quien ha asestado el golpe de gracia.

-No me importa tu tono, Phoebe. Ya hemos hablado de eso otras veces -dijo él con frialdad.

-En ese caso, os pido disculpas. Pero cuando parece que no entendéis la importancia de algo, ¿de qué otro modo puedo haceros ver lo que hay que hacer? -Phoebe le aguantó la mirada glacial con firmeza.

-Vaya, ahora vas a juzgar mis acciones -dijo Cato-. Creo que ya has dicho todo lo que tenías que decir. -Le dedicó una brusca inclinación de cabeza y agarró unos papeles del escritorio.

Phoebe vaciló. Acto seguido aceptó el rechazo de Cato y abandonó el despacho cerrando la puerta tras ella con extremo cuidado.

Cato dejó caer los papeles sobre la mesa. Se sentía aplastado por una fuerza irresistible. «¡Huérfanos pobres, hambrientos, sin hogar, en una zanja! ¡Por el amor de Dios!»

Agitó la campanilla y fue de un lado a otro del despacho hasta que respondieron a su llamada.

-Manda llamar enseguida al alguacil -ordenó, lacónico. Seguramente Phoebe había informado de sus acciones al alguacil. Este sabría dónde estaban alojados los niños y qué desembolso resultaba necesario para vestirlos y alimentarlos.

Phoebe se quedó unos instantes en el salón, con la duda de si había causado algún impacto en Cato. Pero él la había despedido con tal brusquedad que de momento ella no podía hacer mucho más. ¿Dónde estaban Portia y Olivia?

Portia debía de estar dando de mamar al hambriento Alex. Subió a toda prisa las escaleras hasta su dormitorio y allí se restregó con fuerza la tinta de la boca. Después se dirigió a la pieza cuadrada de la parte posterior de la casa.

Portia estaba arrellanada en el mullido sillón que había al lado de la ventana mientras Alex permanecía acurrucado y feliz pegado a su pecho. Eve se chupaba el pulgar distraída, apoyada en las encogidas rodillas de su madre.

-Si no me resultara tan inverosímil, ésta sería sin duda la genuina imagen del amor maternal -señaló Phoebe-. ¿Ya nunca llevas vestidos?

-Sólo si Rufus expresa una preferencia -contestó Portia con una escueta y pícara sonrisa. Colocó a Alex en el otro pecho.

-¿Dónde está Olivia?

-Creo que en su habitación, leyendo a Plinio. -Portia lanzó una penetrante mirada a Phoebe mientras ésta caminaba sin parar de la chimenea a la puerta y al revés.

-Así pues, ¿qué piensas ahora del estado marital, cariñito? -inquirió Portia-. Por lo que recuerdo, estabas mucho más en contra de él que yo.

-Y todavía lo estoy -declaró Phoebe-. Es muy fastidioso dejar de ser tú misma, Portia, pertenecer a tu esposo.

Portia asintió con gesto comprensivo.

-Las leyes hechas por los hombres favorecen a los hombres -dijo con una sarcástica sonrisa-. Pero nosotras también tenemos nuestras armas. Incluso los esposos pueden llegar a adaptarse.

-Quizá... si reparan en que existes-observó Phoebe con tono severo deteniéndose ante una mesa de coser. Abrió de golpe la tapa lacada del costurero y, sin mirar a

Portia, empezó a rebuscar con los dedos entre las sedas bordadas.

-¿Qué quieres decir? -Portia alzó al bebé, se lo colocó contra el hombro y le dio unas palmaditas en la espalda.

La tez de Phoebe evidenciaba su sonrojo, pero no podía confiar en nadie más que en Portia.

-¿La gente siempre hace el amor en la oscuridad, con las cortinas corridas, y nadie dice nada y todo termina tan deprisa que tú apenas te enteras de lo que ha pasado, y...?

-¡Espera! ¡Espera un momento! -Portia interrumpió el torrente de palabras-. ¿Es eso lo que sucede?

-Cada noche -respondió Phoebe, abatida-. Y sucederá cada noche hasta que me quede embarazada. No me encuentra atractiva, ¿entiendes? Lógico, ya que antes estuvo con Diana.

-Diana era una lagarta, tenía un corazón de piedra -dijo Portia-. Supongo que ella prefería la oscuridad. Y seguramente habría preferido que todo ocurriera en sueños sin que ella se enterara de nada. -Hizo una mueca de desprecio. A Phoebe le sorprendió lo atinado de su comentario.

-No lo había pensado -señaló-. Tal vez Cato cree que yo soy igual.

-Pero no lo eres, ¿verdad?

-¡No! -gritó Phoebe-. Claro que no. Me duele, Portia. Suspiro por que me toque. Quiero verlo desnudo, quiero tocar cada centímetro de su piel. Podría devorarlo -añadió con otro gemido-. Es un suplicio.

La mandíbula de Portia colgaba ligeramente. No es que no entendiera el apuro de Phoebe, tan sólo le sorprendía, tratándose de ella.

-¿Me estás diciendo que amas a Cato?

-¡Amor, deseo, no lo sé! -Phoebe dejó caer la tapa del costurero con un ruidoso golpe-. Sólo sé que cuando oigo sus pasos se me encoge el estómago. Cuando se echa el cabello hacia atrás con la mano de la forma que lo hace, me tiemblan las piernas, y cuando me toca, aunque sea por casualidad, mi corazón comienza a sonar como si puntearan un laúd. Me derrito. Le deseo... al completo.

-Dios mío, eso sí que es lujuria. -Portia acunó en su seno al bebé ya dormido y alargó la mano libre para acariciar los rosados rizos de Evie. Fruncía el ceño, pensando en la tortura que debía de ser lo que Phoebe había descrito de manera tan gráfica, la incapacidad de satisfacer su deseo.

-¿Qué voy a hacer? -preguntó Phoebe-. Debe de haber alguna manera de atraer su atención, algún modo en que pueda mostrarle cómo me siento sin enfurecerlo.

-¡Oh! no creo que se enfurezca -indicó Portia-. Más bien se sentirá halagado.

-Pero las mujeres de mi..., de nuestra... clase no deberíamos desear de esta forma.

-Tu clase, no la mía -le recordó Portia con tono burlón-. Recuerda que soy bastarda. En cualquier caso, la clase no tiene nada que ver con eso.

-¿Ah, no?

-No -afirmó Portia con rotundidad. Observó a Phoebe unos instantes y después añadió-: Creo que tienes que hacer algo espectacular.

-Sí, pero ¿qué? -Phoebe se encaramó en el extremo de la mesa. Tenía la sensación de que Portia estaba a punto de abrir la caja de Pandora. ¿Saldría de su boca una plaga o un sinnúmero de secretos celestiales?

-Juegos -dijo Portia-. Hay que jugar.

Eso no tenía mucho sentido. Phoebe la miró fijamente.

-Bueno, es lo que te decía antes sobre las preferencias de Rufus. A veces le gusta que me vista de determinada manera, o que finja ser otro tipo de persona... Jugamos. A veces yo le sorprendo inventando una obra de teatro, una escena... ¡Oh! es difícil de explicar. De todas formas, creo que es eso lo que debes hacer si de verdad quieres atraer la atención de Cato. Debes sorprenderle. Mostrarle otra faceta de ti.

Phoebe tenía los ojos abiertos como platos. Empezaba a hacerse una cierta idea de las posibilidades. Pero, ¿y si no funcionaba? ¿Y si Cato se horrorizaba y se enfurecía? ¿Y si,

fuera cual fuese su aspecto, la encontraba tan poco atractiva que...?

-Puede que sea un poco arriesgado -aclaró Portia, leyéndole el pensamiento-. No sé hasta qué punto Cato es gazmoño. Supongo que alguien que estuvo casado con Diana ha de ser bastante rígido.

-Se casó con Diana debido a la alianza con mi padre -puntualizó Phoebe-. La misma razón por la que se casó conmigo. Y para tener un heredero -agregó.

-Mmmm... -Portia se mordió el labio inferior, pensativa-. Tengo una idea -dijo balanceando las piernas-. Primero intentaremos algo sólo para ver cómo reacciona.

-¿Qué?

-Ropa -declaró Portia mientras se dirigía a la puerta con Alex en brazos-. Trae a Evie. Es la hora de su siesta. Después te lo explicaré.

Phoebe alzó a Eve en brazos y siguió a su amiga, intrigada por saber con detalle lo que ésta tenía en mente. Sin embargo, Portia no dijo nada hasta que hubieron entregado a los dos pequeños a la niñera y se encontraron ya en la habitación de ésta con la puerta bien cerrada.

-Para empezar, ¿tienes dinero?

-¿Dinero? -Phoebe arrugó el ceño-. ¿Para qué quiero dinero?

-Para comprar cosas, naturalmente. Rufus me dio algo, pero no creo que baste para lo que pretendo hacer. -Portia abrió una pequeña bolsa de cuero y, mientras hablaba, vació el contenido sobre la colcha. Un montón de monedas de oro quedaron esparcidas sobre el tafetán verde.

-Cinco guineas. Podría ser suficiente.

-No puedo utilizar tu dinero. -Phoebe estaba desconcertada y ardía de impaciencia-. Aunque supiera para qué.

Portia se subió de un salto en el extremo de la cama.

-Ropa nueva -dijo con voz clara-. Lo que llevas ahora te lo confeccionaron cuando no tenías ni pecho ni nada.

-Es cierto -admitió Phoebe, impasible ante esa cruda verdad-. Mi padre creía que no valía la pena gastar dinero en mi vestuario. Diana era otro cantar -añadió con aspereza-. Pero la verdad es que nunca me he preocupado de todo eso. Hay muchas otras cosas en qué pensar.

-Pues no puede ser -dijo Portia con firmeza. Después examinó a Phoebe inclinando la cabeza-. Necesitas vestidos que te realcen el busto.

-No, eso sí que no -espetó Phoebe con hosquedad-. Debo ocultarlo. Tengo demasiado.

Portia meneó la cabeza.

-Ahí es donde te equivocas, querida -señaló-. Tienes las curvas adecuadas en los lugares idóneos. No tienes que esconderlas, sino sacarles el máximo partido. No deberías andar encorvada como si quisieras disimular los pechos. Son hermosos, redondos y firmes. Ojalá tuviera yo algo más que ofrecer. Aunque -añadió acariciándose el pecho con semblante reflexivo- estos días parecen más grandes que de costumbre porque estoy amamantando a Alex.

-¿A Rufus le gustan los pechos grandes? -preguntó Phoebe, cada vez más encantada con la conversación.

-Supongo. A la mayoría de los hombres les gustan. Pero ha de conformarse con lo que tiene -indicó Portia con buen humor-. De todos modos, no estamos hablando de Rufus, sino de Cato. Si quieres que él te preste atención, debes meterte a la fuerza en su campo visual. Lo que nos lleva de nuevo al asunto del dinero.

Phoebe negó con la cabeza.

-No tengo nada. Nunca lo he necesitado. Cuando llega el buhonero, Olivia y yo compramos lo que nos hace falta y Cato le paga. No se hacen ferias por culpa de la guerra. No hay nada en qué gastar el dinero. -Frunció el entrecejo-. Supongo que podría mandar llamar a la costurera para que me hiciera un vestido nuevo. No creo que Cato sea tan avaro como mi padre. -Recordó cómo aquél aceptó con indiferencia el barato traje de novia, lo que añadió una sombra de duda-: Aunque no estoy segura del todo.

-Eso no basta -señaló Portia-. Tú no necesitas un vestido hecho en casa, sino algo exótico. Y por eso necesitamos dinero. ¿Qué tal si empeñamos algo? Joyas, por ejemplo.

Phoebe reflexionó durante un instante.

-Hay algunos anillos que eran de mi madre. -Sabía que debía encontrar horrorosa, casi malvada, la idea de empeñar los anillos, pero por alguna razón no afloró de su interior ni siquiera una pizca de mala conciencia.

-Bien. -Portia saltó de la cama-. Vamos a ver, ¿cuál es la ciudad importante más cercana? No conozco la zona.

-Bicester o Witney. Pero, ¿cómo llegaremos allí? -A caballo, desde luego. ¿Cómo si no?

A Phoebe se le ocurrieron varias objeciones a ese plan. No le gustaba montar a caballo. Tenía que llevar escolta militar, pues en aquellos tiempos nadie recorría los caminos desarmado, por lo que a Cato habría que hablarle de la excursión sin revelarle su finalidad. Aun así, él sospecharía, y entonces las cosas se complicarían mucho y a ella probablemente se le escaparía algo. No obstante, se le había desatado su imaginación, y la perspectiva de llevar a cabo algún tipo de acción era demasiado embriagadora como para abandonarla a causa de ciertos detalles nimios.

-Montaré a la grupa de tu caballo, y podemos llevar como escolta a hombres de Decatur para así no tener que contarle nada a Cato. Al ama de llaves le diré tan sólo que vamos a dar un paseo. De todas formas, está acostumbrada a verme salir a todas horas. Nadie sospechará nada, siempre y cuando hayamos regresado antes de que anochezca.

Portia asintió mostrando su aprobación.

-Ve a buscar los anillos y yo preguntaré a Olivia si también quiere venir.

Ante la idea de la excursión, Olivia se mostró tan apasionada como Phoebe.

A sus dieciséis años, sus visitas a la ciudad habían sido escasas y con largos intervalos de tiempo entre cada una de ellas.

-Creo que deberías llevar un vestido de terciopelo -anunció-. Te-terciopelo negro. O algo muy oscuro.

-¿Desde cuándo te interesan esas cosas? -inquirió Portia, sorprendida.

Olivia reflexionó un instante.

-Pues la verdad es que no lo sé -respondió; parecía tan sorprendida como Portia-. Por lo visto, simplemente es así. Pero tengo razón, estoy segura.

-Sí -coincidió Portia, contemplando a Phoebe con atención-. Creo que sí.

6

Phoebe rechinó los dientes cuando un criado la ayudó a subir a la almohadilla de la grupa, detrás de Portia. Todo era por una buena causa, se dijo a sí misma. Y siguió repitiéndoselo durante todo el trayecto a Witney, a unos ocho kilómetros de distancia. Portia no hizo concesiones a los temores de su pasajera y dio rienda suelta a la yegua por la llanura.

Llegaron al pequeño mercado justo después de mediodía y dejaron los caballos y a su escolta en el patio de los establos del Mano y Tijeras. Por una vez, Portia llevaba la blusa de montar sobre los pantalones, pero eso no limitó su larga y ágil zancada cuando se pusieron en marcha en busca de las bolas doradas que revelarían la ubicación de una casa de empeños.

Phoebe se asombró de ver que se comportaba como si hiciera esa clase de cosas de manera habitual. Parecía empujada por un impulso que surgía de la nada, estimulante e irresistible. Entró en el local en penumbra, desenvolvió el pañuelo de seda que contenía los anillos, y depositó su pequeño tesoro sobre el agrietado mostrador de pino.

-Quiero veinte guineas por ellos -se oyó decir a sí misma, con toda frescura.

-¿Ah, sí? -El hombre de la casa de empeños la miró de hito en hito a través de su

monóculo. Se preguntaba qué apuros habían llevado hasta su puerta a aquellas tres jóvenes, a todas luces de buena familia, muy distintas de sus clientes habituales. Parecían muy dueñas de sí mismas, yen absoluto suplicantes. La muchacha morena se paseaba de un lado a otro de la tienda examinando los artículos con un porte de resuelta curiosidad. La alta pelirroja estaba apoyada en la puerta, con los brazos cruzados, serena como si el lugar le perteneciera.

Centró su atención en los anillos. El engaste era anticuado, pero sólo los aros valían ya mucho más de veinte guineas. No entendía por qué la joven no había pedido más. Mientras procedía a realizar su examen, Phoebe tamborileaba con los dedos en el mostrador con obvia impaciencia, y el hombre llegó a la singular conclusión de que ella había fijado la cantidad que quería y no tenía el menor interés en conseguir más. No se hallaba en ningún aprieto, pensó. La gente que está en apuros se comporta de manera muy distinta. Todo era de lo más curioso.

Sin embargo, tras la inspección se limitó a asentir y abrió un cofre con remaches de plata. Sacó de él veinte guineas y se las dio a la joven sin decir una palabra.

-Gracias. -Phoebe tomó las monedas y se las metió en el bolsillo. Acto seguido fue hacia la puerta-. Vamos, Olivia. No tenemos mucho tiempo.

-Quería encontrar un papar de brújulas -dijo Olivia. Pero abandonó su búsqueda y siguió a Portia y Phoebe fuera de la tienda.

Hallaron el taller de una modista a mitad de camino de la calle principal. Phoebe miró por la ventana entornando los ojos.

-Nunca me he comprado un vestido de confección -dijo, cuando la asaltó el primer momento de duda desde que se hubo iniciado la expedición. Pero Portia ya estaba franqueando la puerta a grandes zancadas.

La costurera se apresuró desde la trastienda al oír el tintineo de la campanilla; parecía que hubiera encontrado un tesoro escondido.

-¿Qué se os ofrece, señoras? -Por sus atuendos y su actitud, estaba claro que eran señoras, si bien resultaba extraño que no fueran acompañadas.

-Lady Granville quiere comprar un vestido -anunció Portia, señalando a Phoebe con un gesto-. Le gustaría llevárselo a casa esta misma tarde, así que desearíamos ver lo que tenéis.

La costurera observó a Phoebe con atención. Y lo que vio fue una voluptuosa joven que llevaba un raído vestido que no le quedaba nada bien, lo que le llevó a revisar sus expectativas. Algo elegante y caro no parecía lo más indicado. Se escabulló en el cuarto de coser y reapareció al cabo de unos minutos con varios vestidos de tonos pálidos, todos con finos cuellos de encaje que cubrían el pecho casi hasta la garganta. Los dejó sobre una silla.

Phoebe sintió una profunda decepción.

-No, no se trata de esto -dijo Portia-. Queremos un vestido que saque partido de todas sus cualidades.

Phoebe estaba tan poco acostumbrada a pensar que tuviera alguna cualidad que se sintió azorada, imaginando que la mujer se estaría preguntando de qué demonios hablaba Portia. De nuevo pensó que aquello no era buena idea.

Sin embargo, la mujer, que de inmediato pareció alegrarse, asintió dando una vuelta alrededor de Phoebe.

-Sí, una pequeña y preciosa silueta, ya lo creo, señora. Aprecio en vos un toque de Rubens. Vestiros será un placer.

-¡Oh! me gusta éste. -Olivia, con su habitual y desenfadada curiosidad, se había extraviado por la trastienda y apareció con un vestido de seda anaranjada ribeteado en negro-. Es precioso, ¿no? -Lo sostuvo en alto.

-Con vuestro cabello negro, el color os favorecería, señora -dijo la costurera-. Pero para lady Granville es demasiado llamativo.

-¿De veras? -exclamó Phoebe con disgusto-. Sí, es muy... muy atrevido. Pero quiero que el vestido sea atrevido -afirmó cuando sus ideas acabaron de tomar forma.

-Bravo. -Portia aplaudió con discreción.

La costurera se acarició la barbilla, justo en el lugar de donde brotaban unos cuantos pelos que tenían hechizada a Olivia.

-Azul -declaró-. Azul oscuro a juego con los ojos. Tengo el vestido ideal. Se hizo para el ajuar de una clienta, pero, ¡ay, pobre señora!, su prometido cayó muerto en Naseby y ella no tuvo ánimo para tomar nada del ajuar. -Se volvió y de nuevo desapareció en la trastienda.

-Ojalá yo pudiera co-comprar éste. -Olivia sostenía el vestido naranja junto a ella y se miraba en el espejo.

-Te queda bien, desde luego, pero no creo que debamos darle a Cato demasiadas sorpresas de golpe -apuntó Portia.

-¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿Intentando sorprender a mi padre? -Olivia se volvió despacio-. ¿Por eso Phoebe no quiere un ve-vestido hecho en casa?

-Eso mismo -contestó Portia-. Hay que sorprender a los hombres de vez en cuando. Les conviene.

Olivia era incapaz de imaginar a su padre sorprendido, pues solía ejercer un gran control sobre todo. Si había que repartir sorpresas, el reparto lo haría él. O al menos eso había pensado ella siempre.

-Bien, probaos éste, lady Granville. -La costurera regresaba a toda prisa. Sostenía un traje de terciopelo azul muy oscuro. Era tan oscuro, y la tela tan suntuosa, que rielaba a la luz de la lámpara de aceite que colgaba del techo bajo.

-¡Oh! -exclamó Phoebe casi sin aliento. Tocó el vestido, rozando el terciopelo con la punta de los dedos-. Es como un río.

Portia ya estaba desabrochando el estampado de bombasí de Phoebe. Le cayó a los pies, salió de él y lo apartó impaciente de un puntapié.

La modista le colocó el terciopelo por la cabeza y se lo abrochó a la espalda con manos expertas. Después le arregló la falda, que formaba un bucle sobre la saya de seda azul estampada.

-Fíjate en esto -dijo Portia-. Verdaderamente espectacular.

-Sabía que tenía razón -dijo Olivia, satisfecha.

Phoebe se acercó al espejo y quedó boquiabierta. El pecho, blanco cremoso, asomaba por un escote tan bajo que casi se le veían los pezones. En la parte de atrás se alzaba un almidonado collar bordado que le enmarcaba la cabeza, acentuando de algún modo la desnudez del pecho. El ve[s]tido iba ceñido por debajo del busto con una faja de seda trenzada y caía en exuberantes pliegues que acariciaban sus redondeadas caderas.

-No parezco yo -manifestó Phoebe-. Pero es escandaloso. Se me van a salir los pechos.

-No, eso no sucederá, mi señora -le aseguró la costurera-. De todas formas, hay que hacer unos pequeños arreglos. Las mangas son un poco largas, y también la falda. Si me lo dejáis una hora, os lo devolveré listo. -Llevaba sujeto a la muñeca un acerico y mientras hablaba iba prendiendo alfileres y formando pliegues.

-¿Cuánto cuesta? -preguntó Phoebe. La incertidumbre se mezclaba con el júbilo. Parecía una libertina. Cato se horrorizaría. No obstante, estaba fascinada por la nueva imagen de sí misma. Quizá libertina, pero sin duda también elegante. Nunca había notado lo blancos

que eran sus pechos, o lo profunda que era la hendidura entre ambos. Su cintura no quedaba definida por el vestido y, por alguna razón, gracias a ello parecía más estrecha de lo que ella sabía que era. Debía tratarse del contraste entre la redondez de los pechos y la curva de las caderas.

-Diez guineas, mi señora. -La costurera estaba de rodillas fijando el dobladillo de la saya.

-Eso significa que puedes comprar dos -señaló Portia haciendo gala de su sentido práctico.

-¡No! -exclamó Phoebe, y acto seguido, casi espontáneamente, añadió-: A menos... Bueno, a no ser que la pobre señora...

-Tengo el vestido ideal, mi señora. -La costurera desapareció otra vez en la trastienda y

regresó con un traje de seda rojo oscuro-. Ideal para vos -repitió, sosteniendo la prenda en alto para su inspección-. Y os lo puedo dejar en diez guineas.

-¡Oh! sí -murmuró Phoebe-. Qué color más maravilloso.

-Desde luego parece que te queda bien -manifestó Portia.

Phoebe lanzó una mirada a Olivia, que la examinaba con los ojos muy abiertos.

-¿Qué tal éste, Olivia?

-Creo que si quieres sorprender a mi padre, sin duda lo vas a lograr -respondió Olivia-. Con a-ambos vestidos. -Vaciló y después preguntó todavía un tanto indecisa-: Pero ¿por qué deseas hacerlo? -Tenía la sensación de que había secretos que no compartía con ella.

Las otras dos intercambiaron una mirada. Portia habló:

-Espera a que estés casada, cariño. Entonces lo comprenderás.

-Yo no me casaré nunca -advirtió Olivia.

-¿Crees que hay muchas posibilidades de que eso ocurra, Phoebe? -preguntó Portia con una mueca socarrona.

-Mínimas -contestó Phoebe al instante-. Mira lo que nos ha pasado a nosotras.

-A mí no me pasará -insistió Olivia-. Mi padre no me obligará a ello como a ti, Phoebe, y jamás voy a enamorarme como Portia, así que no me casaré. -Les dirigió una mirada como si las desafiara a contradecirla.

Portia rió entre dientes.

-No, por supuesto que no.

Phoebe se volvió para mirarse al espejo. Contempló su imagen embutida en el vestido de terciopelo azul casi con temerosa admiración.

-¿Me atreveré? -musitó.

-Quien no arriesga no gana -contestó Portia-. Es de veras precioso. Pero... -Sonrió burlona-. Eres una persona diferente. Ahora has de pensar en los juegos que lo acompañan.

-juegos?... ¿Qué juegos? -inquirió Olivia.

-Si no vas a casarte nunca, nunca tendrás que saberlo -dijo Portia con otra sonrisa socarrona.

Phoebe se volvió para que la costurera pudiera desabrocharle el vestido por detrás.

-Yo tampoco sé exactamente qué quieres decir. -Su voz quedaba amortiguada por el terciopelo mientras le sacaban el vestido por la cabeza.

Se quedó quieta en tanto le colocaban el vestido de seda roja. Se miró en el espejo inclinando la cabeza a un lado y sofocó un grito de alborozo olvidándose por momentos de todo el asunto de los juegos.

-¡Oh, es espléndido! No sé cuál de los dos me gusta más. Pero, ¿no crees que parezco una furcia?

-Las furcias son muy elegantes -dijo Portia categórica-. Vamos a la posada a comer algo; tengo un hambre canina. Después regresaremos a recoger los vestidos.

Phoebe se enfundó a toda prisa en el viejo vestido con cierto alivio por la vuelta a la normalidad. Portia y Olivia agarraron a Phoebe del brazo y la llevaron de nuevo a la calle antes de que se lo pensara demasiado.

Los hijos de Rufus Decatur se inclinaron ante Cato al cruzar el salón.

-¿Dónde está Portia? ¿Sabéis dónde ha ido? -vociferaron a coro.

-No tengo la menor idea. ¿Cuándo la visteis por última vez? -Los miró con una vaga sonrisa, pensando que pese a su ingobernable desaliño, eran un atractivo par de pillos.

-¡Oh! hace siglos -le informó Luke-. Salió con Phoebe y Olivia a caballo y dijo que regresaría pronto. Pero aún no ha llegado.

-¿A caballo? ¿Montadas a caballo? ¿Phoebe se subió voluntariamente a un caballo? -Cato arqueó las cejas-. ¿Dijeron dónde iban?

-No se nos ocurrió preguntarlo -respondió Toby meneando la cabeza.

-Bueno, no habrán ido demasiado lejos. -Cato miró por la ventana que había junto a la puerta principal. Caía la tarde-. Preguntaré en los establos si le dijeron a alguien dónde iban.

Se dirigió a la puerta, los dos niños siguiéndole al trote de cerca. Juno por delante, moviéndose a saltos, animosa.

-Nosotros también vamos -comunicó Toby. Llegaron a los establos justo cuando el pequeño desfile entraba al trote. Cato comprobó satisfecho que los tres hombres de Decatur que las acompañaban iban bien armados, pero se preguntó por qué no habían elegido una escolta *formada* por hombres suyos.

-¿Dónde habéis estado? -preguntaron los niños con ansia.

Phoebe iba aferrada a la cintura de Portia, y cuando ésta desmontó, dejo escapar un débil chillido de espanto y se agarró a la perilla.

¡Portia, no me dejes aquí arriba! ¡Esta bestia se me llevará!

-No seas ridícula, Phoebe -la regañó Cato, que alargó la mano para soltarla de su asidero-. Vamos, suéltate.

Phoebe lo hizo al instante y se echó en sus brazos, tan de súbito que él trastabilló hacia atrás para luego recuperar el equilibrio.

-¡Oh! gracias por agarrarme -dijo ella.

-No tenía demasiadas opciones -observó él, conciente de los redondeados brazos que le ceñían el cuello y del acelerado aliento de Phoebe que sentía, como un susurro, en la mejilla.

La dejó en el suelo, aunque por un momento mantuvo una mano en su hombro.

La miró con un destello burlón en los ojos.

Cato estaba lo bastante cerca de Phoebe para ver las pequeñas arrugas en torno a sus ojos, y ella podía oler el cuero y el humo en la piel de lord Granville.

Portia habló alegre sobreponiéndose a los agitados ladridos de Juno y al insistente vocerío de los pequeños.

-Yo quería visitar algunos de los pueblos circundantes, señor. No conocía esta parte del mundo, y en cuanto dejó de llover me pareció una buena ocasión.

Los hombres de Decatur no iban a contradecirla. Cato separó la mano del hombro de Phoebe y empezó a alejarse.

-¿Cuánto tiempo vais a quedaros, mi señor? -Phoebe recuperó la voz. El se detuvo y la miró.

-Algún tiempo -respondió-. Ahora que Basing House se ha rendido, estaré una temporada trabajando con Cromwell en el cuartel general. Las próximas semanas no hará falta que pase tanto tiempo fuera de casa.

El corazón de Phoebe dio un brinco. Ahora nada le impedía poner en práctica los consejos de Portia. Sus ojos volaron al paquete, sujeto todavía a la silla de su amiga.

Después atrajo la mirada de Portia. Esta le guiñó el ojo como si le leyera los pensamientos, y Phoebe alzó el mentón a modo de respuesta. Quien no arriesga no gana.

-Tienes que hacerte algo en el cabello -dijo Portia más tarde, mientras daba vueltas alrededor de Phoebe como un tigre ante su presa-. Con esta cinta pareces demasiado recatada e inocente. No pega con el vestido.

Phoebe tomó la gruesa mata que le caía por el cogote y la llevó a lo alto, trenzándola en una especie de moño.

-¿Así?

-Sí, eso es. -Portia revolvió en la pequeña caja del tocador-. Aquí sólo hay horquillas. Lo que en realidad necesitas son algunas peinetas que lo mantengan en su sitio. De plata, si puede ser.

-¡Oh! yo tengo algunas -señaló Olivia-. Eran de mi madre. Nunca las he llevado. No sé si recordaré dónde están.

-Bueno, ve y mira, tesoro.

Librodot

Olivia se fue a toda prisa, y cuando la puerta se cerró tras ella, Phoebe dijo:

-Portia, tengo miedo. Diana jamás llevó un vestido como éste. Siempre iba muy elegante. Esto no es muy elegante, ¿verdad?

Portia reflexionó al respecto con la cabeza ladeada.

-Diana no podría haberlo llevado -sentenció por fin-. Es otra clase de elegancia, sólo puede lucirlo alguien con tu tipo.

Phoebe no estaba segura de si eso le daba más confianza, pero el regreso de Olivia con las dos peinetas de plata adornadas con diminutos zafiros la distrajo.

-Olvidé que tienen zafiros -indicó Olivia-. Adquirirán el co-color del vestido. ¿Quedará bien, verdad?

-Quedará perfecto -admitió Portia tomándolas de sus manos-. ¿Quieres que te lo haga yo, Phoebe?

-¡Oh! sí, como quieras. No soy muy hábil con el pelo. Haga lo que haga con él, nunca logro mantenerlo en su sitio.

-No soy una experta precisamente, pero lo intentaré. -Frunciendo el ceño concentrada, Portia colocó las peinetas en el grueso moño y después retrocedió-. Esto debería bastar. ¿Cómo te lo notas?

Phoebe movió la cabeza con tiento.

-Como si fuera a venirse abajo en cualquier momento.

-Bueno, no muevas mucho la cabeza-sugirió Olivia.

-No puedo estar sentada como un maniquí durante toda la cena. He de mover la cabeza para comer. Aunque no creo que sea capaz de tragar nada -añadió.

Sentía cosquillas en el estómago como si se hubiera instalado en él un enjambre de abejas.

Portia agregó unas cuantas horquillas más a su obra.

-Ahora tiene que funcionar. Seguro que aguantará -dijo.

-Deberíamos ba-bajar. -Olivia se dirigió a la puerta-. Son casi las seis.

El reloj daba las seis cuando Cato salió de su despacho. Al cruzar el gran salón alzó la vista a las escaleras y se detuvo en seco. Bajaban Portia, por una vez vestida de mujer, su hija y alguien más. Lo primero que pensó fue que iban a presentarle alguna invitada desconocida y, entonces, miró con atención.

-¿Phoebe? -Se acercó al pie de las escaleras. Phoebe notaba que el corazón le latía con fuerza y que le temblaban las piernas, pero siguió bajando.

-Espero que no os hayamos hecho esperar para la cena, mi señor.

-¿Phoebe? -repitió Cato, estupefacto.

Su esposa llevaba un vestido de lo más inadecuado. No había visto nunca otro igual. No, no podía ser cierto. Había visto mujeres de la corte vestidas con aquella descarada sensualidad. Pero jamás a una de sus esposas.

Lanzó a su sobrina una mirada ofendida. Seguro que era culpa de Portia. Phoebe nunca habría elegido aquel vestido por sí misma.

Antes de poder ordenar sus ideas, de empezar siquiera a expresarse, un criado cruzó el salón hacia el comedor con una bandeja llena, y de la zona de la cocina surgió el mayordomo, el marido de la formidable señora Bisset.

-Mi señor, la cena está servida.

Cato no podía decir nada ante los sirvientes.

-Gracias, Bisset. -Caminó con grandes zancadas hasta el comedor, abrió la puerta y la aguantó para que pasaran Phoebe, Portia y Olivia.

La falda azul oscuro de Phoebe rozó a Cato al ondularse el flexible terciopelo. Los ojos de él se posaron en la profunda hendidura entre los pechos. Alcanzaba a ver la borrosa sombra de los pezones justo debajo de la línea del escote.

Portia tomó asiento con un gesto tan modoso e impropio de ella que Olivia por poco se atragantó al contener la risa con la servilleta. Después dirigió una furtiva mirada a su padre,

Librodot

preguntándose qué estaría pensando. Era difícil saberlo. Mostraba la misma disciplinada expresión de siempre, pero en sus ojos pudo apreciarse algo singular, una especie de conmoción, al ofrecerle la silla a Phoebe en el extremo de la mesa antes de tomar él asiento en la cabecera.

Sin duda el vestido de Phoebe le había sorprendido, consideró Olivia. No podía ser de otra manera. Pero era difícil saber si le gustaba o no. Echó una mirada a Portia, que le devolvió un lento guiño antes de que lord Granville le ofreciera solícito la jarra de vino. Para Portia era evidente que, pese a su aspecto, el marqués tenía una acuciante necesidad de sobreponerse.

También era obvio que los criados estaban fascinados por la nueva imagen de lady Granville.

-Podéis dejarnos -le dijo Cato con brusquedad al mayordomo-. Nosotros mismos nos serviremos.

El mayordomo se inclinó y metió prisa a los sirvientes para que salieran de la estancia. Cato observó a Phoebe por encima del borde de la copa. No podía menos que fijarse en cómo la luz de las velas arrojaba un rosado resplandor sobre la carne blanca y cremosa de sus pechos. El alto cuello en la espalda resaltaba la lisa superficie de su garganta. Las mangas del vestido estaban hinchadas, y fajadas con terciopelo azul más pálido; acababan justo por debajo del codo en tres capas de volantes blancos.

Cato advirtió, gracias al vestido, los redondeados hombros de Phoebe. Los antebrazos que surgían de los volantes tenían un contorno lleno de gracia. Era como si Phoebe se acomodara de forma distinta. En lugar de encorvarse como si quisiera protegerse todo lo posible de las miradas ajenas, estaba sentada con los hombros hacia atrás, la cabeza alta, la espalda erguida.

Phoebe fue consciente de que, durante la cena, Cato no apartó los ojos de ella. Incluso cuando hacía cualquier trivial comentario a Portia u Olivia, lanzaba su mirada hacia Phoebe, un destello reflexivo de oscuras profundidades. Ella quería su atención, y desde luego la tenía.

Phoebe estaba tan concentrada en no derramar nada sobre el vestido que no reparó en que su peinado comenzaba a desmoronarse. Al principio se le salieron pequeños mechones, después notó que uno de los gruesos rizos del moño empezaba a escapársele de la peineta. Alzó una mano dubitativa y trató de devolver la peineta a su sitio, pero su cabello tenía vida propia y saltaba como un muelle. Cuanto más lo tocaba, más se le soltaba.

Se ruborizó, agarró la copa, tomó un apresurado sorbo de vino y se atragantó. Tosiendo y farfullando en su servilleta, maldijo su torpeza. Al final, ésta siempre la traicionaba.

Cato dejó su servilleta en la mesa, apartó la silla y se acercó a Phoebe. Le dio unas palmadas en la espalda hasta que remitió el ataque de tos y después le llevó la copa a los labios.

-Esta vez bebe más despacio.

Ella estaba tan furiosa consigo misma que casi le arrebató la copa de las manos. Tras el violento acceso de tos, el cabello le caía ya libremente por la parte posterior del cuello. Tuvo ganas de gritar de fastidio.

-Quédate quieta un momento -le ordenó Cato con delicadeza, y con dedos rápidos y diestros le aseguró nuevamente el moño e introdujo las peinetas de plata adornadas con zafiros. Le resultaron conocidas, y se detuvo un instante con gesto algo hosco. Entonces recordó. Debían de ser de Nan. Seguramente Olivia se las había dado a Phoebe. Desde luego, Nan iba siempre radiante, sin un solo pelo fuera de sitio.

Mientras las manos de Cato manipulaban su cabello a conciencia, Phoebe sintió como si le prendieran fuego; su aliento se le quedó trabado en los pulmones. Sólo cuando él retiró las manos y regresó a su sitio, pudo ella respirar de nuevo.

Cato nunca la había tocado antes con semejante intimidad. No podía denominarse «íntimo» el acto rápido y distante de su lecho matrimonial. Phoebe miró de reojo a Portia, que arqueó una ceja mientras seguía desespinando con soltura una trucha de río.

Cato hizo sonar la campanilla para el segundo plato. Estaba impaciente por tener a Phoebe para él solo. Antes de decirle lo que pensaba de la inconveniencia de su atuendo, quería alguna explicación. En especial, cuánto había pagado por el vestido. Había evaluado la calidad del terciopelo y los encajes y tenía una idea aproximada del precio. Y, además, su atrevido corte dejaba a las claras su elegancia, y la elegancia no era barata.

Se reclinó en la silla tallada, tamborileando con las uñas sobre la brillante madera de cerezo mientras los criados retiraban los platos y dejaban en la mesa un pastel de carne de venado fermentada, tarta de manzana, compota de ciruelas y una cesta con pastelillos de setas.

La impaciencia del marqués durante el segundo plato se hizo cada vez más evidente, y fue un alivio cuando decidió que ya era hora de dar por finalizada aquella interminable cena. Retiró la silla rascando el entarimado y se puso en pie. Era la señal para que el resto de comensales dejaran sobre la mesa tenedores y cucharas, hubieran terminado o no.

-Perdonadme, pero tengo cosas que hacer -dijo-. Si queréis seguir con la cena, por favor hacedlo.

Se volvió a su esposa.

-Phoebe, si haces el favor, me gustaría tener *unas pa*labras contigo.

-Sí... Sí, por supuesto, mi señor. -Phoebe se levantó al instante.

Cato inclinó la cabeza en agradecimiento y se dirigió a la puerta. La sostuvo abierta y, cuando ella pasó, le dijo en un susurro:

-Para esto mejor que vayamos arriba.

Phoebe notó un ligero estremecimiento de temor. Cato era la viva imagen de un juez a punto de colocarse el birrete.

7

Cato acompañó a Phoebe escaleras arriba. Ella percibía la tensa impaciencia en el cuerpo de su marido mientras caminaba tras él. Sintió un hormigueo en la piel cuando Cato le puso la mano en el brazo para conducirla por el pasillo que, desde lo alto de la escalera, conducía al ala este y al dormitorio que Phoebe aún entendía que pertenecía sólo a Cato; un lugar en el que ella era sólo una invitada.

Cato se inclinó sobre el hombro de Phoebe para abrir, y ésta notó su aliento en la mejilla al levantar el pestillo y empujar la puerta. Se le erizó el fino vello de la espalda. La habitación, iluminada con la luz de las velas, el fuego de la chimenea, un vivo resplandor, las cortinas de las ventanas, corridas contra la noche. El asa de un calentador asomaba al pie de la cama. Pronto aparecerían las doncellas y lo retirarían.

Phoebe pensaba en ello al tiempo que captaba los familiares detalles de la estancia como si estuviera situada en otro plano. Parecía tener el cuerpo separado de su mente.

Cato cerró la puerta con calma y apoyó la espalda en ella. Observaba a Phoebe guardando un ceñudo silencio que a ella le pareció que se extendía una eternidad. Sin reparar en lo provocativo de la postura, ella echó los hombros hacia atrás, apoyó las manos en las caderas, y se quedó mirando a Cato de frente desde el otro extremo de la habitación.

La curva de la cadera bajo los sensuales pliegues del traje atrajo la atención de Cato. Se frotó distraídamente la nuca. ¡Vaya fastidio de vestido!

-¿No os gusta mi vestido, señor? -Phoebe rompió el silencio cuando ya no pudo aguantar más.

-De momento me interesa más saber dónde lo has comprado y cuánto te ha costado -dijo Cato con brusquedad-. Eso suponiendo que lo hayas pagado tú -añadió arqueando una ceja.

Era el tono y el gesto que Phoebe detestaba. Severo pero burlón. Hubiera preferido un enfado diario. Sintió que se le subían los colores y con una inconsciente altivez dijo:

-Lo he pagado de mi bolsillo, señor.

-¿Cómo? -preguntó él-. Nunca me has pedido dinero. Todos tus deseos y necesidades se satisfacen dentro de la casa. Aparte de cintas y horquillas..., artículos de buhonero. -E hizo un gesto de rechazo-. Si necesitas dinero, sólo tienes que pedirlo. Pero dado que no es así, deberás perdonarme la curiosidad. -El tono sarcástico era más acusado.

-Si os hubiera pedido dinero, habríais querido saber para qué era -señaló Phoebe-. Quería sorprenderos.

-¡Por todos los demonios! -Cato se pasó aturdido la mano por el cabello-. ¿Por qué voy a aguantar sorpresas? ¡No me gustan las sorpresas!

¡Oh!... -exclamó Phoebe un tanto asombrada-. A la mayoría de la gente le gustan... Al menos las sorpresas agradables.

-¡Por favor, contesta la pregunta!

-¡Oh!... Bueno... Yo tenía dinero -manifestó-, de mi padre. -La posibilidad daba risa, pero aun así era un intento indirecto y al azar de decir la verdad.

Cato frunció el entrecejo. No parecía probable. Lord Carlton, como padre tradicional que era, le habría informado si le hubiera dado dinero a su hija como regalo de boda antes de dejarla bajo el techo del esposo. Se le ocurrió otra explicación.

-¿Te dio Portia el dinero? -No permitiría que su esposa aceptara caridad de Decatur. De repente, sus oscuros ojos ardían, se le apreciaba en la sien un diminuto latido. Phoebe negó con la cabeza.

-No, no. De hecho no, mi señor.

-No me vengas con cuentos sobre la generosidad de tu padre -dijo él con brusquedad-. Por favor, la verdad. Por lo visto, no había más remedio.

-Empeñé unos anillos de mi madre.

Cato le clavó su mirada.

-¿Tuviste tratos con un prestamista?

-Fue muy fácil y discreto -aclaró ella. Al decir esto esperaba que sus palabras sonaran tranquilizadoras-. En Witney nadie nos vio. Tardamos sólo un momento.

¡Por el amor de Dios, Phoebe! Si necesitabas otro vestido, ¿por qué no te lo hicieron aquí, en casa?

-Aquí no me habrían hecho uno como éste. -Phoebe exhibía el ademán de quien está afirmando algo obvio-. Ellen no sabe nada de ropa elegante. ¿Y por qué iba yo a querer otro vestido rústico?

-¿Y por qué no? -inquirió Cato-. ¿Cómo has sido capaz de comprarte un vestido que parece propio de una cortesana del rey? No creo que tengas la menor idea de lo que es el decoro.

-Entonces, ¿de veras no os gusta, mi señor? -Phoebe se volvió despacio, con las manos apoyadas en las caderas, dejando que la falda se moviera suelta alrededor, la exuberante tela oscura rielando a la luz de las velas.

Cato se pasó la mano por la boca. Casi sin poder evitarlo murmuró:

-Cada vez me gusta más. -Lamentó al instante haberlo reconocido.

Con el rostro encendido, Phoebe se dio la vuelta para quedar frente a él.

-¡Lo sabía! ¡Era una buena sorpresa, admitidlo, mi señor!

Cato reparó en que aquella exasperante, impredecible y desordenada chica había segado la hierba bajo sus pies. Si ella no se hubiera mostrado tan triunfante, con ese satisfecho alborozo, él podría haberse dejado engatusar. Pero ahora no iba a darle a Phoebe el gusto de verle forzar una sonrisa. En todo caso, le parecía que era una reacción del todo insana. Phoebe había visitado a un prestamista, por el amor de Dios. De modo que habló intentando que su voz sonara hiriente.

-No es... Repito... No es un vestido adecuado para ti. Y es del todo inapropiado para la tranquila vida que llevamos aquí en el campo. No tienes por qué vestirte como si fueras a la corte. -Dio media vuelta y se dirigió a la puerta-. Tengo cosas que hacer... Mensajes que enviar al cuartel. Vendré más tarde a acostarme.

Cuando la puerta se cerró, Phoebe permaneció inmóvil en medio de la habitación.

Por fin él se había fijado en ella. Por una vez, y sin lugar a dudas, la había visto como mujer. Cato se había enfadado, pero era un pequeño precio a pagar.

-Me siento igual que una estaca cuadrada clavada en un agujero redondo -se quejaba al día siguiente Phoebe a su amiga Meg, la herborista, al tiempo que arrancaba ramitas de tomillo fresco para secarlas-. ¿Por qué Cato está tan empeñado en mantenerme en el molde que ha diseñado para mí si hasta un ciego vería que no encajo en él?

La señora Meg apretó los labios.

-Hombres -dijo, como si el género masculino al completo fuera culpable de todos los males del mundo.

Era unos diez años mayor que Phoebe. Era una mujer alta, morena, de tez oscura como las bayas debido a los muchos días pasados en los bosques recogiendo hierbas y raíces para su negocio. Las arrugas de la risa surcaban su piel en torno a los ojos gris claro. Meg no se sorprendía por nada y contemplaba las extravagancias de la vida con un retorcido sentido del humor. Dispensaba ideas y medicinas a partes iguales a todo aquel que llamara a su puerta. Era la confidente y consejera en quien más confiaba Phoebe.

Aguardó esperando que Meg ampliara su comentario. Al ver que no decía nada más, preguntó:

-Sí, pero ¿qué pasa con ellos?

Meg removió la olorosa marmita de hierbas, colocada al fuego sobre unos trébedes.

-En general, el macho de la especie es una criatura desgraciada -declaró-. Por lo común, esa alma pobre e ignorante no ve más allá de sus narices, pero al menos eso le salva de saber lo que se pierde.

-Qué dura eres -objetó Phoebe ahogando una risita-. Y eso que nunca ha habido un hombre en tu vida.

-Eso es -dijo Meg con tranquilidad-. Yo practico con el ejemplo. Ningún hombre va a decirme lo que puedo hacer y lo que no, como si estuviera amparado por algún derecho divino. La mayoría de ellos son unos fanáticos de miras estrechas. Intolerantes, acomodaticios, convencionales...

-¡Oh, basta! -gritó Phoebe alzando los brazos a modo de protesta-. Cato no es así.

-¿Ah, no? -Meg la observó incrédula-. Cato tiene una imagen de lo que ha de ser una esposa y no admitirá nada que se aparte de ello. Tú misma lo has dicho.

Un gato negro con una sola oreja saltó al regazo de Phoebe lanzando un exigente maullido, y ella obedeció la orden hundiendo los dedos en la profunda acanaladura de la parte posterior del cuello, acariciándolo espalda abajo. El gato ronroneó extático y arqueó el lomo contra los dedos de Phoebe.

-Sí, es verdad -admitió Phoebe-. Pero no es estúpido, Meg.

-¡Ah! ¿crees que puede aprender? -preguntó Meg en tono burlón-. Entonces será un caso singular. Créeme, los hombres son demasiado arrogantes y pagados de sí mismos para cambiar de mentalidad con respecto a nada. ¿Por qué deberían hacerlo? Lo han dispuesto todo exactamente del modo que querían.

-¡Oh! estás cargada de prejuicios -dijo Phoebe. Con su nada lisonjera opinión sobre el género masculino, a Meg resultaba bien sencillo entenderla. Phoebe la contempló con curiosidad-. ¿Algún hombre te hizo daño o algo así?

Meg negó con la cabeza.

-Jamás les di ocasión. -Se puso en pie y alargó la mano hasta el estante de las hierbas que se secaban al fuego. Eligió varias briznas, las arrojó a la marmita y volvió a remover su contenido lenta y rítmicamente.

Phoebe tiró distraída de la única oreja del gato. Había conocido a Meg cuando ésta llegó a Woodstock, después de que Cato hubiera adquirido su mansión. Todo el mundo la conocía

simplemente como señora Meg. Era muy reservada respecto a sus orígenes y su familia, pero su habilidad para diagnosticar dolencias y su talento como herborista hicieron que muy pronto gozara de gran consideración en el pueblo, pese a los ocasionales rumores sobre la extrañeza que suponía que una mujer sola se burlara de las convenciones y viviera independiente, sin hombre alguno. Había quienes la llamaban bruja, pero Meg se reía de esas supersticiones y seguía con su quehacer, administrando consejos prácticos y pócimas.

Las artes de la herboristería fascinaban a Phoebe, que había demostrado ser una dotada aprendiza, captando la franca y útil sabiduría de Meg, incluidos sus consejos para evitar el embarazo.

Phoebe miraba a Meg con curiosidad, reflexionando sobre la misteriosa hostilidad de su amiga hacia el género masculino.

-¿Nunca has sentido pasión? -le preguntó.

-¡Por un hombre! ¡Cielos, no! -Meg meneó la cabeza con expresión horrorizada. Después, mientras removía el mejunje, añadió con calma-: Una vez hubo una mujer.

Desconcertada, Phoebe no pudo mirar a Meg hasta que recuperó el habla.

-¿Una mujer?

Meg sonrió para sus adentros.

-Tal como decíamos, no todo el mundo es igual, Phoebe.

-No... Pero...

-No, pero ¿qué? -En la sonrisa de Meg se apreciaba una pizca de burla.

-Bueno, ¿qué pasó? ¿Quién era ella? ¿Dónde está?

-¡Oh! sucumbió a las convenciones. Cedió ante el poder de un hombre -explicó Meg torciendo el gesto-. Acabó casándose con un campesino y pariendo una carnada de mocosos llorones.

-Lo siento. -A Phoebe no se le ocurría otra cosa que decir.

Meg se encogió de hombros.

-En realidad no fue culpa de Libby. Es difícil ser lo bastante fuerte para resistir el látigo de las convenciones cuando lo esgrimen aquellos que detentan el poder de la coacción.

-Pero tú no has cedido.

-No.

Un fuerte golpe en la puerta rompió el silencio. Phoebe, aliviada por la interrupción, se puso en pie como impulsada por un resorte. El gato negro saltó de su regazo en el mismo instante, expresando que la decisión de abandonar su posición era sólo suya. Al salir disparado, las garras traseras dejaron su marca en los muslos de Phoebe.

Esta abrió la puerta y un rayo de luz matutina iluminó el interior oscuro y lleno de humo de la pequeña choza.

De pie en el umbral había un hombre de edad avanzada vestido con bastas prendas. Parecía preocupado.

-¿Está la señora Meg? -preguntó.

-Sí, pasad. -Phoebe se hizo a un lado para franquear la entrada al recién llegado.

-Buenos días, abuelo. -Meg alzó la vista al tiempo que seguía removiendo el caldero-. ¿Cómo está el pequeño?

-Por eso he venido. -Retorcía su gorra entre las manos-. Cada vez respira peor. Creo que sería mejor que vinieras y echaras un vistazo. Su madre ya no sabe qué hacer.

-Iré enseguida. -Meg se puso en pie y tomó el cesto de raíces que siempre tenía a punto junto a la puerta-. Hasta luego, Phoebe. -Salió a toda prisa por delante de la joven y anduvo a grandes zancadas camino abajo con el viejo casi al trote para poder seguirle el paso.

Phoebe cerró la puerta de la choza, dejó la ventana entreabierta para el gato y abandonó el pequeño claro de bosque.

Recorrió con premura la calle mayor del pueblo. Lo normal habría sido que ella hubiera reparado en el joven que estaba de pie en la puerta de la taberna del Oso. Escaseaban los extranjeros y aparecían muy de vez en cuando, en especial los que vestían ropas tan vistosas.

Pero Phoebe estaba demasiado preocupada por las intrigantes revelaciones de aquella tarde.

Brian Morse vio que Phoebe doblaba la esquina hacia la callejuela que corría paralela al cementerio.

-¿Es ésa lady Granville? -preguntó volviéndose hacia atrás.

-Sí, señor. -El hombre tras el mostrador de la cervecería no alzó la vista del barril que estaba espitando-. Ya os lo dije antes.

Brian se rascó la barbilla pensativo. El mozo ya le había indicado quién era cuando ella atravesó el pueblo una hora antes. El había aguardado a que regresara. ¿Cómo podía ser que aquella criatura andrajosa y regordeta fuera la hermana de la majestuosa Diana? ¿Cómo podía Cato haber tomado por esposa una chica tan poco atractiva?

No obstante, ella era una Carlton, y llevaba consigo todas las ventajas familiares de su riqueza y su linaje. Eso era lo único que interesaba a Cato. Eso y tener un heredero.

Los pequeños ojos castaños de Brian adquirieron un tono más reflexivo. Esa visita a Woodstock tenía como objeto reconocer el terreno. Quería calibrar el estado de las cosas y decidir la mejor manera de entrar en contacto con Cato y su esposa. Quizá la obvia falta de atractivo de la chica pudiera jugar en su favor. Acaso fuera más sensible a las lisonjas, pues era difícil imaginar que se le presentaran muchas ocasiones para recibirlas.

Una vez instalado en casa de Cato, intentaría despertar la simpatía de la joven, implicarla en una pequeña operación secreta que la estimularía, haciendo que se sintiese especial. Era fácil manejar a las mujeres.

Excepto Portia, la bastarda de Jack Worth. El demonio familiar de la humillación se retorció en su intestino, y Morse se volvió hacia el mostrador.

-¡Cerveza! -pidió con brusquedad.

Tomó la jarra revestida de brea y la apuró de un trago largo antes de soltar una moneda y reclamar su caballo. Regresaría a Oxford y trazaría allí los preparativos para entrar en la casa de su padrastro.

Phoebe estaba a punto de trepar por la escalera que, salvando una cerca, conducía a la finca y a la entrada trasera de la casa, cuando le llegó el estruendo de cascos de caballos y el tintineo de bridas. Parecía que un gran desfile bajaba al trote por el helado camino a Oxford. Picada por la curiosidad, se sentó en lo alto de la escalera y esperó a ver quién aparecía doblando la esquina. Supuso que sería un destacamento de las milicias del Parlamento. En el valle del Támesis, aquellos movimientos de tropas eran constantes.

Lo primero que le llamó la atención fue el estandarte que ondeaba al viento. Se alzaba por encima del seto cuando los jinetes alcanzaron la esquina. Era el águila de Rothbury. Rufus Decatur había regresado para recoger a su esposa y sus hijos.

Phoebe se olvidó de todo lo sucedido durante el día. En su impaciencia por esconderse para que Rufus no la viera casi cayó por la escalera. Sabía exactamente cómo quería dar la bienvenida al conde de Rothbury, y su aspecto no era el más idóneo.

Corrió por el campo, arrastrando la capa suelta cuando el dobladillo se enganchó en un espino. Se escuchó un áspero desgarrón, pero Phoebe lo pasó por alto. Cruzó el huerto a la carrera y se precipitó en el interior de la casa por la cocina.

La señora Bisset miró sobresaltada a Phoebe al pasar ésta corriendo por el cuarto ropero, se encogió de hombros y volvió al inventario de las sábanas. En lo referente a la casa, lady Granville era todavía lady Phoebe.

Ya en el dormitorio, Phoebe se arrancó el viejo vestido y 10 arrojó a un rincón. Había agua en la jofaina *y* se echó un poco en la cara y las manos. ¿Cuánto tiempo tenía antes de qué llegaran? Ella había ido a campo traviesa y a ellos aún les faltaría un kilómetro y medio de carretera y otro medio para subir el camino de entrada. Y después todo el frenesí cuando desmontaran. Disponía de unos veinte minutos.

Abrió el armario y sacó el vestido de seda color rojo oscuro. Cato no lo había visto.

Librodot

Pretendía sorprenderle con él en la cena, pero cuánto mejor sería lucirlo para dar la bienvenida a sus primeros auténticos invitados como señora de la casa. No es que Rufus Decatur fuera a reparar en ella de manera especial. No era muy probable que un hombre que prefería que su esposa llevara pantalones de montar apreciara la belleza de la seda de color rojo oscuro. Pero Phoebe no quería impresionar al conde de Rothbury.

Se puso el vestido por la cabeza y forcejeó para abrochárselo por la espalda. Llegaron a dolerle los brazos, pues no paraba de retorcerse y volverse para mirarse en el espejo por encima del hombro, en tanto que lidiaba nerviosa con los diminutos broches. Al fin lo consiguió.

Se alisó los espléndidos pliegues de seda. Eran primorosos, suaves, una verdadera caricia. Llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. La retorció contra la nuca y le clavó algunas horquillas esperando que el peinado aguantara mejor que la noche anterior.

Su imagen en el espejo era de lo más satisfactoria. Se arregló el cuello de encaje, asegurándose de que quedaba uniforme, y acto seguido se apresuró a la puerta. Ya se oía el alboroto en el salón, y se detuvo en el tramo curvo del descansillo para observar la escena, calibrando el momento de su aparición.

Rufus Decatur estaba en el umbral. Cato Granville se acercó a darle la bienvenida. Los dos hombres tenían corpulencia y altura parecidas, si bien la barba y el cabello pelirrojo de Rufus, así como su jubón y sus vulgares pantalones o el resistente pero deslustrado cuero de sus guantes y botas contrastaban de forma llamativa con el aspecto misteriosamente aguileño del otro hombre: el elegante corte de su jubón de terciopelo negro, la caída del encaje en su garganta. Sin embargo, de ambos emanaba el mismo contenido poder. Ambos se tomaron de los brazos moviéndose con el sinuoso aplomo de los que están acostumbrados a mandar.

-Os doy la bienvenida, Rothbury. -Cato extendió la mano.

Rufus se quitó el guante y tomó la mano de Cato y se dieron un breve apretón.

-He venido a liberaros de mi prole, Granville. Sin duda con retraso, lo admito.

La cortés rectificación de Cato quedó ensordecida por un frenético chillido: Luke y Toby cruzaban en ese momento la puerta a lo loco.

-Os hemos oído. Sabíamos que estabais aquí -dijeron agarrándose a las rodillas de su padre.

Rufus les revolvió el claro cabello, pero de pronto sus ojos se posaron en Portia, que llegaba desde la otra pieza, portando a Alex en brazos y a Eve de la mano.

Eve siguió el ejemplo de sus hermanos, y se liberó de la mano de su madre para lanzarse sobre Rufus, quien la agarró y la hizo girar en el aire mientras ella gritaba alborozada.

-Muy buenos días, patito mío -dijo Rufus a su esposa acomodándose a su hija en la cintura y tomando el mentón de Portia con la punta del dedo, inclinándole el rostro para besarla. Llevó después la boca desde los labios de ella a la mejilla de la pequeña con un delicado movimiento.

Cato contempló la escena con una extraña tensión que identificó a regañadientes con la envidia. Sus propias hijas, las de Diana, jamás le daban la bienvenida con la desenfrenada alegría con que los hijos de Rufus recibían a su padre. Además, la emoción que existía entre Portia y Rufus era patente.

-Espero que interrumpáis vuestro viaje y os quedéis esta noche con nosotros. -Cato formuló su invitación aun a sabiendas de que sería rechazada.

-Gracias, Granville, pero seguiremos nuestro camino -respondió Rufus-. En cuanto podamos armar mi carromato de gitanos.

Alzó una ceja a Portia, que dijo al punto:

-No tardaré más de una hora. Llevo esperándote los dos últimos días.

Rufus asintió.

-Lord Rothbury. -Phoebe bajaba despacio las escaleras-. Os doy la bienvenida.

-¡Oh! Phoebe. -El sorprendido destello en sus ojos resultó inequívoco, igual que la

instantánea y rápida aprobación-. Lady Granville -dijo Rufus, e inclinó la cabeza con solemne lentitud.

Phoebe alzó la cabeza y lanzó una mirada a Portia, que tenía pintada en la cara una sonrisa socarrona y maliciosa. Olivia le ofreció una casi imperceptible señal de aliento, sus oscuros ojos brillaban de curiosidad aguardando la reacción de su padre a la pasmosa aparición de Phoebe.

Cato se volvió despacio. Cerró durante un instante los ojos y se frotó fugazmente la boca con los dedos.

-Phoebe, confío en que podamos convencer a lord

Rothbury de que comparta la mesa con nosotros antes de proseguir su camino.

-Por supuesto. -Phoebe, con regia distinción, pasó frente a Cato para hacer una reverencia a su invitado.

Cato observó asombrado la espalda de su esposa. En la última sorpresa de Phoebe había algunos broches sueltos y los otros estaban mal emparejados.

Cato pasó un brazo al azar en torno a ella.

-Excusadnos un momento, Rothbury. -Alejó a Phoebe de allí, deslizando la mano hacia la región lumbar de la espalda mientras la conducía a la biblioteca, ocultando el desaguisado a los presentes en el salón.

Phoebe se estremeció ante la agradable intimidad del contacto. No tenía ni idea de qué era lo que sucedía, pero no se quejó.

En la biblioteca, ya sin que pudieran verlos desde la sala, Cato le puso las manos en los hombros y le hizo dar media vuelta.

-¿Por qué no has llamado a la doncella para que te ayudara con estos broches?

-¿Por qué? ¿He hecho algo mal? -Phoebe trataba de ver por encima del hombro.

-La cuestión es si has hecho algo bien -dijo él, empezando a desabrochar el vestido desde arriba.

Phoebe notaba que el aire agitaba el fino algodón del traje.

-¡Oh! Dios mío, ¿está mal abrochado?

Se puso de puntillas mientras seguía mirando hacia atrás, como si por estirar el cuello tuviera que ver mejor.

-Me temía que pudiera ocurrir algo así-señaló quejumbrosa-. Si no tienes brazos de pulpo es muy difícil.

-¿No tienes una doncella? -objetó Cato.

-Quería ir deprisa. Sabía que venía lord Rothbury. Lo he visto en el camino cuando yo regresaba del pueblo, y quería darle la bienvenida vestida como es debido.

-Y no como cuando recoges coles -dijo Cato con aspereza-. Por el amor de Dios, muchacha, ¿no puedes encontrar un punto medio? Este vestido es tan inadecuado como el de tercio..., como el otro.

-Pero es muy elegante -hizo notar Phoebe.

-Depende de quién lo lleve -señaló Cato con una pizca de crueldad. Terminó de abrochar el vestido y colocó las manos en sus caderas mientras verificaba si se había olvidado de alguno.

Phoebe sintió la presión de las manos en la piel bajo la seda. Cada dedo parecía quemarle en la carne. Permaneció inmóvil. Cato separó las manos.

-Bien, ¿cuántas sorpresas elegantes me esperan aún? -De nuevo el tono sarcástico.

-Ya no tengo más dinero -contestó Phoebe sin más.

-Según para qué. -Cato metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó los tres anillos-. Si vuelves a visitara un prestamista, señora esposa, te arrepentirás.

-¿Los habéis recuperado?

-Desde luego. ¿Cómo iba a permitir que un ladrón o un prestamista tuviera algo mío?

-Creía que eran míos -dijo Phoebe con voz dulce-. Pertenecían a mi madre.

-Ni tampoco permitiré que ningún prestamista tenga algo tuyo -exclamó Cato con

hosquedad lanzando a una mesilla los tres anillos de plata adornados con gemas-. Si vuelves a desprenderte de ellos, perderás la posesión. Que te quede claro.

Salió de la biblioteca y, al cabo de unos segundos Phoebe recogió los anillos y los dejó caer dentro de la pechera. Era como si le hubieran devuelto el cambio.

El clan de los Rothbury se disponía a partir en el espacio de una hora, tal como había dicho Portia. La condesa de Rothbury estaba acostumbrada a las maniobras militares y podía organizar un plantel de niños y niñeras de un modo tan eficaz como lo haría con una tropa de soldados.

Phoebe le dio un fuerte abrazo y le susurró algo al oído con premura. Era la última oportunidad para que le diera algún consejo.

-Cariño, si no puedes decirle lo que quieres, tendrás que hacérselo ver.

-¿Cómo? -musitó Phoebe con el mismo apremio que antes.

-Utiliza la imaginación poética -respondió Portia, los ojos verdes encendidos de malicia.

-Es más fácil decirlo que hacerlo. -Phoebe le dio otro tembloroso abrazo y a continuación retrocedió para dejar que Olivia también se despidiera.

8

-¿Estás trabajando en tu obra, Phoebe? -Olivia levantó la vista de sus libros, colocados sobre la mesa de la estancia acristalada. Se dio cuenta de que Phoebe no había abierto la boca durante un buen rato, lo que no era muy normal.

Tras la partida del grupo de Rothbury, en la casa imperaba la monotonía. Por lo general, Phoebe, que no aguantaba la melancolía, habría hecho un esfuerzo para amenizar la situación, pero estaba tan absorta en su trabajo que durante horas apenas alzaba los ojos de la página.

-¿Hasta dónde has lle-llegado? -insistió Olivia.

-Ya no es una obra de teatro, sino una narración histórica -explicó Phoebe mordisqueando el extremo del cálamo-. Pero no quiero que sea un relato estival.

-¿De qué se trata? -Olivia cerró el libro de Cátulo sobre su dedo.

-Gloriana. Escenas de su vida.

-¿Te refieres a la reina Isabel?

-Ajá. -La voz de Phoebe sonaba más animada-. En verso, desde luego. Si para entonces ya la he terminado, me gustaría representarla en la noche de San Juan -añadió mirando los garabatos que tenía delante-. Hay muchos personajes, pero los tres más importantes son Isabel; María, reina de Escocia, y el amante de Isabel, Robert Dudley, conde de Leicester.

-¿Y quién va a actuar? -Olivia se puso en pie y se acercó al asiento que había junto a la ventana, donde Phoebe estaba sentada con las piernas cruzadas sin reparar en las arrugas que se formaban en su vestido de seda.

-¡Oh! todos nosotros, y los papeles más secundarios, gente del servicio y del pueblo. Tengo la intención de incluir tantas personas como pueda. Los niños del pueblo y por supuesto tus hermanas pequeñas. Espero que esto anime a la gente, que la distraiga de la tristeza, la guerra y la muerte. Tú serás María, la reina de Escocia, y...

-¿Me van a decapitar? -Olivia se palpó la cabeza con fingido horror-. ¿Iré con ella bajo el brazo?

-Supongo que sí -contestó Phoebe dubitativa-. Pero no había pensado en representar la ejecución. Sería difícil que resultara convincente.

-¿Y quién será Isabel? Deberías ser tú, ¿no crees? -Olivia se sentó en el asiento junto a la ventana y tomó una hoja de papel de vitela cubierta con la negra escritura de Phoebe-.

Aunque Portia tiene el color de pe-pelo idóneo. ¡Oh, me gusta este discurso de María! Tienes un gran talento, Phoebe.

Estaba a punto de declamar cuando Phoebe le arrebató el papel.

-No está terminado -dijo Phoebe-. No estoy satisfecha con él. No puedes leerlo hasta que no lo haga yo.

Olivia cedió de inmediato. Sabía lo perfeccionista que era Phoebe con su trabajo.

-Bien, ¿vas a hacer tú de Gloriana? -repitió. Phoebe negó con la cabeza.

-Es poco probable. Sería el hazmerreír. Soy demasiado rechoncha *y* bajita *y* no desprendo ningún brillo. La reina virgen era solemne y elegante y, desde luego, irradiaba luz propia.

-Cuando no vas desaseada, pu-puedes ser muy elegante -dijo Olivia con semblante serio.

-Bueno, gracias por tus amables palabras -replicó Phoebe. Le pareció un cumplido equívoco.

-Lo digo de verdad -insistió Olivia-. No todas las personas son iguales, Phoebe. Ya conoces el dicho: lo que a uno cura a otro mata.

-Supongo que sí -dijo Phoebe, y recordó de súbito la conversación con Meg-. ¿Has oído hablar de mujeres a quienes les gustan más las mujeres que los hombres?

-¡Oh! quieres decir como Safo de Lesbos -dijo Olivia, impasible-. En cualquier caso, se sabe que a la mayoría de los hombres griegos les gustaban los hombres, o más bien los muchachos. Formaba parte de su cu-cultura. -Tomó un libro de la mesa-. Y después, por supuesto, estaban los romanos. En Suetonio hay un pasaje sobre los pececillos: chicos jóvenes a los que se entrenaba para que actuaran como peces en la piscina del emperador Tiberio. Mira, aquí está. -Comenzó a traducir el escandaloso párrafo-. Y algunos de los poemas de Safo eran realmente apasionados. -Olivia se puso en pie de un salto y se dirigió al estante de los libros. Tomó uno, lo hojeó y regresó al asiento.

-Mira, aquí.

Phoebe miró los jeroglíficos de la página y se quedó perpleja.

-No sé leer esto.

-Yo sí. Explica que perlas de sudor le recorren el cuerpo y que cuando está con esa mujer siente un fuego interior...

-Pues si eso no es lascivia, no sé qué es. -Phoebe se volvió de lado y miró hacia el patio trasero. Cato, con traje de montar, lo cruzaba en dirección a los establos. Lo devoró con la mirada.

Un fuego interior. ¡Oh! sí, era una descripción muy precisa de la pasión.

¿Y si creaba el papel de Robert Dudley para Cato? Escribiría las escenas de amor, pondría la pasión en boca de Cato... Y ella sería Gloriana frente a él...

Phoebe mordisqueaba el cálamo mientras la inverosímil idea iba tomando cuerpo.

-Maldita sea, ¿qué es esto? -Era el mismo día, más tarde. Cato alzó la cabeza y olfateó el aire. Hacía un frío glacial, los rayos de sol habían dejado paso a nubes cargadas de nieve. Cato tenía bien afilado el instinto para detectar dificultades, y Giles Crampton se tensó, dispuesto a actuar.

No oían nada, aunque Cato estaba convencido de que el peligro era inminente.

-¿Huimos y nos ponemos a salvo? -La sugerencia era contraria a la inclinación natural del soldado, pero sólo eran dos y ya empezaban a caer los primeros copos de nieve sobre la lustrosa piel de su montura.

-Sí-dijo Cato secamente. Espoleó el caballo, pero ya era demasiado tarde. Un destacamento de soldados, luciendo los colores realistas, salió de entre los árboles. Con lúgubre silencio se desplegaron por el estrecho sendero bloqueando el paso.

Cuando Cato estaba a punto de poner su caballo al galope, éste se encabritó. Calmó al

corcel con una mano mientras con la otra desenfundaba la espada. En ese mismo instante, Giles ya tenía el mosquete en la mano. Durante unos interminables segundos no ocurrió nada, la línea de hombres con espadas y picas se mantenía firme en el camino, y los dos jinetes la contemplaban con los nervios a flor de piel.

De pronto, uno de los realistas alzó su pica, yen ese preciso momento Cato hincó las espuelas en su caballo y lo dirigió contra los hombres del sendero. Giles, con un grito agudo de puro regocijo, cargó a su lado. Su mosquete detonó, y un enemigo se desplomó en el camino bajo los cascos de su caballo.

La espada de caballería de Cato destellaba a derecha e izquierda. Sus botas y pantalones estaban salpicados de sangre. Un hombre arremetió con su pica contra el cuello del corcel. Cato tiró del animal a un lado y éste chilló cuando la punta le causó un corte superficial. Se alzó sobre las patas traseras usando los cascos como armas. Fueron entonces los hombres quienes gritaron.

Giles tomó su pica y la hundió en la garganta de uno de los asaltantes justo antes de que éste alzara el mosquete. El arma vaciló y la bala salió disparada al aire.

Lograron romper el bloqueo. Frente a ellos, el camino estaba despejado. Empezó a nevar con más fuerza.

-Bien hecho -dijo Cato, los dientes brillando en una sonrisa tan alborozada como la de su lugarteniente-. Vaya pelea.

-Sí, mi señor. Ha estado bien. -Giles asintió satisfecho de sí mismo-. Creo que su insignia era el Propio Pie del Rey. Durante las últimas semanas se han constituido como una verdadera amenaza, pues han estado patrullando el camino entre nuestro cuartel general y la ciudad.

-Bueno, tal vez ahora tendrán algo en lo que pensar -dijo Cato con tono jocoso inclinándose para examinar el rasguño en el cuello de su corcel-. No parece grave.

-En casa, Ted lo remendará -añadió Giles-. Con las heridas hace prodigios. -Se bajó el ala del sombrero para protegerse de la nieve, y ambos galoparon en silencio el resto del camino, deseosos de librarse de la cada vez más intensa ventisca.

Eran casi las seis en punto y Phoebe se hallaba junto a la ventana del salón, mirando los blancos copos que formaban remolinos cada vez más gruesos. Incluso con buen tiempo, los caminos eran demasiado peligrosos para recorrerlos de noche a menos que se viajara en compañía de una escolta armada, y Cato se había ido solo con Giles.

-Bisset, ¿dijo lord Granville cuánto tiempo estaría ausente?

-No, lady Phoebe. Pero no creo que su señoría haya regresado para la hora de cenar. ¿Os sirvo la cena en el comedor o en la pequeña pieza de arriba?

Phoebe volvió a mirar el reloj del salón. El péndulo oscilaba de modo inexorable, las manecillas se acercaban a las seis en punto. Si Cato no estaba de vuelta a las seis, ya no regresaría esa noche. Y si no volvía esa noche, Phoebe no sabía si sería capaz de cobrar nuevos ánimos.

De súbito, mientras era presa de las dudas, oyó el sonido de cascos en la extensión de grava frente a la casa. Pudo escuchar el vozarrón de Giles Crampton. Allá donde estaba Giles, se hallaba también Cato. Se le aceleró el pulso y se secó las manos en la falda, que de pronto tenía frías y húmedas.

-En el comedor, Bisset -dijo con voz grave.

Cato entró, el rostro enrojecido por el frío. Llevaba la capa negra espolvoreada de nieve.

-¡Maldito tiempo de marzo! -proclamó quitándose el sombrero y sacudiendo la nieve de la copa-. Por la mañana un sol brillante y ahora ventisca. Servid la cena en media hora, Bisset, y traedme una jarra de vino tostado a la biblioteca. Estoy más frío que el culo de un muerto.

Posó la mirada en Phoebe, que todavía lucía el vestido de seda roja.

-Phoebe, ¿tú y Olivia tenéis hambre, o podéis esperar una media hora? Tengo que entrar en calor.

-Tenéis las botas y los pantalones manchados de sangre -señaló Phoebe, sin hacer caso

de la pregunta-. ¿Estáis herido, señor? -Le tocó el brazo y elevó la ansiosa mirada hasta la cara de Cato con expresión interrogativa.

-No es mía -le informó.

-¡Oh! entonces ¿quién está herido? ¿Dónde está..., están? -dio un paso hacia la puerta como si esperara atender a un destacamento de soldados maltrechos.

-No hubo tiempo para las presentaciones -dijo Cato con su peculiar sentido del humor, sin grandes dificultades para adivinar los pensamientos de Phoebe-. Por lo que sé, puede que estén en el fondo de una zanja.

-¡Oh! pero...

-No, no los he traído a casa envueltos en mantas para alojarlos y atenderlos como a tu tribu de gitanos. Da la casualidad de que eran ocho contra nosotros dos, y empezaron ellos. Lo creas o no, querida muchacha, en la guerra no hay lugar para la filantropía. -Se sacudió el polvo de las manos en un gesto de determinación.

-No era una tribu de gitanos -objetó Phoebe-. Sólo eran dos..., dos muy pequeños. Y no tenían nada que ver con la guerra.

-Tal vez -se vio obligado Cato a reconocer-. Pero los pequeños crecen.

Phoebe pensó en eso y después, con una sonrisa radiante, dijo:

-Bueno, cuando hayan crecido un poco, se ganarán el sustento y no serán ninguna carga para vos, ¿verdad?

Antes de que Cato pudiera encontrar una respuesta adecuada a aquella inconsciente impertinencia, Phoebe prosiguió:

-Si queréis, yo iré a buscar el vino, señor. Os lo llevaré a la biblioteca.

Era la primera vez que ella se encargaba de las tareas domésticas propias de una esposa, y él quedó tan sorprendido que sólo pudo articular un débil «gracias».

-Bisset, ¿queréis decirle a Olivia que cenaremos un poco más tarde? -pidió Phoebe al mayordomo cuando ya se encaminaba hacia la cocina-. Está arriba.

Bisset estaba tan perplejo como su amo por el tono perentorio de su voz, pero subió las escaleras con paso acompasado.

Cato arrojó su mojada capa sobre el banco que había al lado de la puerta y se dirigió a la biblioteca. Se agachó para frotarse las manos junto al fuego y después se volvió para calentarse la espalda.

Phoebe apareció a toda prisa portando una jarra plateada.

-Espero que sea de vuestro gusto, señor. -Se la entregó con una leve reverencia.

-¿Lo has preparado tú misma? -Agarró la jarra y dio un sorbo con ademán agradecido.

-Bueno, no exactamente -confesó Phoebe-. Aún no manejo bien el atizador. Pero he observado a la señora Bisset.

-Entiendo. -Cato volvió a beber-. Espero que la próxima vez ya seas una experta.

-No estoy muy segura de ello -dijo Phoebe con voz sincera-. Hay que procurar que el atizador no toque el lado de la jarra, y se debe remover el líquido sólo lo justo, para que el calor se difunda por todo el vino. Supongo que tendré que practicar.

Cato asintió, con sus parpadeantes ojos fijos en ella. En la franqueza de Phoebe había algo conmovedor, algo que en ese momento la convertía en una criatura encantadora. Exhibía una contenida emoción. Sus ojos eran más brillantes incluso que de costumbre, y en sus mejillas se apreciaba un ligero rubor.

Phoebe se movió por la habitación, arreglando cosas que no parecían precisar de arreglo alguno, ordenando papeles perfectamente ordenados, colocando de otro modo un jarrón de hojas secas, recortando la mecha de una vela de llama firme.

-Así pues, ¿fue una emboscada, mi señor?

-Sí, regresábamos de los cuarteles y un grupo de realistas cayó sobre nosotros.

-¿Por qué no llevabais escolta? -inquirió ella.

-No hacía falta -respondió él, tajante.

-¡Oh, sí hacía falta! Si hubierais llevado escolta, no habríais corrido peligro, o al menos

no tanto.

-En tiempos de guerra, fuera de casa hay peligro a cualquier hora del día -indicó él.

-¿Cuándo creéis que acabará? -preguntó Phoebe pensativa. Le parecía que había pasado toda su vida adulta inmersa en los inconexos y turbulentos períodos de la guerra civil. No había conocido los usuales placeres despreocupados de una juventud sin guerra, y Olivia tampoco.

Cato meneó la cabeza en un gesto que traslucía pesar.

-Ojalá lo supiera. Pero incluso cuando haya terminado, pasará mucho tiempo hasta que este país esté de veras en paz.

-El rey no ganará, ¿verdad? -Phoebe le dirigió una atenta mirada. Cato volvió a negar con la cabeza.

-No -contestó-. Pero la pregunta es: ¿ganará el Parlamento? -Tomó un trago largo. Phoebe arrugó el ceño.

-No lo entiendo.

-En el mejor de los casos, será una victoria pírrica -añadió él con un suspiro.

Phoebe vaciló.

Parecía que la conversación entristecía a Cato, y no era éste el estado de ánimo que ella deseaba para esa noche.

-Bien, me alegro de que hayáis logrado volver a casa -señaló, cambiando de tema-. Cuando he visto que nevaba, no estaba muy segura de que pudierais hacerlo. -De pronto se precipitó hacia la chimenea, tomó el atizador y empezó a apuñalar los troncos con metódico ardor.

-Ten cuidado. No querrás que te caigan sobre ese vestido de diez guineas, ¿verdad? -observó Cato.

-¿Os gusta..., quiero decir, el vestido? -Phoebe dejó caer el atizador con estrépito en el hogar y se enderezó, mirando hacia él.

Cato la examinó con ojos burlones.

-¿Por qué está tan arrugado? Esta mañana no lo estaba.

-Oh... -Contrariada, Phoebe bajó la vista hasta su falda de color rojo oscuro y advirtió que la seda estaba efectivamente arrugada-. Supongo que es porque toda la tarde he estado sentada con las piernas cruzadas. -La explicación parecía tan resignada y llena de impotencia que Cato sonrió. Vaya pieza estaba hecha. Y qué azul tan intenso tenían sus ojos. Magníficos, con sus bellas y gruesas pestañas.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Estaba escribiendo mi epopeya histórica. Al parecer, no puedo escribir sentada a una mesa como la gente normal. De ese modo no me inspiro.

Cato la contempló por encima del borde de la jarra.

-¿Y de qué trata la epopeya?

Las mejillas de Phoebe adquirieron un color rosado más intenso. ¿Se estaba burlando Cato de ella? Antes nunca había mostrado el menor interés.

-Es sobre Gloriana -respondió cautelosa-. La reina Isabel, claro.

-Sí. Un tema amplio.

-¡Oh! sí, amplísimo -reconoció Phoebe, incapaz de disimular su entusiasmo, con los ojos como luceros.

-Debes de ser muy ambiciosa -señaló Cato.

-Bueno, creo que lo soy -confesó Phoebe. Alzó la vista y lo miró fijamente-. Quería que vos también participarais, mi señor. -Cato rió.

-Como si yo tuviera tiempo para hacer teatro, mi pequeña.

-No -dijo Phoebe-. Ya supongo que no lo tenéis. Voy a avisar a Olivia para que baje a cenar.

Dieron las nueve en el reloj de la chimenea. Phoebe dejó de andar inquieta de un lado a otro del dormitorio. ¿Cuándo vendría él? Parecía haber pasado una eternidad desde que se habían levantado de la mesa. La doncella había retirado el calentador de cama y doblado la colcha. El fuego estaba cubierto, sólo permanecían encendidas las velas del hogar. La estancia estaba preparada para la noche. Sólo faltaba el amo.

Phoebe volvió a colocar la silla junto al fuego por quinta vez, moviéndola de tal modo que el respaldo quedara vuelto hacia la ventana. Iba a esconderse tras las gruesas cortinas. Cato no se acercaría a ellas hasta irse a la cama. La noche era oscura como boca de lobo, nevaba copiosamente. Si él miraba por la ventana, no vería nada.

Phoebe fue de nuevo a la cama y verificó que las colgaduras estuvieran totalmente corridas, que no entrara luz por ningún resquicio. Cato no las tocaba nunca hasta que iba a acostarse, después de apagar las velas. Pero cabía suponer que esa noche lo hiciera, que esa noche mirara tras ellas por algún motivo cuando entrara en el cuarto. El hecho de que no lo hubiera hecho antes no significaba que no pudiera alterar su rutina.

Presa del pánico, Phoebe desapareció tras las colgaduras. Metió el cojín en la cama y lo cubrió con las mantas. No parecía en absoluto una persona, pero como estaría oscuro, el bulto seguramente bastaría. El esperaría vislumbrar una forma, y nada llamaría su atención.

Pero, ¿cuándo vendría? La mayoría de las noches lo hacía poco después de las nueve. Phoebe esbozó una mueca. Suponía que él aparecería temprano por consideración hacia ella. Su acoplamiento era un asunto tan insustancial que no pretendía despertarla. Así que Cato terminaba la faena antes de que ella se dispusiera a dormir. Después, con frecuencia, él se levantaba otra vez y regresaba a su despacho a trabajar. La mayoría de las mañanas, antes de que ella se despertara, él ya había salido de la casa. En realidad, nadie diría que compartían la cama en absoluto.

Sin embargo, eso iba a cambiar.

Fue hacia la puerta y la entreabrió. El pasillo estaba mal iluminado por las velas de los candelabros de pared que había en ambos extremos. No podía oír nada. El ama de llaves se levantaba al despuntar el alba y se acostaba después de quitar los platos de la cena.

Phoebe anduvo de puntillas por el pasillo y se deslizó hacia las escaleras en completo silencio. El fuego de la chimenea era la única luz del salón. Entonces oyó que se abría una puerta. La puerta del despacho. Vislumbró el parpadeo de una vela en movimiento.

Se volvió y regresó a toda prisa al dormitorio. Se quitó el camisón y, desnuda, se colocó tras las cortinas de la ventana. ¡Estaba congelada! Corrientes de aire helado se colaban por los diminutos huecos del marco de la ventana. Le castañeteaban los dientes. ¿Cómo podía esperar ser seductora si su piel estaba tan llena de granos como la de un ganso desplumado?, pensó con desesperación. ¿Por qué las cosas nunca funcionaban como era debido?

Pero aunque supiera cómo poner remedio a la situación, ya no había tiempo. Se abrió la puerta y entró Cato.

Phoebe se miró los pies. No veía los dedos gordos. ¡Dios mío! Sobresalían por debajo de la cortina de terciopelo. Los encogió todo lo que pudo para que retrocedieran. El corazón le latía con tanta fuerza que le extrañaba que Cato no lo oyera.

Cato dejó la vela sobre la mesita y echó un vistazo a la estancia. Las colgaduras estaban bien corridas, como de costumbre. Dejó escapar un leve suspiro.

Se descalzó con el sacabotas y comenzó a desvestirse metódicamente, colgando la ropa en el armario a medida que se la iba quitando. Sin camisa pero aún con los pantalones puestos, se sentó en la silla para desprenderse de las medias.

Y algo cayó sobre sus ojos, cegándole. Alzó las manos mientras la fina seda se apretaba con fuerza sobre sus ojos. «¡Qué demonios...!»

Intentó dar un salto y entonces algo se posó en su regazo, lo que le obligó a sentarse de nuevo. Sus manos se encontraron con una piel suave pero fría. El contorno inconfundible de un cuerpo desnudo de mujer.

Durante un instante de pasmo, Cato creyó ser víctima de una alucinación. Era eso o bien

se había quedado dormido sin darse cuenta y estaba teniendo un insólito sueño producto de la frustración.

Entonces, el cuerpo sobre su regazo se retorció un poco y él fue estremecedoramente consciente de que dos suaves senos se apretaban contra su pecho desnudo. No era ningún sueño. Alzó la mano para arrancarse la tira de seda que le cubría los ojos.

-No, por favor, no. Un momento. -Phoebe le hablaba al oído entre susurros pero con apremio, las manos apretando las muñecas de él, intentando impedir que Cato se destapara, objeción derivada de una absurda timidez. Estar sentada desnuda sobre las rodillas de Cato era una cosa, pero otra cosa sería que él la viera. No quería, todavía no.

Cato dejó caer las manos. No sabía qué estaba pasando, pero su cuerpo reaccionaba al cálido peso en su regazo, y el deseo de descubrir qué haría ella a continuación dejó su mente en blanco.

Cerró los ojos bajo la seda y sus manos comenzaron a vagar de manera espontánea.

-¿Por qué estás tan fría? -preguntó, acariciándole un pecho con la mano ahuecada.

-Me daba la corriente tras la cortina de la ventana -contestó Phoebe, la voz amortiguada en la garganta de él. Durante muchas semanas había anhelado apretar los labios contra sus rápidos latidos, y ahora, tímida, indecisa, por fin podía hacerlo.

-Claro, la explicación es bien fácil -murmuró Cato-. ¿Cómo es que no se me ha ocurrido? -Con el dedo acarició el pezón y, al tacto, éste se endureció.

Phoebe notó el primer tirón en el vientre, una sensación profunda y maravillosa de plenitud. Se acomodó sobre las rodillas de Cato, un pequeño e inconsciente movimiento de placer.

Cato tomó el otro pecho con su mano libre, atormentando el pezón con su pulgar. La ceguera parecía intensificar su sentido del tacto. Jamás había explorado el cuerpo de Phoebe, ni con los ojos ni con las manos, y ahora le parecía totalmente nuevo. Un territorio no tocado ni conocido aguardaba a ser descubierto. Y, en efecto, aquella chica dulce, sensual y sensible que se hallaba en su regazo no guardaba ningún parecido con la mujer dura y tensa que noche tras noche resistía sus embestidas sexuales; rígida, suponía él, debido a la repulsión.

Cato descendió con las manos hacia su vientre, recorriendo la blanda redondez. Era fino y delicado como una jugosa ciruela. Hundió un dedo en el ombligo, una hendidura asombrosamente profunda, suave como la seda que le tapaba los ojos.

Phoebe se movió de nuevo en las rodillas de Cato, separando los muslos de manera involuntaria, como una especie de invitación. Leves arrebatos de placer recorrían su bajo vientre, y era consciente de un extraño y ligero dolor, marcado por la necesidad, entre sus muslos. Resultaba difícil saber dónde se concentraba, imposible describir exactamente cómo era, pero parecía aumentar en tanto las manos de Cato se deslizaban por su vientre.

-Desata el pañuelo -ordenó Cato en voz baja-. No sé qué está pasando aquí, pero ya no se trata del juego de la gallina ciega.

Phoebe obedeció, manoseando con torpeza el nudo de la parte posterior de la cabeza. El pañuelo cayó al suelo, pero ella mantuvo las manos donde estaban, dejando vagar los dedos por el cabello de Cato, estudiando la forma de su cráneo, trazando la curva de su oreja. Quería conocerlo al completo. No quería que un pelo o un centímetro de piel quedara inexplorado. Deseaba conocer sus cejas, las pequeñas arrugas que surcaban su frente, los surcos paralelos a su larga nariz, la pequeña hendidura en su barbilla.

Cato cesó su exploración unos instantes. Apoyó la cabeza en el respaldo de la silla contemplando a Phoebe con una tímida y desconcertada sonrisa. Ella se inclinó y le besó los párpados, humedeciendo la delicada piel con la punta de la lengua.

-Pero, ¿qué es todo esto? -preguntó él-. Y no... -Levantó un dedo a modo de advertencia-. No me digas que querías sorprenderme.

-Quería mostrarte algo -dijo ella, pasando ya al tuteo-. No se me ocurría otra manera de hacerlo. ¿Importa mucho? ¿No está bien?

-Oh! sí, está bien -dijo Cato-. Es hombre ingrato quien mira el diente a caballo regalado,

aunque el hombre en cuestión no tenga la más remota idea de cómo o por qué se lo han regalado. -Con una sonrisa perezosa, colocó las manos en la cintura de Phoebe y volvió a cambiarla de posición en su regazo, de tal modo que quedaba inclinada sobre él. Entonces Cato llevó las manos al interior de sus muslos y le separó las piernas.

-Ya es hora de que yo te sorprenda a ti.

Phoebe abrió los ojos como platos. De repente se sintió expuesta, como si sus lugares secretos estuvieran al descubierto, y con leves sacudidas intentó zafarse de la presión de las manos de su marido.

Cato desplazó una mano de nuevo sobre el vientre de Phoebe, *y* acarició *y* palpó la carne sedosa. Llevó la otra a uno de los senos y tiró suavemente del pezón, haciéndolo girar entre el pulgar y el índice.

El dolor surgió otra vez, puro y nuevo, y el débil pulso en el bajo vientre de Phoebe empezó a palpitar. Sus muslos se abrieron espontáneamente y dejó de ofrecer resistencia mientras la mano en su vientre se deslizaba entre ellos.

Cato abrió despacio la flor de su sexo. Phoebe se rozaba contra sus dedos, consciente ahora del centro húmedo y ardiente de su ser. El encontró el pequeño y eréctil centro de placer y lo atormentó con la punta de un dedo, acariciándolo con delicadeza hasta que ella gimió, suspendida en la antesala de un torbellino de sensaciones, el vientre y los muslos tensos, el tronco tembloroso. Los dedos de Cato se deslizaron en ella y el pulgar siguió jugueteando con la pequeña e hinchada prominencia.

Phoebe dejó escapar un débil grito, casi por sorpresa, cuando la primera y dulce oleada de éxtasis irradió de los dedos de Cato y se desplazó por su vientre y por sus muslos. Ella se retorció en su regazo, apretándose contra su mano, sumida en una urgencia vertiginosa de placer. Después, algo asombroso estalló muy hondo dentro de Phoebe, algo que la hizo gritar entrecortó su respiración, al tiempo que se disparaban por todo el cuerpo deliciosas serpentinas de placer.

Cato la sujetaba sintiendo como ella se estremecía en sus brazos, con toda la piel erizada y húmeda apretada contra su pecho.

El sexo de Phoebe estaba sumido en una placentera languidez, aunque en lo más profundo de su ser parecían resurgir ligeras turbulencias de deseo. Restregó su boca con la de él. Los labios de Phoebe rozaron la punta del mentón de Cato y a continuación descendieron lentamente por la fuerte y oscura garganta. La lengua de ella se precipitó hacia el núcleo de los latidos y después siguió su trazo hacia abajo. Encontró los pezones, y sus labios se cerraron sobre ellos, lamiéndolos apenas con la lengua, rozándolos ligeramente con los dientes.

El olor de Cato alimentaba la embriagadora necesidad de Phoebe. Almizcle, cuero y lavanda. Lo deseaba... al completo. Notaba la dureza de su miembro presionándole el trasero, se movió de manera provocativa contra él mientras jugueteaba con sus pezones.

Cato emitió un leve suspiro cediendo al irracional poder del deseo. Fue un débil sonido que llenó a Phoebe de una satisfacción casi triunfante. Siguiendo un instinto ciego, ella introdujo la mano entre ambos cuerpos y tiró de los cierres del pantalón, y luego la deslizó dentro para cerrar los dedos en torno a la erección.

El pene de Cato saltó al contacto con la palma de la mano de Phoebe. Estaba duro y caliente, y con el dedo rozó la perla de humedad en la punta. Cato deslizó la mano bajo el trasero de ella y la levantó, apartándola de sí sólo lo suficiente para permitirle liberar su abultado miembro. Este se soltó hacia arriba, y Phoebe, con un débil gemido de placer, movió los muslos para tomarlo entre ellos.

La cabeza de Cato cayó hacia atrás en la silla con un suave murmullo de satisfacción. Le tomó los pechos con las palmas y jugó con sus pezones mientras ella estrechaba su sexo entre los muslos, apretándolo contra el suyo, provocando que las deliciosas oleadas en su vientre recuperaran la vida de nuevo.

Phoebe se giró sobre el regazo de Cato hasta quedar cara a cara. Parecía saber de manera instintiva lo que había que hacer. Levantó una pierna y quedó sentada a horcajadas

sobre él, acto seguido se levantó un poco y bajó el cuerpo hasta tocar la dura y empinada verga. La acogió en lo más hondo de su cuerpo abierto y húmedo, notando cómo se adentraba más y más cuando ella presionaba con sus muslos.

Cato la agarró por las caderas y estiró las piernas bajo el cuerpo de Phoebe. El movimiento cambió las sensaciones dentro de ella, obligándola a jadear. El sonrió y volvió a encoger las piernas. Movió sus duros y musculosos muslos, y ella botó sobre Cato.

Phoebe lo miró fijamente, sus ojos clavados en los de él, presa del pasmo. Se inclinó hacia adelante, envolviéndole los hombros con los brazos. Así podía tocarlo con todas y cada una de las partes de su sensibilizado cuerpo. La lengua de Cato serpenteó por las curvas de sus pechos y lamió la profunda hendidura entre ellos. Phoebe echó la cabeza hacia atrás, las sensaciones la atravesaban, como desgarrándola, arrojándola al espacio, al olvido entre las estrellas.

Cato gritó con fuerza al alcanzar el clímax. Su miembro latió en lo más profundo de la aterciopelada cavidad al tiempo que los músculos interiores de Phoebe se cerraban sobre él como si tuvieran vida propia.

Ella se inclinó hacia adelante, con la cabeza apoyada en el hombro de Cato, su piel resbaladiza por el sudor apretada contra la de su marido. Este llevó una mano a la arqueada espalda de ella, como para sosegarla, y por un instante Phoebe cerró los ojos como si estuviera dispuesta a entregarse al sueño. Sintió entonces las manos de él en su trasero, la levantó ligeramente y salió de su interior.

Phoebe alzó la cabeza del hombro de Cato y clavó la vista en sus ojos oscuros. Subsistía aún una leve sonrisa, pero tras ésta había algo más.

-Creo que... Sí, creo realmente que has de darme una explicación -dijo-. Phoebe, ¿qué es todo esto?

Phoebe saltó de su regazo. Se quedó de pie mirándole, el sudor enfriándosele sobre la piel, con expresión ahora vacilante.

-Yo creía... Portia pensaba...

-¡Portia! -exclamó Cato-. Lo sabía. Mete las narices en todo.

-¡Tenía que preguntarle a alguien! -exclamó Phoebe, herida-. Sabía que no estaba bien, lo que hacíamos cada noche... No sé qué es lo que hacíamos, pero desde luego aquello no era hacer el amor. Y yo quería hacer el amor. No sabía cómo decírtelo, así que tenía que mostrártelo.

Cato la observó en silencio con semblante severo. Se sentía como si el mundo entero se hubiera vuelto del revés. La muchacha frígida que él había tomado por esposa no era tal cosa. Era tan lasciva, desinhibida y, por insólito que pareciera, astuta como cualquier mujer de la noche de las que él había conocido. No obstante, era virgen en la noche de bodas. Cato no sabía cómo interpretarlo. Ni siquiera sabía si le gustaba. Reconocía en ese pensamiento obstinación y pura ingratitud, pero aun así, descubrir que una joven de buena familia tenía una sensualidad tan mundana había supuesto una verdadera conmoción.

Advirtió que ella temblaba y le dijo al instante:

-Te estás enfriando. Métete en la cama. -Descorrió las colgaduras y vio el bulto del cojín-. Phoebe, qué demonios...

-Bueno, tenía miedo de que miraras en la cama antes de desnudarte, y si yo no estaba... -Se encogió de hombros.

Cato meneó la cabeza sin saber qué decir. Quitó el cojín y apartó las mantas.

-Adentro.

Phoebe subió a gatas a la cama y se acurrucó contra las almohadas. El mullido colchón de plumas acogía su lánguido cuerpo. Notaba frías las rígidas sábanas en su piel todavía acalorada.

Lo miró volverse y dar un puntapié a sus desabrochados pantalones. El instante de desasosiego desapareció al devorar con los ojos cada espléndido centímetro de la espalda de Cato. Sus amplios hombros, la sinuosa ondulación de los omóplatos bajo la carne musculosa.

Librodot

El magnífico trasero. Muy distinto al de una mujer, pensó Phoebe con un débil abrazo de regocijo a la almohada. Más que redondeado, era liso y tenso, y sorprendentemente blanco en contraste con el tono más oscuro que se iniciaba en la cintura. Estaba claro que había pasado mucho tiempo al sol sin camisa. Los muslos eran largos y duros. Le encantaban incluso las corvas y la musculosa hinchazón de las pantorrillas.

Cato se dio la vuelta para meterse en la cama y Phoebe observó la gran amplitud del pecho, los pezones bajo el fino espolvoreo de vello oscuro, la estrecha cintura y las delgadas caderas. Siguió con la vista la estela de pelo negro que comenzaba en el ombligo. Ahora el miembro en reposo parecía pequeño y casi vulnerable, pensó ella, como un lirón dormido en su nido de cabello negro duro y rizado. Le invadió un leve estremecimiento al recordar la sensación de su dureza al penetrarla hasta lo más profundo.

-¿Por qué no querías hacerme el amor como Dios manda? -La pregunta era capciosa.

Cato se interrumpió, apoyó una mano en la columna del dosel de la cama.

-No pensaba que te gustara -respondió al cabo de unos segundos.

-Pero ¿por qué no?

El se pasó la mano por la nuca.

-Por mi experiencia, las esposas no son especialmente... -Hizo una pausa, en busca de las palabras ade*cuadas-. Especialmente libidinosas -dijo por fin-. Lo* cierto es que, no creía que tú fueras diferente.

-¿Es impropio de una esposa ser lasciva?

Cato reflexionó sobre la pregunta.

-Tú eres la excepción de todas las reglas, Phoebe. Phoebe no estaba muy segura de cómo tomarse el comentario.

-¿Y qué hay del amor? -preguntó ella, indecisa ahora.

Cato se volvió y apagó las velas sobre la chimenea. -El amor no tiene nada que ver en alianzas como la nuestra.

Cuando se metió en la cama junto a Phoebe, el colchón cedió bajo su peso. Al cabo de un rato extendió un brazo *y* atrajo a Phoebe hacia él *y,* entrelazando los dedos en su pelo, acomodó la cara de ella junto a su hombro.

Cato Granville aprendería a amarla, pensó Phoebe mientras la vencía el sueño.

9

Brian Morse cabalgó hasta la mansión de Cato bajo el cielo encapotado.

Un buen grosor de nieve cubría el suelo, salvo en la estrecha franja que un grupo de soldados había despejado en el camino de entrada.

Alzó la vista hacia la casa, con sus ventanas con parteluces y el tejado de dos aguas cubierto de nieve. Era una imponente mole de piedra, y se preguntó cuánto habría pagado Cato por ella. Seguro que para el marqués de Granville, cuya riqueza era casi legendaria, había supuesto una cantidad insignificante.

Una riqueza que estaba al alcance de Brian Morse.

Desmontó, ató el caballo al poste que había junto a la puerta y dio unos golpes con la gran aldaba de latón. Abrió la puerta un mayordomo muy bien vestido. No era uno de los sirvientes del castillo de Granville, a quien Brian habría reconocido. El criado contempló al desconocido con una expresión de educada curiosidad, aunque también de reserva.

-¿Está lord Granville? -preguntó Brian, sacudiéndose la nieve de las botas contra el borde del peldaño.

-¿Quién pregunta por él, señor?

-¿Quién está ahí, Bisset? -La voz de Cato surgió de detrás del mayordomo. Al salir de la

oscuridad del salón entornó sus oscuros ojos, que emitieron un destello de inquietud al identificar a su visitante. Sin embargo, habló con tono afable.

-Brian, qué sorpresa. Entra, fuera hace frío. Bisset se hizo aun lado, y Brian entró en la casa de Cato quitándose los guantes.

-Debéis de estar sorprendido, desde luego -dijo a modo de disculpa revelando cierto pesar-. En todo caso, confío en que, después de que me haya explicado, no os resulte una sorpresa desagradable. -Tendió la mano a su padrastro, quien se la estrechó con frialdad y firmeza.

-Bisset, que lleven el caballo del señor Morse a los establos. ¿Has desayunado, Brian?

-Aún no, señor. He salido de Oxford antes del alba. No quería encontrarme con ninguna patrulla y decidí viajar al amparo de la oscuridad y la nieve.

Cato alzó una ceja. Sólo algo de extrema importancia habría hecho que un hombre anduviera solo, si bien armado, a caballo por aquellos caminos con semejante tiempo.

-Ven. -Hizo un gesto indicando su despacho, en la parte trasera del salón-. Bisset, traed pan, carne y cerveza.

Olivia se hallaba de pie en la curva del descansillo, mirando hacia abajo con la respiración entrecortada.

-¿Quién es? -murmuró Phoebe a su espalda. No sabía por qué hablaba en susurros, pero algo en el ademán de Olivia parecía alentar la reserva.

-El cerdo -señaló Olivia.

-¿Quién?

-El miserable... El ca-canalla -dijo Olivia con las mandíbulas apretadas y los oscuros ojos encendidos de furia-. Brian Morse -añadió-. El hijastro de mi padre. Una víbora asquerosa y rastrera.

Phoebe había oído contar la famosa historia acerca de cómo Portia y Olivia habían aplastado a la referida víbora dos años antes en el castillo de Granville. El hijastro de Cato, al parecer, tenía la mala costumbre de reírse de la tartamudez de Olivia.

-Me pregunto qué querrá. ¿No estaba en el bando del rey? Estoy segura de que Cato lo dijo.

Olivia se encogió de hombros.

-Mientras no se quede, no me importa lo-lo que quiera. -Se volvió y corrió escaleras arriba.

Phoebe se quedó unos instantes donde estaba, y después bajó al salón. Se detuvo fuera del despacho de Cato, buscando una excusa para entrar. Tenía muchas ganas de conocer al hijastro de su marido. Cato le había hablado de la adopción de Brian Morse cuando éste era niño, y de que en el momento presente era su heredero. No parecía que a Cato le agradara demasiado esa perspectiva. Sería interesante descubrir por qué.

Alzó decidida la mano y llamó.

-Adelante. -Como siempre, la grave voz de Cato le erizaba el fino vello de la nuca. Esa mañana no lo había visto aún. Después de los juegos de la noche pasada, ¿tendría él otro aspecto, sería distinto en algo?

Abrió la puerta y paseó la mirada por la estancia.

-Perdón por interrumpir, pero Bisset me ha dicho que teníamos un invitado y yo no sabía si teníamos que prepararle una habitación. -Se dirigía a Cato, pero miraba al visitante con descarada curiosidad.

-¿Por qué no entras del todo? -sugirió Cato con su habitual sequedad-. Y permíteme presentarte al señor Brian Morse, mi hijastro.

No hizo falta que se lo repitiera. Phoebe entró en la habitación e hizo una reverencia mientras Cato la presentaba con concienzuda formalidad. No había visto jamás a nadie vestido de manera tan extravagante. La capa y el jubón del señor Morse eran de paño carmesí ribeteado de puntillas plateadas, y su cuello de encaje era una primorosa caída de gorgueras plisadas. El sombrero, que el hombre había arrojado sobre una silla, lucía un llamativo

Librodot

penacho de plumas de avestruz teñidas de grana.

-Lady Granville. -Brian inclinó la cabeza, y sus pequeños ojos castaños la evaluaron. Su aspecto era algo diferente al de la otra vez que la vio, una criatura regordeta y vestida sin la menor elegancia que cruzaba el pueblo con premura. Se imponía una rectificación. Con aquel elegante vestido de terciopelo azul, parecía ahora más voluptuosa que rechoncha. Sin embargo, en su apariencia aún fallaba algo, pero no sabía exactamente de qué se trataba.

No obstante, Cato advirtió el problema de inmediato. Las tres hileras de volantes de encajes de la manga derecha estaban arrugados dentro de la bocamanga en lugar de caer lisos sobre el antebrazo. Seguramente se había vestido a toda prisa, metiendo las manos en el vestido de cualquier manera. Le tomó el brazo derecho, liberó el encaje y 10 alisó.

-Está todo arrugado -dijo-. Deberías quitarte el vestido y...

Se le formó en la mente la viva imagen del cuerpo desnudo de Phoebe, provocando turbulentos efectos.

Sí, ¿mi señor? -sugirió Phoebe con dulzura.

Cato parpadeó en un esfuerzo por disipar la imagen.

-Dile a tu doncella que planche estos volantes-añadió él con firmeza.

-Sí, mi señor. -Phoebe hizo una reverencia y alzó la vista hacia Cato-. Pero quizá no haya tiempo antes de ir a la iglesia.

Tiempo para... Los ojos de Cato se vieron arrastrados hacia la seductora hinchazón de los pechos y, de nuevo, al sonriente semblante de Phoebe.

Dios mío, el color de sus ojos era de lo más asombroso. -Ve -dijo-. Pronto sonarán las campanas.

-Oh... Sí... Muy bien. -El resplandor de su sonrisa no se apagó en ningún momento, su mirada no titubeó. Permaneció quieta durante un instante. Pensaba que Cato, con su austero terciopelo negro, su inmaculada camisa blanca y su sencillo cuello de encaje era mucho más elegante que Brian Morse pese a su espléndido atuendo.

Cato se dirigió hacia la puerta y la abrió para ella con énfasis.

-Eh... Sí, ahora mismo -dijo Phoebe, y salió a toda prisa. Cato cerró la puerta con cierta sensación de alivio. Se volvió hacia Brian.

-Estos documentos que has traído son muy interesantes. -Tomó un fajo de papeles encerados de su escritorio-. Por ejemplo, esta lista de municiones del rey de Orange. Pero... -Revolvió los papeles-. Para ser sincero, no estoy muy seguro de que aquí haya mucha información nueva. Hace semanas que sabemos lo de las municiones.

-Ya lo suponía -señaló Brian con una leve sonrisa vacilante-. Pero no creo que sepáis las cantidades exactas que yo suministré.

-No -confirmó Cato con los ojos fijos en los documentos.

-Sin duda entenderéis que no me atreva a correr demasiados riesgos. Si os negarais a confiar en mí, a tener fe en mi conversión, como si fuera... -Entonces Brian rió con algo similar a la timidez-. En ese caso no podría arriesgarme a dar información realmente vital. Esto es sólo una muestra de cuáles son mis propósitos.

Cato alzó los ojos y examinó a su hijastro con aire pensativo.

-Cauteloso como siempre, ¿eh, Brian? -murmuró-. No arriesgar demasiado hasta estar seguro de que no hay peligro.

El semblante de Brian adquirió un rubor taciturno.

-¿Me lo reprocháis, mi señor?

Cato se acarició la barbilla, todavía meditabundo.

-Esto revela una conversión no del todo entusiasta -observó-. No obstante, si te consuela te diré que entiendo tu planteamiento. Pero por la misma razón supongo que no nos acompañarás a la iglesia. Todavía no debe interesarte hacer notar tu presencia aquí.

Brian no pudo por menos que admitirlo. Su padrastro siempre lo había calado. Había tenido siempre la habilidad de segarle la hierba bajo los pies. Cato asintió brevemente.

-Esta tarde cabalgaremos hacia el cuartel general, donde puedes presentar tu propuesta

al alto mando. Es una decisión que no debo tomar yo solo, y estoy seguro de que ellos querrán hacerte muchas preguntas. -Hizo un gesto para indicar que Brian lo precediera al salir del despacho y después cerró la puerta y se metió la llave en el bolsillo del sayo.

-Te presentaré a la señora Bisset. Se ocupará de ti hasta que yo regrese.

Cuando Cato, Olivia y Phoebe salieron de la casa, las campanas de la iglesia del pueblo ya habían empezado a repicar.

Brian los vio partir desde una ventana de la habitación que le habían asignado. Cato andaba algo rezagado respecto a las chicas, su capa azotada por el viento revelaba la sombría suntuosidad de su jubón y sus pantalones. El alto sombrero negro de fieltro no llevaba adornos, y el cuello ribeteado de piel de la capa estaba levantado por la parte de atrás tapándole las orejas. Brian sabía que la elegancia práctica y la exquisitez informal de su padrastro eran una simple prolongación de su propia persona. El marqués de Granville era sereno, dominante, poderoso, y todo él daba esa impresión. Formidable en conjunto, como bien tenía presente Brian. No sería una víctima fácil.

Mientras Brian los observaba, Phoebe resbaló en un trozo de hielo. Cato parecía haberlo pronosticado, pues se movió casi antes de que sucediera llevando un brazo a la cintura de su mujer para que recuperara el equilibrio. Phoebe lo miró con una pesarosa sonrisa, mordiéndose el labio inferior. Cato meneó la cabeza, le puso derecha la gorra, que parecía haber quedado torcida bajo la holgada capucha de la capa, y la tomó del brazo.

Interesante, pensó Brian, recordando la manera casi automática en que Cato había arreglado antes la arrugada manga de su esposa. Parecía evidenciar una afable familiaridad impropia de su padrastro.

Brian frunció el ceño alzando la barbilla. Resultó sencillo librarse de Diana. Se había mostrado siempre muy dispuesta a aceptar los regalos que le enviaba en secreto. El supuso que a ella le encantaba la idea de mantener correspondencia clandestina con un admirador.

El veneno era un arma muy versátil, meditó Brian. Podía administrarse a distancia y de muy diversas maneras. Los guantes habían sido un truco de lo más distinguido, pensó. Eran de ante muy suave, ribeteados con encajes y adornados con diminutos aljófares. Muy bello, y casi mortal. Cada vez que se los pusiera, el veneno se filtraría en su piel.

También le había enviado unas medias de seda, el tipo de regalo íntimo propio de un amante que emocionaría a una mujer como Diana, tan susceptible al halago y a los detalles corteses. Como las cajitas de dulces. Pequeñas cajas adornadas con piedras preciosas que contenían golosinas letales.

Brian no se había apresurado: Diana tardó unos ocho meses en morir. El veneno causaba debilidad y un flujo sanguinolento, síntomas demasiado corrientes para despertar sospechas sobre una acción criminal, pues además no parecía haber razón alguna que la justificara.

Brian sonrió para sus adentros. Los refinamientos de la muerte de Diana lo habían complacido casi tanto como la acción en sí. Pero después, claro, Cato tuvo que casarse con la hermana y echar a perder todo el trabajo.

Bueno, esta vez tendría que utilizar métodos algo más toscos, aunque eso no supondría obstáculo alguno, y menos teniendo en cuenta que ya se había establecido en casa de Cato.

Por la calle principal del pueblo se desparramaba todo el mundo excepto los enfermos. Protegiéndose del frío, arrastrando los pies contra la ventisca, las almas temerosas de Dios no faltarían al oficio del domingo por mucho que nevara, y si a él acudía el señor de Granville, ninguno incumpliría la observancia por miedo a dar mal ejemplo.

La congregación de Woodstock, como en otros pueblos de los alrededores, estaba formada sobre todo por mujeres, ancianos y niños. La mayoría de los hombres sanos habían

sido reclutados para el ejército sin preguntarles su opinión sobre la contienda. Cuando el grupo del marqués enfiló el camino a la puerta de la iglesia, las mujeres hicieron leves reverencias y los viejos se llevaron la mano al sombrero. Phoebe los saludaba por el nombre y se habría detenido a charlar con ellos si Cato no la hubiera sujetado con fuerza del brazo, empujándola hacia la puerta, donde él le puso la mano enguantada en el hombro para que pasara delante.

Cato pensaba en Brian Morse. ¿Cuál era el verdadero motivo de su visita? Sin duda no se debía tan sólo a un cambio de alianzas. No quería tenerlo bajo su mismo techo, pero si no disponía de una buena razón no podía negarle cobijo, habida cuenta de que era su hijo adoptivo y heredero. Bien, dejaría pasar el tiempo. Brian enseñaría pronto sus cartas.

El sonoro bramido del cura despertó a Cato de su ensueño.

-El brazo del demonio es muy largo. Sus servidores están por todas partes. Y, hermanos, están ahora entre nosotros. Aquí, en el mismo seno de nuestro pueblo, el Maligno está al acecho, o uno de sus seguidores. Su ruin influencia cae sobre los inocentes y los débiles, y hemos de librarnos de ella.

El sacerdote se detuvo y elevó los ojos al cielo, agitando los brazos como arrebatado por la oración.

-En tiempos de dificultad habéis llevado vuestros niños a esa mujer. En momentos de debilidad habéis solicitado su ayuda. Y ella se ha aprovechado de vuestra tristeza con sus artes diabólicas.

Phoebe notó el primer pullazo helado de un presentimiento. Era algo que siempre había temido, algo a lo que Meg se arriesgaba cada vez que sanaba a alguien. Tenía que ser Meg. Ya antes la habían llamado bruja, pero era casi una cariñosa descripción, nunca una acusación. La diatriba del cura no podía ir dirigida a ningún otro miembro de la comunidad. Miró alrededor. Advirtió gestos de asentimiento, susurros y rostros severos. Miró a Cato, sentado a su lado en el banco de los Granville, y observó que tenía toda su atención puesta en el sacerdote.

Meg debería estar en la iglesia, pensó Phoebe. Meg sabía bien lo suspicaz que era la gente, y la rapidez con que podía censurar a quien no obedeciera las reglas no escritas. Pero ella se empeñaba en burlarse de las convenciones. Y su ausencia en la casa de Dios prestaba credibilidad a esas disparatadas acusaciones.

A medida que proseguía la invectiva del cura, Cato se iba enojando por momentos. El sermón cargado de fuego y azufre resultaba cada vez más popular, mientras que el fuerte elemento puritano del New Model Army de Cromwell se oponía a la moralidad más relajada de los Cavaliers realistas, lo que estimulaba un fanatismo agitador que hacía poco bien y tenía un gran potencial dañino.

Cuando terminó el oficio, le dijo lacónico a Phoebe:

-Tú y Olivia quedaos aquí. Hace demasiado frío para esperar fuera y quiero hablar un momento con el sacerdote.

Phoebe metió las enguantadas manos en los profundos bolsillos de la capa y se hundió en el banco, acurrucándose para estar más caliente. Quería ir a ver a Meg, pero esperaría a después de comer.

-Hace tanto frío de-dentro como fuera -señaló Olivia, taciturna-. Vaya sermón más espantoso. -Tenía razón en cuanto al frío. Los dos pequeños braseros de la nave no hacían nada para mitigar la gélida humedad.

-Hablaba de Meg -dijo Phoebe.

-¡Oh, no, no puede ser! -exclamó Olivia-. Nunca ha hecho daño a nadie.

-Tiene que ser ella, no puede ser nadie más del pueblo. Esta tarde iré a verla. ¿Vendrás conmigo?

-Sí, cla-claro. -Olivia acompañaba a menudo a Phoebe a visitar a la herborista, si bien, pese a la fascinación que sentía hacia Meg, la contemplaba siempre con cierta inquietud.

-Vamos -gritó Cato desde la puerta. Su voz tenía un tono que las empujó a apresurarse

hacia él. Su semblante era sombrío, con los labios apretados y la mandíbula tensa.-¿Qué le has dicho al cura? -preguntó Phoebe.

-Ve con cuidado -dijo Cato secamente en lugar de responder a la pregunta-. No vayas a caerte otra vez.

-¿Por qué querías hablar con él? -insistió Phoebe, alzando los pies con exagerado cuidado.

-No me gusta toda esa lluvia de fuego y azufre. Si el hombre se cree con el poder de agitar a la multitud... ¡Phoebe, por el amor de Dios! -La asió del brazo en el preciso momento en que ella se hundía en la nieve hasta la rodilla.

-¡Oh! -Contrariada, sacó los pies de la nieve. Le había entrado en las botas y había empapado el dobladillo de la capa y el vestido-. No la he visto.

-¿Por qué no miras por dónde vas? -espetó él.

-No creo que sea justo -replicó Phoebe- que te enfades conmigo simplemente porque estés enfadado con el cura. -Se miró los mojados pies con una mueca-. No hace falta empeorar las cosas.

-¡Vaya cuclillo estás hecha! Será mejor que te lleve a cuestas.

-No, gracias-dijo Phoebe-. Y, en cualquier caso, peso demasiado. -Se puso a andar con paso majestuoso, intentando ignorar el insoportable y frío chapoteo de la nieve en sus botas.

Cato olvidó por un momento su enojo con el sacerdote. En dos zancadas llegó hasta Phoebe, la hizo volverse, bajó los hombros, la alzó y se la cargó a la espalda.

-No pesas nada -dijo con tono alegre, dándole unas palmaditas en el trasero para tranquilizarla-. Estate quieta, yen un santiamén estaremos secos y calientes.

-¡No puedes llevarme así por el pueblo! -chilló Phoebe.

-¡Oh! nadie le dará ninguna importancia -le aseguró él andando con grandes zancadas-. Además, todo el mundo habrá regresado ya a sus casas a calentarse al fuego antes de comer.

Detrás de ellos, Olivia contempló como Phoebe desapareció al doblar una esquina subida en las anchas espaldas de su esposo. Nunca había visto a su padre hacer nada parecido. Desde luego, así garantizaba que Phoebe no volviera a caerse en la nieve. Olivia se apresuró tras las pisadas de su padre.

En la puerta de entrada de la casa, Cato dejó a Phoebe de nuevo en el suelo. Los juegos estaban muy bien, pero lady Granville no podía aparecer ante sus criados en una posición tan poco digna.

-¡Agh! -soltó Phoebe, sacudiendo un pie-. Estoy congelada. -Se dirigió hacia la puerta que Bisset mantenía ahora abierta, y dijo maliciosa a su espalda-: Gracias por el paseo, señor.

Cato meneó la cabeza mirando su espalda en retirada y, a continuación, mientras se quitaba los guantes, le dijo al mayordomo:

-Bisset, traedme al despacho una jarra de madeira. ¡Ah! Brian... Confío en que te sientas cómodo. -Saludó a Brian, que bajaba las escaleras-. Me disculparás si dejo que te las arregles solo hasta la hora de comer. He de poner en orden algunos papeles y cambiarme de ropa para el desplazamiento de esta tarde al cuartel. .

-Naturalmente, mi señor. -Brian dedicó a la rígida Olivia una escueta reverencia-. Olivia, hermanita. Parece que has crecido bastante desde que te vi por última vez. -La observó con una sonrisa casi imperceptible.

-Espero que no encuentres el cli-clima de Woodstock tan malsano como el de Yorkshire -contestó Olivia con dulzura. Lo pa-pasaste muy mal. ¿Qué fueron..., pulgas o piojos, Brian? No me acuerdo.

Un sonrojo multicolor se extendió por el enjuto y puntiagudo rostro de Brian. Cato se hallaba ya en mitad del salón y no escuchó la mofa de Olivia.

-Por lo que recuerdo, comiste algo que te sentó mal -prosiguió Olivia-. Espe-pero que mientras estés aquí de visita no tengas ese problema.

La fina boca de Brian tembló. La delgada línea de sus cejas se alzó en un altanero signo de interrogación.

Librodot

1Tablas en clave, hermanita. Lamento comprobar que no has logrado superar esa desafortunada tartamudez. Te da un toque bobalicón. Me maravilla que te atrevas siquiera a abrir la boca. De todos modos, como mínimo deberías intentar decir cosas sensatas. Eso atenuaría la desfavorable impresión que causas.

Olivia percibió la vieja oleada de frustración, el espantoso y frío temblor en el vientre que Brian conseguía provocarle siempre.

Con el labio torcido y la mirada burlona, Brian observó cómo Olivia intentaba mantener la compostura.

-Pobre pequeña -murmuró-. Pero qué graciosa es.

La mano de Olivia se cerró sobre el anillo de amistad que llevaba en el bolsillo. Portia había exorcizado ese demonio de una vez para siempre. Olivia contrapuso a la sonrisa de Brian la suya propia y, con furia, logró sobreponerse.

-Disculpa. Tengo que quitarme la capa. -De ese modo, logró sortear el escollo. Para ella fue el sonido más arduo de todos. Con una leve inclinación de cabeza se dirigió a las escaleras.

Se sentía tan complacida consigo misma que casi cruzó a saltos el pasillo que conducía al dormitorio de Phoebe.

Cuando Olivia entró, Phoebe se hallaba sentada en el baúl que había al pie de la cama, moviendo sus blancos y entumecidos pies junto al fuego en un intento de recuperar la sensibilidad.

-Seguro que se me han congelado -declaró.

-Más bien parecen sin vida -señaló Olivia, mirando los pies de Phoebe con cierta fascinación y los ojos entornados. Se sentó en el extremo de la cama y observó atenta-. Ha sido divertido ver cómo mi padre te lle-llevaba así.

-Tenía los pies mojados -puntualizó Phoebe, mientras aparecía un leve rubor en sus mejillas.

-Jamás le había visto hacer nada igual -añadió Olivia-. No suele ser espontáneo. Quizá todas esas sorpresas que le estás dando empiezan a surtir efecto.

-¿Qué clase de efecto? -Phoebe saltó del arcón en busca de medias limpias en el armario de la ropa interior. Olivia reflexionaba.

-Bueno, se ríe más -contestó por fin-. Cuando Diana andaba cerca, nunca se reía, pero ahora a menudo se leve risueño. Me gusta -agregó-. Antes me daba la impresión de que se sentía apesadumbrado la mayor parte del tiempo. Pero ahora todo es distinto.

-¿De veras? -Phoebe hizo una pausa, con las medias limpias en la mano-. ¿En serio lo crees?

-Ajá -asintió Olivia-. ¿No te has fijado que a veces sus ojos parecen brillar?

-Sí, es cierto. -Phoebe sonrió para sus adentros.

-Bueno, mejor que me quite la ca-capa antes de bajar a comer. -Olivia dio un brinco-. Esta tarde iremos a ver a Meg. -Se dirigió a la puerta. Esta se abrió y apareció Cato, que iba a ponerse el traje de montar.

-Excusadme, señor -dijo haciendo una reverencia-. Sólo hablaba con Phoebe mientras se cambiaba las medias.

Cato asintió algo distraído. En esos momentos tenía un montón de cosas en la cabeza. Cerró la puerta tras Olivia.

-¿Cómo están tus pies?

-Ahora ya más calientes. -Phoebe introdujo un pie en una de las medias y a continuación se la subió lentamente extendiendo la pierna.

Cato la observaba. En el conjunto de la maniobra había algo innegablemente sensual. Phoebe sujetó las ligas justo por encima de la rodilla y después alzó la vista, como si de pronto fuera consciente del examen de que era objeto. Se mordió el labio inferior y en sus ojos se dibujó una sonrisa en la que la timidez se mezclaba con la invitación.

-He mandado que sirvan la comida al mediodía -indicó Cato. Comenzó a desabrocharse

el jubón-. Esta tarde he de cabalgar hasta el cuartel.

-¿Regresarás a casa hoy mismo, cuando hayas resuelto tus asuntos? -Phoebe seguía encaramada en la cama, la falda todavía por encima de las rodillas.

Eran unas rodillas redondeadas. Los dedos de Cato estaban ahora en la pretina de sus pantalones de terciopelo.

-No pensaba pasar la noche fuera -dijo.

La noche anterior, ¿había existido realmente? ¿O había sido tan sólo una astuta y habilidosa simulación? Sintió el súbito impulso de comprobarlo.

-Ven aquí -le dijo, doblando el dedo en un gesto inequívoco.

Phoebe descendió de la cama y su espléndida falda bajó de nuevo hasta los tobillos. Se le acercó despacio con los ojos luminosos como un soleado día de verano.

10

Cato se quedó muy quieto, sin tocarla. Quería ver qué hacía ella.

Phoebe parecía algo desconcertada ante la falta de indicios. Vacilaba. De pronto, casi en un impulso, sus manos fueron hasta la cintura de él, a los botones del pantalón. Presionó con la mano la dura protuberancia en el vértice de los muslos, notando cómo se animaba bajo el exquisito terciopelo oscuro. Miraba de frente a Cato, y éste la contemplaba, los ojos resplandeciendo con una luz casi depredadora que excitó a Phoebe sobremanera, acelerando los latidos de su bajo vientre y presionándole el estómago.

Ella bajó los ojos poco a poco y le desabrochó el pantalón, un botón tras otro. Luego deslizó las manos sobre la descubierta cintura para aferrar las delgadas caderas antes de descender por detrás, por las tensas estribaciones musculares de las nalgas. Su respiración era rápida, las manos obraban como si no recibieran instrucciones del cerebro. Le quitó despacio los pantalones y los calzoncillos tirando de ellos hacia abajo y cayendo de rodillas casi en el mismo movimiento.

De la mata de vello negro y rizado sobresalía la turgente verga. Phoebe colocó las palmas de sus manos en las caderas de él y recostó la cara contra su vientre. El tosco aroma de la excitación de Cato le saturó las ventanillas de la nariz y sus sentidos zozobraron. Lamió la columna de pelo negro que le bajaba a Cato desde el ombligo, gozando del leve sonido de la lengua mientras el sabor se mezclaba con la fragancia. Pasó la mano por entre sus muslos para asir las delicadas esferas. Tanteó su peso, la suavidad de la piel tirante.

Recorrió con la mano la carnosa verga, encerrándola entre sus dedos, sintiendo el pulso de la sangre. Sacó la lengua para lamer las gotas arracimadas en la hinchada y oscura punta. El sabor salado la extasió. Después la tomó en la boca, recorriendo con los labios toda la extensión del miembro al tiempo que las manos seguían acariciando los muslos.

Cato estaba perplejo. Había disfrutado de placeres parecidos con mujeres para quienes el sexo era tanto una diversión como una mercancía. Pero aquella muchacha, con su astuto estilo, era distinta de cualquier otra que él hubiera conocido. En su instintiva destreza, en el inequívoco deleite con que le proporcionaba placer se apreciaba una paradójica inocencia. Cuando Phoebe alzó la vista para mirarlo, sus ojos azules destellaban a causa de la excitación, con las mejillas arreboladas y los labios separados a modo de irresistible invitación.

Cato estaba llegando al punto culminante y entonces, con un movimiento repentino, le tomó la cabeza y le separó la boca de él.

-Esto lo compartirás conmigo -espetó con voz desapacible, fruto del esfuerzo por reprimirse. Se agachó, la tomó en brazos y la llevó de nuevo a la cama.

Phoebe se retorcía, su cuerpo entero bañado en necesidad. Sentía las ásperas manos de

Cato en los muslos cuando él le subió la falda. Después la tomó por los tobillos y le levantó las piernas para apoyarlos en sus hombros, quedando arrodillado entre los muslos de Phoebe. Su mirada era intensa mientras la penetraba.

Cato se inclinó sobre ella, le sacó el vestido por los hombros y le tomó los pechos. Ella gemía mientras Cato jugueteaba con los pezones. Los correosos músculos del cuello se le marcaban, intentaba mantenerse al borde de la culminación todo el tiempo posible. Por fin, cuando ya no pudo esperar más, bajó las manos por detrás de los muslos de Phoebe, le agarró las nalgas con sus fuertes dedos y se la acercó más. Los ojos de ella se abrieron de golpe, presa del asombro. A continuación arqueó la espalda y su cuerpo se convulsionó en torno a Cato.

Este cayó hacia adelante dejando escapar un gemido, apretándola contra él bajo la maraña de faldas y enaguas, hundiendo la boca en la suavidad de la garganta de Phoebe, que se estremecía bajo su cuerpo.

Una llamada a la puerta vino a alterar su mundo de oscuridad y sudor. Cato se incorporó.

-¿Quién es?

-Yo, mi señor. -El vozarrón de Giles Crampton atravesó la puerta de roble-. Ordenasteis la comida para las doce, señor. Dijisteis que partiríamos después.

Cato soltó una soez imprecación y se levantó de la cama.

-Giles, bajaré en cinco minutos.

-Muy bien, mi señor. Le diré a Bisset que vuelva a poner la carne un rato al fuego, ¿de acuerdo?

Cato echó un vistazo al reloj que había sobre la chimenea. Eran las doce y cuarto.

-¡Maldito impertinente! -murmuró Cato, quitándose la ropa de cualquier manera. Giles siempre encontraba el modo de salirse con la suya.

-No creo que pueda levantarme -musitó Phoebe, desperezándose lánguidamente-. Estoy deshecha.

Cato la miró, abandonada en una desgarbada postura, con la falda subida, al descubierto los rollizos, blancos y suaves muslos y la ligera curva del vientre. Más abajo, la oscura mata de vello brillaba con las esencias del acto amoroso. Sin duda, las reacciones de Phoebe de la noche anterior no habían sido una artificiosa simulación.

-¿Cómo se explica esto? -susurró él.

-¿Cómo se explica qué? -Phoebe se acariciaba el cuerpo con indolencia, de arriba abajo.

-Tu voluptuosidad -contestó, dándose ligeros golpecitos en la boca con la punta de los dedos-. Nunca antes había visto esto en una mujer de tu clase.

Su tono de voz hizo que Phoebe se incorporara y se arreglara la falda.

-Entonces, ¿ha estado mal?

Cato dudó un instante antes de negar con la cabeza.

-No... No, desde luego que no. -Se le escapó una tímida sonrisa que no parecía especialmente risueña y se dirigió al armario en busca de los pantalones de montar y del jubón de lana.

Phoebe salió, despacio de la cama. ¿Por qué había dudado Cato?

El se vistió a toda prisa, y cuando ya salía de la habitación dijo:

-Apresúrate, Phoebe. No quiero aguantar otra velada impertinencia de Giles.

Phoebe hundió la toalla en la jofaina y la escurrió. El había deseado ese apasionado momento tanto como ella. Entonces, ¿por qué sentía ahora ese desasosiego? Con aire pensativo, se aseó y bajó después al comedor.

Cuando llegó todo el mundo estaba ya sentado a la mesa. Giles Crampton le lanzó una mirada cómplice de reojo que la exasperó, provocando que le salieran los colores. Tomó asiento excusándose de manera incoherente por haberles hecho esperar y alcanzó al punto la copa de vino.

-¿Te has decidido ya a interpretar el papel de Gloriana, Phoebe? -preguntó Olivia al

tiempo que se servía el cordero asado y la salsa de cebollas. Ignoraba con premeditación a Brian Morse, que estaba sentado frente a ella.

-Lo estoy pensando. -Aliviada por ese giro en la conversación, Phoebe le dedicó a Cato una rápida mirada-. Señor, ¿crees que algunos de tus soldados querrían participar? Estoy escribiendo la escena en que la reina Isabel se dirige a las tropas y dice eso de tener el corazón de un hombre en el débil cuerpo de una mujer. El espectáculo quedaría mejor si los soldados fueran auténticos.

Giles soltó un bufido.

-¡Antes muerto, mi señora! Son soldados, no actores de teatro.

Phoebe estaba acostumbrada a que Giles se ofendiera, pero ella podía organizar su propia defensa con toda contundencia.

-Pensé que un espectáculo veraniego podría animar a la gente -explicó-. Con la guerra, la vida está resultando dura y triste para todos, y llevamos así mucho tiempo. A mi juicio, elevar la moral es una tarea de lo más honrosa para un soldado.

-¿Estáis escribiendo una obra de teatro, lady Granville? -preguntó Brian con tono divertido.

-Una epopeya histórica -corrigió ella.

-¡Oh! espero que me deis algún papel -añadió él con el mismo tono.

-Pe-pero tú no estarás aquí en verano -dijo Olivia con indisimulado horror, mirándolo por primera vez desde que habían comenzado a comer-. ¡Aún faltan meses!

Phoebe intervino al advertir la expresión de Cato.

-Señor Morse, si aún estáis aquí, estoy segura de que podré encontrar un papel para vos. Pero, ¿qué hay de los soldados, señor? Causaría un mayor efecto que fueran verdaderos, y no gente del pueblo disfrazada, ¿no crees? -dijo dirigiéndose de nuevo a Cato.

-Sin duda -admitió él, apaciguando a Olivia con una airada mirada-. Pero estoy de acuerdo con Giles en que los hombres tienen mejores cosas que hacer que participar en obras de teatro, por muy respetables que sean las razones.

-Así pues, ¿sois una autora dramática aficionada? -inquirió Brian con interés antes de que Phoebe pudiera reaccionar ante el indiferente rechazo de Cato a su proyecto-. Antes de la guerra, solía ser una actividad muy popular en la corte. Pero, por lo que recuerdo, pocas mujeres se dedicaban a ese pasatiempo. -En su rostro se dibujó una sonrisa complaciente y le dio un trago a su copa de vino.

-Phoebe es una consumada poetisa -afirmó Olivia-. Me atrevo a asegurar que ningún po-poeta de la corte tendría reparo alguno en reconocer su calidad literaria.

-¿De veras? -Brian alzó las cejas-. No sabía que habías frecuentado círculos cortesanos.

-Phoebe sí lo ha hecho y me ha hablado de los cásquivanos cortesanos -señaló Olivia.

Brian pasó por alto esas palabras.

-Me gustaría que me enseñarais algunos de vuestros trabajos, lady Granville. Al fin y al cabo, yo tengo cierta experiencia en lo que en la corte se considera buena poesía. Y, por supuesto, si tenéis éxito, debéis complacer a la corte.

-Escribo para complacerme a mí misma, señor -dijo Phoebe con inconsciente altivez-. No tengo ningún deseo especial de brillar en la corte, si finalmente ésta es reinstaurada. De hecho, como ha señalado Olivia, en mis esporádicas visitas allí al principio de la guerra, las actitudes y pretensiones que observé me causaron un profundo desagrado.

Brian podía reconocer un desaire al instante. Sin embargo, en lugar de enfurecerse, notó que su interés se avivaba. Al parecer, la hermanita pequeña no tenía nada que ver con la mayor. Contempló a Phoebe sobre el borde de la copa. Se le caían las horquillas del pelo y el cuello recto del vestido azul estaba casi fláccido. Parecía haber dormido con la ropa puesta. Por la mañana temprano, antes de ir a la iglesia, tenía mejor aspecto. Se preguntaba qué demonios habría estado haciendo.

-Seguramente no conocisteis a James Shirley-indicó-. Un hombre poco o nada pretencioso.

Librodot

-¡Oh! sí, y admiro especialmente las obras del señor Shirley -interrumpió Phoebe, dejando de lado su ligero enfado-. No es nada petulante.

-Phoebe, para la obra necesitarás música -terció Olivia, que no estaba dispuesta a que Brian la excluyera de la conversación-. ¿Has pensado en ello?

-Pues no. Ojalá encuentre un compositor como Henry Lawes. -Phoebe pasó a Olivia un plato de salsifíes con mantequilla.

-¡Ah! el incomparable señor Lawes -murmuró Brian-. En una ocasión lo vi con John Milton en una representación de Comus.

-¡Oh! ¿Habéis conocido a John Milton? -El tenedor de Phoebe colgaba, abandonado, a medio camino de su boca.

-Es un caballero muy pagado de sí mismo -señaló Cato.

-Bueno, pero es un magnífico poeta -replicó Phoebe, y el tenedor prosiguió su camino-. Cualquier otro calificativo suena a evasiva.

-De todos modos, me cuesta creer que aspires a alcanzar esos elevados círculos literarios -comentó Cato con una leve sonrisa.

-¿Por qué no? -musitó Phoebe.

Cato arqueó las cejas incrédulo.

-Confieso mi interés en que esta obra se represente pronto. Tal vez pueda convencer a Henry Lawes para que le eche un vistazo por encima y componga la música.

-¿Lo conoces, señor? -Phoebe lo miraba desde el otro lado de la mesa con un brillo inequívocamente marcial en los ojos. Había percibido el tono irónico.

-Bastante bien, a decir verdad -respondió Cato-. Antes de la guerra nos vimos varias veces en la corte. Por aquel entonces también tuve cierto trato con el señor Milton, que ahora está incondicionalmente a favor del Parlamento.

-Bueno, puedes estar seguro, mi señor, de que no me siento nada envanecida con respecto a mi talento poético -señaló Phoebe, quien a continuación tomó la copa y bebió un trago largo.

Cato se contentó con inclinar la cabeza. Tiró la servilleta sobre la mesa y retiró la silla. Giles hizo lo propio con manifiesto alivio. Las charlas sobre músicos y poetas no centraban su interés.

-Brian, deberíamos ponernos en marcha. Hay una hora de camino -dijo Cato.

-Sí, desde luego. -Brian inclinó la cabeza como señal de avenencia. Todo se sucedía con rapidez, aunque no se hacía ilusiones de que Cato creyera en su cambio de bando. Esa tarde le harían preguntas, pero confiaba plenamente en convencer a sus interrogadores.

Eran casi las dos de aquella misma tarde cuando Phoebe y Olivia salieron de la casa. El cielo estaba encapotado, era de un gris ribeteado de negro que parecía presagiar nieve. Phoebe, teniendo presente el accidente de la mañana, se había puesto uno de sus viejos vestidos de lana y se había provisto de un fuerte bastón con el que tantear el terreno. Tomaron el camino que pasaba por el pueblo. Daban más rodeo que si iban a campo traviesa, pero es que el terreno estaba impracticable.

En el bosque había un buen grosor de nieve, y Phoebe se abrió paso por delante, hincando el bastón a cada paso. Olivia la seguía, colocando los pies con cuidado sobre las huellas de Phoebe, hasta que salieron a un pequeño claro.

-Meg está en casa. -Phoebe señaló las espirales de humo que ascendían desde la chimenea de la choza.

-No ha salido desde hace tiempo. -Olivia indicó la extensión de nieve virgen que iba desde la verja a la puerta principal. Se apreciaban zigzagueantes huellas de gato entre los arbustos, pero ninguna otra señal-. Aunque con la escoba no dejaría rastro alguno -añadió maliciosa.

El chiste no provocó ningún tipo de reacción. Phoebe le clavó la mirada y siguió andando con paso airado. Olivia tropezó detrás de ella.

-¡Oh! Va-vamos, Phoebe. Era una broma.

-De mal gusto. -Phoebe alzó el bastón para golpear la puerta.

-Lo siento -dijo Olivia-. ¿Me perdonas? Phoebe la miró y sonrió.

-Por supuesto. Vamos, entremos antes de que nos convirtamos en carámbanos. -Llamó a la puerta.

Pasaron uno o dos minutos hasta que oyeron que se levantaba la aldaba y la puerta se abría con un chirrido. Meg, envuelta en una gruesa manta, la cabeza vendada con un paño, intentó sonreír yen lugar de ello le salió una mueca. Retrocedió y les hizo señas de que pasaran.

-¿Qué es esto? ¿Estás enferma? -preguntó Phoebe, intrigada.

-Me duele una muela -masculló Meg-. Tenéis que ayudarme a sacarla. -Se colocó la mano sobre la mejilla cubierta por el paño-. Lo he intentado todo. Aceite de clavos de olor, olmo escocés... He de librarme de ella.

-Cuando yo era pequeña, mi padre me sacó un diente -observó Olivia-. Ató el diente, anudó el hilo al pestillo y cerró la puerta de golpe. Me dolió -añadió un tanto indecisa.

-No te dolería tanto como me duele ahora -proclamó Meg-. Vamos, Phoebe, acaba con mi agonía. -Se sentó en un pequeño taburete junto al fuego, y el gato de una sola oreja saltó sobre su regazo.

Los dientes de Meg eran una constante fuente de molestias. Phoebe ya le había ayudado antes a su amiga y sabía cómo ser rápida y complaciente. Encontró un hilo, localizó la muela cariada y terminó su cometido en unos segundos. Meg se precipitó a la jofaina que había en un rincón de la choza mientras Phoebe contemplaba la muela colgando del hilo. El gato dio un brinco hasta el alféizar y empezó a asearse.

-Vaya montón de sangre -dijo Olivia con su habitual curiosidad-. Nadie diría que algo tan pequeño po-podría provocar tanta hemorragia.

-Nadie diría que podría provocar tanto dolor -replicó Meg con voz apagada. Acto seguido, alzó la cabeza de la palangana y alcanzó un frasco del estante de arriba. Se enjuagó la boca con su contenido y después suspiró aliviada-. Qué dolor. No os lo podéis imaginar.

-¿Quieres la muela? -Phoebe se la dio.

Meg la tomó, anudó el hilo y se la colgó al cuello.

-Quizá me sirva como talismán contra futuros dolores. -Hizo una mueca y se acarició el rostro todavía hinchado-. Menos mal que habéis venido.

-Quería decirte algo. -De súbito, Phoebe se puso seria-. En el pueblo se oyen rumores de brujerías. Esta mañana el cura desvariaba.

Meg asintió despacio.

-No me sorprende. La última vez que estuviste aquí vinieron a buscarme para que atendiera a un niño enfermo, ¿te acuerdas?

-Sí. -Phoebe se encaramó en el extremo de la mesa. -Pues el niño murió poco después de que yo le administrara una medicina.

Olivia dejó de examinar las jarras de alabastro y los frascos con pócimas de Meg.

-¿De qué murió?

Meg se encogió de hombros y se arrebujó con la manta.

-No lo sé. En el momento de marcharme estaba bien, pero según dijo su madre, una hora después empezó a sufrir convulsiones. Cuando llegué ya había muerto.

-A veces no se puede hacer nada -dijo Phoebe, indecisa.

-Tú y yo lo sabemos -señaló Meg con semblante severo-. La madre del niño me maldijo. El padre me escupió. Había allí una multitud, que cuchicheaba y murmuraba.

Phoebe cruzó los brazos delante del pecho con un involuntario escalofrío. Sintió una sacudida de miedo en lo más profundo de su ser.

-¿Qué decían?

-Que yo le había echado una maldición al niño.

-Así que el sacerdote vociferaba contra ti -dijo Olivia. Se acercó a Phoebe y posó una

Librodot

mano en su hombro.

-Probablemente -dijo Meg-. La superstición es un mal imprevisible. -Alargó la mano al anaquel de secado de hierbas y tomó un manojo de tomillo y otro de verbena-. Olivia, pon la olla en los trébedes. Prepararé una infusión para la hinchazón.

-Parece haber sucedido sin más ni más -observó Phoebe-. Sólo una semana antes habías curado la fiebre de la hija de los Bailey. Y mira los niños de Harvey. El mes pasado apenas podían andar por el raquitismo y ahora ya corren por el pueblo.

-Eso era antes. Ahora es distinto.

-Camino de casa quizá me deje caer por la taberna del Oso, a ver qué dice la gente. Si oigo necedades, yo también diré un par de cosas. -Phoebe tenía los ojos salidos.

Meg meneó la cabeza.

-Ten cuidado, Phoebe. La brea se pega. -Echó las hierbas en una tetera de barro cuando el agua de la olla comenzaba a hervir.

-La brea no se pega a lady Granville -proclamó Phoebe con firmeza.

-Esa brea no sabe de rangos -replicó Meg-. Recuerda a lady Constance. No se libró de los perseguidores de brujas.

Phoebe torció el gesto.

-Pero había sido acusada por la amante de su esposo. Y, cuando se supo, fue puesta en libertad.

Meg inclinó la cabeza en un gesto de reconocimiento, pero Phoebe sabía que no estaba convencida.

-Aun así, en audiencia pública no se libró de los perseguidores -repitió Meg.

-Debió de ser atroz -dijo Olivia, empalideciendo. Estar expuesta desnuda en audiencia pública durante el minucioso examen del perseguidor de brujas con sus largos alfileres era un horror difícil de soportar.

-Eso es un eufemismo -soltó Meg en tono de guasa-. Bueno, esperemos que esta vez no acabe igual. -Vertió el agua en las hierbas de la tetera, y el fragante vapor llenó la pequeña estancia.

-A ver si descubro algo. -Phoebe se agachó para besar a Meg-. ¿Estás segura de que esta tarde no te hace falta nada más?

-No, querida. -Meg le acarició la mejilla-. Lo que más necesito es dormir, y puedo hacerlo sola.

-Bueno, si te sientes intranquila mándanos avisar. A menos que... -Phoebe hizo una pausa-. A menos que prefieras venir con nosotras ahora. En casa de lord Granville nadie te incordiará. Y puedes regresar aquí cuando se hayan calmado las aguas.

Meg negó con la cabeza de manera concluyente.

-No, de verdad que no. Te lo agradezco, pero no voy a dejar mi casa por culpa de unos molestos ignorantes.

Phoebe esperaba esa respuesta y no insistió.

-Me pregunto qué diría mi padre si lleváramos a Meg con nosotras a casa -dijo Olivia con aire pensativo mientras bajaban por el sendero.

-¿Qué podría decir? -preguntó Phoebe con sincera perplejidad.

Olivia le lanzó una rápida mirada.

-Quizá no vea las cosas igual que tú.

Phoebe frunció el ceño. Había notado ya que Cato no entendía los asuntos del pueblo y de sus arrendatarios del mismo modo que ella.

-Mi padre es un juez justo y generoso con sus arrendatarios-señaló Olivia-. Pero no quiere impli-plicarse. El es el señor de las tierras, lo demás no es asunto suyo.

-Pues sí es asunto mío -dijo Phoebe tras reflexionar unos instantes-. Yo sí quiero implicarme personalmente.

-A lo mejor puedes ha-hacerle cambiar de opinión -apuntó Olivia, sin mucho convencimiento.

-A lo mejor -repitió Phoebe. Habían llegado al camino que conducía a la mansión-. Ve a casa, yo daré un rodeo. Iré al pueblo a preguntar algunas cosas sobre Meg. Luego te alcanzo.

-¿Vas a ir sola? -El tono de Olivia evidenciaba indecisión.

-Si estás tú quizá no hablen con tanta franqueza -dijo Phoebe-. No va a importunarme nadie. Son amigos míos.

-Lo entiendo. ¿Ves?, ésa es la diferencia entre tú y mi padre -hizo notar Olivia-. El jamás co-consideraría como amigos a sus arrendatarios.

Phoebe reflexionó sobre esa idea mientras atravesaba el pueblo. No tenía ninguna duda de que Olivia estaba en lo cierto, pero ¿cómo conciliar la actitud de Cato y la suya? Ahí residía el problema. Ella estaba totalmente convencida de que su postura era la única correcta, de modo que si alguien debía cambiar, ése era Cato.

Todavía con gesto preocupado, entró en la taberna del Oso, donde todos los chismorreos echaban raíces.

-Buenas tardes, lady Phoebe. -El dueño la saludó cuando ella apareció en la oscura estancia-. ¿Qué se os ofrece?

Phoebe había decidido abordar el asunto sin tapujos.

-Me preguntaba, Ben, si has sabido algo de Meg -dijo.

Al hombre se le ensombreció el rostro. Se volvió y escupió en un rincón.

-Preferiría no saber nada -murmuró él-. Con perdón de los presentes, lady Phoebe, echa mal de ojo. Phoebe apretó las manos enguantadas.

-Tú sabes que eso son patrañas, Ben. ¿No recuerdas cuando curó el reumatismo de tu madre? Entonces la cubriste de alabanzas.

El tabernero pareció algo cohibido y evitó la mirada de Phoebe.

-Sí, pero han pasado cosas malas. Primero fue el niño, y ahora esa enfermedad del ganado, allá por Shipley.

-¿Qué tiene que ver eso con Meg? -inquirió Phoebe. Ben se encogió de hombros.

-Algunos la vieron en la oscuridad, a la luz de la luna, vagando por los campos. Pocos días después las vacas cayeron enfermas.

-¡Oh, no deberías hacer caso de esas historias fantásticas!

-Sí, bueno, el perseguidor de brujas averiguará la verdad -indicó Ben.

Phoebe notó que se le helaba la sangre en las venas.

-¿Lo habéis mandado llamar?

Ben se encogió de hombros otra vez.

-No lo sé. Pero dicen que anda por Banbury. Phoebe ya había oído bastante. Bunbury sólo estaba a unos veinte kilómetros.

-A ver qué dice lord Granville sobre semejante insensatez.

-Perdonadme, lady Phoebe, pero el sacerdote no responde a su señoría en cuestiones de Iglesia. -El tono de Ben era de hosco desafío; Phoebe no lo había oído antes. Se sintió más inquieta que nunca.

-Ya veremos -dijo, y dio media vuelta para dirigirse a la casa de Granny Spruel, donde esperaba obtener una segunda opinión.

Cuando empezó a andar ya anochecía, aunque apenas eran las cuatro, y el cielo cargado de nieve estaba tan bajo que parecía prensar la tierra. Se precipitó por una callejuela hacia la casa, saltando alterada ante el menor crujido de una rama o el ruido de pequeños animales entre los setos. De pronto, el mundo parecía un lugar inhóspito.

Cuando cruzaba la verja de la mansión ya casi había oscurecido del todo. Su visita a Granny Spruel había durado más de lo previsto y tampoco le había servido para tranquilizarse. Al pasar bajo las desnudas y arqueadas ramas de los robles que bordeaban el largo y tortuoso camino echó a correr. A esa hora oscura y solitaria era un corredor siniestro, y las luces de la casa todavía quedaban ocultas tras la curva al final del camino.

Librodot

Se trataba de una silueta sombría enfundada en su capa, tan perfectamente fundida en las sombras que Cato, Brian y Giles casi la atropellaron al enfilar el camino a medio galope. Llegaban tan deprisa que Phoebe no fue consciente de su presencia hasta que el estruendo de los cascos la hizo saltar a un lado con un grito de alarma.

-¡Virgen santa! -Cato tiró de las riendas del caballo-. ¿Qué demonios es esto? -Miró desde la altura de su corcel bayo-. ¿Quién anda por la casa de los Granville a esta intempestiva hora y con este tiempo de perros?

-Soy yo -dijo Phoebe saliendo de las sombras-. Casi me atropelláis.

-Por todos los demonios, ¿qué estás haciendo aquí? -preguntó Cato-. En la oscuridad eres casi invisible.

-No me he dado cuenta de que era tan tarde -explicó Phoebe-. Parece que ha anochecido más deprisa que de costumbre.

-Sí, está negro como boca de lobo y son apenas las cinco -coincidió Giles. Alzó la cabeza y olisqueó el viento-. Creo que volverá a nevar.

Cato se agachó y alargó la mano hacia Phoebe.

-Ven -ordenó.

Phoebe no discutió. Su esposo no parecía muy contento de verla. Alcanzó la mano tendida y se esforzó para poner el pie sobre la bota de Cato en el estribo. Él la izó hasta la silla, delante, y la rodeó ligeramente con el brazo mientras espoleaba al caballo para reanudar el paso.

Phoebe se recostó en él, incapaz de resistirse a la oportunidad de percibir los latidos del corazón de Cato bajo la capa y el jubón, de aspirar sus mezclados aromas a caballo y cuero, el frescor de limón de su piel y su pelo. Volvió la cabeza, dirigiéndole una radiante sonrisa, y extendió la mano para acariciarle la mejilla en un gesto de intimidad deliciosamente inconsciente.

En esa sonrisa y en esa caricia había algo en extremo sensual. Sensual *y, con todo,* sorprendente. Cato miró de soslayo a Brian Morse, que cabalgaba a su lado. De su esposa sólo deseaba recibir una sorpresa, pensó con cierta frialdad. Una sorpresa que dejaría a su hijastro sin papel alguno en la representación.

Cuando les llegó una acogedora luz desde la puerta de entrada se detuvieron. El siempre atento Bisset se hallaba en el umbral para recibirlos. Cato desmontó y entregó las riendas a Giles antes de bajar a Phoebe de la silla.

-Phoebe, más allá de tener o no permiso, salir a esta hora sin escolta es una insensatez -la reprendió mientras la instaba a entrar en la casa colocando una mano en la parte más estrecha de la espalda.

-Cuando salimos era primera hora de la tarde -objetó ella-. Lo cierto es que no pretendía llegar tan tarde. Hay algo de lo que quiero hablar contigo.

Cato la miró frunciendo el ceño durante unos instantes. Después dijo secamente:

-Entonces, vamos. -Y dobló hacia un lado en dirección al despacho. Cerró la puerta tras ellos-. ¿Y bien? -Tomó una jarra y llenó una copa de vino.

-He ido a ver a una amiga -explicó Phoebe, y sin darle especial importancia añadió-: Tenía que ayudarle a sacarse una muela.

-¿Una muela? -Cato se interrumpió, la copa a medio camino de sus labios-. Dime algo que tenga sentido, Phoebe.

-Le dolía una muela. He tenido que sacársela -replicó, articulando cada palabra con exagerado cuidado˙. ¿Es tan difícil de entender, mi señor?

-¡Sí! -respondió Cato con contundencia-. ¡Me resulta imposible entender por qué lady Granville ha de ir por el campo haciendo el trabajo de un barbero! ¿Quién es esa amiga?

-Creo -empezó Phoebe muy despacio- que Meg, mi amiga, era la destinataria del sermón del cura. Ella no estaba en la iglesia esta mañana, así que he ido a ver si se encontraba bien y a avisarla. En el pueblo corren muchos rumores, y Ben, el de la taberna del Oso, me ha contado que, por lo visto, han mandado llamar al perseguidor de brujas, que está en Banbury.

-Alzó los ojos, los fijó en el pasmado rostro de su esposo y dijo-: Tenemos que ayudar a Meg.

-¿Tienes tratos con una bruja? -exigió saber Cato tras recuperar el habla. Phoebe negó con la cabeza.

-No, no. Meg no es una bruja, nada de eso. Se andan contando rumores que la gente empieza a creer. Hemos de ayudarla. He intentado convencerla de que se cobijara aquí, pero es demasiado orgullosa y obstinada.

-¿Has ofrecido mi techo a una mujer acusada de brujería? -Cato apenas daba crédito a sus oídos-. Phoebe, hasta aquí podíamos llegar.

Olivia tenía razón.

-¿Por qué no le ofrecerías refugio? -preguntó Phoebe-. Tú eres el juez de paz. Aquí tú eres la ley.

-Precisamente por esto no puedo ofrecer mi apoyo personal a una persona acusada. He de ser un juez imparcial. Lo entiendes, ¿no?

-Meg ha sido acusada sin motivo, señor.

-Si la mujer está acusada, deberá enfrentarse a sus acusadores -dijo Cato con brusquedad-. Si las acusaciones son falsas, se demostrará que lo son.

-¿Cómo puedes decir eso? -gritó Phoebe-. Sabes bien que no siempre prevalece la justicia. Esta mañana has dicho que el cura trataba de enardecer a la multitud.

Lo había dicho, por supuesto. A Cato no le gustó que se lo recordara, pero sirvió para que moderara el tono.

-Tu generosidad merece todos los elogios, Phoebe, pero esto no va a salir bien. Garantizaré que no haya errores judiciales. De ahora en adelante, debes dejar que las cosas sigan su curso.

-¿Me estás pidiendo que abandone a mi amiga? -Phoebe negó con la cabeza-. Pues no lo haré, señor. Cato apretó los dientes.

-Incluso tú... Incluso tú debes comprender lo impropio de que mi esposa tenga relación con alguien de tan dudosa reputación.

Phoebe se quedó boquiabierta.

-¡Dudosa! -repitió-. Meg es una sanadora. Ha hecho mucho bien por todas partes. No fue culpa suya que muriera el niño, ni que enfermaran las vacas de Shipley.

-¿Niño, vacas...? -Durante unos instantes Cato estuvo desconcertado. Apuró el contenido de la copa y lo vio todo claro-. ¡Mal de ojo! Así que se trataba de eso.

-Sí, pero Meg no estaba vagando por el campo a la luz de la luna. Y aun menos echó ninguna maldición al niño.

-¡Vaya disparates! -exclamó Cato-. No tengo tiempo para las tonterías de ese juez. Por favor, manténte alejada de todas esas habladurías.

-Excúsame, señor -dijo Phoebe con la boca contraída-. Debo arreglarme para la cena. -Hizo una rígida reverencia y salió del despacho.

Phoebe cerró la puerta a su espalda y se quedó en el pasillo, su expresión demostraba furia. Sus espesas cejas rubias casi se tocaban sobre el caballete de su respingona nariz al tiempo que se mordía el labio inferior. Protestando no conseguiría nada, eso estaba claro. Pese a sus muchas y maravillosas cualidades, su esposo era terco incluso cuando estaba equivocado. En ocasiones así, Phoebe no podía por menos que ignorarlo.

-¡Grandilocuente testarudo! -espetó en voz alta.

-Lo es, ¿verdad? -Una voz susurrante le hablaba desde la sombra de la escalera. Brian Morse apareció iluminado por el resplandor dorado de las velas de los candelabros a uno y otro lado de la puerta del despacho de Cato-. ¿Algún problema, lady Granville? -Arqueó una ceja intentando mostrar complicidad.

-Oh, llamadme Phoebe -dijo ella con una nota de impaciencia-. Lo hace todo el mundo, y por lo general no suelo responder a tratamientos más formales.

-En este caso, Phoebe... -Brian hizo una inclinación-. Perdonad la intromisión, pero sé muy bien lo que es habérselas con lord Granville. Por muy atinado y razonable que sea el

Librodot

razonamiento de uno, si él no está de acuerdo, nada le hace cambiar de parecer.

Phoebe alzó la barbilla.

-Sus opiniones acostumbran a ser acertadas -señaló.

-En la mayoría de las ocasiones, sí -dijo Brian con una leve sonrisa-. Pero, ¿y en lo concreto...? -Dejó el interrogante en el aire.

-No siempre -reconoció Phoebe. Se enrollaba en el dedo un mechón de pelo, aún con el ceño fruncido. Después se encogió de hombros-. Disculpadme. He de cambiarme para la cena.

Brian la siguió hasta la luz más brillante del salón. Phoebe llevaba el mismo vestido que la primera vez que él la había visto. Demasiado pequeño, tenso sobre el generoso pecho, las mangas muy cortas, el dobladillo mojado y además de un feo color. Sin embargo, cuando la miró más de cerca, para gran sorpresa suya advirtió las posibilidades ocultas. Y eso le dio una idea.

-¿Habéis pensado alguna vez en rizaros el pelo sobre las orejas? -preguntó de pronto-. Creo que ese tipo de peinado os favorecería mucho el rostro.

Phoebe dio media vuelta y lo miró asombrada.

-Siempre lo llevo así. -Se llevó una mano al moño suelto-. Sí, siempre se cae -añadió.

-Si me permitís... -Brian le puso las manos en la cabeza y quitó hábilmente las horquillas. Dividió el pelo en dos partes y, a continuación, tomó sendos mechones y los enrolló en torno a las orejas-. Sí, tenía yo razón -dijo, asintiendo-. Deberíais probar así.

-¿Sabéis mucho sobre estilos y cosas de este tipo? -preguntó Phoebe con súbito interés.

A juzgar por la ropa de Brian, era más que probable.

-Solía aconsejar a vuestra hermana -respondió él-. He frecuentado la corte durante casi cinco años, y creo que se me considera una especie de autoridad en la materia. Muchas mujeres me preguntan mi opinión sobre el particular -explicó, y le dirigió una tímida sonrisa que ocultaba el destello calculador que emanaba de su cruel mirada.

-Yo soy una especie de causa perdida -dijo Phoebe con cierta duda-. Lo intento, pero casi nunca funciona.

-¡Oh! pero tenéis unas posibilidades enormes -indicó Brian, afectuoso-. Si me permitís que os dé mi opinión sobre vuestro vestuario... Este vestido, por ejemplo...

-Es muy viejo -reveló Phoebe, un poco a la defensiva-. Hay nieve y no quería llevar ninguno de los otros.

-Se comprende -admitió él con una afable sonrisa-. Pero ¿hace falta que sea tan viejo? ¿No podríais encargar a la costurera que os hiciera algunos vestidos de uso diario? ¿De tela más resistente que la seda y el terciopelo pero con un estilo más elegante?

Phoebe miraba con ojos pesarosos.

-Supongo que sí. Este me viene pequeño, ¿verdad?

-Sí. -Brian volvió a sonreír-. Espero que no me consideréis un impertinente.

-No -contestó Phoebe tras unos segundos de vacilación-. Necesito toda la ayuda posible.

-Si me lo permitís, dibujaré algunos bosquejos para la costurera. Modelos que queden bien en hilo y lana.

-Sí... Sí, gracias. -Phoebe, un tanto aturdida, se sacudió el cabello para dejarlo otra vez suelto y se marchó a toda prisa. Brian se quedó observándola unos segundos.

11

-Ah, estás aquí, Phoebe, te he buscado por todas partes. Pensaba que te encontraría en el salón, pero Olivia me ha dicho que a lo mejor estabas aquí.

Sobresaltada, Phoebe alzó la vista desde su posición en el estante de la ropa de cama del cuarto ropero. Estaba tan absorta en lo que escribía que el sonido de una voz, aunque se tratara de la de Cato, resultó, por un instante, casi una sorpresa desagradable.

-A veces me gusta escribir en este cuarto -explicó, mordisqueando el extremo del cálamo-. Es muy tranquilo y parece que las musas agradecen el aroma de las hierbas. De momento, la métrica se me resiste. No parece muy clásico cambiar la métrica en mitad del poema, pero el pentámetro yámbico es, al parecer, inadecuado. -Se interrumpió-. Pero ¿por qué iba a interesarte todo esto?

-Lo cierto es que sé poco de poesía -admitió Cato. El cuarto ropero olía bien, se estaba caliente. Los rizos del pelo de Phoebe se le pegaban húmedos a la frente. Cato fue de pronto consciente de cuán deseable era ella. Se había hecho algo nuevo en el cabello, y sus pechos destacaban como dos montículos cremosos y blandos, desnudos casi hasta enseñar los pezones bajo aquel vestido azul escandalosamente sensual. La pura sofisticación seductora y la inocencia juvenil se combinaban formando una irresistible paradoja.

-Supongo que no encaja en la vida del soldado -dijo Phoebe bajando los ojos hacia el papel vitela-. Me pregunto si aquí quedaría bien el hexámetro o el sáfico -rumió, tachó una línea y garabateó con rapidez.

Cuando se hallaba en plena composición parecía tener poco tiempo para su esposo. La luz en sus ojos azules y redondos, el anuncio de una promesa y el puro deseo que él se estaba acostumbrando cada vez más a ver siempre que miraba a Phoebe brillaba ahora por su ausencia. Cato lo echó en falta.

-Diría que es una tarea que puede llegar a desanimar -señaló él, apoyado con desenfado en la puerta cerrada-. Me refiero a una obra de semejante alcance.

-¡Oh! pues no sabes ni la mitad -dijo Phoebe con un suspiro, y alzó la vista-. Estoy tan sólo empezando a pensar en el vestuario. No te imaginas el quebradero de cabeza que supone -dijo con aire afligido-. No sé por qué no me propuse algo más sencillo. Algo con griegos y romanos. Habría sido más fácil idear togas y coronas de laurel que gorgueras y miriñaques, ¿no crees?

-Sin lugar a dudas -coincidió él.

-Quizá César y Pompeyo, o Tiberio tal vez. Pero era muy antipático. Y, claro, si representas Roma has de traer leones de alguna parte, porque no se puede pasar por alto el Circo, ¿verdad?

-Imagino que no. -Cato la contemplaba fascinado mientras ella seguía encadenando ideas, el ceño levemente fruncido juntando ambas cejas sobre su pequeña nariz.

-Y después, cómo no, está el problema de los pececillos, ¿no es así?

-¿Pececillos? -Cato la miró fijamente.

-Sí. El otro día Olivia y yo estuvimos leyendo sobre eso. Tiberio entrenaba a muchachos jóvenes para que nadaran en la piscina y fingieran ser peces. Tenían que mordisquear... -Phoebe se detuvo en seco, confusa al advertir la expresión atónita de Cato-. Bueno, ya me entiendes.

-¡Dios mío! -exclamó él-. ¿Olivia y tú habéis estado leyendo sobre las depravaciones del imperio romano?

-Bueno, si lees a los clásicos es difícil pasarlas por alto -aclaró Phoebe-. Aunque en los griegos hay muchas más. Parece que no lo consideraban perverso, sino parte de la vida normal. Pero, estaba pensando... ¿Qué hacían exactamente, señor? No me imagino cómo... Hizo una pausa y se encogió de hombros, buscando información en la expresión de Cato.

-¿No te imaginas qué? -preguntó él.

-Lo que hacían -respondió Phoebe sin más, y cuando él se quedó mirándola, ella añadió-: ¿Cómo?

Aquello ya era el colmo. Cato echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

-Sal de ese estante de ropa y ven aquí -ordenó él. Phoebe obedeció un tanto dubitativa. Cato la tomó por los hombros con manos firmes.

-Responderé a tu pregunta. No me interrumpas, y cuando haya terminado no preguntes más. Tan sólo escucha, acéptalo, y después me harías un gran favor si lo olvidaras. ¿Entendido?

Phoebe asintió, con los ojos bien abiertos como platos, que se fueron abriendo por momentos a medida que la explicación avanzaba con tono comedido.

-¡Oh! -exclamó ella cuando él calló-. Parece muy incómodo.

Cato crispó los labios.

-A cada cual lo suyo.

Phoebe lo miró y en ese momento le recorrió la espalda el leve y conocido estremecimiento de placer. Cato lucía pantalones y jubón de cuero, camisa y pechera sencillas de hilo, espada y puñal al cinto. Como hacía un día ventoso, iba despeinado, y ella observó que incluso las oscuras y marcadas cejas estaban torcidas, como si también hubieran sido batidas por el viento. Sintió el impulso de lamerse las puntas de los dedos y alisárselas. Cato había estado en una feria de caballos en Bicester y se había levantado antes del alba, por lo que no lo había visto desde la noche anterior. Era mucho tiempo. Todas sus ausencias eran demasiado largas.

-¿Querías algo de mí, mi señor? -preguntó mientras sus pensamientos la conducían por gratos parajes.

-Ah, sí. -Cato recordó a qué había ido-. Me gustaría que me acompañaras a los establos.

-¡A los establos! -exclamó Phoebe-. ¿Y por qué debería ir allí?

-Porque te he comprado un caballo. Una pequeña yegua muy dócil y tranquila. -Cato estaba satisfecho con su compra y se le notaba.

En cambio, Phoebe estaba horrorizada.

-No quiero caballo alguno.

-Te enseñaré a montar, Phoebe.

Ella negó con la cabeza y dijo con severidad:

-No, gracias. Es muy amable de tu parte, la verdad, pero no. No quiero hacer tal cosa.

Cato suspiró.

-Te aseguro que la yegua es todo lo mansa y cortés que puede ser un caballo. Lo pasarás bien montada sobre ella.

-No -repitió Phoebe-. No lo haré. Sé que no lo haré.

-Vamos, no seas boba. -Cato se estaba impacientando-. Es absurdo tener miedo. ¿Cómo puedes ir de un lado a otro si no es a caballo?

-Voy a pie -dijo Phoebe-. Me gusta andar. Cato la examinó un tanto decepcionado.

-Nunca te han enseñado bien. O tal vez, ni bien ni mal -objetó Cato-. Te garantizo que cuando sepas cómo hacerlo, te resultará tan fácil como escribir poesía.

Los ojos de Phoebe destellaban.

-Escribir poesía no es fácil, mi señor -declaró-. No soy una mera rimadora.

-Perdona -se disculpó Cato con indiferencia-. De todos modos, no tienes nada que temer, Phoebe. Estaré atento para que no sufras ningún daño. Y, además, es un hermoso día -añadió.

-No tengo traje de montar -señaló Phoebe con tono concluyente, como si eso pusiera punto final a la discusión.

-Tal vez podríamos convencer a la costurera de Witney de que te hiciera uno, un traje de montar elegante -agregó a propósito-. Creo que una prenda así te quedaría muy bien.

-¡Oh! -gritó Phoebe-. Me permito decirte que ése es un truco de lo más sucio y descarado, señor. Como sabes que ahora me gusta la ropa elegante, utilizas eso para manipularme. Es deshonroso.

Cato no pudo evitar una risita ahogada.

-Vamos, un traje de montar para una lección de equitación. ¿Qué te parece si llegamos a un trato?

-¿Un traje de montar elegante de veras?

-El más elegante de todo el valle del Támesis -anunció él con exageración.

-Bueno, creo que podría probarlo -murmuró todavía con dudas.

Cato se volvió para abrir la puerta.

-Vamos, te demostraré que no tienes nada que temer.

Phoebe recogió a regañadientes el cálamo y el papel. -Si no me gusta, no insistirás en que siga, ¿de acuerdo?

-Me encargaré de que te guste -dijo él convencido, haciéndola pasar al corredor-. Cámbiate y ponte algo no tan propio de un salón de palacio. Ah, y no te olvides de los pantalones. Sin ellos, no puedes ir a horcajadas. Si no tienes, toma prestados los de Olivia.

-Olivia y yo no usamos la misma talla -señaló Phoebe-. Sus piernas son más largas y no tiene caderas.

El rechazó esa observación con un movimiento de la mano, y Phoebe fue en busca de Olivia con escaso entusiasmo.

Cato la esperaba en el salón, golpeándose las botas con la fusta, cuando veinte minutos después ella bajó las escaleras con semblante martirizado. Los pantalones de Olivia le quedaban fatal: había tenido que enrollárselos en la cintura y dejarlos sin abotonar. Bajo el viejo vestido, el revoltijo no era visible, pero Phoebe se sentía como un paquete mal envuelto.

-¿Por qué has tardado tanto? -Cato se volvió impaciente hacia la puerta.

Phoebe no hizo caso de la pregunta. Se sostenía a duras penas el bulto de la cintura.

-¿Por qué he de hacer esto? Hasta ahora me las he arreglado muy bien. -Al llegar al último peldaño vaciló-. Si monto, me subo en la grupera.

-Confía en mí. -Cato se dio la vuelta y la tomó de la mano.

Phoebe se sintió más tranquila al ver que la yegua era bastante pequeña y tenía un lomo bastante ancho. El caballo se hallaba dócilmente junto al montador, con la brida sostenida por un mozo. Volvió la cabeza mirando con indiferencia mientras Phoebe, conducida aún firmemente por su esposo, se acercaba por los guijarros cubiertos de paja.

-Tócale la nariz -le dijo Cato.

Obediente, Phoebe alzó un dedo, frotó la punta aterciopelada de la nariz de la yegua, y retiró la mano con el porte de quien ha realizado bien su cometido.

-Acaríciale el cuello. Aquí.

Para mostrarle cómo se hacía, Cato bajó la mano al hueco del cuello del animal, que levantó la cabeza y relinchó.

Phoebe dio un salto hacia atrás.

-¡No seas tonta, Phoebe! -Cato le tomó la mano *y* se la colocó en la concavidad-. Se llama *Sorrel.* Habla con ella. Pronuncia su nombre y así reconocerá ni voz.

-No le encuentro mucho sentido a hablar con los caballos si ellos no te pueden responder -señaló Phoebe intentando liberar la mano. Los dedos de Cato se cerraron con más fuerza en torno a su muñeca y la mantuvo donde estaba.

Phoebe miraba las ligeras ondulaciones que corrían por el cuello de la yegua. El olor a caballo le inundó su nariz, arrugándosela. Era muy consciente del calor de la piel del animal bajo su mano. Intentó de nuevo liberarse, y esta vez Cato aflojó la mano.

No obstante, el alivio fue sólo momentáneo.

-Ahora súbete -ordenó Cato-. Utiliza el montador.

Al parecer, no quedaba más remedio. Phoebe alzó la pierna hasta el montador y pisó el dobladillo del vestido. Se oyó el ruido del rasgón.

-¡Mira qué ha pasado! -Volvió a Cato sus airados ojos-. Se ha echado a perder. No puedo hacer esto con un vestido normal. ¿Por qué no esperamos a que tenga el traje adecuado?

La esperanzadora sugerencia no recibió una gran acogida.

-Por lo que sé, casi todo el tiempo vas por ahí hecha un espantapájaros -dijo él inmisericorde-. Vamos, adelante, no tenemos todo el día. -Le puso ambas manos en el trasero y la empujó sin miramientos hasta el montador-. Pon el pie en el estribo, agárrate de la perilla

y súbete. Seguro que ya habrás montado a caballo otras veces.

-¿No se me llevará? -inquirió Phoebe-. La mayoría de los caballos que he montado lo han hecho. ¿Por qué iba a ser éste distinto?

-Porque yo lo voy a sujetar -dijo Cato, tomando la brida de manos del mozo-. No irá a ninguna parte. Remángate la falda. Los pantalones garantizarán el decoro.

-Eso es lo que tú crees -murmuró Phoebe.

Se levantó la falda, colocó el pie en el estribo, asió la perilla y se impulsó hacia arriba pasando la pierna por encima de la silla hasta sentarse de golpe. Al notar el peso, el caballo se movió sobre las piedras. Phoebe dio un grito de alarma y se aferró a la perilla.

-Tranquilízate -dijo él, lo que a Phoebe le pareció una orden carente de sentido.

Cato ató una rienda larga a la brida de la *yegua* y la condujo por el patio del establo hacia el potrero de la casa, mientras Phoebe murmuraba para sus adentros y resistía con todas sus fuerzas.

En la explanada, Cato se alejó unos pasos de la yegua, soltando rienda. Phoebe lo miró asustada.

-¿Dónde vas?

-Todavía la sujeto. Suelta la perilla y toma las riendas.

-Es una mala idea -se lamentó ella haciendo lo que él le había ordenado-. No te puedes imaginar lo mala que es.

-Todo lo contrario, es una idea excelente.

Cato indicó a la yegua que anduviera, y ésta comenzó a moverse apaciblemente bordeando el vallado, sujeta a un extremo de la rienda mientras Cato permanecía en el centro del potrero.

A Phoebe no le quedaba más remedio que apretar los dientes y aguantar. Asió ceñuda las riendas, cerró los ojos y rezó para que todo terminara cuanto antes.

-Vas sentada como si fueras un saco de patatas -la regañó Cato-. Ponte recta, los hombros hacia atrás. No hace falta tomar las riendas con tanta fuerza. ¡Por el amor de Dios, Phoebe! ¡Abre los ojos!

Phoebe los abrió. No parecía haber nada que tuviera el menor interés. Los volvió a cerrar y traqueteó en la silla. Le dolía la mandíbula dolorida debido al esfuerzo, pues intentaba impedir que, debido al movimiento inestable del caballo, le castañetearan los dientes.

-¡Oh! esto es ridículo. -Cato le indicó a la yegua que se detuviera. Cruzó el trecho que le separaba de ella, devanando la rienda-. ¡Phoebe, nunca he visto nada tan lamentable! Estoy perdiendo la paciencia.

-¿Pues qué esperas que haga? -exclamó ella.

-Espero que abras los ojos, que te sueltes de la perilla. -Cato hablaba exagerando el tono paciente-. Espero que te sientes erguida, que te aferres a la silla con las rodillas, y por el amor de Dios, muchacha, ¡tranquilízate!

-Bien, ¿dónde pongo las manos si no puedo sujetarme a la perilla?

-En las riendas, sin apretar, con los dedos así. -Cato le tomó las manos y le colocó los dedos sin demasiada delicadeza-. Las riendas han de estar así, ¿lo ves?

Sorrel, aprovechando el descanso, agachó la cabeza para pacer y Phoebe asió nuevamente la perilla soltando otro grito de alarma al notar que el cuello de la *yegua* se inclinaba hacia el suelo.

-Levántale la cabeza -dijo Cato, tenso.

-No resultará -replicó Phoebe mientras daba un tironcito a las riendas-. No va a hacerme ningún caso.

-No, desde luego que no si te sientas desmadejada. Tienes menos espinazo que un plato de sopa. -Cato le puso la mano en la columna-. ¡Ponte derecha!

Phoebe enderezó la espalda al sentir el empuje de la mano de Cato.

-Ahora agarra con fuerza las riendas y tira de ellas para alzarle la cabeza. Ha de saber quién manda.

-¡Oh! creo que eso ya lo sabe -musitó Phoebe, dando un indeciso tirón.

Con gran alivio para ella, *Sorrel* había decidido que ya estaba harta de hierba helada y alzó la cabeza como si obedeciera la orden.

-Eso está mejor. Ahora intentaremos ir al trote. -Cato retrocedió otra vez y soltó rienda-. Has de alzarte en los estribos... No, por todos los demonios. ¿Qué te pasa? Has de sentir el ritmo del caballo. ¿Lo sientes?

Phoebe lo sentía en sus dientes. No podía imaginarse un movimiento más incómodo y menos natural para un ser humano.

-Esto es completamente ridículo -bramó Cato, mientras detenía de nuevo *a Sorrel.* Volvió a acercarse a Phoebe-. Jamás he visto a nadie tan reñido con un caballo. He estado intentando explicar...

-No, no lo has hecho. ¡Has estado gritándome! -chilló Phoebe, que ya no aguantaba más-. Estoy haciendo todo lo que puedo, pero permite que te diga, mi señor, ¡que eres un profesor horroroso! ¡No tienes paciencia ninguna! Contigo no se puede aprender nada.

Cato se quedó estupefacto. El había sido siempre la personificación de la paciencia, un maestro comprensivo.

-Tonterías -dijo-. Lo que pasa es que no te concentras.

-¡Claro que me concentro! Y no son tonterías. –Los ojos de Phoebe estaban anegados en lágrimas de furia-. Si he de hacerlo, quiero que me enseñe otro. -Impulsivamente, liberó el pie del estribo y se dejó caer del lomo del caballo.

Cato la agarró antes de que cayera, sin que ella se hubiera soltado totalmente de la silla.

-¡Por el amor de Dios, muchacha! ¿Qué demonios estás haciendo? Así no se desmonta. Si te escurres, el caballo puede darte una coz o pisarte sin querer.

-¡Oh! -Eso ya era el colmo. Phoebe le puso las manos en el pecho y lo apartó con toda su fuerza-. ¡No has oído una palabra de lo que he dicho! -exclamó-. ¿Por qué estás todo el rato regañándome y dándome órdenes? ¡Eres un maldito tirano! -Lo miró airada, los ojos aún brillantes a causa de las furibundas lágrimas.

Cato quedó reducido a un silencio atónito. Aún notaba la presión de las manos de ella en el pecho al empujarlo. Mientras él permanecía de pie tratando de entender el sentido de aquel arrebato de ira, Phoebe se volvió y se dirigió a la verja del potrero.

-¡Phoebe! -Cato dejó las riendas y fue tras ella-. ¿Y ahora dónde crees que vas? -La agarró, la hizo volverse, le tomó el mentón con la palma y le inclinó la cabeza hacia atrás para forzarla a mirarle-. No vas a blasfemar, empujarme y largarte a gritos sin darme una explicación.

Phoebe casi nunca tenía accesos de mal genio, y en todo caso siempre duraban poco.

-Me has hecho enfadar -dijo, pasándose el dorso de la mano enguantada sin miramientos por la húmeda nariz-. Estaba haciendo todo lo que podía, y tú sabes el miedo que tengo. Y todo lo que has sabido hacer es criticarme y darme órdenes. No has pronunciado una sola palabra de aliento. No sé cómo puedes esperar que nadie aprenda nada de ese modo.

-¡Eso no viene al caso! ¿Cómo te atreves a insultarme?

-Tú has hecho de todo menos insultarme -hizo notar Phoebe, los ojos aún encendidos.

Cato vaciló, mirando la cara alzada de Phoebe. Detestaba dejar las cosas a medio hacer, pero la expresión de ella era totalmente inflexible. A regañadientes dijo:

-*Muy* bien, lo dejaremos por hoy. Como primera lección, es obvio que ya has tenido bastante. Mañana volveremos a intentarlo.

-¿Es necesario? -refunfuñó Phoebe-. ¿No ves que es totalmente inútil?

-No, no lo veo -dijo él con brusquedad, separando la mano de la barbilla de ella-. Aprenderás a montar a caballo, aunque para ello tardemos un año.

-En ese caso me debes un traje de montar -le recordó Phoebe-. Dijiste un traje de montar por una lección de equitación. Y si tengo que seguir aguantando esta tortura, tendrás que cumplir tu promesa.

Cato jamás faltaría a su palabra.

Librodot

-*Muy* bien. Cabalgaremos hasta Witney y tendrás tu vestido.

Se dio la vuelta y fue en busca de la yegua, que de nuevo pastaba plácidamente allá donde podía hurgar a través de la fina y dura capa de nieve, los restos de la última tormenta.

Phoebe lo observó asir las riendas y de repente un pensamiento atroz cruzó por su mente.

-No estoy preparada para cabalgar todo ese trecho yo sola.

-¡Oh! vamos, eso ya lo sé -dijo Cato con una breve risa-. Confía en mí. Puedes montar a la grupa conmigo.

Una hora después, Cato ayudaba a bajar a Phoebe de su corcel en el patio de establos del Mano y Tijeras.

-Supongo que ya conoces el camino hasta la costurera. -Cato llevó la mano al bolsillo y sacó una bolsa de cuero.

-Sí, está en High Street -contestó Phoebe. Cato le entregó la bolsa.

-Hay casi treinta guineas. Debería ser suficiente.

-¡Treinta guineas! -Phoebe se quedó boquiabierta notando el peso de las monedas en la mano. Con ellas se podría comprar media docena de mosquetes y quién sabe cuántos jubones de piel de búfalo-. ¿Puedo gastarme todo esto?

-Con prudencia -respondió él con una leve sonrisa-. No vayas a arruinarme.

Phoebe reflexionó durante un instante. No tenía por qué ser sólo ella quien se beneficiara de aquella generosidad.

-La costurera tiene un vestido que encantaba a Olivia -dijo-. Naranja y negro. Le quedaría estupendo.

-¿Olivia quiere llevar un vestido naranja y negro? -Cato trató de imaginarse a su solemne y profunda hija con una prenda tan frívola.

-Sí, el color le sienta de maravilla. Estaba pensando... Bueno, quizá podrías comprárselo. Ellen haría los arreglos necesarios. Podría ser su regalo de cumpleaños. -Phoebe se estaba entusiasmando con el tema-. Ya sabes, el mes que viene es su aniversario.

-Eh... Sí, ya lo sabía -respondió Cato-. No acostumbro a olvidarme de fechas importantes.

-Oh, no me refería a eso -le aseguró Phoebe al punto-. Sólo quería darte una idea por si no se te ocurría nada.

-Muy amable -murmuró Cato.

-¿Puedo comprárselo?

-Puedes. Asegúrate de que lo que eliges para ti tenga algún uso práctico. Yo reservaré un salón privado en la taberna. Procura no hacerme esperar demasiado.

-Estas cosas necesitan su tiempo -dijo Phoebe, hablándole a la espalda de Cato, pues él ya iba en busca de cerveza.

Una hora después Phoebe regresaba al Mano y Tijeras.

-¿Dónde está lord Granville? -preguntó al dueño.

-Permitid que os acompañe, mi señora.

El hombre hizo una profunda reverencia y Phoebe esbozó una mueca socarrona. Por una vez se sentía la marquesa de Granville. Irguió la cabeza primorosamente emplumada y siguió al dueño con dignidad regia. En el primer descansillo éste abrió una puerta.

-Lady Granville, mi señor.

Cato, sumido en sus pensamientos, estaba sentado en una silla junto al fuego, los pies apoyados en los morillos, las manos entrelazadas en torno a una jarra de cerveza. Volvió la cabeza y se puso en pie despacio.

-Bien, mi señora, desde luego no has perdido el tiempo.

Phoebe resplandecía.

-Es elegante, ¿verdad? -Dio unos pasos en el interior de la estancia, alisándose los pliegues de la falda de popelina verde oscuro. Dio un ligero tirón a la ceñida chaquetilla que le llegaba a las caderas-. El encaje plateado es muy caro, pero la costurera me ha dicho que

está muy de moda.

-La moda suele ser cara -reconoció Cato. No podía criticar esa encarnación de su esposa. Lucía una figura impecablemente esbelta.

-Y los pantalones me sientan a la perfección. He tenido suerte. -Phoebe giró sobre sí misma y estuvo a punto de levantarse la falda por detrás cuando reparó en que el dueño aún se encontraba junto a la puerta, con los ojos abiertos como platos-. Gracias, mesonero -dijo con gesto arrogante, y esperó a que él se despidiera con una inclinación de cabeza.

A continuación se recogió la parte trasera de la falda.

-¿Quedan bien, mi señor?

Cato consideró que las voluptuosas curvas de su esposa, suavizadas por los pantalones, constituían una imagen a la que sólo sus ojos tenían derecho.

-Más bien es cuestión de qué sensaciones provocan. Confío en que nadie va a verlos.

-Supongo que no. -Phoebe miró hacia atrás-. ¿Crees que tengo el trasero demasiado grande? Cato cerró por un instante los ojos.

-Hay un momento y un sitio para cada cosa, pero para ésta no hay sitio ni momento.

-¡Oh! sólo quería saber -aclaró ella, dejando caer la falda-. No tengo el mismo tipo que Diana.

-No -admitió él secamente-. Ven y come. -Se dirigió a la mesa, surtida con carne fría, pan y queso-. ¿Te corto un poco de jamón?

-Gracias -dijo Phoebe. No lo había dicho con mala intención, sin duda, pero podía haber expresado algún tipo de rectificación-. He comprado el vestido de Olivia -prosiguió-. Pero la costurera quería añadir unos encajes al cuello, así que lo mandará a casa cuando esté terminado.

-Bien -dijo Cato.

Casi estaban acabando de comer cuando el tabernero llamó a la puerta.

-Disculpadme, mi señor, pero abajo hay unos soldados que están bromeando acerca de un grupo de desertores del ejército del rey que les han atacado y de los que han podido huir. Los desertores querían robarles. Iban bien armados, según dicen. -Se arregló el pañuelo como dándose importancia-. He creído que os gustaría saberlo.

-Y has creído bien -señaló Cato-. Gracias. -Se levantó de la mesa-. Termina de comer, Phoebe. He de hablar con esos hombres. -La dejó sola mientras aún seguía hablando, y ella miró su plato de jamón con una mueca de disgusto.

Ya no tenía apetito. Y no era por la posibilidad de que hubiera escaramuzas en el camino. Eso no le causaba grandes temores, y menos yendo con Cato. Pero, ¿por qué él pretendía siempre relegarla a un placentero rincón en el que no se entrometiera la dura realidad de la vida? ¿Acaso Cato no había llegado aún a saber nada de ella?

Cato escuchó el relato de los soldados. Habitualmente, un grupo de renegados realistas, cualquiera de los muchos que merodeaban y robaban por los caminos cercanos a las ciudades, le habría traído sin cuidado. Su corcel bayo podía dejar atrás casi a cualquier otro caballo del país. Pero con un pasajero a la grupa, a quien además aterraban los caballos, quizá sería un poco más difícil. Hizo un gesto al patrón.

-Que me ensillen el caballo. Decidle a lady Granville que me espere en el patio de los establos. -Contó las monedas y las dejó sobre el mostrador-. Caballeros, estoy en deuda con vosotros.

-Vigilad cuando vayáis por el camino de Eynsham, señor.

-Sí. Tomad un trago a mi salud. -Cato levantó la mano en señal de despedida y salió de la cervecería entre un coro de buenos deseos.

Obedeciendo al requerimiento, Phoebe apareció en el patio. Cato la observó.

-Con ese traje, ahora podrás montar a horcajadas en la almohadilla de la grupa. Así iremos más deprisa.

-¿Es por los renegados?

-Quizá -contestó, y la ayudó a subir. El montó delante de ella.

Librodot

Phoebe deslizó las manos por entre la capa de Cato y se agarró a su cinturón. Se sentía mucho más segura con una pierna a cada lado, y en el tacto de la espalda de Cato había algo extraordinariamente reconfortante. Se inclinó hacia adelante y apoyó un segundo la frente entre las paletillas.

12

Cuando se aproximaban al pueblo de Eynsham, un disparo rozó la cruz del caballo. Pasó tan cerca que casi erizó las crines del animal, aunque éste estaba acostumbrado al fuego del campo de batalla y sólo sufrió un ligero sobresalto.

Phoebe no se dio cuenta enseguida de lo que había sucedido. Distinguió la detonación y el silbido, pero durante unos instantes no pudo ubicar el sonido. Después se oyó un espeluznante chillido de triunfo, y un grupo de hombres salió de los árboles del camino justo detrás de ellos.

-¿Qué es esto? ¿Los desertores? -Phoebe se quedó boquiabierta, y se volvió para mirar atrás.

-Lo imaginaba -dijo Cato con tranquilidad-. He estado esperándolos los últimos tres kilómetros. Ahora agárrate fuerte, vamos a dejarlos atrás.

Phoebe rodeó con los brazos la estrecha cintura de Cato al tiempo que el corcel se ponía al galope.

Otro disparo de mosquete pasó silbando junto a su oreja y no pudo reprimir un débil grito.

-No hay por qué asustarse -señaló Cato, con la misma frialdad que antes, por encima del estruendo de los cascos del caballo sobre las piedras del camino.

-¿Ah, no? -A Phoebe le costaba creerlo, pero la calma de Cato resultaba contagiosa. Miró otra vez hacia atrás-. Algunos de ellos se han desviado por un lado hacia los campos.

-Me lo temía. Intentarán cortarnos el paso en la curva. -De repente, Cato hizo girar al caballo a la izquierda.

Phoebe miraba fijamente el impresionante seto que surgía amenazador ante ellos. Imposible atravesarlo. Entonces lo entendió. Iban a saltar por encima.

-¡Oh! Dios mío -susurró ella.

Cerró los ojos con fuerza y hundió la cabeza en la espalda de Cato, las manos agarradas por delante a su cinturón, sintiendo como si su cuerpo fuera una prolongación del de su marido.

Se elevaron en el aire. A Phoebe se le hundió el estómago, con el ánimo en suspenso. Se mordió el labio y le supo a sangre. El seto había arañado el vientre del caballo cuando éste lo sobrevolaba. Las pezuñas traseras alcanzaron el borde superior y el animal cayó con gran estrépito en un arroyo al otro lado. El agua helada salpicó, empapando la falda de Phoebe mientras el caballo vacilaba sobre sus patas.

Cato tiró de él, y el corcel avanzó a duras penas hacia la orilla. Lord Granville soltó una maldición cuando advirtió que el animal cojeaba. Se oían gritos al otro lado del seto, pero estaba claro que los perseguidores no podrían saltar.

Cato miró a su alrededor. Al fondo se veía un bosquecillo. Quizá los asaltantes abandonaran la persecución, dando por sentado que su presa ya estaría lejos, pero también podía ser que encontraran un camino que bordeara el seto. Desde el bosquecillo podrían mantenerse a distancia y esperar. El caballo era capaz de andar, pero ni hablar de ir más deprisa.

Desmontó, tomó la brida y condujo al animal hacia el soto.

-¿Me bajo yo también? -preguntó Phoebe, que se asió a la perilla al verse sin apoyo en

Librodot

lo alto del enorme animal.

-No -respondió él-. No quiero que huyas.

-Pero ¿dónde crees que iría? -Phoebe miraba inquieta hacia atrás por si aparecían los perseguidores.

-Conociéndote, a cualquier parte.

-Eso no es justo -protestó ella.

-¿Ah, no? -Cato sonrió ligeramente-. Procura quedarte quieta. Si te mueves, empeorarás su cojera. Cuando lleguemos al bosque, echaré un vistazo y veré si es grave.

-Pero, ¿y si nos siguen?

-No adelantemos acontecimientos. -A Phoebe le parecía que Cato hablaba con majestuosa indiferencia del hecho de ser perseguidos por una horda de desertores asesinos.

El caballo se adentró cojeando en la penumbra, bajo la protección del bosquecillo. Cato lo condujo al interior de la espesura y se detuvo. Miró alrededor, evaluando la situación, y acto seguido alzó la vista hasta las ramas extendidas de una vieja conífera.

-Muy bien, Phoebe. Ahora súbete ahí.

Phoebe miró hacia arriba.

-¿Por qué? ¿Porque así sabrás dónde estoy?

-Pues sí -respondió Cato con una escueta sonrisa-. Pero también porque así estarás a salvo si estos malnacidos deciden seguirnos. Y si subes lo bastante podrás decirme si se acercan por el campo. -Alargó los brazos para alzarla.

-Sabía que, si pensabas un poco, descubrirías que yo podía ser de gran utilidad -observó Phoebe. Después alzó los ojos al árbol-. De todas maneras, ojalá llevara uno de mis viejos vestidos. -Se frotó el nuevo traje de montar-. Se me ha mojado la falda al pasar el riachuelo

y ahora en el árbol se va a ensuciar. -Encogió los hombros con resignación.

Se quitó el sombrero y la capa y los dejó en el suelo. A continuación examinó de nuevo el árbol con aire suspicaz. La rama más baja estaba bastante alta.

-Tendrás que ayudarme. Si alcanzo la rama de abajo, creo que podré subir hasta lo alto.

-Súbete a mis hombros. -Cato se arrodilló y alzó las manos para que Phoebe las agarrara mientras se montaba sobre él.

-¿No te hago daño?

-No. -Cato se puso en pie despacio, colocando las manos en la cintura de Phoebe para que mantuviera el equilibrio. Cuando estuvo erguido del todo, ella pudo alcanzar sin dificultad la rama más baja. Phoebe se encaramó y siguió hacia arriba, sin hacer caso del espinoso follaje del abeto.

-¿Qué ves? -preguntó Cato sin alzar la voz.

-Nada... ¡Oh! sí. Dos de ellos van por el campo.

-Bien, dime si vienen hacia aquí. -Cato se volvió hacia el corcel y empezó a inspeccionar con las manos las patas delanteras. Al no notar nada hizo lo mismo con las traseras. El menudillo derecho estaba caliente al tacto, y Cato maldijo para sus adentros. Con esa torcedura, el caballo no llegaría a Woodstock.

Se enderezó y echó un vistazo al soto, que oscurecía por momentos. No podrían pasar allí la noche. Sólo se le ocurría una posibilidad y no le gustaba.

-Phoebe, ¿qué sucede?

-En el campo son ahora unos seis, pero se mueven de acá para allá. Cada vez está más oscuro.

-Mmm... -Cato tomó un par de pistolas de las correas de la silla-. Quédate quieta donde estás. Voy a librarme de ellos.

-Pero ellos son seis y tú estás solo -le hizo notar Phoebe.

-Te aseguro que a esa chusma puedo darle ciento y raya -dijo Cato con manifiesto desdén, y se dirigió hacia el límite del bosquecillo.

Por algún motivo, Phoebe albergaba pocas dudas acerca de que, pese a la desigualdad de fuerzas, su esposo despachara a los bandidos en un santiamén. Lo contempló desde su

posición, con más interés que temor. De pronto sonó la nítida detonación de una pistola y uno de los hombres cayó sobre sus rodillas con un grito, llevándose una mano al hombro. Los otros miraron confusos a uno y otro lado. Tras un segundo disparo, cayó otro de los perseguidores.

Los cuatro restantes pusieron pies en polvorosa como alma que llevara el diablo.

Phoebe aplaudió, bajó con dificultad del árbol y llegó a tierra justo cuando reapareció Cato, que sostenía en las manos las pistolas aún humeantes.

-¡Qué cobardes! Pero disparas de maravilla -dijo Phoebe con admiración.

Tras el cumplido, Cato pareció más sorprendido que complacido.

-¿Lo dudabas?

-Pues no, la verdad. De todas formas, no te había visto antes en combate. -Recogió el sombrero y la capa.

-Esto distaba de ser un combate -corrigió Cato.

Se quedó pensando unos instantes, silbando distraídamente entre dientes. Sin duda no había otra alternativa.

-Creo que el caballo podrá llevarte. Sólo está a algo más de un kilómetro.

-¿Qué?

-El cuartel de Cromwell. Pasaremos allí la noche. Es un verdadero fastidio, pero para esta noche no veo otra solución. El menudillo del caballo deberá descansar al menos una semana, así que tomaremos otro caballo del campamento para regresar mañana a casa. -Introdujo las pistolas de nuevo en las correas de la silla. Phoebe pensó en las palabras de Cato.

-¿Hay otras mujeres en el campamento?

-Ninguna con quien vayas a relacionarte -dijo Cato, lacónico-. Vamos, monta. -Ahuecó la mano para que ella apoyara el pie.

-Prostitutas, ¿verdad? -Phoebe se sentó en la silla de mala manera. Si sólo había un jinete, no hacía falta la almohadilla.

-El séquito del campamento -admitió Cato, tomando la brida por el bocado-. Y -prosiguió con cierto énfasis- las evitarás y hablarás sólo con las personas que yo te presente. De hecho, me gustaría que no hablaras con nadie a menos que estés en mi compañía. ¿Crees que podrás conseguirlo?

-Pero ¿por qué? -Phoebe estaba desconcertada ante ese giro brusco y ciertamente irritante de la conversación.

-Porque, mi querida muchacha, tienes la exasperante costumbre de involucrarte en situaciones de lo más desagradables -le aclaró-. Estoy empezando a creer que no puedes evitarlo, y me aterra imaginar de qué serías capaz en un campamento militar. Ni siquiera estoy seguro de qué voy a hacer contigo, de dónde voy a instalarte.

Phoebe no se molestó en defenderse. Por lo visto, él estaba pensando en Meg, y ella no tenía ninguna intención de volver sobre el asunto. Cuando alguien estaba equivocado tan a las claras, era mejor no discutir.

-Pero ¿no estaremos juntos? -preguntó ella con mansedumbre.

-Supongo que sí. De todos modos, allí se vive de manera comunal, no es posible demasiada intimidad. -Condujo el corcel fuera del soto, en dirección contraria al campo y los hombres heridos.

Phoebe no dijo nada más. La idea de pasar la noche en un campamento militar le resultaba muy atractiva, pero si Cato se daba cuenta de eso, sin duda aumentaría su malhumor.

Casi había oscurecido del todo cuando cruzaron la verja de la casa de piedra de Cotswold que hacía las veces de cuartel general de Cromwell. El campamento de tiendas se extendía por la tierra circundante, donde se apreciaban antorchas y hogueras encendidas entre los árboles. Los acordes del pífano y el redoble marcial de un tambor se dejaban oír en el aire frío.

Phoebe miró alrededor con curiosidad desde su elevada posición. Ya no le rechinaban

Librodot

los dientes de miedo e iba sentada totalmente tranquila mientras el caballo subía cojeando el camino de entrada. El animal parecía saber dónde se hallaba y alzó la cabeza relinchando con optimismo. Cato le dio unas palmadas en el cuello.

-Ya falta poco, muchacho.

El corcel volvió la cabeza y la arrimó al hombro de Cato antes de retomar el paso.

La casa era un edificio de piedra pajiza de Cotswold de dos plantas, bajo y cuadrado. En un patio delantero, con dependencias a uno y otro lado y la casa en la parte posterior, había hombres que se movían decididos, cargando y descargando carros, bajo las parpadeantes luces de las antorchas embreadas. Cato llamó a un soldado, que al punto dejó lo que estaba haciendo, se acercó a toda prisa y le dirigió un vigoroso saludo.

-Sí, mi señor. -Sus ojos se posaron un instante en Phoebe y regresaron al marqués.

-Mi caballo cojea. Llévalo a los establos, que le apliquen una cataplasma en el menudillo y le den afrecho remojado. Durante la noche hay que cambiar la cataplasma cada hora, ¿entendido?

El soldado escuchó las precisas instrucciones y saludó de nuevo antes de tomar la brida de manos de Cato, que las tendió acto seguido para ayudarle a bajar a Phoebe. Ahora el soldado la observó con más claridad e indisimulada admiración.

Phoebe respondió con una de sus acostumbradas sonrisas amables. El soldado sonrió a su vez enseñando los dientes. Cato la tomó por el codo y dijo con tono enérgico:

-Vamos.

La llevó a través del patio de la casa.

-Phoebe, es inevitable que llames la atención, pero no hace ninguna falta incitar a ello -dijo él, lacónico.

-Si he hecho algo malo no me he dado cuenta -contestó-. No he hablado con él, sólo le he sonreído después de que me mirara. -Se calló para observar alrededor, fascinada por el lugar.

-No te das cuenta de muchas cosas -dijo Cato.

Phoebe no tenía ni idea del efecto que su voluptuoso y sensual aspecto podía tener en el ambiente de un campamento militar.

Le puso la mano en la parte más estrecha de la espalda y al llegar a la puerta principal de la casa la hizo pasar delante de él.

El hombre que estaba de guardia se puso firme y les franqueó el paso. Phoebe se vio en el luminoso salón embaldosado que ocupaba toda la planta baja del edificio. Estaba lleno de hombres, muchos de los cuales se hallaban sentados en bancos, frente a una larga mesa de tablas situada en el centro, cubierta por grandes bandejas de carne humeante y jarras de vino revestidas de cuero.

-¡Cato! -bramó alguien desde un extremo de la mesa-. ¡Bienvenido, amigo! No te esperábamos. -Un tipo alto retiró el banco, se puso en pie y se les acercó sin soltar la jarra de cerveza.

-Mi caballo ha resultado herido tras tropezarnos con unos desertores, y temía que nos sorprendiera la noche.

-Cato estrechó la mano del hombre-. Nos cobijaremos aquí hasta mañana, Oliver. -Se volvió hacia Phoebe, que se estaba desabrochando la capa-. Phoebe, el general Cromwell. Oliver, te presento a mi esposa.

Phoebe hizo una reverencia. Así que aquél era Oliver Cromwell... Iba mal vestido, pensó ella, con un traje muy sencillo de corte y tela vulgares. Llevaba la camisa sucia y en la banda del cuello había pequeñas manchas de sangre.

-Lady Granville, os doy la bienvenida -dijo con una breve reverencia.

Tenía la voz áspera y el semblante rojizo, que a Phoebe le pareció hinchado. Se preguntó si se debería a la bebida. Al lado de Cato, desde luego no causaba una impresión demasiado buena. Se quitó el sombrero y permaneció de pie un tanto incómoda, sin saber qué

Librodot

hacer.

-No estamos preparados para recibir como es debido a una señora -prosiguió el general-, pero venid a la mesa. Seguro que querréis cenar.

-Sí, estamos hambrientos. -Cato tomó la capa y el sombrero de Phoebe y los arrojó a un banco cerca del fuego. Acto seguido le instó a que se acercaran a la mesa-. Caballeros, os presento a mi esposa. -Cuando llegaron la colocó delante de él. Todos los hombres allí congregados se levantaron ligeramente de sus bancos y saludaron a Phoebe, que les correspondió con una tímida reverencia.

-Sentaos, lady Granville. -Un caballero de cuidado aspecto, de más edad que el resto y vestido con un impecable estilo, acercó un taburete y 10 colocó en una esquina de la mesa-. Tendréis que excusar nuestros toscos modales, pero esto es un campamento militar y no estamos habituados a recibir tan agradables visitas. -Sonrió y señaló el taburete.

-Es el general lord Fairfax -dijo Cato-. Siéntate, Phoebe. Cuando hayas acabado de cenar, buscaré algún sitio donde puedas dormir.

Con gran alarma de Phoebe, tan pronto le llevaron un plato con cochinillo asado, un montón de patatas cocidas con mantequilla, un trozo de pan de trigo y una copa de peltre llena de vino, Cato se alejó de ella. Tomó asiento en uno de los bancos largos, a cierta distancia, y enseguida se enfrascó en una conversación. Después ya nadie hizo el menor caso de Phoebe.

Ella comía y escuchaba el murmullo de voces, las esporádicas carcajadas. Se sentía desatendida y, a la vez, claramente desplazada. Ahora entendía por qué Cato se había mostrado reticente a llevarla allí. Aun así, lamentaba que la hubiese dejado sola.

Cato le echaba breves vistazos de vez en cuando, aliviado al comprobar que, por una vez, Phoebe se estaba comportando con total corrección, comiendo en silencio y tratando de no llamar la atención.

Los hombres sentados a la mesa la ignoraban amablemente, haciéndose cargo de lo incómoda que debía de sentirse. El principal problema sería dónde dormiría. Cato frunció el ceño y se sirvió más sopa de verduras en el cuenco.

Phoebe terminó su plato de cochinillo, pero seguía teniendo hambre y le tentaba el magnífico olor de la sopa. No obstante, la gran sopera se encontraba junto a Cato. Intentó mirarle de manera elocuente, pero él estaba enfrascado en una conversación sobre la cría de caballos, un tema que sin duda le interesaba en esos momentos más que el bienestar de su esposa.

Dudó unos instantes, alzó el mentón y se levantó del taburete. Mientras se acercaba a la mesa de Cato, a la sopera, hubo unas cuantas miradas de sorpresa.

-¿Qué sucede? -preguntó Cato, con un rápido ademán de desagrado.

-¿Puedo tomar un poco de sopa? -Al gesto torcido de Cato opuso ella otra leve elevación de la barbilla.

No era una petición en absoluto irrazonable, pero había provocado lo que él había intentado evitar: que ahora todos los ojos estuvieran posados en ella.

-Siéntate -ordenó Cato con voz nerviosa. Se levantó a medias y le pasó una mano por la cintura mientras ella tomaba asiento tras salvar el banco.

-Faltan cuencos y cucharas, así que deberás utilizar los míos. -Volvió a llenar el cuenco y se lo pasó junto con la cuchara-. Toma toda la que quieras, yo ya terminaré. Después buscaré un sitio para que puedas dormir.

Cato quería que se diera prisa, y Phoebe procuró complacerle. De hecho, creía que no podría soportar mucho más tiempo aquella incómoda situación. Por primera vez, ni siquiera la cercanía de Cato ayudaba en nada, ya que la impaciencia que transmitía le impedía a ella disfrutar de la sopa.

Dejó la cuchara en la mesa y dijo:

-He terminado. Gracias, mi señor.

-Bien. Vamos arriba. -Se volvió en el banco con presteza y la ayudó a ponerse en pie.

-Buenas noches, lady Granville. Espero que no os molestemos demasiado -dijo

Cromwell-. Tenemos el sueño más bien ligero. -Alguien soltó una carcajada y se oyeron algunas risitas ahogadas.

¿Qué significaba eso?

-Os deseo buenas noches, caballeros -dijo Phoebe con una ligera reverencia dedicada a los presentes.

Siguió a Cato por la estancia hasta una estrecha escalera en el otro extremo. Al llegar arriba, comprendió el significado de las palabras de Cromwell. Bajo el alero había una habitación alargada, llena de catres y baúles ribeteados de cuero.

-¿Dormiremos todos aquí? -Al pensar en lo que ello suponía abrió los ojos como platos-. ¿Con todos esos hombres?

-Ya te he dicho que aquí no había ninguna intimidad -le recordó Cato, sosteniendo el candil que había subido con él-. ¡Es una situación muy embarazosa!

-Yo no la he provocado -añadió ella, enojada-. Si lo prefieres, puedo ir a dormir con los caballos.

Cato le lanzó una breve mirada estimativa.

-No es momento para bromas -señaló con sequedad. Volvió a examinar la alargada estancia-. Hemos de salir del paso lo mejor que podamos. Cualquier sitio valdrá. -Se dirigió a la parte posterior de la habitación.

Phoebe le siguió, pasando entre las hileras de camas.

-¿Pero no tiene cada cual la suya?

Cato negó con la cabeza.

-No. La gente entra y sale a medida que va cambiando la guardia. Nadie reclama ningún espacio como propio.

-Oh... -Phoebe miró alrededor con cierto desamparo.

-Aquí. Esta servirá. Está contra la ventana, de modo que sólo tendrás un vecino. -Señaló un catre en el rincón-. Hay una manta y una especie de almohada. Aparte del vestido, no te quites nada más.

-No pensaba hacerlo -dijo Phoebe-. ¿Dónde dormirás tú?

-Lo decidiré más tarde, cuando venga. -Dejó el candil sobre un baúl al pie del catre-. Cuando estés acostada apaga la luz.

-Sí, pero... necesito ir al retrete -balbució Phoebe presa de un repentino pánico-. Si no, no puedo acostarme.

Cato blasfemó.

-No puedo evitarlo -protestó Phoebe-. Todo el mundo tiene que ir a veces. ¡Incluso los soldados!

Cato torció el gesto, molesto consigo mismo. Ella tenía razón.

-Detrás del huerto de la cocina hay un retrete. No lo usa nadie. Toma el candil y ve para allá. -Le indicó lo que era poco más que una escalera de mano en la parte trasera de la buhardilla-. No deberías encontrarte con nadie, pero si hay alguien, no hables, tan sólo apresúrate.

Cato se marchó deprisa, obviamente ansioso por regresar con sus amigotes, reflexionó Phoebe con amargura. Agarró el candil y fue en busca del retrete.

Volvió al dormitorio sin haberse tropezado con nadie. Se quitó las prendas exteriores y las dejó sobre el baúl. De pie, junto al catre, le pareció que el traje era muy pequeño. Oía risas abajo, y las luces de las lámparas se colaban a través de los resquicios de las tablas del suelo. Si aguzaba el oído, podía captar fragmentos de conversación y reconocer algunas de las voces.

Apagó el candil, se tumbó en el estrecho catre y se echó la delgada manta encima. La almohada y el colchón eran de paja, y si se daba la vuelta crujían. Se quedó escuchando los ruidos que llegaban de abajo. Las risas habían cesado y se apreciaba un tono distinto en las voces, como si, una vez acabada la cena, hubieran vuelto a sus asuntos. Distinguió la potente

Librodot

y suave voz de Cato entremezclada con la chillona y poco melodiosa de Cromwell

y la más delicada del general Fairfax. Al parecer discutían.

-Si un hombre no tiene el valor de dar el paso definitivo, no puedo por menos que dudar de su compromiso

-decía Cromwell, con su voz nasal y estridente.

-Espero que no sea mi compromiso el que estés poniendo en entredicho. -La voz de Cato sonaba tranquila, casi divertida, como si la idea resultara ridícula.

-¿Votarías a favor de destronar al rey? -preguntó Cromwell.

Phoebe escuchaba, haciendo un esfuerzo por captar la respuesta de Cato.

-No es una decisión que se deba tomar a la ligera

-contestó al cabo de un instante-. La paz se firma bajo nuestras condiciones. No veo razón alguna para hacer nada más.

-¿Crees que el rey respetaría ese acuerdo? -inquirió el general Fairfax, tras lo cual se oyó entre los presentes un murmullo.

-Hemos de suponer que sí. -La contestación de Cato fue firme y se elevó por encima del rumor-. No tomé parte en esta guerra para establecer una república.

-Pues entonces la guerra te ha sobrepasado -declaró Cromwell-. Ya no es un ejercicio caballeroso para convencer a Nuestra Soberana Majestad de que preste atención a los deseos de sus súbditos. -Su voz era cortante e irónica-. Esta es una guerra por el derecho a gobernar Inglaterra. Y yo digo que debe prevalecer el gobierno del pueblo.

-En mi opinión, vas demasiado lejos, Oliver -dijo Cato, manteniendo la firmeza y la calma de antes-. Pero seguramente podamos ponernos de acuerdo, aun al disentir con respecto al resultado final, sin necesidad de lanzarnos acusaciones mutuas de deslealtad.

-Sí, tienes derecho a ello, Cato -terció Fairfax con entusiasmo-. Oliver, reñir con los amigos es una insensatez.

-No he hablado de deslealtad -intervino Cromwell-, sino tan sólo de falta de compromiso. Pero tienes razón, es demasiado pronto para hablar de tales cosas. Primero hemos de vencer.

Esas palabras fueron recibidas con un grito descomunal y un estruendoso pateo, así como por el sonido de las copas entrechocando sobre la mesa en señal de clamorosa aprobación.

Phoebe se durmió acunada con esa nana.

Se despertó en la oscuridad, apenas consciente entre las ceñidas enredaderas del sueño, los sonidos de jadeos y ronquidos y el crujido de los jergones de paja cuando los hombres se movían. Durante unos momentos se sintió desorientada. De pronto, notó una mano en la espalda y recordó.

-¿Cato? -susurró.

Por toda respuesta, él la besó en la parte posterior del cuello. Phoebe estaba tendida boca abajo, el vestido enredado en la cintura, y sintió toda la longitud de él a su espalda, el duro latido de la erección en su trasero. Estiró los brazos sobre la cabeza en un movimiento lánguido y voluptuoso mientras su cuerpo revivía y comenzaba a notar en la piel un expectante hormigueo.

El le deslizó una mano entre los muslos, acariciándole el sexo, tocándola hasta que ella se le ofreció, ardiente y húmeda por su propia excitación. Le pasó la mano por debajo, le levantó las nalgas y la penetró con una profunda arremetida. Estaba tendido a lo largo de la espalda de Phoebe, las pieles apretadas, y se movió dentro de ella con movimientos largos y lentos que la saciaron por completo. Le mordisqueó la nuca con los dientes, los promontorios de las paletillas, y con la mano libre jugueteó con sus pechos.

Phoebe hundió la cara en la almohada para ahogar los gemidos de placer que surgían de su garganta. La sensación de estar rodeados por otros hombres parecía aumentar su excitación. Era como si lo que estaban haciendo en aquel estrecho catre fuera un acto marital prohibido, peligroso, ilegítimo aunque delicioso. Ella no podía mover el cuerpo, salvo el

ligero contoneo debido al placer. Estaba cautiva del cuerpo que tenía encima, apretada contra el colchón, capaz sólo de someterse a las oleadas que la invadían cada vez con más fuerza.

Las ondulaciones comenzaban en lo más profundo de su vientre, en la verdadera esencia de su ser, y se difundían en círculos cada vez mayores hasta consumirla por completo. Tenía el cuerpo rígido, tenso, sujeto durante unos instantes a un exquisito remolino de sensaciones. Después fue como si todo estallara y se desintegrara, y ella mordió la almohada para sofocar los inevitables jadeos fruto de un placer inarticulado que parecía no tener fin.

Cato apretó sus nalgas contra él y deslizó la otra mano desde los pechos hasta agarrarle la parte posterior de la cabeza, los dedos entrelazados en el cabello grueso y exuberante al tiempo que su propio clímax palpitaba en lo más profundo de Phoebe. Hundió la boca en su cuello, saboreando la sal de su piel, aspirando su fragancia, que le recordaba siempre la vainilla. Se sentía como si nunca hubiera poseído a una mujer tan completamente como ahora poseía a Phoebe, en aquella oscura buhardilla entre hombres dormidos ajenos a todo.

¿Ajenos? La idea de que quizá hubiera alguien escuchando los apagados sonidos de su acto sexual tuvo un efecto extraño y embriagador. Pareció aumentar la fuerza de su orgasmo, y cuando bajaba de las cumbres del placer de nuevo a la realidad, se preguntó qué demonios le había sucedido. El, que jamás perdía el control, que nunca barajaba la posibilidad de realizar alardes, había descubierto, en el carácter oculto e ilícito de aquel acto clandestino, algo absolutamente irresistible y excitante.

Salió despacio, renuente, y rodó de costado quedando tendido al lado de Phoebe, abrazándola con fuerza. Ella encogió las rodillas y ambos yacieron en un arrumaco interminable. Los dedos de una mano seguían enredados en el cabello de Phoebe, la otra mano asiéndola por la cintura.

13

-¿Has sabido algo de Meg? -preguntó Phoebe a Olivia a la mañana siguiente, de regreso en casa.

-No he salido -respondió Olivia-, pero nadie ha dicho nada, y si hubiera pasado algo malo habría corrido la voz. Todo el mundo sabe que eres su amiga.

-Bueno, algo es algo -dijo Phoebe-. De todas formas, voy a ir a verla. ¿Querrás venir?

Olivia vaciló.

-Estoy en mitad de una traducción muy difícil. Ve tú delante y te a-atraparé.

Phoebe rió.

-No pretendía apartarte de tus libros. Sólo pensaba que tal vez te apetecía dar un paseo.

-Bueno, sí, pero... -Olivia miró el montón de libros que había sobre la mesa.

-Otra vez será -dijo Phoebe, y le dio un rápido beso.

-Iré de-después -prometió Olivia.

Phoebe se puso de puntillas para arreglarse el aderezo del sombrero nuevo en el espejo sobre la chimenea. Pensó que tenía los ojos pesados y lánguidos, aún brillantes debido al recuerdo del acto amoroso en el estrecho catre rodeados de hombres dormidos. Ni en sus sueños más extravagantes habría esperado algo así de Cato.

Con una leve sonrisa, abandonó el saloncito que compartía con Olivia y bajó las escaleras. Pretendía salir de la casa de inmediato, pero por alguna razón sus pies la llevaron hasta la puerta cerrada del despacho de Cato. No tenía que darle ningún recado, pero sintió que quería verlo. Era un impulso irresistible. Alzó la mano para llamar y de pronto reparó en que del otro lado de la puerta le llegaban dos voces. Brian Morse estaba con Cato. El pequeño pasillo que corría por detrás del salón no tenía ventanas. El ojo de la cerradura era muy grande. La llave no estaba puesta, de modo que Phoebe veía el haz de luz que caía en el

oscuro suelo de roble y le llegaba a los pies.

Nunca antes había escuchado a través de una puerta. Pero ahora, sin saber exactamente por qué, se sorprendió a sí misma agachándose para pegar la oreja a la cerradura. Las voces se escuchaban con total claridad.

-La otra noche en el cuartel hablamos de la situación al oeste del país -decía Cato-. Tu conocimiento acerca de las ideas del consejo del rey pueden ser de un valor inestimable... Incluso tu opinión, si no tienes información precisa.

-En Oxford lo que preocupa es que el West Country esté a punto de pasarse al bando de los parlamentarios -explicó Brian tras unos instantes-. La tiranía del comandante del rey en el West ha perjudicado más a la causa realista que mil enemigos juntos.

-Sí, algo habíamos oído -señaló Cato, con voz reflexiva-. ¿Y qué piensa hacer el rey al respecto?

-Creo que destituirá a sir Richard.

-¿Y lo sustituirá por...?

Hubo otra pausa, después Brian habló muy despacio:

-Hopton, me parece.

-¡Ah! -dijo Cato.

-¿He respondido satisfactoriamente a las preguntas, señor? -La voz de Brian sonaba alegre y divertida.

Se produjo otro breve silencio. El corazón de Phoebe latía con fuerza. Apretó más la oreja a la puerta.

-Comprende nuestras dudas -señaló Cato retomando el tema-. Todavía debemos meditar sobre lo que nos has revelado.

-En ese caso dejaré que reflexionéis, esperando con fervor que hayáis quedado convencidos de mi sinceridad y estéis dispuestos a convencer a vuestro alto mando.

Horrorizada, Phoebe notó que se levantaba el pestillo. Cayó hacia atrás en las sombras, la mano en la boca, cuando la puerta se abrió de súbito. Brian salió al pasillo. Fijó la mirada en Phoebe, encogida contra la pared. Cerró la puerta a su espalda.

-Vaya, vaya, aguzando la oreja, ¿eh? -murmuró, los dientes destellando en una sonrisa-. ¿Habéis oído algo interesante?

Phoebe, aterrada por si Cato abría la puerta de repente, se precipitó por delante de Brian hacia el salón, donde era previsible que tuviera cosas que hacer. Se quedó con un pie en el último peldaño de la escalera, con gesto despreocupado y la mano apoyada en la pilastra. Con voz audible, dijo:

-¿Habéis terminado vuestros asuntos con mi esposo, señor?

Mientras se acercaba a la escalera, Brian aún sonreía.

-Habéis nacido para ser conspiradora, Phoebe -dijo él con voz afectuosa-. Pero no hace falta que escuchéis tras las puertas. Yo os contaré todo lo que queráis saber.

-Sólo deseo saber lo que le interesa a mi esposo -replicó Phoebe, echando un rápido vistazo alrededor. Procedente de la cocina apareció un criado que se dirigía al comedor.

-Y, por supuesto, él no os lo cuenta -señaló Brian, flemático-. Cato sólo ha confiado siempre en sí mismo...

Bueno, y en Giles Crampton -prosiguió-. Sigue su propio camino. Tendría que sucederle algo extraordinario para que confiara en alguien más aparte de Giles. Para él es una cuestión de principios.

-Entonces conocéis muy bien a mi esposo -dijo Phoebe con aire pensativo.

-¡Oh! sí, lo conozco desde que yo vestía capa corta. -Rió débilmente-. Le entiendo a la perfección, Phoebe. -Ojalá yo también pudiera -soltó ella.

En la fina boca de Brian se esbozó otra sonrisa, y sus ojos brillaron como diamantes duros y oscuros. -Quizá lo que entendéis no os gusta.

-¡Oh, no digáis tonterías! -exclamó Phoebe con una llamarada de furia en sus ojos-. ¡Os agradecería que no me dijerais semejantes cosas!

-Caramba. Es hombre afortunado quien inspira tal lealtad -murmuró Brian-. Pero perdonadme, Phoebe. Debido a mi experiencia con lord Granville, la opinión que tengo de él no es tan halagüeña como la vuestra.

Phoebe lo miró dubitativa. Cabía entender que alguien considerara a su esposo una persona distante o intimidatoria. Ella también había pensado eso hasta que, sin darse cuenta, había caído rendida de amor y deseo a sus pies.

-Soy su heredero, Phoebe. Y me apena que estemos tan tensos. Era inevitable cuando me pasé al otro bando en esta detestable guerra, pero ahora..., ahora que he comprendido que la causa del Parlamento es justa... -Se encogió de hombros de forma elocuente-. Le he revelado información vital y pese a ello creo que aún duda de mí.

-Sí, está claro que debe de ser difícil de entender -admitió Phoebe-. Pero Cato nunca peca de irracional. Estoy segura de que no os guarda rencor por viejos agravios.

-¡Oh! eso espero -dijo Brian-. Eso espero. -Después sonrió y llevó la mano al bolsillo-. Se me olvidaba. Ayer estuve en Banbury y encontré esto en una librería. Pensé que os gustaría. -Le dio un pequeño libro encuadernado en piel.

-¡Los poemas de Thomas Carew! -exclamó Phoebe-. Vaya, qué detalle. Me gusta especialmente su elegía a John Donne.

-Yo creo que el más conmovedor es «El éxtasis»

-señaló Brian, mirándola con un centelleo en los ojos. Phoebe lo miró recelosa.

-Es un hermoso poema de amor -dijo tras una ligera indecisión.

-Pero un poquito licencioso, tenéis toda la razón -observó él, la sonrisa amplia-. Quizá demasiado para mentes ingenuas.

-¡Yo no soy ninguna ingenua! -protestó Phoebe, notando que él se burlaba de ella-. He leído mucho, señor.

-¡Oh! perdonadme. No era un ataque contra vuestra reputación -dijo Brian al punto-. Desde luego, como poeta contemplaréis la literatura de tono subido con más sofisticación que una muchacha corriente.

-No sé si os estáis riendo de mí o no -espetó Phoebe sin rodeos-. Pero lo que sí puedo deciros es que no vais a desconcertarme. -Le hizo una reverencia-. Y gracias por el regalo, señor.

Brian le tomó la mano y la llevó a sus labios.

-Perdonadme. No tenía intención de ofenderos. Tal vez os he tomado un poco el pelo, pero creo que sois encantadora.

Phoebe se ruborizó.

-La verdad es que no deberíais decir esas cosas. Soy una mujer casada. -Liberó la mano y se volvió para irse un tanto turbada.

Brian se quedó mirándola. Se rascó distraídamente la cabeza. Había en ella algo..., algo escurridizo y, sin embargo, curiosamente atractivo. Era absurdo que él encontrara atractiva a aquella cándida y entrometida mujer. Y muy peligroso.

Sus labios formaron una línea imperceptible. Él estaba allí para destruirla, no para hacerle la corte, pese a que le divertiría mucho ponerle los cuernos al circunspecto Granville. Su padrastro no era el tipo de hombre que supiera valorar la espléndida y vibrante aura sexual de Phoebe. ¿Era ella consciente de eso?

Phoebe salió de la casa a toda prisa. ¿Había tratado él de coquetear con ella? Sintió un nervioso escalofrío. No le cabía en la cabeza que Cato coqueteara con ella, de hecho con nadie. Era algo patético. Vergonzoso.

Pero decidió que no por ello iba a indisponerse con el señor Morse. Si ella jugaba bien sus cartas, él podría resultar de lo más útil. Para empezar, no se le podía negar sentido de la elegancia. Y si podía lograr que le contara aquello que Cato no le contaría, entonces quizá podría sorprender a su esposo con documentados comentarios acerca de los asuntos que le tenían tan ocupado.

Por ejemplo, la conversación que había escuchado la noche anterior. Cato y Cromwell

habían discutido. Se logró rebajar la tensión, pero parecía una cuestión importante: diferencias de opinión sobre cómo acabar la guerra. Era de lo más trascendental. Quizá Brian le pudiera revelar algo si ella lo abordaba discretamente.

Phoebe dio una vuelta por el pueblo y se sorprendió de lo tranquilo que estaba. Por lo general, a esa hora de la mañana, sobre todo con tan buen tiempo, había gente aquí y allá, trabajando en los huertos, ocupándose de las gallinas, cortando leña. Vio unas cuantas espaldas que se apresuraban en el interior de las casas, y cuando pasó frente a la taberna del Oso, le llegó un murmullo de voces a través de la puerta abierta.

Eran voces masculinas y Phoebe no se detuvo. Los hombres del pueblo reunidos en la taberna no verían con buenos ojos la presencia de una mujer. Los que permanecían en el pueblo consideraban que ellas eran ajenas a sus pasatiempos masculinos, que, por supuesto, eran de capital importancia y quedaban fuera del alcance de una simple mujer.

Ante esa reflexión, Phoebe hizo un leve gesto de desprecio. Sabía demasiado bien cómo las mujeres del país vivían con lo justo, los sacrificios que hacían por su familia o el altruismo con que cargaban con sus responsabilidades y las de los hombres, para creerse la inamovible idea de la superioridad masculina.

El bosque estaba en calma, la nieve que lo había cubierto durante tanto tiempo empezaba a fundirse, y a Phoebe le pareció que empezaban a dejarse oler los primeros y casi imperceptibles indicios de la primavera. Una campanilla de invierno asomaba su frágil cabeza entre las raíces cubiertas de musgo de una vieja haya, y un faisán salió asustado de un arbusto lleno de bayas a la vera del camino.

Como siempre ocurría en esa época del año, a Phoebe se le inflamaba el corazón. Había tanto por lo que alegrarse...

La puerta de la casa de Meg estaba abierta, y el gato negro se hallaba en el umbral acicalándose. Sus ojos de un color dorado verdoso miraron a Phoebe con indiferencia.

-¡Meg! -Introdujo la cabeza por la puerta. No había ni rastro de Meg-. ¿Dónde está? -le preguntó al gato, que parpadeó y bostezó, se levantó, se estiró, arqueó el lomo *y* echó a andar con paso majestuoso *y* refinado camino abajo con la cola en alto.

Phoebe se encogió de hombros y lo siguió. El gato siempre sabía dónde estaba su dueña. Nada de dueña, corrigió Phoebe: compañera sería una palabra más acertada. Los gatos no reconocen a superior alguno. Quizá un buen ejemplo a seguir, pensó con la misma eufórica elevación de espíritu que la había acompañado durante su paseo.

Meg estaba ordeñando la cabra en el pequeño cobertizo que había en el huerto detrás de la cocina. Cuando vio que Phoebe apareció ante ella tras el gato, alzó la vista con una sonrisa jovial.

-Me alegra ver un rostro amigo. -Cayó en el balde el último chorro de leche de la ubre. Meg se puso en pie y dio una palmada en el trasero de la cabra con negligente afecto-. No he visto un alma desde que estuviste aquí la última vez.

-¿Nadie te ha necesitado? -Phoebe le dio un beso.

-Ni se acercan -respondió Meg agarrando el cubo-. O todos rebosan de salud como los duendes o aún están tramando algo.

-No he sabido nada -dijo Phoebe-. Granny Spruel no estaba en su huerto ahora, cuando he pasado, así que no he podido enterarme de los últimos chismorreos.

Meg se encogió de hombros con aire sereno.

-Bien, vamos a tomar un poco de té. Llevas un traje de montar muy elegante.

-Sí, ¿verdad? -dijo Phoebe, complacida-. Me asombra que me hayas reconocido.

-No te habría reconocido si no hubiera sido porque el dobladillo tiene una mancha, la camisa te cuelga por debajo de la chaquetilla, te falta un botón y el ala del sombrero está vuelta hacia arriba sólo a medias -aclaró Meg.

-Bueno, ya sabes lo que se dice, aunque la mona se vista de seda mona se queda -respondió Phoebe afligida, remetiéndose la camisa en la pretina de la falda-.

Nada se queda en su sitio más de un minuto. Creo que ni Brian Morse puede obrar el

imprescindible milagro. -¿Y quién es ese caballero?

-Ahora te hablo de él.

Se sentaron en la cocina de Meg y bebieron té de grosellas negras mientras Phoebe explicaba su teoría acerca de cómo se podía utilizar a Brian Morse para algo útil. Le permitiría coquetear con ella, aunque no podía imaginar por qué quería él hacer tal cosa. Pero si lo hacía, entonces ella se aprovecharía de los conocimientos de Brian. Seguramente él podría revelarle algunas ideas respecto a las preocupaciones militares de Cato, de modo que Phoebe sorprendiera a su esposo con sus inteligentes comentarios. Podía salir bastante bien, pensaba.

El gato había regresado con ellas, pero parecía inquieto. Fue de un lado a otro de la cocina, saltó a la mesa, después a la alacena sobre los fogones y otra vez al suelo. A continuación anduvo hasta la puerta con paso majestuoso y salió camino abajo.

-Va de caza -dijo Meg volviendo a llenar la taza de Phoebe.

Al cabo de un instante, el gato regresó a toda prisa a la cocina mientras sonaban pasos apresurados en el camino, a su espalda.

-Phoebe... Meg... -Olivia irrumpió en la casa, el cabello libre de las horquillas, jadeante-. ¡Están lle-llegando!

-¿Quiénes? -Phoebe se puso en pie de golpe, su taza cayó dando vueltas al suelo, donde se formó una mancha de té oscuro.

-La gente del pueblo... y el perseguidor de brujas -dijo Olivia sin resuello-. Les llevo cinco minutos de ventaja. ¡Meg, tienes que esconderte!

Meg se irguió hasta completar su considerable altura.

-No voy a esconderme de la chusma -exclamó.

-¡Debes hacerlo! -insistió Olivia, los ojos extraviados danzando de un lado a otro de la pequeña cocina.

Y entonces los oyeron. Era el ruido de pasos, el apagado fragor de las voces. De pronto, el gato salió a toda prisa de la casa, el pelo erizado, la cola formando un espeso arbusto. Brincó hasta el tejado con un sonoro maullido de indignación.

El gentío surgió de entre los árboles. Era el pueblo entero, pensó Phoebe con pasmado horror. Los hombres iban delante. Llevaban gruesos palos. Tras ellos venían las mujeres, unas con bebés en brazos, otras con niños agarrados a la falda.

-¡Olivia! ¡Por el amor de Dios, vete! -gritó antes de que la multitud alcanzara la verja-. ¡No pueden encontrarte aquí! -Por algún motivo no le pasó por la cabeza que lo que no era conveniente para la hija de lord Granville también podía ser desaconsejable para su esposa.

-En el altillo -indicó Meg con calma-. Apresúrate. Phoebe tiene razón. Cuando se hayan marchado, quizá puedas ir en busca de ayuda.

Olivia dudó un segundo pero, acto seguido, se volvió y trepó por la escalera hasta el altillo.

Phoebe y Meg salieron de la casa con la misma idea, una junto a la otra, presentando un frente unido ante la marea humana que se acercaba. En mitad de la primera línea andaba a grandes pasos un hombre alto que lucía una capa de frisa y un sombrero de fieltro negro de ala ancha y remate plano. Llevaba un grueso bastón y una gran bolsa de cuero atada de la cintura.

-¿Es ésa la bruja? -Se detuvo y señaló a Meg con el bastón.

-¡No! -exclamó Phoebe, apretando su pie al de Meg para que no hablara-. Y quién sois vos, señor?

El hombre dio unos pasos al frente.

-Yo, mi buena mujer, soy el perseguidor de brujas, y estoy aquí buscando una. -Su voz retumbaba; en el silencio, y los aldeanos a su espalda se movieron y murmuraron con aprobación.

-¡Yo no soy vuestra buena mujer! -declaró Phoebe, sulfurada. La única posibilidad de vencer pasaba por intimidar a aquel hombre y a la muchedumbre exhibiendo su categoría

Librodot

social-. Soy lady Granville, y mi esposo es el representante de la ley en esta región.

-Sí, es cierto -dijo uno de los hombres.

-En efecto, así es. ¡Y no deberías tomar parte en este desatino, Bill Watson! -Phoebe le señaló con el dedo.

-¡Silencio! -tronó el perseguidor-. Yo tengo autoridad para buscar brujas por todo el territorio. Y no temo a nadie en el ejercicio de mi sagrado cometido.

-¿Dónde está el sacerdote? -inquirió Phoebe-. Aquí ya tenemos a alguien para ejercer las tareas sagradas.

-El cura ha dado su bendición. El demonio está entre nosotros y debe ser exorcizado -dijo el perseguidor con un sonsonete-. Apartaos, mujer, y dejadme hacer mi trabajo.

-¡Ni hablar! -Phoebe se plantó delante de Meg, los brazos en jarras. Meg permanecía en silencio, parecía aceptar la táctica de Phoebe, quien no tenía ni idea de si la autoridad natural de su posición como esposa de Cato tendría alguna fuerza frente al gentío murmurador. En todo caso, si la gente se negaba a recordarla como amiga era lo único que le quedaba.

De súbito, el perseguidor sacó algo de su bolsa de cuero. Era una aguja fina y larga.

-Me parece que aquí no hay una bruja, sino dos -dijo-. Buena gente, hicisteis bien en mandarme llamar.

-¡Que el demonio os lleve al maldito infierno! -chilló Phoebe, sin estar segura de si la dominaba el terror o la cólera. No podía creer lo que estaba sucediendo y, no obstante, sabía que era una pesadilla que se repetía con harta frecuencia en la región.

El perseguidor de brujas se dio la vuelta y se dirigió a la multitud.

-Habéis oído que me ha maldecido. Habéis oído que ha invocado al diablo. Agarremos a las dos. Las pincharemos y encontraremos la marca del maligno.

-Si me tocáis tendréis que responder de ello ante lord Granville. -Phoebe alzó las manos como si pudiera así rechazar al gentío que había empezado a moverse hacia las dos. Se produjo una inequívoca vacilación y ella albergó un asomo de esperanza. Pero el perseguidor de brujas sabía cómo manejar al populacho.

-Sino hay señal, no tienen nada que temer. Sólo las culpables se resisten al examen. ¿Seguiréis con el demonio entre vosotros viendo cómo mueren vuestros hijos, se pierden las cosechas y agonizan los animales?

-¡No, no! ¡El demonio no! -gritó una mujer desde la parte de atrás. Era la mujer cuyo hijo había muerto. Se abrió paso, el rostro contorsionado por el odio, los ojos desorbitados por la pena-. Ella mató a mi hijo -dijo señalando a Meg-. Le echó una maldición y mi pequeño murió. -Escupió en la cara de Meg.

Fue como una señal para los demás. Se abalanzaron hacia Phoebe *y* Meg *y* las rodearon. Montones de manos asieron a Phoebe, le doblaron los brazos a la espalda y le ataron las muñecas con una cuerda. Ella los maldijo utilizando todas las expresiones que había escuchado en los corrales y establos.

Pero si con Phoebe fueron duros, a Meg la trataron con salvaje brutalidad, arañándola y golpeándola mientras la ataban. Un aullido que parecía provenir de los infiernos retumbó en el aire, y un bulto negro, siseando, bufando, enseñando las uñas, surcó el espacio hasta aterrizar en la espalda de uno de los captores de Meg.

Cuando se le clavaron las garras del gato, el hombre soltó un alarido, y el perseguidor de brujas bramó de satisfacción.

-¡El demonio familiar! -gritó-. Ya no necesitamos agujas. La ahogaremos.

-¡Sí, ahoguemos a la bruja! ¡Ahoguemos a la bruja! -Entonaron todos a un tiempo, y el gato de Meg soltó sus garras y saltó de nuevo al tejado. Durante unos instantes se le vio en el aguilón y, de repente, desapareció como un rayo negro.

Phoebe se esforzó por recuperar el aliento.

-No podéis ahogar a una bruja sin encontrar una marca -dijo desesperada-. No está permitido. No podéis hacerlo, no podéis, lo sabéis bien.

Sólo pretendía ganar tiempo. Aunque ello significara que tuvieran que soportar la

ordalía de los pinchazos. Tan pronto hubieran atado a Meg por las muñecas y los tobillos la arrojarían a las heladas aguas del río. Si ella aguantaba la respiración y salía otra vez a la superficie dando la impresión de que flotaba, entonces la quemarían por bruja. No había salvación posible, salvo si se producía un milagro. Y mientras hubiera tiempo, cabía la posibilidad del milagro.

-Sí, tiene razón -terció Bill Watson, despacio-. Hemos de hacerlo conforme a la ley y la costumbre. Si no, no estaría bien.

Se oyó un rumor de coincidencia, y el perseguidor de brujas, tras unos instantes en que pareció evaluar el estado de ánimo de la multitud, dijo:

-A mí me da lo mismo. Tengo olfato para las brujas, pero si queréis pruebas las tendréis. Traedlas.

Caminó a zancadas entre la muchedumbre, que se abrió ante su bastón como las aguas del mar Rojo ante Moisés. Los demás se echaron sobre Phoebe y Meg y las condujeron tras la alta figura del perseguidor.

Phoebe iba dando traspiés, pensando no en su infortunio sino en el de Meg, que tenía la cara arañada y amoratada. Llevaba el vestido hecho jirones y un pecho al aire, pero su expresión era porfiadamente resuelta. No mostraría ante la chusma el menor asomo de miedo.

En el altillo, Olivia miraba por la pequeña ventana redonda a la comitiva que se alejaba. Tuvo ganas de saltar y casi cayó por la escalera a la cocina. Vio el trinchante de Meg sobre la tabla de cortar el pan y lo tomó. No sabía qué podría hacer con él, pero el mero hecho de tener un arma le hacía sentir mejor.

Se cubrió la cabeza con la capucha de la capa, ocultando el rostro, y salió tras la multitud atravesando el bosque que corría paralelo al camino hasta alcanzar a los rezagados. En su acalorada agitación, éstos no prestaron atención a la recién llegada, totalmente cubierta, que se deslizaba entre ellos.

14

Las llevaron con cruel regocijo hasta el pueblo y el prado comunal, donde se encontraban la picota y la estaca de las flagelaciones.

-¿Dónde está el alguacil? -preguntó Phoebe en un último intento de evitar aquel horror-. No podéis hacer esto sin el alguacil.

Hubo un momento de duda.

-Y tampoco podéis hacerlo sin la presencia del juez de paz -prosiguió con el ímpetu de una posición dominante-. Enviad por el juez.

-El juez no tiene potestad en cuestiones de brujería -dijo el perseguidor de brujas con tono estentóreo-. Desnudadla y atadla a la estaca.

Se acercó a Meg y se disponía a arrancarle el cuello del ya rasgado vestido cuando lanzó un grito de júbilo.

-¡Ajá! Lleva colgado un diente de serpiente. -Agarró el fino hilo del que pendía el diente que Phoebe le había sacado y se lo arrancó con brusquedad. Lo sostuvo en alto frente al gentío-. Mirad, el diente de la serpiente.

-¡No seáis ridículo! -chilló Phoebe-. Esa muela era suya. Yo misma se la saqué.

-Corresponde a una bruja defender a otra bruja -proclamó el perseguidor con aire triunfal.

El rumor de la multitud alcanzó su máxima intensidad, y Phoebe notó que empezaba a sentirse abrumada por un pavor que hasta ese momento había logrado mantener a raya.

Dos hombres se abalanzaron sobre Meg y la ataron a la estaca de los azotes. Phoebe cerró los ojos sumida en la desesperación. En cuanto el perseguidor de brujas comenzara a hurgar en la desnuda carne de Meg con sus largas agujas, buscando la marca del demonio, la

Librodot

encontraría. No dejaría intacto un solo centímetro de su piel, pincharía hasta en las zonas más íntimas. Agujerearía la menor imperfección, y de todas saldría sangre hasta que, al final, una no sangrara. El perseguidor de brujas aseguraría entonces que había encontrado a la culpable, pero antes desarrollaría ante el público una buena exhibición.

Phoebe sabía tan bien como Meg que algunos perseguidores de brujas utilizaban una aguja con punta retráctil. En un momento determinado, cuando la muchedumbre estaba lo bastante excitada, aplicaban esa aguja y no salía sangre. Su fanático amor por la profesión, si así se la podía denominar, daba pie a cualquier subterfugio. Y Phoebe sabía que estaban ante uno de esos perseguidores.

Y pronto le llegaría el turno a ella.

Pero, de momento, permanecía de pie sin que nadie le hiciera caso, las manos atadas a la espalda, todos los sentidos en tensión concentrados en Meg, tapada por el gentío.

Olivia se apartó de la gente. Cuando Phoebe la vio, el corazón le dio un brinco. Parecía pasear despreocupada, como si el espectáculo no le interesara. Se volvieron hacia ella un par de cabezas, pero entonces el perseguidor de brujas dio un grito y la masa avanzó a empujones para ver mejor.

Olivia se colocó detrás de Phoebe. Se arrodilló quedando oculta tras el cuerpo de su amiga y empezó a cortar las cuerdas con el poco manejable trinchante, aterrada ante la posibilidad de cortar las muñecas de Phoebe. Ésta aguantó la respiración y mantuvo la cabeza baja, en señal de derrota, abriendo con disimulo las piernas para tapar mejor a Olivia.

Se partió la última hebra.

-¡Corre! -masculló Olivia-. Antes de que acaben con Meg.

-No puedo dejarla aquí. -Phoebe sabía que estaban perdiendo un tiempo precioso, pero parecía tener los pies enraizados en el suelo.

-¡Aquí ya no pu-puedes hacer nada útil!

Phoebe comprendió que Olivia tenía razón. Se volvió y corrió con ella a través del prado hasta el laberinto de estrechas callejuelas que salían de la calle principal. En todo momento pensó que alguien daría la voz de alarma, pero el interés por Meg y el perseguidor de brujas se hallaba en su punto culminante, todos los ojos estaban fijos en las largas agujas del torturador cuando las sacaba de la carne de Meg.

Llegaron a la esquina de la calle de la iglesia y se detuvieron, sin aliento.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó Phoebe resollando encorvada para recuperar la respiración-. Tenemos que rescatar a Meg. -Miró con desesperación hacia el prado comunal del pueblo-. ¡Dios mío! ¿Qué hacemos?

-¡Si la arrojan al río, se ahogará! -exclamó Olivia, angustiada-. ¿Vamos a pedir ayuda? ¿Lla-llamamos a mi padre?

-No hay tiempo -dijo Phoebe. Se sentía ansiosa, exhausta y estúpida.

De la multitud les llegó un griterío atronador, y Phoebe y Olivia se estremecieron ante el repentino júbilo de las voces. Y los gritos que decían: «Tiene la marca..., la marca del diablo. Ahoguemos a la bruja..., ahoguemos a la bruja» fueron subiendo de intensidad.

Cuando el perseguidor de brujas se acercó esgrimiendo la larga aguja, la muchedumbre se abrió. Sólo entonces repararon en la ausencia de la otra víctima.

-¿Dónde está la otra bruja? -preguntó él con tono enérgico.

Entre la gente creció un murmullo, y para las dos mujeres de la callejuela quedó claro que los arrendatarios de lord Granville estaban pensándose mejor lo de ir en busca de su esposa.

El perseguidor de brujas intentó soliviantar a la gente una vez más, pero ahora que lady Phoebe ya no estaba allí, no tenían ganas de una segunda sesión de pinchazos. Tenían a su bruja, no necesitaban dos, y menos a una de la posición de lady Phoebe.

Se volvieron todos hacia Meg, que yacía en tierra, descalabrada, y los gritos «ahoguemos a la bruja» sonaron de nuevo.

-Hemos de llegar al río antes que ellos. -Era todo lo que se le ocurrió a Phoebe. Una vez

estuvieran en la orilla ya les vendría la inspiración-. Nos desplazaremos más deprisa que la multitud. -Se dio la vuelta y apretó a correr por la calle de la iglesia, cortando por la entrada del cementerio y el patio trasero de la iglesia.

El campo descendía hasta la orilla, donde Brian Morse estaba montado en su caballo. Sacó el arma al avistar una bandada de patos silvestres que habían salido al descubierto tras el violento ataque de los perros de caza de Cato.

Brian disparó y un pato cayó del cielo, el luminoso pecho azul verdoso atravesado por la luz del sol. Los perros se precipitaron a recoger la pieza, y fue entonces cuando Brian vio las dos siluetas que corrían por el campo hacia él.

-Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? -murmuró, deslizando el arma en la lazada de la silla. Algo iba mal.

-¡Oh, tenéis un caballo! -exclamó Phoebe cuando llegó, unos pasos por delante de Olivia-. ¡Gracias al cielo! Sin un caballo no podemos hacer nada.

-¡Sí, has de ayudarnos! -dijo Olivia con mirada feroz.

-Están llevando a nuestra amiga al río para ahogarla porque creen que es bruja -explicó Phoebe de manera atropellada-. Debéis alcanzarlos, y subirla a ella al caballo y ponerla a salvo.

-¿Que debo hacer qué? -Brian la miraba fijamente, incrédulo-. Phoebe, ¿qué demonios estáis diciendo?

-¡No metáis a los demonios en esto! -exclamó Phoebe-. Ya estamos hartas de ellos. ¡Oh! escuchad, ya vienen. -Asió la brida de la montura, sin acordarse en absoluto de su miedo a los caballos-. Tenéis que hacerlo. Arremeted contra ellos, especialmente contra el perseguidor de brujas, y salvad a Meg. ¿Lo entendéis?

-No del todo.

-¡Oh, no seas obtuso! -se lamentó Olivia, pateando el suelo exasperada.

El sonido de la muchedumbre se aproximaba. Brian miró a Phoebe otra vez, ahora con ojos calculadores. ¿Sacaría algún provecho si la ayudaba en aquella locura?

Llegó a la conclusión de que era más que probable que sí. Acumular favores acabaría siendo útil. Volvió el caballo hacia la gente que se acercaba a ellos bufando agitada por la orilla.

Enseguida vio a la mujer que arrastraban tras la alta figura del perseguidor de brujas. Brian reconoció en aquellos ojos el brillo del fanatismo. Había conocido a otros tipos como aquél. También tenían su utilidad.

-¿Dónde la llevo después? -Se acomodó en la silla y aferró las riendas. El caballo se movió ligeramente bajo su peso, percibiendo los preparativos de la acción.

-A nuestra casa -respondió Phoebe. Ella y Olivia se habían colocado detrás de Brian de modo que la multitud no podía verlas-. Dios sabe qué le habrán hecho esos degenerados. ¡Necesitará un médico! ¡Aprisa!

-Y tú también, Phoebe -señaló Olivia-. Ya se les ha escapado una vez. Si se les escapa Meg, quizá quieran echar otra vez mano a Phoebe -aclaró dirigiéndose a Brian.

-¡Que os han tomado..., han tomado a lady Granville... por una bruja! -Brian silbó entre dientes. Casi lo lamentaba por Cato.

-¡No os preocupéis por mí! -gritó Phoebe, aterrada-. Salvad a Meg antes de que la ahoguen.

Brian la miró unos instantes y al momento se lanzó al galope hacia el perseguidor de brujas.

El hombre pareció quedarse paralizado cuando el caballo picazo irrumpió en la ribera dirigiéndose hacia él levantando terrones con sus enormes cascos. De pronto, el animal se encabritó, y él pudo ver la blanca panza, las agitadas patas delanteras sobre su cabeza. Se echó a un lado, pero una décima de segundo tarde, y cayó con un alarido de dolor bajo una veloz pezuña que le golpeó en el hombro. Durante unos segundos, el gentío estuvo demasiado estupefacto para moverse. El caballo se encabritó de nuevo, y saltó a un lado y a otro hasta

que Meg quedó sola, desnuda, desplomada y con las manos atadas. Brian desenvainó la espada y cortó de un tajo la cuerda que le sujetaba las muñecas. Meg no necesitaba instrucciones: alzó el pie hasta el estribo y tomó la mano que él le ofrecía. Brian tiró de ella hasta sentarla en la silla delante de él *y* cabalgó entre la dispersa *y* desconcertada multitud.

-Sube -le dijo a Phoebe, tendiéndole la mano. Ella la tomó y trató de impulsarse hacia arriba, forcejeando para agarrarse al estribo.

-Meg... Meg..., ¿estás muy herida? -Intentaba alargar el brazo sorteando a Brian para tocar a Meg.

-¡Estaos quieta, muchacha! -ordenó él mientras el caballo echaba las crines hacia atrás con un resoplido.

Phoebe retiró la mano al punto, luchando por sofocar su miedo. El animal se puso en marcha de inmediato.

-Os seguiré -gritó Olivia. Tenía en las manos los collares de los perros, reteniéndolos mientras ellos tiraban con fuerza hacia la agitación y el alboroto de la orilla.

Phoebe se agarró al cinturón de Brian cuando la montura aceleró el paso, alejándose del río.

El viento silbaba al rozarle las orejas, no sabía qué decir y le daba miedo soltarse del cinturón de Brian para extender otra vez la mano y tratar de consolar a Meg. Hacía frío, el sol invernal no calentaba. Meg debía de estar aterida. Le castañeteaban los dientes, pero eso, más que el frío, eran las secuelas del suplicio.

Cato había acabado de montar en su caballo frente a la escalera principal de la casa, a punto de encaminarse hacia el cuartel general, cuando el caballo de Brian entró al galope en la extensión de grava.

No daba crédito a sus ojos. Su hijastro sujetaba a una mujer desnuda en la silla. Detrás de él, Phoebe iba agarrada con desesperación a la cintura de Brian; el rostro blanco como la cera, la mandíbula apretada.

Brian tiró de las riendas tan de golpe que el caballo patinó, hundiendo en tierra los cascos traseros y haciendo que Phoebe casi cayera de la grupa. Logró evitarlo justo a tiempo y pudo ladearse cayendo de pie por los pelos.

-Cato... Mi señor..., ha venido el perseguidor de brujas. Nos han atrapado y han dejado muy maltrecha a Meg. -Las palabras fluyeron amontonadas entre el castañeteo de sus dientes.

Cato apenas sacó nada en claro.

Bajó del caballo, y cuando Phoebe se le acercó a toda prisa, él le rodeó al instante el hombro con un brazo tranquilizador. Alzó la vista, donde pudiera hallar alguna explicación.

-¿Qué sucede, Brian?

Brian desmontó con calma.

-Por suerte he podido efectuar el rescate en el momento oportuno, mi señor. Tenían a esta mujer...

-... Que se mostraría muy agradecida si alguien tuviera la bondad de darle algo con lo que cubrirse -interrumpió Meg con tono mordaz.

-¡Oh! Meg, descuidada de mí. Toma esto. -Phoebe se liberó del envolvente brazo de Cato, se arrancó la capa y se la dio a Meg-. ¿Te han lastimado mucho? -preguntó afligida-. No he podido hacer nada...

-Me parece que has hecho todo lo que hacía falta -añadió Meg mientras se envolvía con la capa de Phoebe-. No estoy ahogada en el río, ¿verdad? -Intentó sonreír, pero parecía tener la boca entumecida y se vio invadida por una violenta serie de temblores.

-¿Quién es esta mujer? -inquirió Cato.

-Yo misma os puedo responder, lord Granville -declaró Meg, con voz extraordinariamente vigorosa-. El cabrón del perseguidor de brujas no me ha cortado la lengua. Por aquí se me conoce como la señora Meg, la sanadora.

Cato se agarró a un clavo ardiendo. Phoebe le había hablado de esa amiga en el pueblo. Una amistad que él había prohibido.

La mujer parecía estar a las puertas de la muerte, sólo cubierta con la capa de Phoebe.

-Venid, tenéis que calentaros. -Alzó los brazos y la ayudó a bajar, pero cuando la dejó en el suelo, a Meg se le doblaron las rodillas y se habría desplomado si él no la hubiera sujetado.

-¡Eh, soldado! -Llamó a uno de los soldados que habían estado observando la escena con descarada curiosidad-. Lleva a la señora Meg a la casa, y dile a la señora Bisset que se ocupe de ella.

-¡Oh, habéis llegado sin novedad! -gritó Olivia al aparecer bordeando la casa tras haber atajado por la finca. Los perros saltaban delante de ella-. ¿Cómo está Meg? -preguntó sin apenas aliento. Tenía la cara muy blanca, y los labios tan pálidos que casi eran azules.

-¡Olivia! ¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? -Cato miró a su hija con inquietud-. Cuéntamelo todo. -Dejó a Meg en brazos del soldado y se agachó para tomar las frías manos de Olivia entre las suyas.

-Ha sido espantoso -dijo Olivia, recuperando el aliento con un sollozo-. Estábamos en la ca-casa de Meg cuando el pe-perseguidor de brujas ha venido por ella. También se han llevado a Phoebe, así que he tenido que rescatarla cuando la tenían atada en el prado comunal. Pero no hemos po-podido salvar a Meg de las agujas, y después..., después... -Olivia dudó un segundo-. Brian estaba en él río y arremetió contra ellos y liberó a Meg.

Cato escuchó la jadeante explicación con pasmada furia.

-¿Atada en el prado? -preguntó con algo parecido a un bramido. ¡Su esposa atada en el prado comunal! Soltó las manos de Olivia y se volvió hacia Phoebe.

-Por favor... No ha sido mucho rato -dijo Phoebe, sobresaltada por el tono de Cato. No iba a aguantar su cólera; no al menos en ese momento. La necesidad de actuar ya había pasado, estaba temblando y las rodillas ya no la sostenían.

-De veras, no ha sido tanto -repitió, notando el tono suplicante en su voz-. Debo ir a atender a Meg. -Se dio la vuelta y siguió al soldado al interior de la casa.

Cato la agarró del brazo con fuerza.

-Tú no vas a ninguna parte hasta que me hayas explicado qué pasa aquí. Esto no tiene pies ni cabeza.

-No ha sido culpa de Phoebe, señor -intervino Olivia con vehemencia-. No se la pu-puede acusar de nada. De hecho, ha sido muy valiente. Se la han llevado porque ha intentado defender a Meg.

-¡Te han tomado por bruja! -Por fin Cato comprendió. Llevó las manos a los hombros de Phoebe y durante unos atroces instantes ella pensó que iba a zarandearla, en el camino de entrada, delante de todo el mundo.

-Te dije que sucedería. Te dije que si no hacías nada... -Las lágrimas ahogaron su voz. Se llevó la mano a la garganta y lo miró airada con ojos anormalmente brillantes.

-¡Ven conmigo! -Cato la soltó y entró en la casa. Phoebe vaciló y después siguió a su esposo. El anduvo con paso majestuoso hasta su despacho y sostuvo la puerta abierta para ella indicándole que pasara.

La rabia le dominaba. Cuando cerró de golpe tras él, la puerta tembló en el marco.

-Así pues, ¿qué es lo que tienes que decirme? -preguntó mientras se acercaba con grandes zancadas al escritorio.

-Te avisé de que iba a suceder. Te hablé de los rumores y de que estaban acusando a Meg injustamente. Si hubieras intervenido, las cosas no habrían llegado tan lejos. Si me hubieras escuchado en lugar de hablar de la justicia y de las dudosas reputaciones, nada de esto habría pasado. -Le temblaba la voz y sentía náuseas-. ¡No puedes acusarme! -gritó, con la mano otra vez en la garganta, como si pudiera aliviar de ese modo la tensión que le impedía respirar con normalidad.

Cato la miraba incrédulo.

-¡Me reprochas todo ese jaleo! -Todavía sostenía la fusta, y aporreó con ella el escritorio con furia.

-¡Sí, porque no me escuchaste! Eres el juez de paz, nadie te desobedece. Te dije que iban a traer al pueblo a... esa encarnación del diablo y no me hiciste caso. Ni siquiera me escuchaste.

-Te prohibí que te relacionaras con esa mujer.

-Y pensaste de veras que te haría caso? -le espetó ella-. ¿Equivocado como estabas? ¿Cómo podías suponer que yo iba a abandonar a mi amiga? ¡Tú tampoco lo habrías hecho!

La voz de Cato fue de pronto fría y tranquila.

-¿Crees que toleraré que comparen a mi esposa con una pueblerina de mala reputación? ¡Mira cómo estás! -Hizo un gesto de desdén hacia su vestimenta sucia y rota-. ¡Te expones a las manos mugrientas y la mortificación pública del prado comunal! ¡Eres mi esposa! ¿No tienes orgullo? Mírate. ¡Jamás había visto nada tan horroroso! Y no contenta con deshonrarte, arrastras al fango contigo a Olivia. -Cada frase era recalcada con un golpe de fusta en la mesa.

Phoebe no necesitaba mirarse. Tenía una idea muy clara de cuál era su aspecto.

-Olivia ha tomado sus propias decisiones -señaló-. Y yo no podía por menos que hacer lo que he hecho. No entiendo tu actitud. Tenía que defender a Meg. La acusaban de lucir el diente de la serpiente, la muela que yo misma le había sacado unos días antes. Ya te hablé de eso. Meg la llevaba en broma, como un talismán contra futuros dolores de muelas. Y el gato no es ningún demonio, sino un gato negro de lo más corriente.

Era la primera vez que Cato oía hablar de gatos, aunque sí recordaba algo sobre muelas. Pero tanto le daba lo uno como lo otro.

-No me interesan tus excusas. No sé qué hacer contigo. Te niegas a satisfacer mis ruegos, haces caso omiso de mis órdenes expresas, te precipitas de cabeza en cualquier situación que se presente. Nunca piensas antes de actuar o de hablar. Arrastras a todo el mundo con tus impulsos. No sé por qué llegué a pensar que serías una esposa adecuada. Es un misterio insondable que seas tan distinta de tu hermana habiendo nacido de los mismos padres. No tienes la elegancia, la delicadeza ni la innata corrección que tenía Diana. No se aprecia en ti el menor rastro de refinamiento, ni de sentido de la oportunidad. ¿Te imaginas a tu hermana haciendo algo tan vergonzoso?

Y así fue todo el rato. Phoebe permaneció impasible, y cuando Cato hubo terminado se volvió y abandonó corriendo el despacho.

El salió después de ella con grandes zancadas, llamando a gritos a Giles Crampton, que apareció al punto. En cuanto hubo atado cabos acerca de las asombrosas razones de la igualmente asombrosa escena ante la puerta, había estado esperando órdenes. Lord Granville no toleraría que el populacho dictara la ley en el territorio que se encontraba bajo su jurisdicción.

-Detened a ese charlatán y azotadlo a diez kilómetros del pueblo. Y, maldita sea, asegúrate de que todo el mundo lo vea. Después tráeme al cura. También él tiene que ver con esto. Y si hay algún otro cabecilla notorio, prendedlo y llevadlo a la picota.

-Sí, señor. Muy bien, señor. -Giles saludó secamente y salió para cumplir la orden de su amo.

Phoebe había subido las escaleras a toda prisa, rezando para que Olivia no la estuviera esperando. No quería ver a nadie. Se sentía incluso incapaz de interesarse por Meg. No le quedaban fuerzas para ocuparse de las heridas de nadie salvo de las suyas propias.

Cerró la puerta del dormitorio con fuerza tras ella y se arrojó sobre la cama.

Se hallaba tumbada boca abajo cuando alguien llamó.

-¡Fuera! -gritó ella con la voz áspera.

Sin embargo, el picaporte se alzó y la puerta se abrió.

-Perdonadme, pero creí que quizá pudiera seros de utilidad.

Brian entró en la habitación, dejando la puerta abierta a su espalda. Si alguien pasaba, no quería arriesgarse a que pareciera algo secreto.

-¿Puedo entrar?

-Me parece que ya estáis dentro -observó Phoebe incorporándose. Tenía el rostro surcado de lágrimas, los ojos enrojecidos e hinchados, el otrora elegante traje de montar sucio y desarreglado-. Pero, por favor, marchaos.

-Esta mañana habéis sido muy valiente -dijo Brian sin hacerle caso-. Ya sé que lord Granville lo ha tomado mal. No entiende lo que habéis hecho por vuestra amiga. Me hago cargo de cómo os sentís, creedme. He sufrido el tono grosero de su lengua en numerosas ocasiones.

Colocó una afectuosa mano sobre su hombro.

-Por desgracia, no tiene un carácter indulgente.

-Si se lo explico lo entenderá, cuando no esté tan enfadado -aclaró Phoebe, encogiendo el hombro para que él retirara la mano.

-Tal vez haya algún modo de lograr su beneplácito -musitó Brian-. Algo que le haga olvidar lo que ha sucedido esta mañana... Olvidar este tremendo golpe a su orgullo.

Phoebe puso mala cara pero no abrió la boca. Buscó el pañuelo en la manga y, al no encontrarlo, se pasó el dorso de la mano por la húmeda nariz con un gesto ordinario.

-¿Me permitís? -Brian le ofreció su inmaculado pañuelo de lino ribeteado de encajes.

-Gracias. -Phoebe se sonó la nariz con fuerza.

-No, no. Quedáoslo, por favor -dijo Brian enseguida cuando ella hizo el ademán de devolverle su ahora empapada propiedad.

-Si insistís. -Phoebe lo arrugó haciendo una bola y lo introdujo en su manga. Después observó a Brian con aire reflexivo, las lágrimas ya secas del todo. Esa mañana, él le había prestado un excelente servicio. El rescate de Meg había sido una acción verdaderamente heroica-. ¿Qué sugerís?

Brian frunció el ceño, acariciándose la boca con las yemas de los dedos.

-El caso es que me he enterado de algo, algo que podría provocar problemas entre Cato y su alto mando si él no lo impide. No sé si hay alguna manera... Pero, no, ¿cómo ibais a poder ayudarlo en eso?

-Si no me decís nada más no podré saberlo -dijo ella con aspereza-. En todo caso, ¿qué sabéis del alto mando del Parlamento?

-Os quedaríais asombrada -contestó él-. Pero si no queréis mi ayuda... -Se volvió para irse.

-Yo no he dicho tal cosa -interrumpió Phoebe-.

Tan sólo no estoy segura de qué tipo de ayuda podéis ofrecerme.

Brian se dio otra vez la vuelta hacia ella.

-Bien, para empezar, empapad un paño en olmo escocés y aplicáoslo en los ojos para reducir la hinchazón. Después poneos uno de vuestros vestidos elegantes, arreglaos el pelo del modo que os enseñé, y presentaos ante vuestro esposo como si no hubiera pasado nada. Si parecéis culpable, él seguirá tratándoos como tal. Deberéis hacer de tripas corazón.

Phoebe escuchaba con la cabeza ladeada. Le pareció un consejo muy acertado. Ella no estaba avergonzada de lo que había hecho.

-Tal vez -dijo.

Brian inclinó la cabeza con un destello de ironía en los ojos.

-Para cualquier cosa que deseéis... -La puerta se cerró en silencio tras él.

Phoebe se sentó en la cama, con la mirada baja y ceñuda, respirando de manera ostentosa para tratar de despejar su obturada nariz. Lo que Brian había dicho era razonable. Pero ¿cómo demonios podrían las cosas ir bien otra vez? Las desdeñosas palabras de Cato zumbaban en su cabeza como un enjambre de avispas hambrientas.

El no la amaba. Ni siquiera le gustaba. No la aguantaba. Ella le repugnaba. Cato no había llegado a decir nada cruel y, sin embargo, Phoebe sabía que ésa era la verdad que

Librodot

subyacía en la diatriba, en la mordaz comparación con Diana.

Volvieron a asomar lágrimas a sus ojos y se mordió con fuerza el labio inferior. No lloraría de nuevo.

La distrajo cierto alboroto en la extensión de grava bajo su ventana, y se deslizó de la cama para mirar. Giles

Crampton y un soldado se hallaban frente a la puerta principal, donde un destacamento de la milicia de Cato había formado en semicírculo. Entre Giles y el soldado se encontraba el sacerdote, el hábito negro hinchándose en la brisa, las anchas mangas agitándose debido a los agresivos ademanes. No parecía muy contento, pensó Phoebe con fría satisfacción.

Vio como Cato salió de la casa con su jubón de piel de búfalo, la espada al cinto y una corta capa que le colgaba de los hombros. Pese a su abatimiento, Phoebe sintió el familiar escalofrío. Después captó la expresión de él cuando se dirigía al cura y el hormigueo se acrecentó en su espalda. En ese momento no le habría gustado estar en la piel del incendiario sermoneador.

No oía las palabras de Cato, pero sí advertía sus efectos. El semblante santurrón del sacerdote se volvió defensivo, asustado; el hombre acabó abrumado por la avasalladora elocuencia del marqués.

Al menos Cato la estaba defendiendo en público. Y, sin duda, habría sido también implacable con el perseguidor de brujas. El pueblo no volvería a tomarse la justicia por su mano. Phoebe buscaba consuelo en esa reflexión, pero la sensación de haber sido traicionada era tan punzante como las agujas del perseguidor. Aquellos a quienes había ayudado, a quienes consideraba amigos suyos, se habían puesto en su contra cegados por una irracional sed de venganza. Aún notaba las manos sobre ella mientras le ataban las muñecas. Tardaría mucho tiempo en olvidarlo, pasaría mucho tiempo antes de volver a relacionarse con ellos con la misma confianza.

Por fin, tras dar una breve orden al soldado que sujetaba al cura, Cato montó en su caballo. El sacerdote había encorvado los hombros y hundido la cabeza en el pecho mientras el soldado se lo llevaba. Giles se subió en su montura. Cato alzó una mano enguantada y se pusieron en marcha.

Phoebe observó al grupo recorrer a medio galope el camino de entrada, con lord Granville a la cabeza. Le escocían los ojos y dio la espalda a la ventana con una leve sensación de derrota. Se acabó lo de ponerle al mal tiempo buena cara ataviada con sus mejores galas.

15

-Esta guerra ya no es contra los consejeros del rey -declaró Cromwell-. Era así cuando empezó. Hace cinco años todos creíamos que, en cuanto el rey no estuviera rodeado de esos nefastos y egoístas consejeros, gobernaría amparado en la verdad y la justicia. Pero todos sabemos que la cuestión no es ésa. -Sus palabras atravesaban una tenue niebla de salivazos. Se calló para beber vino de su copa. Nadie le interrumpió-. La cuestión es el propio rey -prosiguió, dejando bruscamente la copa sobre la mesa-. Ese rey nunca será un gobernante justo. Siempre se rodeará de hombres que le aconsejarán diciéndole únicamente lo que él quiere oír. Jamás dejará la idea de que tiene el derecho divino a gobernar y de que aquel que ponga ese derecho en tela de juicio será tachado de traidor enviado por el infierno.

Paseó la mirada por la larga mesa, por los sombríos rostros allí reunidos. Posó los ojos en uno en particular.

-Granville, ¿aún sostienes que tu objetivo en esta guerra es devolver a un reformado rey el trono que ha deshonrado? ¿Vamos a concederle una vez más el derecho a gobernar sobre esos súbditos que trata, y siempre ha tracon tanto desdén? -El tono era mordaz y furioso.

Cato alzó la mano y le dirigió al general una adusta mirada.

-Quizá todavía albergo esperanzas de que el rey se avenga a razones -dijo con calma, casi distraído-. Acaso sea una esperanza ridícula, pero la conservaré hasta el último instante.

Se oyeron susurros, unos de aprobación, otros no. El ya intenso color del rostro de Cromwell se intensificó.

-Si no estás con nosotros, estás contra nosotros -anunció.

Cato meneó la cabeza con gesto desdeñoso.

-Sé juicioso, Oliver, y piensa que no ganas nada enemistándote con tus amigos. -Retiró el taburete y se puso en pie-. Dirijo una milicia. Si nos sentamos a discutir estos asuntos en lugar de luchar, esta maldita guerra no acabará nunca y el país tendrá sobradas razones para creer que no nos interesa que acabe. Ya corren rumores de que algunos de nosotros luchamos tan sólo por el poder y la influencia que ello nos reporta.

Agarró la capa y salió de la estancia dando grandes zancadas, dejando tras de sí un murmullo de voces.

Cato había hablado sin su acostumbrado tacto, y era consciente de ello. Cromwell podía muy bien haber tomado su último comentario como algo personal, pero Cato no se sentía con ánimo para mostrarse paciente. Había cabalgado hasta el cuartel después de haber desterrado al cura de su parroquia, incapaz de librarse de la imagen de Phoebe, de sus ojos llenos de dolor y de algo parecido al sentimiento de traición mientras él desahogaba su ira alimentada de miedo. Phoebe parecía un cervatillo herido. Se había mostrado muy agresivo con ella, lo sabía. Su cólera se había desatado, y él repudiaba esa falta de control. Pero ¿quién podía censurárselo? ¿Qué hombre podía considerar con ecuanimidad que su esposa participara en el desastre de aquella mañana en el prado comunal del pueblo? ¿Podía siquiera concebir lo que le había sucedido a Phoebe?

Esa idea era como una espina clavada en su interior y prefirió soslayarla. Ya era suficiente tener a Brian Morse bajo su techo, recordándole a cada instante lo que le reservaba el futuro si Phoebe no quedaba embarazada de una vez por todas.

-¿Regresamos a Woodstock, mi señor? -La voz de Giles Crampton sonaba como si el panorama no fuera muy alentador.

Cato alzó la vista al cielo; aún quedaban un par de horas de luz. Necesitaba un poco de acción, algo que le aclarara las ideas, que le ayudara a recuperar el equilibrio.

-Todavía no, Giles. Haremos una pequeña batida. A ver si somos capaces de ahuyentar a unos cuantos hombres del rey.

Giles estaba radiante, y se volvió para gritar las órdenes al pequeño destacamento de la milicia de Granville que había acompañado a su señor al cuartel general.

Cato alzó la mano, hizo el gesto de iniciar la marcha, y el pequeño grupo se puso al trote sendero abajo.

-Así pues, ¿tomaremos el camino de Oxford? -Giles se colocó junto a Cato.

-Sí, no pasaremos por la ciudad. Nos dirigiremos a Woodstock, pero manteniendo ojo avizor por si hay algún alboroto.

Giles murmuró su asentimiento, aunque sin duda hubiera preferido encaminarse hacia los cuarteles realistas en lugar de alejarse de ellos. Y quiso el azar que no se encontraran en el camino con Cavaliers ni Roundheads hasta que llegaron a los bosques de las afueras de Woodstock. En el cielo despejado aparecieron las estrellas vespertinas, *y* Cato tiró de las riendas, miró alrededor *y* escuchó atentamente los sonidos de la noche que caía.

-La mujer que acusaban de ser bruja... Su casa está en el bosque -señaló Giles haciendo un gesto con la fusta-. Podríamos ir a echar un vistazo, asegurarnos de que no se ha producido un saqueo ni nada por el estilo. -Giles buscaba algo con que compensar la falta de acción.

Cato asintió. Sería interesante conocer el lugar donde Phoebe había pasado tanto tiempo. Debía encontrar un modo de entenderla mejor. Aún no podía quitarse de la cabeza la imagen de su pequeña y afligida cara, los grandes ojos azules bañados en lágrimas que ella

Librodot

había intentado contener. Después de lo que había tenido que soportar a manos de la multitud, tras ser testigo de lo que le hacían a su amiga, él debería haber reprimido su cólera, por justificada que estuviera.

-Gato... Gato... ¿Dónde estás, gato? -Phoebe sostenía el candil, esperando sorprender con la luz los ojos del animal mientras daba vueltas alrededor de la casa de Meg. Estaba segura de que el animal se hallaba en alguna parte. Meg se sentía tan preocupada por su compañero que Phoebe decidió que no podía regresar a casa sin hacer al menos un reconocimiento. Le había dejado comida y agua para que no se sintiera abandonado, pese a que era perfectamente capaz de alimentarse por su cuenta cazando pequeños roedores del bosque.

No obstante, cuando apareció, surgiendo furtivamente tras ella en el camino para restregarse contra sus piernas, Phoebe dejó escapar un débil chillido de alarma y casi se le cayó el candil de las manos.

-¡Oh, vaya susto me has dado, gato! -Se agachó para hacerle mimos, y él se le enredó entre sus piernas, ronroneando como si no hubiera pasado nada que alterara el acostumbrado y ordenado discurrir de su mundo. Permitió que Phoebe lo levantara y le acariciara la cabeza, preguntándose si se dejaría llevar con Meg.

Como si se tratara de una respuesta a la pregunta no formulada, el gato saltó de súbito de sus brazos y caminó con paso majestuoso y pausado hasta la casa. De un brinco se encaramó en un alféizar y se introdujo en una estrecha abertura que Meg le había hecho por si regresaba cuando ella hubiera salido.

Phoebe resolvió que el animal estaba bien allí. Además, no le hacía ninguna gracia la idea de cargar durante uno o dos kilómetros con un animal que arañase y maullara. Regresaría por la mañana, le pondría más comida y le haría compañía un rato. Ahora Meg estaría más tranquila.

Phoebe tomó el cesto que había dejado en el umbral. Contenía hierbabuena fresca que utilizaría para vendar las heridas más graves de Meg. La hierbabuena tenía un efecto calmante y adormecedor. También llevaba hojas de malva para cataplasmas y diversas hierbas que Meg le había indicado, que servían para preparar bebidas sedantes *y* jaleas que la ayudarían a dormir *y* bajarían la fiebre que le había provocado el haber estado expuesta a temperaturas glaciales.

Meg no necesitaba médico alguno, ella se bastaba, y Phoebe era una ayudante muy capaz. Se colgó el cesto del brazo, cerró la puerta con llave, se la metió después en el bolsillo y se puso en camino llevando en alto el candil. Cada vez estaba más oscuro, pero era uno de esos crepúsculos claros y apacibles de principios de primavera que no atemorizaba ni siquiera en el susurrante entorno del bosque.

No obstante, cuando llegó a la verja de entrada oyó el tintineo de bridas, ruido de cascos, murmullo de voces que se acercaban. Phoebe se quedó paralizada, el corazón latiéndole con fuerza contra las costillas, el terror de la mañana que bajaba otra vez crecido. ¿Quién sería a esa hora?

Retrocedió a toda prisa hacia la casa, con la llave en la mano, pero antes de llegar a la puerta, apareció el primer jinete ante la verja y se oyó un bramido en la penumbra. -¡Alto! ¿Quién anda por ahí?

Phoebe reconoció la voz al instante. El tono de Giles Crampton era inconfundible. Primero se sintió aliviada y después consternada. Si Giles estaba ahí, seguramente lord Granville no andaría muy lejos. Habían salido juntos poco antes del mediodía.

Tendría que actuar con descaro, como había sugerido Brian. Se volvió y dijo con voz enérgica:

-Soy yo, Giles. -Entonces vio a Cato. Pese a su resolución, el corazón empezó a latirle deprisa otra vez.

-¡Phoebe, en nombre de Dios todopoderoso! ¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó Cato mientras desmontaba. Cruzó la verja y tomó el sendero hacia ella, el paso ligero, dando pequeños saltos, el cuello blanco de la camisa brillando en la oscuridad contra el cuero negro de la guerrera de ante. Llegó hasta ella y le puso las manos en los hombros.

Por primera vez Phoebe se asustó. Los ojos de Cato, oscuros y encendidos, tenían un halo de hosquedad cuando se posaron en el pálido rostro de ella.

-¿De qué tienes miedo? -preguntó con tranquilidad.

-De ti. -Phoebe hizo un esfuerzo para aguantarle la mirada-. ¿No crees que es una buena razón, mi señor?

En lo más profundo de los ojos de Phoebe había escondido algo herido y a la vez indómito.

-No -dijo Cato-. No tienes por qué temer nada de mí.

Phoebe bajó la mirada con un obvio gesto de incredulidad.

La expresión de Cato se tensó, pero logró recuperar su calma habitual cuando preguntó:

-Phoebe, ¿qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche?

-Meg necesita sus medicinas y estaba preocupada *por el gato. He venido a darle de comer y a asegurarme* de que estaba bien. Cuando esta mañana ha aparecido la multitud, se ha escapado. -La sacudió un pequeño estremecimiento y volvió la cara como si quisiera ocultársela a Cato.

Instintivamente, Cato movió una mano enguantada y le asió la nuca, sus dedos cerrándose cálidos y firmes alrededor de su delgado cuello.

-Ven.

Los hombres se agruparon en el estrecho sendero, sus caballos moviéndose, haciendo temblar las bridas al olisquear la brisa nocturna. Llevaban picas y mosquetes en sus sillas, y espadas al cinto.

Cuando llegaron a su altura, Phoebe vaciló.

-No tienes por qué interrumpir tus asuntos, señor -dijo ella, con voz grave-. Puedo volver a casa sola.

-No -replicó Cato de modo terminante-, no puedes. -Tomó el cesto y el candil de Phoebe y los dejó en el suelo-. Dame el pie. -Se agachó y ahuecó la palma de la mano-. Cuando te empuje agarra la perilla.

Phoebe trepó a la silla. Llevaba uno de sus viejos vestidos y una raída capa de lana a la que le faltaba el broche, por lo que no tenía miedo de romper nada. Se colocó a horcajadas, levantándose la falda hasta las rodillas sin que le importara exponer sus piernas embutidas en medias.

-Vamos a casa, Giles -ordenó Cato, apagando el candil y dejándolo tras la verja. Le entregó a Phoebe el cesto y acto seguido montó detrás de ella-. Vamos, caballeros. -Avanzó, y el grupo lo siguió en fila india por el sendero.

Phoebe quería recostarse en él, en el envolvente brazo que la sujetaba. Pero ¿cómo podría hacer algo así?

-Hay algo ahí delante -susurró ella de pronto. Tenía el oído especialmente fino y había percibido lo que sin duda era el sonido metálico de una brida-. Escucha.

Cato tiró de las riendas, indicando a sus hombres que hicieran lo mismo. Se quedaron inmóviles, aguzando el oído en la oscuridad del bosque a ambos lados del camino.

Entonces Cato también lo oyó, en el mismo instante en que Giles levantaba un dedo y señalaba a la derecha. Crujió una ramita, luego otra, y llegó el apenas perceptible relincho de un caballo. Después todo quedó en calma y silencioso como un cementerio. No se movía nada, ni un conejo, ni un faisán, ni siquiera un gorrión, y era ese silencio, esa ausencia total de ruidos habituales lo que reveló a Cato que tenían compañía en el bosque, y que esa compañía no quería ser descubierta.

Miró hacia los árboles con el ceño fruncido. Si era un grupo de realistas, entablarían combate con ellos. En circunstancias normales no habría dudado. Notó la impaciencia de

Giles cuando éste se colocó a su lado. Pero Cato no podía luchar con Phoebe montada en la silla.

Phoebe se hizo cargo de la situación. Pensara lo que pensara de ella, no sería una carga para su esposo cuando éste tuviera que tomar decisiones militares. Se inclinó hacia atrás y le dijo al oído:

-Esperaré subida a un árbol. Ya lo he hecho antes. Los dientes de Cato exhibieron su blancura en la oscuridad.

-Es cierto -murmuró-. Abajo, pues. -Le ayudó a bajar al sendero, y Giles asintió satisfecho.

Phoebe, asiendo aún el cesto, se deslizó entre los árboles a la izquierda del camino. Lo que tuviera que suceder sucedería a la derecha, así que se quitaría de en medio.

Sintió que su temor se mezclaba con un extraño regocijo. A Cato no le pasaría nada. Lo había visto en acción. Confiaba en él. Nadie podía vencerle.

Dejó el cesto al pie de un roble de ramas bajas y se subió a la que estaba más a su alcance. Al alzar la mano para agarrar otra rama, se le desgarró el vestido bajo los brazos. Phoebe se encogió mentalmente de hombros. De todas formas, el vestido le venía pequeño.

Trepó hasta sentarse a horcajadas en una rama que colgaba sobre el camino. No había hojas que le impidieran la visión, y se inclinó sobre el tronco para que nadie que pasara por debajo pudiera verla. El vestido era de un gris apagado y se confundía con la corteza.

Apenas se había acomodado cuando los sonidos rompieron la quietud de la noche. Gritos, y después el ruido metálico del acero, y los violentos golpes sordos de los cascos. Phoebe ya no estaba animada, sino aterrada. ¿Por qué creía que Cato sobreviviría a un combate cuerpo a cuerpo? ¿Qué lo hacía invulnerable?

Una descarga de fuego de mosquete, el olor a cordita en el apacible aire de la noche. Un aluvión de chillidos, una confusión absoluta de sonidos. Phoebe intentó imaginar qué estaba ocurriendo a partir del ruido, pero fue en vano.

De repente, no pudo soportar estar allí un segundo más. Tenía que ver qué estaba sucediendo. Avanzó un poco para poder balancear las piernas hasta apoyarlas en la rama de abajo. Entonces se quedó paralizada. Retumbaban los cascos en el camino, alejándose del fragor de la batalla.

Se acercaban tres jinetes como un rayo, espoleando sus monturas, azotando con las fustas los cuartos traseros mientras instaban a las sudorosas bestias a redoblar el esfuerzo. Una ráfaga de aire hizo caer el emplumado sombrero del que iba al frente. Éste alargó la mano para asirlo, pero fue demasiado tarde, y su largo y suelto cabello ondeó libre al viento mientras se precipitaban los tres hacia el árbol de Phoebe, quien por un instante apreció con total claridad el rostro del primer jinete. Desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

Presa de la agitación, Phoebe casi cayó de la rama. En cuanto puso el pie en tierra, Cato, Giles y otros cuatro hombres de Granville aparecieron al galope.

-¡Era el rey! -gritó al verlos.

-Qué? -Cato tiró de las riendas haciendo que el caballo se empinara y corcoveara. Los otros siguieron su ejemplo-. ¿Qué has dicho?

-¡El rey! Acaba de pasar. -Phoebe señaló camino abajo.

-¿Estáis segura? -preguntó Giles, clavándole la mirada.

Phoebe alzó la barbilla y respondió con aquella ligera arrogancia que a Cato ya le resultaba familiar.

-¿Dudáis de mí, lugarteniente? Os aseguro que he visto al rey muchas veces.

Su tono surtió efecto. Por una vez Giles la miró algo desconcertado. Tosió y luego dijo:

-Deberíamos ir tras él, mi señor. -Espoleó su caballo y éste saltó hacia adelante-. ¡Seguidme! -chilló a sus hombres, y galoparon en persecución de Su Soberana Majestad, el rey Carlos.

-No los atraparán -dijo Phoebe a Cato, que no había seguido a Giles-. Corrían como almas que lleva el diablo.

-He sospechado algo -murmuró Cato, más para sus adentros que dirigiéndose a Phoebe-. Cuando esos tres no se han quedado a pelear, he tenido la impresión de que uno de ellos era más importante que los demás.

Pero qué estúpido he sido, no se me ha ocurrido pensar que teníamos al rey al alcance de la mano.

-No tengo ninguna duda de que era él.

-Bueno, pues se nos ha escapado -exclamó Cato con un enérgico juramento-. Y sino me equivoco, se dirige a la frontera con Escocia.

Ese era un detalle significativo. Si Carlos había huido de Oxford y buscaba la protección de los escoceses, ello daba a entender que abandonaba toda esperanza de triunfar sobre el Parlamento. Se entregaría a los escoceses, y éstos garantizarían su seguridad y le ofrecerían apoyo para recuperar el trono a cambio del compromiso de Carlos de establecer la Iglesia presbiteriana en Inglaterra. Conociendo al rey, Cato estaba convencido de que Carlos no asumiría ese compromiso.

Mentiría, negociaría, daría la impresión de aceptar, pero al final daría marcha atrás. Todo el mundo sabía de los fallidos acuerdos del rey con los irlandeses y los escoceses. Era un auténtico manipulador, un maestro en el arte de aceptar e incumplir compromisos, de tergiversar sus propias palabras y las de sus consejeros para hacer que una sencilla declaración acabara significando algo muy distinto.

-Se nos han escapado. -El desconsolado grito de Giles precedió a su reaparición-. Esfumados en la bruma. ¿Buscamos por el campo, señor?

-No tenemos suficientes hombres -contestó Cato-, y hemos de atender a los heridos. Que Jackson y Carter organicen un grupo con camillas y que los otros escolten a los prisioneros al cuartel. Tú acompáñame a casa. Escribiré un despacho que llevarás inmediatamente a Cromwell.

-Sí, señor. -Giles regresó al lugar del combate, donde todo había terminado.

Cato tendió una mano a Phoebe, que, sin soltar el cesto, dio un salto para apoyarse en la bota de su esposo y subir a la grupa del caballo.

-¿Estás herido? -le preguntó, volviéndose hacia atrás para mirarlo.

-Ni un rasguño -respondió él quitándole distraídamente una ramita del pelo antes de lamerse el dedo y limpiarle una mancha de suciedad en la mejilla.

-Es del árbol -señaló ella.

-Sí -confirmó Cato, mirando hacia el camino con una sombra de frustración en los ojos.

-¿Qué habría sucedido si hubierais atrapado al rey?

-Buena pregunta -dijo Cato, ensimismado.

Phoebe no insistió en el tema. La agitación y la euforia se habían desvanecido, y con ellas su porte altivo.

-Muy bien, señor. -Giles apareció junto a ellos-. Están encargándose de las camillas. Job tiene una fea cuchillada, pero los demás no tienen nada grave, creo yo. Los prisioneros ya están en camino.

Cato asintió y se pusieron en marcha hacia el pueblo.

-Mi señor, ¿pensáis que en el cuartel creerán que hemos dejado escapar al rey? -se atrevió a preguntar Giles tras unos instantes. Su tono era indeciso.

-No -contestó Cato con brusquedad-. ¿Por qué deberían hacerlo? Nosotros ni siquiera sabíamos que estaba aquí.

-Se han escuchado rumores -dijo Giles encogiéndose de hombros-. Al parecer no todo el mundo quiere librarse del rey.

-«Al parecer» te refieres a mí -replicó Cato con tono áspero.

-Bueno, eso parece.

Phoebe escuchaba con atención. La conversación tenía algo que ver con lo que ella había escuchado aquella noche en el cuartel general, el altercado entre Cato y Cromwell del que había sido testigo mientras yacía en el catre. Ya entonces le había parecido importante.

Por lo visto, la cuestión se estaba difundiendo.

Cato y Giles parecían no reparar en la presencia de Phoebe sobre la silla del primero.

-No estoy seguro de lo que pienso, Giles -dijo Cato con un suspiro-. Pero no haré juicios precipitados. Hay demasiado en juego.

-También están los que lo mandarían al exilio -observó Giles.

-Sí, y quizá se llegue a eso. Pero por el momento me reservo la opinión.

-Así pues, ¿no creéis que nadie haga ninguna observación sobre el hecho de que le hayamos dejado escapar? -insistió Giles.

-Quizá lo hagan, no lo sé. -Cato se encogió de hombros-. Pero me importa poco. Yo sólo respondo ante mi conciencia.

Giles no hizo más comentarios, pero empezó a silbar entre dientes notas discordantes, y a Phoebe le dio la impresión de que el lugarteniente ponía en entredicho la sensatez de su señor aunque no estaba dispuesto a decírselo.

-Redactaré el mensaje, Giles. Ven a buscarlo dentro de media hora -dijo Cato enfilando el sendero de entrada.

-Muy bien, señor -dijo Giles dirigiéndose con su caballo hacia los establos.

Cato desmontó ante la puerta principal y ayudó a Phoebe a bajar. No la soltó enseguida, sus manos se desplazaron hacia los brazos de ella. Sin embargo, Phoebe pensó que él no le prestaba atención. Cato miraba por encima de su cabeza, a la oscura hilera de árboles que bordeaban el camino. Phoebe se quedó quieta, las manos de él en sus brazos, respirando con dificultad. Cato no parecía reconocerla, pero ella supo que estaba a punto de decir algo. De súbito, él bajó la mirada hacia Phoebe y sus ojos mostraron perplejidad, como si ella no tuviera en absoluto el aspecto que él esperaba.

-¿Mi señor? -apuntó ella, indecisa.

-Deseo... Deseo... -Y meneó la cabeza, la soltó y entró en la casa con grandes zancadas.

Phoebe lo siguió despacio. ¿Qué deseaba?

16

Cato terminó de escribir su despacho y después se quedó sentado observando la oscuridad a través de la ventana, dando con los dedos rítmicos golpecitos en la lisa y encerada superficie del escritorio.

¿Qué deseaba?

¿Paz? ¿Tranquilidad? ¿La ordenada vida de un matrimonio corriente? ¿Una esposa que no obedeciera a los dictados de su conciencia, que no se mostrara indiferente a los peligros o a si arrastraba a alguien a su paso?

Se frotó los ojos con las palmas de sus manos. No lo sabía, ésa era la verdad.

Se puso en pie de un salto y fue en busca de Phoebe.

El salón de las mujeres estaba vacío, pero Cato posó la mirada en las hojas de papel vitela esparcidas sobre la mesa. Echó un vistazo a los garabatos salpicados de borrones. Pensó que seguramente era la obra de la que ella siempre hablaba y tomó algunas páginas.

Las notas al margen eran detalladas y minuciosas, y en ellas se especificaban vestidos, posturas y gestos de los actores. Mientras leía, su imprecisa curiosidad se transformó en verdadero interés, pasando las páginas y tomando otras a medida que las acababa.

Se quedó absorto en la escena entre la joven Isabel y Robert Dudley, conde de Leicester. Era una escena de amor. Y por alguna razón, se sorprendió a sí mismo leyendo en voz alta el espléndido torrente de palabras en el salón vacío. Estaba tan enfrascado que no oyó que la puerta se abría a su espalda.

-«Oh, gentil dama, dulce reina, sed amable. Quedaos un rato y dejad que mis sedientos

ojos se deleiten con vuestra belleza. No tener cabida en vuestro corazón es un tormento. Tomad mi amor, mi corazón, mi alma, y hacedlos vuestros.»

-«En efecto, leal amigo, una reina tomará esos regalos y no se conformará con menos. Ya no estáis ante una soberana, sino ante una mujer resuelta al amor, un amor más fuerte que los dorados tronos de los príncipes.»

Cato, al oír la dulce voz de Phoebe recitando la respuesta de Gloriana a su amante, se dio la vuelta. La miró fijamente como si fuera la primera vez que la veía mientras ella permanecía en el umbral, con la mano aún en el picaporte. Tenía los ojos brillantes, las mejillas un tanto sonrojadas, la expresión soñadora. Era como si hubiera sentido las palabras que acababa de pronunciar, extraviada en el mundo fantástico de su obra.

La mirada soñadora se desvaneció de súbito, y el brillo desapareció.

-Escribí el papel de Dudley para ti, mi señor -dijo sin moverse de la puerta-. Esperaba convencerte de que interpretaras el personaje, pero ahora me doy cuenta de que fui una necia. Sé que no tienes tiempo para mis garabatos.

Las palabras de Phoebe sonaron con fuerza en la cabeza de Cato, lo que le llevó a recordar las conversaciones durante la cena sobre quién iba a hacer el papel de Gloriana. Recordó que Olivia había insistido en que fuera la propia Phoebe quien lo interpretara. Y cómo ésta pareció quitarle importancia al asunto. Cato siguió mirándola como si fuera una revelación imposible.

Phoebe entró en la estancia y tomó las hojas de la mano de él.

-¿Querías hablar conmigo, señor?

Cato hizo un esfuerzo para regresar a la dura realidad.

-Creo que hay una serie de cuestiones que es mejor discutir en privado. -Se dirigió a la puerta y la sostuvo abierta para ella-. Iremos arriba, así será menos probable que nos molesten.

Se encaminó hacia el dormitorio y de nuevo abrió la puerta para que ella pasara.

Lo que no se podía evitar había que afrontarlo. Phoebe renunció al consejo de Brian. No iba a actuar con descaro, pero golpearía primero. Habló con voz baja pero firme:

-No creo que pueda vivir con alguien que muestra por mí tal aversión. Yo nunca seré como mi hermana, así que nunca podré ser el tipo de esposa que te satisfaga. Creo que debería marcharme de aquí, volver con mi padre, si él me acepta. O con Portia. Ella dejaría que me quedara y... -Su voz se apagó al ver la expresión de Cato, que la miraba con total incredulidad.

-¿Qué estás diciendo? Que quieres irte de mi casa, buscar cobijo... ¡Phoebe, no seas ridícula!

-No puedo vivir contigo -repitió Phoebe con firmeza-. Crees que soy desordenada y poco atractiva. Todo lo que hago te ofende o te exaspera. Quieres que yo sea algo que no soy. No puedo cambiar por ti. A ti no te gusta cómo soy, y yo no sé cómo ser de otra manera.

-No quiero que seas distinta... No es exactamente eso. -Cato buscó las palabras adecuadas, pero Phoebe se adelantó a aquel vacilante inicio.

-Ni siquiera sé si quiero ser diferente -declaró-. ¡No puedo tratar de complacerte si ello significa hacer cosas que yo considero incorrectas! -Se dio la vuelta con un ligero pero muy elocuente encogimiento de hombros.

-Phoebe, eres mi esposa -observó Cato-. No te irás.

-No creo que sea razón suficiente para quedarme donde no me quieren -espetó Phoebe.

Cato tomó aire despacio.

-Phoebe, ¿cuándo he dicho yo que no te quiero?

-No hace ninguna falta. Está más claro que el agua.

Cato se pasó ambas manos por el pelo y luego las entrelazó en la nuca. Alzó los ojos al techo, y entre ambos se hizo hueco el silencio. Entonces él bajó los ojos y las manos cayeron a los lados. Avanzó hacia ella.

-Sí te quiero -dijo.

Phoebe notó las manos de él en sus hombros.

-Estate quieta -murmuró Cato entre sus cabellos-. Tan sólo confía en mí. He de mostrarte algo.

Deslizó las manos por los hombros de Phoebe, sus dedos treparon por el cuello, rozando las orejas, tirando suavemente de los lóbulos.

-No -protestó Phoebe-. Esto sólo empeora las cosas. ¿No te das cuenta?

-Confía en mí -dijo él. En su voz había un deje de severidad, un tono resuelto que de nuevo provocó la inmovilidad de Phoebe.

-Voy a desnudarte -añadió Cato con calma-. Y no quiero que hagas nada para detenerme ni para ayudarme.

Llevó los dedos a los cierres traseros del desaliñado vestido. Al quitarle la prenda le rozó los hombros con las manos, que se demoraron unos instantes posándose ahuecadas en la curva descendiente al unirse con los brazos. Phoebe notó los cálidos labios de Cato en su nuca, la lengua recorriéndola hacia arriba hasta la desgreñada maraña de su pelo.

Phoebe notó cómo un leve escalofrío recorrió su espalda de arriba abajo. Sentía la cabeza pesada e insensible, incapaz de comprender qué estaba sucediendo. No encajaba con lo que había pasado antes.

Las manos de Cato volvieron a los hombros de Phoebe para desabrocharle el corpiño. Tomó los pechos con las manos, acariciando la blanda parte inferior, rozando ligeramente los pezones con las yemas de los dedos. Y pese a todo, Phoebe sintió que las rosadas areolas se endurecían.

Ella bajó la vista y advirtió cómo las venas azuladas destacaban en la cremosa opalescencia de sus pechos cuando él los acunaba con las manos. Reparó en lo grandes y bien formadas que eran esas manos, en que las callosas palmas del espadachín eran mucho más pálidas que los bronceados dorsos. Ya antes se había dado cuenta de esas cosas, pero nunca con tan asombrosa claridad.

Cato desprendió la blusa del cuerpo de Phoebe, que ahora sólo llevaba puestas las medias y los zapatos. A pesar del caldeado ambiente de la habitación, Phoebe sintió un hormigueo que hizo que se le pusiera la carne de gallina. Luego respondió a las manos en su cintura, que la instaban a acercarse al fuego. Cato la exhortó amablemente a sentarse en el taburete y se arrodilló para desatarle las ligas. Le alzó los pies para quitarle los zapatos y tiró después de las medias hasta que salieron.

Notaba la aspereza del tapizado del taburete al rozarle las nalgas *y* los muslos, *y* el fuego le abrasaba la espalda. Lo que estaba teniendo lugar aún carecía de sentido, pero Phoebe había dejado vagar su mente y ahora sólo era consciente de las sensaciones físicas, de tal intensidad que casi le dolían. Cato la puso en pie.

-Cierra los ojos -susurró. Empezó a tocarla en tanto que ella permanecía desnuda frente a él.

Phoebe mantuvo los ojos cerrados y se sintió como si de una espiga agitándose al viento se tratara mientras las manos de Cato la recorrían. Las suaves caricias parecían producirse donde menos lo esperaba. A veces, cuando se detenía, cada centímetro de su piel aguardaba expectante, con aliento contenido. Notaba entonces el tacto en la parte más estrecha de la espalda, el dedo en el latido de la garganta, el leve roce en la curva del codo, la fina y tierna piel del interior del brazo.

Parecía como si ni un solo pedazo de su cuerpo fuera a quedar intacto, y, no obstante, las caricias no se acercaban al sexo. Era como si Cato estuviera rindiendo homenaje a su fisonomía sólo con las manos, sin la urgencia sexual que tanto protagonismo había cobrado en sus lascivos encuentros amorosos. Phoebe se sintió arrastrada por la negrura carmesí tornasolada de los ojos de Cato. Se hallaba dentro de su cuerpo pero también fuera. Cada roce aumentaba la sensación de irrealidad, de distancia frente a todas las cosas sólidas y asentadas en la tierra.

A continuación, la boca de Cato siguió el rastro de las manos: donde antes había

acariciado, ahora besaba. De nuevo, los besos se producían donde y cuando menos los esperaba ella, ausentes las urgentes oleadas de lujuria, prevaleciendo la ofrenda amorosa.

Tenía la impresión de haber permanecido de pie con los ojos cerrados durante una eternidad. El le besó los párpados y le dijo con suavidad:

-Despierta, Bella Durmiente.

Phoebe abrió los ojos como si surgiera de un estado hipnótico y contempló fijamente a su marido. Cato sonreía, pero no era una sonrisa que ella hubiera apreciado con anterioridad en aquella mirada. El le acarició la curva de la mejilla y recorrió su boca con la yema del pulgar.

-Y ahora, cariño mío, dime que no me gustas, que no te quiero, que no te encuentro atractiva ni *gozo* contigo.

En el interior de Phoebe resonaba el recuerdo de las manos y la boca de Cato sobre su piel, y supo entonces que no habría hecho tales cosas si no la deseara, si no la quisiera por ser quien era y como era.

Cato le tomó el rostro entre las manos y habló con seriedad.

-Phoebe, eres encantadora. Cada centímetro de ti es bello.

-Gran suerte la mía, pues tengo muchos centímetros -dijo Phoebe con una sonrisa trémula.

-No renuncio a un solo gramo -afirmó Cato. Sonrió y le apretó ligeramente la punta de la nariz con el dedo-. De todas formas, admito que eres la persona más desordenada que he conocido en mi vida. Por elegante que sea, parece que no hay nada que aguante en ti apenas unos instantes. -Arqueó una ceja burlona-. Pero, aunque parezca extraño, empiezo a encontrar eso atractivo.

La atrajo hacia sí, las manos abarcándole la espalda. Phoebe apoyó la cabeza en el pecho de Cato, acomodó la mejilla junto al corazón y escuchó el regular latido bajo su oreja. El le habló con suavidad entre el cabello.

-Phoebe, tengo una lengua fría y cruel, lo sé. Esta mañana he sido demasiado severo y trataré de que no se repita. Pero has de darme tu palabra de que, en el futuro, en cuanto suceda algo grave acudirás a mí.

-Acudí a ti para decirte lo de Meg-le recordó Phoebe, alzando la cabeza de su pecho para mirarle a la cara.

-No te volveré a fallar-prometió Cato en voz baja.

-De todos modos, no siempre eres accesible –hizo notar Phoebe.

-Bien, probablemente siga siendo así. -Su voz había perdido la anterior dulzura-. Al menos mientras prosiga esta condenada guerra, y Cromwell no deje de provocarme... -Se calló bruscamente-. Pero eso no debe preocuparte.

Cato garabateó algo incomprensible en la espalda de Phoebe con la uña del pulgar y después le acarició levemente los costados.

-Dejemos todo esto a un lado, cariño. Vístete deprisa. Ya es hora de cenar.

Phoebe había olvidado que estaba desnuda. Se observó a sí misma con semblante tan sorprendido que Cato soltó una carcajada.

-Estoy seguro de que si no te lo hubiera recordado, habrías salido de aquí en cueros -dijo-. Apresúrate. -Se volvió hacia la puerta-. Todos deben de estar esperándonos para cenar y yo tengo que regresar al cuartel.

-¿No volverás esta noche? -Phoebe no podía disimular su disgusto.

-No. Tardaremos horas en discutir a fondo el asunto de la huida del rey. -Dicho esto, salió de la habitación.

Phoebe abrazó su propio cuerpo en un apretón tembloroso. La piel parecía más caliente, más viva de lo habitual después de que Cato la hubiera tocado. En su interior había ahora un espacio acogedor y maravilloso, como si se hubiera encendido una lámpara.

Resonaba aún en su cabeza la voz de Cato leyendo las palabras de Dudley. La creación en la que ella había vertido los anhelos de su sediento corazón, un mundo propio en el que dos

Librodot

amantes podían expresar sin miedo su amor y su necesidad. Ella había respondido sin pensar, las palabras fluyeron de sus labios de manera espontánea. Y, por un momento, sólo un momento, creyó que Cato compartía con ella ese mismo mundo de ensueño.

Más tarde, cuando Cato ya había partido hacia el cuartel, Phoebe fue a ver a Meg.

La habitación estaba iluminada por una sola vela colocada sobre la mesilla. Meg estaba despierta, la cara pálida y oscurecida recostada contra las almohadas.

-¿Cómo estás? -Phoebe se sentó en el borde de la cama y le tomó la mano. Parecía más delgada, casi como una garra, los dedos sin su acostumbrada fuerza.

-Me repondré -dijo Meg.

Phoebe le apretó la mano.

-Cato ha ordenado que azotaran al perseguidor por vagabundeo y ha expulsado al sacerdote.

-Demasiado severo -observó Meg.

-¿Después de lo que te han hecho? -exclamó Phoebe dulcemente. Meg meneó la cabeza.

-La venganza es mía, dijo el señor. -Soltó una breve risa-. No, no siento ninguna compasión por esos dos. Pero si se venga de los aldeanos, lo lamentaré. No son culpables de su ignorancia.

-Es verdad -reconoció Phoebe, si bien no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquellos rostros que la acosaban marcados por el odio.

-Durante la cena, Giles ha explicado que han detenido a Ben, de la taberna del Oso, y a Gabriel Benson, y que por la mañana iban a llevarlos a la picota. Sus hombres han averiguado que fueron ellos los que incitaron a los demás. Pero Cato ha dicho que había cambiado de parecer, que ya había habido suficiente violencia, y le ha dicho a Giles que una noche en el calabozo les servirá de escarmiento. Con eso basta, ¿no crees?

-Sí -respondió Meg-. Castigar la superstición no es una respuesta válida. Habría que erradicarla.

-¿Qué harás ahora?

-Regresar a mi casa -dijo Meg-. Hacer lo que he hecho siempre.

-¿Ayudarás otra vez a esa gente? ¿Podrás soportar:

lo? -Phoebe negó con la cabeza con un estremecimiento de repugnancia-. Yo no sé si cobraré suficiente ánimo para volver a hablar con ninguno de ellos. Salvo Granny Spruel, tal vez.

-Es comprensible.

-Pero ¿tú vas a seguir ayudándolos?

-Si vuelven a confiar en mí, sí. En medicina, no todo son hierbas y preparados, Phoebe. Muchas veces la mente necesita tantas atenciones como el cuerpo. Si puedo demostrarles lo funesto de las supersticiones, no habrá sido en vano.

-Eres tan buena... -dijo Phoebe con emoción-. No te merecen.

-Como si eso tuviera algo que ver -replicó Meg, burlona. Después cerró los ojos-. Estoy cansada, Phoebe.

-Te dejo que duermas. -Phoebe se inclinó para darle un beso-. Volveré por la mañana.

Fue a su dormitorio y observó la gran cama vacía. Acto seguido, tomó el camisón de dormir y el candil y se dirigió a la estancia de Olivia.

Olivia se revolvió y dijo soñolienta:

-¿Pasa algo?

-¿Te importa si duermo contigo?

-No, claro. -Complaciente, Olivia se hizo a un lado y se incorporó, parpadeando a causa del sueño-. Prefiero estar aco-compañada. Cada vez que ci-cierro los ojos veo a ese hombre espantoso con sus agujas.

-Lo sé. -Phoebe se quitó la ropa, se puso el camisón y se deslizó bajo las mantas-. Me pregunto qué pasará ahora que el rey ha huido.

-Tal vez acabe la guerra. -Pero Olivia no parecía demasiado convencida-. No re-recuerdo ninguna época en que hubiera paz de verdad. Y tú?

-Yo tampoco -dijo Phoebe-. De todos modos, en una ocasión Cato me dijo que cuando terminara tampoco habría auténtica paz, que en el mejor de los casos será una victoria pírrica.

-¿Qué quería decir con eso?

-No lo sé, no se explicó. No quiere contarme lo que se fragua en los cuarteles. Empieza a decir algo y después se calla. ¿Por qué no me hablará de esas cosas? -Se inclinó para apagar la vela y se tendió al lado de Olivia-. Es para volverse loca.

17

-¡Meg, es tan frustrante! -A la mañana siguiente, Phoebe iba de un lado a otro de la habitación de Meg, con el mismo asunto dándole vueltas en la cabeza-. ¿Por qué adoptan los hombres esa actitud? Las mujeres somos tan capaces como ellos. Quizá no seamos tan buenos soldados, aunque a Portia no le hace sombra ningún hombre, pero hay otras cosas que hacemos mejor. Y también tenemos opiniones, ¿no?

Se detuvo junto a la cama. Meg se había incorporado recostándose en las almohadas apiladas. Phoebe se alegraba de ver que esa mañana su amiga tenía mejor aspecto, sus ojos habían recuperado el brillo y el buen humor estaba presente de nuevo en su sutil elocuencia. El cabello le caía en largas trenzas sobre los hombros, con lo que a Phoebe le pareció más joven que nunca. Las largas man*gas* y el alto cuello del camisón, prestado por la señora Bisset, ocultaban los moratones y las heridas debidas a los pinchazos, pero la gran batista a rayas la empequeñecía, de ahí que pareciera más frágil que de costumbre.

-Podemos opinar y dar buenos consejos y sugerencias, ¿no es cierto? -insistió Phoebe.

-Desde luego -respondió Meg con una serena sonrisa-. Pero dudo que tu esposo admita eso algún día.

-¡Debe hacerlo! -gimió Phoebe-. No quiero quedarme al margen de lo que a él le importe. No quiero quedarme aislada en una burbuja, que me digan que mi bonita cabeza no debe preocuparse de los asuntos de los hombres -señaló-. No es que yo tenga una cabeza bonita... -aclaró.

-Lo que pasa es que tu atractivo supera con mucho lo simplemente bonito -dijo Meg con una amplia sonrisa.

-¿Ah, sí? -A Phoebe le picó la curiosidad-. ¿Por qué?

-Por tu personalidad -respondió Meg.

-¡Oh! -Phoebe se sintió decepcionada. La personalidad parecía un don insípido frente a la belleza y la elegancia.

-Y el cerebro -prosiguió Meg.

-Bueno, no serán tan atractivos si nadie los reconoce ni me permite sacarles provecho -dijo Phoebe, agraviada.

-En cualquier caso, ¿por qué quieres involucrarte en los vanidosos ensimismamientos de tu esposo? -inquirió Meg-. Según mi experiencia, los hombres dan siempre demasiada importancia a banalidades.

-La guerra no es una banalidad.

Meg meneó la cabeza.

-Tiene que ver con el poder, Phoebe. Las guerras siempre tienen que ver con el poder y la codicia, las obsesiones propias de los hombres. Las mujeres se ocupan de la vida y la muerte: el nacimiento, la enfermedad, la salud. Esas son las cosas que constituyen la urdimbre y la trama de la existencia, no las posturas, los pronunciamientos o los proselitismos que

hacen creer a los hombres que dirigen el mundo mientras se matan unos a otros por culpa de sus intereses.

Como siempre, Meg daba en el clavo. Phoebe torció el gesto.

-Tal vez estés en lo cierto, pero yo no hago milagros.

He de hacer frente a mi realidad inmediata. Cato tiene que entender lo mucho que puedo ofrecerle. Tiene que confiar en mí. -Golpeó el borde de la cama con el puño.

-Bien, si persigues tal propósito, deberás demostrarle a tu esposo tus aptitudes de alguna manera... Por ejemplo, si pudieras salvarle de cierto peligro fatal...

-¡Oh! vamos, estás de broma -objetó Phoebe-. Además, Cato jamás se halla en auténtico peligro, salvo quizá en el campo de batalla. Y allí yo no puedo ser de gran ayuda. Vaya, ¿quién será? -Al oír que llamaban a la puerta se levantó de la cama-. Adelante.

Brian Morse entró en la habitación con un fajo de papeles en la mano.

-Perdonad la intromisión, pero os estaba buscando, Phoebe. Quería daros esto. -Se comportaba como si la mujer que estaba en la cama no existiera.

-¡Ah! mi salvador -exclamó Meg-. El azote de los perseguidores de brujas de todo el país.

Ante esa insolente ironía, en los pequeños ojos castaños de Brian brilló un destello de cólera. No hizo caso de Meg y siguió hablándole a Phoebe.

-La señora Bisset me ha dicho dónde podía encontraron. Os he traído los dibujos de los vestidos que os prometí. -Le tendió los papeles-. Quería enseñároslos y comentar las telas más adecuadas a elegir.

-Caramba, vuestro talento es inconmensurable, joven -murmuró Meg-. El justiciero es también modisto.

Phoebe intentó disimular una sonrisa. Era muy consciente de que la arrogante actitud de Brian fastidiaba a Meg. Entendía muy bien la razón. El la trataba como si no fuera digna siquiera de su atención.

-Los miraremos aquí. A Meg también le gustará echarles un vistazo, y a mí me interesa su opinión.

De súbito, Phoebe se acomodó de nuevo en la cama y dirigió a Brian una radiante sonrisa que, no obstante, encerraba una resuelta firmeza. A continuación alargó la mano para tomar los dibujos.

El asombro de Brian resultaba cómico, como si hubiera desaparecido la tierra bajo sus pies. Recordó que Phoebe ya lo había desairado una vez. En aquella ocasión, su carácter, más que molestarle, le había despertado curiosidad. Pero que utilizara sus artimañas con él ante una insolente mujer del pueblo de mala reputación... Que insinuara que daría valor a la opinión de aquella palurda respecto a sus bocetos... ¡Eso era inaguantable! Se quedó con los dibujos y dijo con frialdad:

-Quizá cuando estéis menos ocupada. -Dio media vuelta y salió de la habitación cerrando la puerta con suavidad, pero no antes de que le alcanzara una apagada risita que le puso las orejas al rojo vivo.

-¡Oh! querida -dijo Phoebe, con los ojos brillantes a causa de la risa-. Es muy presumido pero te rescató. Deberíamos reconocer su mérito.

-Un hombre de vanidad desmesurada -señaló Meg. Después se le relajó el semblante-. No me fiaría ni una pizca de ese tipo, Phoebe.

-¿Por qué no? ¿Qué sabes de él? -Phoebe se sintió intrigada al punto.

-Nada, pero te aseguro que no es de fiar.

Phoebe respetaba en grado sumo las intuiciones de Meg.

-Los demás opinan igual -dijo-. Pero yo había pensado que tal vez podría utilizarlo. Quizá sonsacarle información para saber algo más acerca de cuestiones políticas y estratégicas de la guerra. Todas esas cosas que Cato no me cuenta. Entonces yo sorprendería a Cato con mis conocimientos. ¿Qué opinas?

-Pienso que si juegas con fuego te quemarás los dedos -respondió Meg con aire

reflexivo.

-Iré con cuidado -le aseguró Phoebe, y se puso en pie-. Es mejor que vaya a apaciguarle. Se habrá dado cuenta de que nos reíamos de él, seguro.

-Andate con ojo -advirtió Meg, sombría-. Será un enemigo peligroso.

-Cuando vuelva te traeré una infusión -prometió Phoebe con tono alegre al abandonar la estancia.

En el pasillo dudó, preguntándose dónde habría ido Brian. Decidió mirar en la biblioteca y se apresuró hacia las escaleras. Pero no tuvo que ir muy lejos. Cuando se disponía a bajar, vio que Brian estaba subiendo.

-¿Es mucho atrevimiento solicitar que me concedáis unos minutos? -preguntó con el rostro todavía ceñudo y los ojos retraídos-. He trabajado muchas horas en estos dibujos.

-Os pido perdón si os he ofendido -dijo Phoebe con franqueza-, pero Meg es mi amiga y vos la habéis humillado al ignorarla.

-No tengo la costumbre de entablar relaciones sociales con aldeanos -declaró él-. De todos modos, hay varios asuntos que me gustaría hablar con vos, así que dejemos eso a un lado.

Phoebe llegó a la conclusión de que el calificativo «presumido» le quedaba corto. De todas formas, le dedicó una vaga sonrisa mientras le decía:

-Por favor, mostradme los dibujos. Me muero de ganas de verlos.

Brian se los dio al tiempo que añadía:

-Hay otro asunto..., algo delicado. Me temo que a vuestro esposo no todo le marcha bien.

-¿Qué queréis decir? -inquirió Phoebe con brusquedad, interrumpiendo el examen de los bocetos y alzando la vista. Se había desvanecido todo interés por jugar con aquel hombre-. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha regresado del cuartel?

-Todavía no. -Brian colocó la mano sobre el brazo de Phoebe-. Pero ha llegado a mis oídos cierta preocupante información.

-¿De qué se trata? -Phoebe lo miró asustada. Brian echó un vistazo a un lado y otro del pasillo. -Como he dicho, es un asunto muy delicado. ¿Dónde podemos hablar totalmente a solas?

-Iba a la despensa a preparar una infusión para Meg. Allí nadie nos molestará. -Phoebe se apresuró por el corredor, seguida de cerca por Brian.

En la aromática quietud de la despensa, donde el último sol de la mañana entraba por una alta ventana redonda formando una gran franja dorada sobre los ordenados estantes llenos de lavanda, Phoebe habló sin preámbulos.

-Bien, ¿de qué se trata? ¿Qué tenéis que decirme?

Brian parecía preocupado.

-Me he enterado de que lord Granville está teniendo dificultades con el alto mando. Hay serias dudas sobre su lealtad.

-¡Vaya disparate! -exclamó Phoebe, los ojos encendidos de indignación-. ¿Quién os ha dicho tal cosa?

-Tengo diversas fuentes de información -contestó Brian con tono serio-. Creedme, estoy al día de lo que ocurre en ambos cuarteles.

-¿Insinuáis que estáis espiando? -Phoebe arrugó la nariz de manera inconsciente-. ¿Cómo podéis tener espías en el campamento del Parlamento? Sois realista.

-Era -corrigió Brian cortésmente-. Creedme, Phoebe, mi trabajo ha consistido siempre en obtener información. 'Brea repugnante, pensaréis, pero también esencial en cualquier guerra. Pero, claro, no cabe esperar que una mujer entienda esto -añadió con una sonrisa que pretendía ser amable pero que acabó revelando su sentido de la superioridad.

-¡Oh, vamos! -exclamó Phoebe-. Os parecéis a Cato. No consigo desvelar el misterio masculino que hay en la idea de matar y de que te maten.

-Bueno, tal vez a los hombres nos guste considerar eso como un coto vedado -señaló

Brian con tono pacífico-. Siempre ha sido así a lo largo de la historia.

La expresión de Phoebe parecía dar a entender que los precedentes históricos la impresionaban poco.

-En serio, Phoebe -prosiguió él-. Cato está en dificultades y me gustaría ayudarle para demostrarle mi lealtad.

-En ese caso, ¿por qué no habláis con él?

-¡Porque a mí no me escuchará! Lo he intentado, el cielo lo sabe, pero es más terco que una mula. Y, pese a toda la información que le he proporcionado, estoy seguro de que aún no confía en mí.

-¿De qué os habéis enterado exactamente? -Phoebe le dio la espalda y comenzó a elegir tarros de un estante. Intentaba disimular su enorme interés. Quizá tenía ante sí la oportunidad de darle a Cato una prueba de su valor.

-Sé que el alto mando sospecha de él. Cromwell ha puesto en entredicho su compromiso. Es una situación muy peligrosa y la huida ayer del rey ha empeorado las cosas. Creen que Cato le dejó escabullirse.

-¿Cómo sabéis todo eso? -Phoebe reparó en que estaba conteniendo el aliento.

-Hace unas semanas hubo una escaramuza y los hombres del rey tomaron varios prisioneros. Fueron bastante locuaces... -Brian se encogió de hombros y dejó que Phoebe llegara a sus propias conclusiones sobre los medios utilizados para que esos hombres hablaran-. También sé, por fuentes fidedignas, que lord Granville ha puesto en tela de juicio los motivos de Cromwell para proseguir con la campaña. No es una acusación para tomar a la ligera.

Un golpe magistral, pensó Brian. Había oído a dos soldados comentar el rumor la noche anterior, a la hora en que se desatan las lenguas frente a jarras de cerveza en torno al brasero del patio de los establos. Podía ser verdad o no, pero aun así era buena leña para echar al fuego que él estaba encendiendo.

Phoebe echó al almirez las cantidades pertinentes de hierbas y tomó el mazo del mortero. Mientras machacaba no dijo nada. El fuerte aroma del enebro, el tomillo y el apio de montaña triturados saturaban el aire de la despensa. Las palabras de Brian parecían verdaderas, pero Phoebe tenía presente la advertencia de Meg y estaba decidida a andar con tiento.

-¿Creéis que vuestro esposo os escucharía? -preguntó Brian en el perfumado silencio.

-No. Considera que sus asuntos son coto vedado. Al advertir el tono contrariado, Brian asintió con callada satisfacción. Iba por el buen camino.

-Quizá haya otra manera -musitó, observando el perfil de Phoebe a través de sus párpados entornados.

-¿Qué otra manera?

-Bien, si lord Granville niega que exista la necesidad de convencer a los suyos de su lealtad, tal vez sus amigos de verdad debieran hacerlo por él.

Phoebe se volvió despacio, sin soltar el mazo del almirez.

-¿Qué queréis decir?

Pareció que Brian meditaba sobre el asunto unos instantes, después habló con tono reflexivo.

-Creo que bastaría con que alguien enviara al Parlamento un documento con el sello de Granville, algo que pusiera de manifiesto la lealtad de Cato de modo incontestable. Pero, claro, habría que tener acceso al sello.

Phoebe torció el gesto.

-¿Qué clase de documento?

-Información sobre el campamento del rey -respondió Brian al instante.

-Y de dónde la sacaríamos?

-Yo puedo conseguirla. -Brian apretó los labios-. El rey va a pedir ayuda a los escoceses. Pero para lograrlo debe realizar ciertas promesas. Tengo pruebas indiscutibles de

que el rey no va a cumplir esas promesas. Si los escoceses llegan a saberlo, entregarán al rey al Parlamento. Si Cato proporciona al Parlamento esa información, su lealtad y su compromiso quedarán fuera de toda duda.

Phoebe negó con la cabeza. Era todo demasiado complicado. Estaba metiéndose en camisa de once varas. Sabía que Brian había estado suministrando al Parlamento información sobre el campamento del rey, pero ¿cómo podía saber tanto sobre los asuntos del Parlamento? Aunque, por supuesto, claro, él tenía razón: ¿qué sabía ella del intrincado funcionamiento del espionaje?

No obstante, había una cuestión muy sencilla.

-Pero, ¿por qué no le habéis dado esa información a Cato vos mismo? El podría encargarse de acallar cualquier sospecha.

-La verdad es que distáis de ser una conspiradora. -La sonrisa de Brian era casi compasiva. Le puso una mano en el hombro-. Seamos un poco más ladinos, Phoebe. Yo había pensado en matar dos pájaros de un tiro. Os sentís excluida de su quehacer, ¿no es cierto? -Sus pequeños ojos se clavaron en los de ella-. Sé lo duro que es porque sé cómo mantiene las distancias con los que le quieren. Lo hizo con mi madre, y siempre lo ha hecho conmigo. Me gustaría ayudaros a cambiar eso. Si por una vez él se diera cuenta de lo competente que sois, de que estáis preparada y dispuesta a ayudarle, a estar a su lado, quizá cambiara esos hábitos que tanto hieren a los que se preocupan por él. Pensadlo.

Todo lo que decía era verdad. Meg le había dicho lo mismo. Ella tenía que demostrarle a Cato de lo que era capaz.

-¿Tenéis ese documento? ¿Esa prueba de las intenciones del rey? -preguntó Phoebe en voz baja. Brian asintió.

-Por supuesto, podría llevarlo yo mismo al Parlamento y demostrar así que mi propia lealtad queda fuera de toda duda, pero me duele que Cato no confíe en mí. Al fin y al cabo, soy su heredero.

Al decir eso, la miró atentamente y observó un pálido rubor en los pómulos de Phoebe, un ligero temblor en los labios.

-Desde luego, hasta que vos le deis un hijo -añadió con una minúscula sonrisa-. Perdonad la falta de delicadeza, pero para mí es algo de sumo interés.

-Sí -admitió Phoebe-. Supongo que así es.

Brian esperó un segundo por si ella añadía algo, por si le daba alguna pista acerca de un posible embarazo. Pero Phoebe no abrió la boca y él prosiguió como si el anterior intercambio de palabras no se hubiera producido.

-Bien, en mi opinión, este enfoque algo más tortuoso podría darle a él sobradas razones para estar agradecido tanto a vos como a mí.

Parecía tener sentido. Phoebe había advertido la tensión entre Cato y su hijastro, aunque su esposo nunca aludía directamente a ello. Que Brian tuviera sus propios motivos para ayudarla era, en cierto modo, tranquilizador. La ausencia total de interés propio, pensaba ella, habría sido sospechosa.

-Así pues, ¿cómo lo hacemos? -Phoebe ya no intentaba disimular su impaciencia.

-Como he dicho, necesitamos utilizar el sello de Cato. El documento debe llevar su sello, de lo contrario no se sabría si es suyo o no.

-A veces sella cosas con su anillo -señaló Phoebe-. Y no se lo quita nunca.

-Cierto, pero también tiene el gran sello de los Granville. Lo guarda en el cajón del escritorio de su despacho. -Brian la miró con ojos entornados. Ya la tenía en sus manos. Inconsciente artífice de la caída de su esposo.

-Si está bajo llave, no sé de qué nos servirá -hizo notar ella.

¡Santa inocencia, Dios mío!

-Hemos de hacerlo -observó él con tono paciente-. Hay que conseguir la llave y tomar el sello. Ponerlo en el documento y mandárselo a Cromwell.

Phoebe lo miraba con mudo asombro.

Librodot

-Eso sería robar -dijo.

-Tomar prestado -enmendó Brian, igual de paciente que antes-. No es robar, sino tomar prestado. Y sólo por unos minutos. El jamás lo sabrá, o al menos no hasta que todo haya acabado bien y podáis explicárselo sin miedo.

-¿No creéis que se enojará conmigo por haberle tomado prestado el sello? -inquirió Phoebe incrédula.

-Tal vez un poco -admitió Brian-. Pero el fin justifica los medios. El lo entenderá. Es un hombre razonable, sólo algo obstinado en ciertas cuestiones. -Volvió a recuperar la seriedad-. Phoebe, no sé cómo convenceros de la gravedad de la situación. Si el alto mando decide que Cato ha cometido traición al dejar escapar al rey, será su fin. -Se golpeó la palma de la mano con el puño-. Es muy desalentador, pues se niega a reconocer la gravedad de la situación. No concibe que alguien ponga su lealtad en entredicho.

-De hecho, nadie lo concibe -añadió Phoebe con tono desabrido.

-Ellos sí.

Phoebe se mordió el labio. Sabía que era verdad, por absurdo que pareciera. Y el despreocupado rechazo de Cato no ayudaba en nada. El día anterior había apreciado la velada crítica en las respuestas de Giles Crampton.

-Cato lleva las llaves en el cinturón. -Brian aprovechó la indecisión de Phoebe-. Podéis tomarlas durante la noche. Apretadlas contra una bola de cera y yo podré hacer copias sin dificultad. Después abriremos el cajón y nos haremos con el sello... sólo por un minuto.

-¿Dónde está ese informe? -preguntó Phoebe. Aún se mostraba insegura. Todo sonaba claro y convincente y parecía muy fácil. ¡Pero también era una falta! No podía imaginarse a sí misma robando las llaves de Cato mientras dormía. Era algo... de lo más impropio.

-Entre mis documentos privados.

-Bien, antes de acceder a nada tengo que verlo -manifestó Phoebe-. Quizá, como vos decís, el fin justifique los medios, pero quiero ver qué fin es ése.

Cada vez que Brian creía que ya la tenía en sus manos, ella se le escapaba. Cada vez que creía saber cómo manipularla, Phoebe ponía de pronto un obstáculo en el camino. Ingenua en un momento y exasperantemente práctica en el siguiente. Brian tenía que acostumbrarse a no dar por supuestas sus respuestas. Phoebe era impredecible y en absoluto el fácil objetivo que parecía en un principio.

Brian quería acabar con el asunto de una vez por todas. Quería ver a Cato mordiendo el polvo. Quería verlo muerto. Deseaba ser el propietario legal del título y las posesiones. Después ya encontraría el modo de ocuparse de aquella extraña y fastidiosa criatura, que pese a ser una birria de mujer, falta de gracia y desordenada, escondía una singular potencialidad. Brian lo advertía siempre que la miraba; y no entendía a qué obedecía eso.

Ahora tendría que redactar un documento inexistente, y hacerlo de forma convincente. Era una tarea laboriosa en la que tardaría horas, y primero debía encontrar el material adecuado.

-¿Puedo verlo ahora? -apremió Phoebe.

-Mis documentos privados no están aquí, sino en otra parte, a buen recaudo -explicó-. Iré a buscarlos y os los mostraré por la mañana.

-Creía que donde estarían más seguros sería cerca de vos -replicó Phoebe con su acostumbrada franqueza-. Parece extraño ocultarlos en otro sitio. Ahora que habéis perdido credibilidad ante el rey, no tenéis otro cobijo que la casa de vuestro padrastro, o al menos eso habéis dicho. ¿Dónde habéis guardado vuestros papeles? ¿En un árbol, bajo una piedra? ¿O los tiene un amigo? Aunque tras cambiar de bando no creo que os quede ninguno.

Brian escuchó el cándido discurso que apuntaba al núcleo del único error en la explicación que él había pergeñado de manera apresurada.

-Si os lo revelara, ya no sería un lugar seguro -señaló con desdén-. No sabéis nada del trabajo que yo hago. Está fuera de vuestro alcance, querida muchacha.

Phoebe reflexionó un instante. Si el cometido de Brian tenía que ver con robar y tomar

prestado, espiar y ocultar, ya no estaba segura de querer saber nada sobre el asunto. Pese a todo, él sabía lo que se traía entre manos y le estaba ofreciendo una ayuda que derivaba de ayudarse a sí mismo. ¿Por qué no debía Phoebe sacar provecho de eso?

-Entonces enseñádmelo por la mañana -dijo-. Ahora, ¿podemos mirar vuestros dibujos?

-Naturalmente. -Brian alisó los papeles sobre la mesa-. Este habría que hacerlo de hilo, una textura suelta, para acentuar el vuelo de la falda.

-¿De qué color?

El la observó pensativo.

-Oro o bronce -contestó-. Mirad, éste sería de batista. Una batista con estampado sencillo.

-Parecen muy sofisticados -dijo Phoebe con cierto asombro-. Para ser vestidos de diario, quiero decir.

-Si los comparamos con los que lleváis actualmente, así es -dijo él de modo terminante-. La costurera no debería tardar más de una semana en tenerlos terminados. O menos, si cuenta con ayuda. Por tanto, os sugiero que tiréis esas espantosas prendas que insitís en poneros. Y además, ¿por qué no os arregláis el pelo como os aconsejé?

-Se tarda demasiado -respondió ella, excusándose-. Si estoy haciendo cualquier cosa en la casa o el pueblo, no merece la pena.

-Pero ¿qué decís? -la reprendió Brian-. Eso es un solemne disparate. Debéis mostraros siempre en todo vuestro esplendor, con independencia de lo que estéis haciendo. Cato siempre ha valorado los aspectos más primorosos del vestuario de las mujeres. ¿Qué creéis que piensa cuando os ve vestida así? -Hizo un gesto indicando el viejo vestido-. ¿Acaso no os importa si le gustáis o no?

-¡Oh, sí me importa! -exclamó Phoebe-. Ya lo creo.

-Sí, *yo ya* lo sé, pero ¿lo sabe él? -Sonrió de repente-. Vamos a ver, Phoebe, debéis sacar el mayor partido de vos. Tenéis mucho que explotar.

Brian se volvió hacia la puerta antes de que ella se hubiera recuperado del atrevido cumplido y añadió mirando hacia atrás:

-Si vuestro esposo regresa esta noche, quizá podáis lograr la impresión de las llaves. ¿Tenéis cera?

-Es fácil de conseguir -murmuró Phoebe, aún sorprendida por el giro en la conversación. Respecto a esas cuestiones confiaba plenamente en la opinión de Brian, y dado que sabía que él estaba en lo cierto, si bien era de lo más molesto que la reprendiera, por la misma razón el cumplido sonaba verdadero. Y eso era tan desconcertante como la reprimenda.

Brian asintió en señal de conformidad y salió de la despensa, su mente pasó con rapidez a la siguiente fase en cuanto se cerró la puerta tras él. Para falsificar un documento que satisficiera a Phoebe necesitaba ciertos ingredientes. Para obtener lo que quería tendría que ir a Oxford. En los cuarteles había gente que le suministraría lo necesario. Podrían utilizar una copia de la firma del rey y su grueso pergamino, el papel que llevaba el sello que acreditaba su importancia.

Podía hacerse, tan sólo suponía un pequeño fastidio. Pero al final valdría la pena. En cuanto tuviera en sus manos el sello de Granville, podría causar estragos entre los hombres del Parlamento.

Por supuesto, Cromwell no recibiría documento alguno que incriminara al rey, sino que lord Granville aparecería como responsable de cierto número de informes filtrados que contendrían información secreta remitida al rey con su propio sello. Tan pronto Brian tuviera la llave del escritorio del marqués y, por tanto, acceso a sus documentos privados, no habría límite en la ruina que podría causar.

Brian había practicado durante años la falsificación de la firma de su padrastro, pero la ocasión de utilizarla jamás había supuesto posibilidades tan embriagadoras. La estructura del alto mando del Parlamento no tardaría mucho en quedar reducida a escombros. Y si Cato era

ejecutado acusado de traición, entonces Brian pasaría a otro el testigo de su trabajo sucio.

Todo transcurría de modo satisfactorio salvo ese inconveniente sin importancia. Brian puso su caballo al galope camino de Oxford.

-La huida del rey cambia mucho las cosas. -Lord Fairfax se rascó la nariz con la punta del cuchillo mientras permanecía inclinado sobre el mapa desplegado en la larga mesa.

-No veo el modo de detenerlo en su trayecto hacia la frontera, aunque mandaremos a un grupo en su busca. Puede tomar muchas rutas distintas -afirmó Cromwell con tono agrio.

-Eso alarga un poco el asunto -intervino Cato-. Pero al final incumplirá las promesas que pueda haberle hecho a los escoceses, o bien éstos le impondrán condiciones que él ni siquiera fingirá aceptar, y nos lo entregarán.

-Supongo que eso es lo que esperas. -Cromwell lo observó con el ceño fruncido.

-Lo sé -dijo Cato con firmeza-. En todo caso, tendremos que hablar sobre qué hacemos con él cuando esté en nuestro poder. Hasta ese momento, no tiene mucho sentido que discutamos.

-Granville tiene razón -terció lord Manchester-. No riñamos sobre el resultado final hasta que tengamos a mano la posibilidad de un resultado, sea el que sea.

-Tendríamos ahora esa posibilidad si un importante destacamento de nuestras milicias no hubiera dejado escapar al rey-señaló Cromwell.

En la gran estancia de la planta baja de la casa estaban sólo los cuatro hombres.

Cato habló con calma.

-Oliver, si fue un error, pido perdón. Estaba cada vez más oscuro. Nos los encontramos de súbito. No había señal alguna de que el rey estuviera entre ellos.

-Así que no esperabas que estuviera allí -gruñó Cromwell.

-No, desde luego que no. -Cato se encogió de hombros-. Por otra parte, dudo que haya entre nosotros un hombre a quien no se le haya escapado una oportunidad de entre los dedos.

-Sí, eso es cierto -manifestó lord Manchester-. Pasemos a otros asuntos, Oliver. La cuestión de Walter Strickland es urgente. Hace dos meses que no recibimos información de los Países Bajos. Los dos agentes que enviamos para establecer contacto con él no han regresado. Me parece de suma urgencia que averigüemos si Strickland está vivo aún. Si lo está, hay que saber por qué no nos llegan sus mensajes.

-Y ahora, ante los nuevos acontecimientos, es de suma importancia que sepamos qué posición adopta el rey de Orange ante el intento de Carlos de lograr protección de los escoceses -señaló lord Fairfax.

-Lo apoyará si Carlos accede a establecer en Inglaterra la Iglesia Presbiteriana -indicó Cato, apartándose de la mesa, la mano acariciando distraídamente la empuñadura de su espada-. Pero si Carlos pierde el respaldo de los escoceses, ¿prevalecerán los vínculos familiares?

Mientras los cuatro hombres meditaban sobre el tema hubo un momento de silencio.

Después Cromwell dijo:

-Debemos mandar a alguien que encuentre a Strickland y lo traiga de vuelta si sigue vivo. Ahora necesitamos discutir cara a cara, los despachos son demasiado inciertos.

-Iré yo -dijo Cato con voz tranquila-. Esta situación precisa de algo más que un embajador corriente. Y ahora que el rey se dirige a Escocia no hay asuntos militares apremiantes. En el West Country, Hopton se ha dado por vencido. No quedan más bolsas de resistencia importantes.

Cromwell lo miró pensativo.

-Tienes razón, Granville. Pero la misión entraña cierto riesgo, me parece a mí.

Cato alzó una ceja. Su mano estaba ahora inmóvil en el puño de la espada.

-¿Crees que huiría del peligro, general?

-No, Granville, lo uno no conlleva lo otro, desde luego! -exclamó lord Fairfax-. Ningún hombre pondría jamás en entredicho tu valor.

-No impunemente, sin duda -confirmó con frialdad Cato, pero sus ojos permanecieron posados en el general con la misma calma con que desenvainó ligeramente la espada.

Oliver se rascaba una costra de la barbilla; a continuación meneó la cabeza despacio.

-Era sólo una observación. Hemos enviado a dos agentes que se han esfumado en la bruma. Strickland ha desaparecido a todos los efectos. Parece evidente que esa misión entraña un riesgo. Pero creo que, si estás dispuesto, eres la persona adecuada para acometerla.

-Ya he manifestado antes mi disposición a hacerlo -replicó Cato, devolviendo la espada a su sitio. El ambiente enrarecido comenzaba a disiparse-. Tomaré un barco en Harwich hasta el Hook, y después bajaré a Rotterdam -dijo Cato.

-El Tulipán Negro es el habitual punto de contacto con Strickland -señaló Fairfax-. ¿Cuántos hombres llevarás contigo?

-Ninguno. -Era una respuesta concluyente. -¿Ni siquiera Giles Crampton? -Fairfax no podía creerlo.

-Ni siquiera Giles. No tengo ganas de llamar la atención -puntualizó Cato-. Y pasear por Rotterdam haciendo preguntas acompañado de alguien que a todas luces parece de Yorkshire sin duda no nos ayudaría a pasar inadvertidos. Giles es un magnífico soldado, pero el espionaje no es su fuerte.

Tomó la capa y los guantes del asiento junto a la chimenea vacía.

-Me haré pasar por un comerciante inglés que busca transporte para encajes y cerámica de Delft. Eso me servirá de excusa para rondar por el puerto. Si hay algo que averiguar, será donde se congregan los marineros y rufianes.

-Sí -confirmó Cromwell con una severa sonrisa-. Y por eso mismo debes andarte con tiento.

-En eso soy un consumado maestro, Oliver. -Hubo un breve silencio mientras surtía efecto la posible importancia del comentario-. Con todo, no creo que vaya a encontrar el cuchillo en manos de mis amigos -prosiguió Cato con intención.

-No quiero discutir-dijo Cromwell bruscamente al cabo de unos instantes. Le tendió la mano-. Buena suerte, Cato.

Cato la estrechó y también las de los demás; luego se marchó. Al salir bajo la cegadora luz del sol llamó a Giles Crampton.

18

-Pero, ¿cuánto tiempo estarás fuera? -preguntó Phoebe, consternada, alzándose erguida sobre el pecho desnudo de Cato.

-No lo sé con seguridad. -El alargó la mano para atraerla de nuevo hacia sí, pero Phoebe se resistía al brazo que la envolvía.

-Pero Italia está muy lejos. Y esta misión... es peligrosa, ¿verdad? -Phoebe se arrodilló en la cama, mirándolo.

-No más que otras -respondió Cato-. Vamos, Phoebe, si te dijera que iba a participar en un asedio no le darías tantas vueltas.

-¡Oh! claro que sí -replicó-. ¡Le daría montones de vueltas! Podrías morir en el asedio, y eso me importa y mucho. ¿Cómo podría ser de otra manera?

-Tal vez -admitió Cato-. Pero este viaje no será más peligroso que ningún otro que yo

haya hecho en los últimos años. -Le dirigió una sonrisa que insinuaba sosiego, entrelazando los dedos en la exuberante mata de pelo que le tapaba el rostro-. Muchísimo menos peligroso que una batalla campal. Y he participado en muchas.

-¡Pero estarás fuera durante meses! -se lamentaba ella-. Al otro lado del mar. Podrías naufragar y ahogarte.

Cato se echó a reír.

-No, eso no sucederá. Aunque reconozco que preferiría no ir a ninguna parte en barco. Me mareo enseguida.

-¿Cómo?

-Náuseas -dijo él con una mueca-. Vomito como un perro desde el mismo momento en que el navío leva anclas.

-No sé si a mí también me pasaría -rumió Phoebe, arrobada su imaginación por un amplio abanico de posibilidades.

-No lo averiguarás ahora -señaló Cato-. Vamos, ven aquí y volvamos donde estábamos.

Phoebe se mordió el labio durante un instante con aire meditabundo. Acto seguido, sonrió burlona y con malicia y dijo:

-Tengo ganas de probar algo diferente, mi señor.

Entonces cambió de posición, se colocó a horcajadas sobre Cato, que yacía tendido boca arriba, y deslizó las manos por el pecho de él, jugueteando con los dedos con el mechón de rizos negros arracimados en torno a los pezones.

Cato levantó las rodillas para sostener la espalda de ella y a continuación la observó lánguidamente a través de sus ojos entornados.

Phoebe desplazó las manos hacia el liso vientre y luego otra vez arriba hasta la caja torácica. Le encantaba el tacto del cuerpo de Cato, su piel suave y tirante sobre los ondulados músculos. Le tomó los bíceps con las palmas y recorrió con las manos los duros tendones de los antebrazos, donde el vello era grueso y oscuro. Le encantaban aquellas muñecas: delgadas, huesudas, inusitadamente fuertes; y las manos, grandes pero elegantes, duras pero sorprendentemente tiernas, de dedos largos, con las uñas rosáceas bien recortadas.

Le apresó el labio inferior entre los dientes concentrándose en una exploración que siempre la deleitaba, que nunca dejaba de revelarle nuevas posibilidades, por muy a menudo que la repitiera. Apoyada en las piernas de él, alargó la mano hacia atrás y la deslizó por los largos y firmes muslos, y luego por la parte posterior de las piernas: el profundo hueco de las corvas, los sobresalientes músculos de las pantorrillas, el tendón que iba de las rodillas a las nalgas.

Phoebe prosiguió retozona con su exploración, lejos del sexo de Cato, incluso cuando notó que el pene se endurecía y reclamaba atención en la base de su columna.

Cato extendió las manos y le tomó los pechos, los acarició lentamente antes de acercar la boca a los pezones y aspirar el delicado aroma de su piel mezclado con el más intenso perfume de la excitación. La hendidura del cuerpo de Phoebe, caliente y húmeda, rozaba el vientre de Cato cuando al fin ella acarició la congestionada, necesitada y carnosa verga.

El mordisqueó con suavidad las erguidas coronas de los pechos de Phoebe, las chupó y jugueteó con la lengua sabiendo lo mucho que a ella le gustaban esas caricias, pues la impulsaban siempre a la cima del placer.

Phoebe gimió débilmente, y cuando Cato deslizó las manos por su cuerpo, bajo sus nalgas, alzándola, ella se orientó hacia él, admitiéndole en lo más profundo de su ser con un breve balbuceo de triunfo que provocó la risa ahogada de Cato.

Apoyada en las rodillas de su marido, Phoebe se movió sobre él, enorgulleciéndose del control que ejercía sobre sus propias sensaciones. Abrió los ojos como platos complacida de comprobar cómo aumentaba su placer en el momento de rozar el punto de contacto más sensible de su interior.

Cato seguía jugando con los senos de Phoebe, contento de que fuera ella, siguiendo su

propio ritmo, quien arrastrara a ambos al goce. Los movimientos de Phoebe se aceleraron, la piel húmeda y brillante debido a la creciente intensidad de las sensaciones. Apretó la encendida hendidura contra el vientre de él y chilló cuando las oleadas de placer irradiaron a través de su bajo vientre derramándose por todos los poros de su piel.

En el mismo instante, Cato dejó caer las rodillas y elevó las caderas para fundirse con ella. Phoebe cayó hacia adelante, incapaz de contener semejante placer rayano al dolor. Sintió palpitar el clímax en su útero, y el caliente flujo de la semilla de Cato bañó la cerrada vaina que lo albergaba. De nuevo, una insoportable oleada de placer la irradió y Phoebe creyó que no podría aguantar tanto goce.

Cato le acarició la húmeda espalda mientras ella yacía sobre él, el corazón le latía tan deprisa que parecía que iba a salírsele del pecho.

-¿Cómo ha sido posible? -murmuró ella tras un buen rato-. No sé qué ha pasado.

Cato le apartó el cabello de la frente y lo sujetó en la nuca para que la piel aliviara su ardor en contacto con el aire.

-Tienes un don para el amor -dijo él con una dulce sonrisa-. No a todo el mundo le ha sido concedido.

-Siempre pensé que necesitaba un poco de suerte -masculló Phoebe-. No todas las cualidades iban a ser para Diana.

Cato deslizó las manos entre sus resbaladizos cuerpos y la alzó con suavidad separándola de él. Phoebe cayó en la cama al lado de Cato y quedó tendida respirando profundamente, con un brazo echado sobre el pecho de su esposo.

Cato, creyéndola dormida, siguió acariciándole la espalda con leves movimientos circulares, pensando que no deseaba dejarla. Era una revelación que le había llegado poco a poco y a la que había intentado oponer resistencia. Pero resultaba inevitable. Su propuesta de encargarse de la misión de Rotterdam habría sido absolutamente natural para el hombre que era antes de que Phoebe entrara en su vida. Entonces no habría pensado siquiera en su seguridad personal, y sin duda no le habría importado un ardite abandonar hogar, esposa e hijos, por el tiempo que fuera preciso.

Aunque mantenía el secreto sobre su destino, dando pistas falsas para posibles oídos malévolos, el riesgo era innegable. Y, por primera vez en su vida militar, habría preferido evitarlo.

Posó una mano en la parte más estrecha de la espalda de Phoebe. Era uno de sus lugares favoritos. En ese pequeño declive había algo vulnerable pero también sensual, antes de hincharse para convertirse en la redondeada curva del trasero.

«No tener cabida en vuestro corazón es un gran tormento...»

«Una mujer resuelta al amor...»

No podía olvidar esas palabras que ella había escrito. Escuchaba en su cabeza su propia voz leyéndolas, y la de Phoebe recitando la réplica.

-Creo que lo mejor sería que fuera contigo -murmuró Phoebe.

-No sería lo mejor, desde luego -dijo él, categórico.

Phoebe rodó de costado y se sentó en la cama con las piernas cruzadas junto a Cato. Se apartó el pelo de los ojos y clavó en él una mirada suplicante.

-No puedo quedarme aquí semanas y semanas sin ti. Me iré consumiendo.

Cato soltó una carcajada.

-Es un maravilloso cumplido, pero la respuesta es no.

Phoebe enredó un mechón de su cabello en el dedo mientras lo observaba pensativa. De pronto añadió:

-¿Dónde embarcarás?

-En Harwich.

-Es un trayecto de varios días, ¿no?

-Tres días, seguramente.

-Entonces te acompañaré a Harwich, y estaremos juntos otros tres días. Además, nunca he visto el mar.

-No podrás cabalgar tan lejos -señaló él.

-Prometo cabalgar hasta allí y regresar. Llevarás hasta Harwich una escolta que puede acompañarme a la vuelta. -Tenía los ojos brillantes y las mejillas primorosamente arreboladas.

Phoebe se inclinó y le besó en la nariz.

-¿Por qué no?

-¿No basta el intrascendente detalle de que no distingas la cola del caballo de la cabeza? -preguntó él, burlón.

-¿Cuándo partirás?

-Dentro de dos días. Tardaré un poco en arreglar aquí algunos asuntos y...

-¡En ese caso dispongo de dos días! -anunció Phoebe-. Pasaré los próximos dos días con Sorrel y te demostraré que puedo hacerlo. Si te lo demuestro, ¿me dejarás acompañarte?

-No, Phoebe, ni hablar. Tu sitio está aquí, no armando jaleo por el campo con mis soldados. Ahora vamos a dormir. He cabalgado todo el día y estoy fatigado.

La boca de Phoebe se había teñido de obstinación, pero cuando su esposo extendió la mano para apagar la vela se tumbó a su lado.

Permaneció echada escuchando cómo la respiración de Cato adquiría el ritmo regular y profundo del sueño.¡Qué hombre más insufrible!, pensó. Si ella era capaz de montar a caballo, no habría ninguna razón lógica que le impidiera acompañarlo.

La plateada luz de la luna bañó el baúl que había al pie de la cama e hizo destellar la hebilla del cinturón de Cato, en el que aún estaban prendidas las llaves.

Tomar la blanda cera caída en el platillo que sostenía la vela y hacer una impresión de las llaves le llevaría sólo un momento. Aún no había visto el documento de Brian, pero Cato estaba a punto de partir, era imposible saber cuándo volvería a gozar de una oportunidad así, al menos antes de que él regresara de Italia.

Se deslizó hasta el suelo y se quedó quieta, escuchando la respiración de su esposo. El ritmo era cadencioso. Rodeando la cama, fue de puntillas hasta la vela y la alzó del platillo. La cantidad de cera derramada era considerable y aún no se había endurecido.

Phoebe tomó la cera en la mano y la amasó hasta hacer una bola. Acto seguido se dirigió de puntillas al pie de la cama. Ni siquiera tendría que sacar las llaves del cinturón. Pero, ¿cuál era la del escritorio? Seguramente una de las dos pequeñas.

Se arrodilló, contuvo el aliento y separó cautelosa mente del resto una de las llaves pequeñas. Se oyó un débil tintineo cuando una se escurrió y chocó contra sus compañeras. Phoebe aguantó la respiración. Si Cato despertaba, no tenía ni idea de cómo explicaría lo que estaba haciendo en el suelo, a oscuras, asiendo una bola de cera. La sangre le latía con tal fuerza en los oídos que casi la ensordecía. Apretó una llave con fuerza en la cera, dio la vuelta a la bola y repitió la operación con la segunda llave. Ya estaba. Lo demás era sencillo. Si ella decidía seguir adelante con el plan de Brian, éste podría hacer copias de las llaves. Cato estaría ausente. Sería cuestión tan sólo de abrir el escritorio, tomar el sello, estamparlo en el documento y enviarlo al cuartel general. Al mensajero encargado de llevarlo podría decirle que Cato lo había dejado con instrucciones de hacerlo llegar a Cromwell lo antes posible. Y rezarían a los cielos para alabar a Cato y nunca más pondrían en entredicho su lealtad. Y él tendría que considerar a su esposa, que lo habría salvado de un peligro fatal, como algo más que un estorbo doméstico que debía permanecer en su lugar.

Sencillo a más no poder.

Phoebe se puso en pie, la bola de cera plana en la palma de la mano. Cato reconocería que era ingeniosa, capaz de ayudarle incluso cuando él no reparaba por sí mismo en las dificultades. Que merecía confianza como compañera...

Phoebe se sentó sobre el baúl. ¿Confianza? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Cómo podía haber sido tan boba e ingenua?

¿Cómo iba él a confiar jamás en una esposa que llegaba al extremo de hacer algo tan tortuoso y repugnante? Era vergonzoso. Le escocía toda la piel de la repulsión que sentía. ¿Cómo se había dejado convencer por Brian Morse para que aquello le pareciera siquiera posible?

De todos modos, conocía la respuesta. Anhelaba tanto encontrar la manera de hacerle ver a Cato que merecía la pena depositar su confianza en ella, que el plan de Brian la había encandilado como a un niño le sucede con un número de magia. Se había dicho a sí misma que utilizaría a Brian, no al revés, pero sin duda así había sucedido. Brian pertenecía al repulsivo y sucio mundo de los espías. Urdía estratagemas como aquélla sin esfuerzo, y a ella la había manipulado como a una marioneta. ¿Cómo había podido ignorar la advertencia de Meg? En ese tipo de asuntos, Meg siempre tenía razón.

Phoebe miró hacia la cama, vislumbrando la silueta del cuerpo de Cato bajo la colcha. La cabeza era una oscura sombra recortada en el blanco de la almohada. Un fuerte y oscuro brazo reposaba fuera de las sábanas, con la mano abierta, la palma hacia arriba y los dedos encogidos.

Su corazón se vio invadido por una arrolladora oleada de amor, seguida de la familiar resaca de la frustración. ¿Cómo podía amarlo tanto, sin condiciones, sabiendo que él no sentía lo mismo por ella y quizá nunca llegaría a sentirlo? ¿Era algo que debía aceptar?

Apretó los labios. Todavía no.

Tal vez había otro camino, más recto y honesto. Acaso pudiera pillarlo desprevenido. Tras las sorpresas había aumentado siempre su sensibilidad, su disposición a escucharla. Ahora Phoebe podía revelarle algo que pondría de manifiesto su gran valor como aliada.

No entendía cómo no lo había pensado antes. Brian la había agarrado en un descuido. Se había aprovechado de sus emociones para intentar alcanzar sus propios fines. Pero, ¿cuáles eran exactamente esos fines? Ahora Phoebe estaba segura de que no tenían nada que ver con granjearse la confianza de Cato.

A Cato le interesaría sin duda conocer el indecente plan de su hijastro. Y ello justificaba plenamente a Phoebe para sorprenderlo.

Aplastó en la mano la bola de cera, que se convirtió nuevamente en algo amorfo. La dejó caer en el platillo y se metió otra vez en la cama.

A la mañana siguiente, Brian entró con grandes zancadas en la casa, que hervía de agitación.

-Lord Granville se va, señor -le informó Bisset-. Por bastante tiempo, según tengo entendido.

-¿Dónde?

-No lo sé, señor. -Bisset empezó a alejarse con ademanes de persona importante.

Brian frunció el entrecejo. ¿Cómo afectaría eso a sus planes? Y por qué Cato no se lo había comunicado?

-¿Está lady Granville?

-Creo que ha ido a los establos, señor.

Brian se dirigió hacia allí. Phoebe, con semblante resuelto, acariciaba la nariz de una hermosa yegua.

-¡Ah! estáis aquí. Os buscaba -dijo Brian bajando la voz a medida que se acercaba a ella-. Bisset me ha dicho que vuestro marido se marcha.

-Así es. -Phoebe asintió.

-¿Adónde?

-Deberíais preguntarle a él -respondió Phoebe con serenidad, haciendo un esfuerzo por acariciar el cuello del animal de arriba abajo. Cato no le había dicho que su destino fuera un secreto, pero ella no tenía intención alguna de hacerle confidencias al señor Morse.

Brian torció el gesto. Algo pasaba.

Librodot

-He traído el documento para enseñároslo -dijo, manteniendo la voz baja-. ¿Cuándo parte Cato?

-Dijo que en dos días. -Phoebe movió tentativamente la mano hasta la cruz de la yegua. *Sorrel* se volvió y arrimó la nariz al cuello de Phoebe. Ella contuvo el impulso de retroceder y se quedó quieta.

-Ojalá no tuvieran esos dientes amarillos tan grandes -murmuró.

Brian se estaba impacientando por momentos, pero siguió hablando en voz baja, si bien con un leve tono de apremio.

-Tendréis que conseguir las llaves antes de que se vaya. Si lo mandan a alguna misión, será porque están intentando quitarlo de en medio. Si desconfían de él, no querrán que esté cerca durante sus discusiones sobre el futuro del rey. -Se calló unos instantes, para luego añadir con voz susurrante-: Incluso podrían tramar algo para que no regresara de su misión. Desde luego, Cato es tan orgulloso que no concebiría tal posibilidad.

Phoebe no había reparado en esa posibilidad. Su mano se quedó inmóvil en el cuello de la yegua. ¿Podía ser que el Parlamento estuviera poniendo en peligro a Cato de manera intencionada?

-Ahora es aún más importante que consigáis las llaves sin demora. -La insidiosa voz de Brian envolvía a Phoebe-. Hemos de convencer a Cromwell y a sus nobles de la lealtad de Cato antes de que sea demasiado tarde.

Lo que él decía tenía sentido, pero Phoebe ya no estaba hipnotizada por las seductoras artes de Brian. De algún modo, convencería a Cato de que se aviniera a razones, de que se defendiera contra aquellas acusaciones. De algún modo, lograría demostrarle que ella sabía de qué estaba hablando.

-No, no tomaré las llaves -dijo desde el otro lado de la yegua, prosiguiendo con su estrategia para conocer mejor las intenciones de Brian.

Brian se quedó súbitamente rígido. No podía haberla perdido. El día anterior habría jurado que la tenía en el bolsillo.

-¿Qué queréis decir?

Phoebe reapareció, tras pasar bajo el cuello de *Sorrel,* impresionada por la confianza con que había realizado la maniobra.

-Es demasiado deshonroso -manifestó con un candor apabullante-. Es una treta repugnante y tortuosa. No concibo cómo he podido estar dispuesta a hacerlo. Quizá es algo que vos podáis hacer sin escrúpulos, pero yo no. No estoy acostumbrada.

Brian no daba crédito a sus oídos. La había perdido. Sin su colaboración, los planes que con tanto cuidado había diseñado se venían abajo. ¿Cómo había podido suceder? ¿Había pasado algo por alto? ¿Qué error había cometido?

-¡Vamos, pequeña estúpida! -explotó en un murmullo, incapaz de asumir las honduras de su decepción-. ¿Qué pretendéis soltándome un cacareo sobre ética? No sabéis nada de nada. ¡No sois más que una idiota infantil y patética!

Instintivamente encontró las palabras que más daño causarían.

-Miraos. Sois un desastre ambulante, una desgracia para vuestro sexo. Intenté ayudaros, pero es inútil. ¡Haría falta un milagro para transformaros en algo que se pareciera remotamente a una mujer! ¡Y ahora vos, lastimoso pedazo de desecho, os atrevéis a sermonearme! ¿Quién demonios os creéis que sois?

Phoebe lo miró fijamente, acobardada ante la ofensiva y retorcida perversidad del semblante de Brian. Se había esfumado cualquier asomo de cortesía, toda distinción, y supo que estaba viendo al verdadero Brian, al Brian que Meg había percibido bajo la superficie de las buenas maneras; el que Olivia conocía. Y era una imagen aterradora. Un hombre para el que no había límites.

-Con vuestras estúpidas niñerías lo echaréis todo a perder -bramó Brian en voz baja-. ¿Pensáis, siquiera por un instante, que sabéis mejor que yo lo que hay que hacer? ¿En serio? -Acercó la cara a la de ella, soltando salivazos con cada palabra.

Phoebe no sabía qué decir. Se sentía mal. Se dijo a sí misma que estaban en medio del patio de los establos, rodeados de mozos y soldados. Quizá pareciera que Brian iba a lastimarla, pero no podía hacerlo, no ahí ni en ese momento.

-No puedo hacerlo -repitió ella, con voz firme incluso cuando dio un paso atrás-. El engaño no es el modo adecuado de ganar la confianza de alguien. Sin duda comprendéis eso.

-¡Sois una majadera, una idiota de arriba abajo! -exclamó él de nuevo, aunque comenzaba a recuperar el control sobre sí mismo y un desdén sarcástico empezó a sustituir la anterior ferocidad-. Os ofrecí una oportunidad de oro... Debería haber imaginado que no tendríais la inteligencia o el valor necesarios para aprovecharla. -Dio media vuelta y se alejó con paso majestuoso.

Phoebe temblaba. Quizás había tenido poco tacto, pero nada de lo que había dicho justificaba una respuesta tan violenta.

Se sorprendió acariciando el cuello de Sorrel y descubrió que si el animal le arrimaba apaciblemente la nariz, eso le proporcionaba cierto alivio tranquilizador. Brian Morse había invertido en su repulsivo plan mucho más de lo que había dado a entender; eso quedaba claro. Pero ¿qué había esperado conseguir gracias a su colaboración? Desde luego, la cuestión despertaría el interés de Cato.

-Phoebe, ¿te he hecho esperar? -Olivia apareció corriendo-. Me estaba despidiendo de Meg. Dice que hoy regresa a su casa.

-Sí, ya lo sé -asintió Phoebe algo distraída-. He intentado convencerla de que se quedara más tiempo, pero no quiere.

-Entonces, ¿a qué vamos a Witney? -Olivia se volvió para montar su propio poni, cuyas riendas sujetaba un mozo.

Phoebe no contestó enseguida, pues estaba concentrada en montar a Sorrel, aparentando al menos confianza. Tomó las riendas tratando de recordar las instrucciones de Cato.

-He de empeñar otra vez mis anillos -explicó cuando el mozo se alejó.

-¿Vas a co-comprar más ropa?

-No, necesito dinero para un viaje.

Olivia abrió los ojos como platos.

-¿Dónde vas a ir?

Phoebe se llevó un dedo a los labios en señal de silencio mientras la escolta se les acercaba al trote por el patio. -¿Estáis lista, lady Granville?

-Pues sí. Cabalgad por delante, por favor.

-Dos delante y dos detrás, mi señora -dijo el sargento-. Esas son nuestras órdenes. No sabemos qué podemos encontrar en el camino.

Phoebe recordó la emboscada en el camino de Eynsham y no puso reparos. Los soldados se colocaron en su sitio y ella instó *a Sorrel a* ponerse en marcha.

Olivia llevó su poni al lado de Phoebe.

-¿Dónde piensas ir? -inquirió en voz baja. -A Harwich, con Cato.

-Entonces, ¿por qué necesitas dinero?

-Porque no sabe que voy a ir con él -respondió Phoebe con ojos chispeantes-. Por una vez quiero ser independiente.

Olivia lo entendía, aunque parecía albergar dudas. -¿Vas a sorprenderle otra vez?

-Sí -dijo Phoebe con voz segura-. Voy a darle la sorpresa de su vida.

Cato alzó la vista al oír un ligero golpeteo en la puerta del despacho.

-Buenos días, señora Meg. -Se quedó a medio levantar de la silla y le hizo una señal para que entrara. -No os entretendré más de un minuto, lord Granville. -Meg se le acercó con paso vigoroso-. Quiero daros las gracias por vuestra hospitalidad. Estoy segura de que hubierais preferido otra cosa. -Sus ojos exhibían un brillo que eliminaba de sus palabras toda potencial mordacidad-. De vez en cuando Phoebe parece una avalancha.

Librodot

-Por favor, señora, sentaos. -Cato le indicó la silla-. ¿Os habéis restablecido?

-¡Oh! sí, por completo. Gracias.

Cato se reclinó en la silla. Hacía girar el cálamo en la mano, observando a la mujer con atención.

-¿Cómo creéis que os recibirán en el pueblo?

-Habrá que hacer las paces -respondió Meg-. De todos modos, como le dije a Phoebe, no se lucha contra las supersticiones huyendo de ellas. Son personas ignorantes, pero quizá yo pueda enseñarles algo.

-Sois una mujer valiente.

Meg sonrió.

-Qué va. Y no me hará ninguna falta serlo si me ampara el poder de lord Granville. No volverán a tocarme.

Cato detectó ironía tanto en la sonrisa como en el tono de su voz, pero no estaba seguro de cómo responder.

-En ese caso, ¿debería decir que sois una mujer indulgente?

Meg inclinó la cabeza.

-Tal vez. -Se puso en pie-. Me marcho, mi señor.

-Esperad un momento. -Cato también se levantó de la silla. Se tocó la barbilla durante unos instantes mientras Meg, con cortesía y paciencia, aguardó a que él pusiera en orden sus ideas. Por fin lord Granville habló-: He de partir de viaje. ¿Os importaría estar pendiente de Phoebe mientras yo esté fuera? Ella confía en vos y os respeta.

No se me ocurre nadie más capaz de evitar que Phoebe se meta en líos.

Meg lo miró fijamente.

-Phoebe es ya una mujer, lord Granville. Si queréis mi consejo, confiad más en ella de lo que lo hacéis. No le falta sentido común.

-Me tiene preocupado -confesó Cato con cierta desesperación.

Meg guardó silencio unos segundos.

-Tened la seguridad de que cuidaré de mi amiga.

-Gracias -dijo Cato a la espalda de Meg que ya se retiraba. Sintió un extraño alivio. La mujer tenía influencia sobre Phoebe.

Tiró del llamador y volvió a sentarse. Tomó el pequeño cuchillo que solía usar para afilar sus cálamos.

-¿Mi señor? -Bisset inclinó la cabeza en el umbral.

-Dile al señor Morse que venga, si está en la casa. -Cato no alzó los ojos de su tarea.

-Creo que se encuentra arriba, señor. -Bisset salió con paso augusto a dar el recado.

Brian iba de un lado a otro de su dormitorio, intentando calmarse tras su arrebato de cólera. Había cometido un grave error, había revelado demasiado a Phoebe. Debía enmendar el daño causado. Sus planes se habían venido abajo, y dado que Cato se marchaba de viaje le quedaba poquísimo tiempo para encontrar una alternativa.

El aviso de Bisset llegó demasiado pronto. La sangre aún le latía con violencia en sus sienes y no estaba seguro de poder mostrarse tranquilo ante Cato, pero no tenía otra opción que acudir a la llamada. Bajó las escaleras con aire despreocupado, respirando hondo y despacio, y ante la puerta del despacho se detuvo, tomó aliento de nuevo para calmarse, llamó y abrió la puerta.

-¿Queríais verme, lord Granville?

-Sí, Brian, entra. -Cato dejó sobre la mesa el cálamo y el cuchillo. Pensó que Brian estaba un poco pálido.

-Ha habido una serie de novedades y estaré fuera durante unos meses.

-Algo he oído, mi señor. ¿Puedo preguntaros dónde vais? -En el rostro de Brian se dibujó una sonrisa con la que pretendía rebajarse a sus ojos-. ¿O es secreto de estado?

-No. Voy a Italia.

-Una misión del Parlamento, supongo.

-Supones bien. -Cato asintió. No había motivo para que Brian no creyera lo que estaba diciendo. Había agentes del Parlamento por todo el continente-. Si estás dispuesto -prosiguió Cato, serio-, también tengo una misión para ti.

-Lo que sea para dar prueba de mi valor -dijo Brian con ávido y juvenil entusiasmo.

-Necesitamos que alguien vaya a Londres, que pase tiempo en las tabernas y los clubes. Estando el rey camino de Escocia, es imperioso que sepamos qué actitud adoptará Londres ante un posible pacto presbiteriano. Necesitamos a alguien capaz de evaluar y juzgar lo que oiga. Creo que eres quien mejor puede hacerlo.

Brian hizo una reverencia.

-Vuestra confianza en mí me honra, señor. Voy a preparar mis cosas. Me pondré en camino en menos de una hora.

Salió a toda prisa de la estancia, con expresión severa y ojos calculadores. No iría a Londres. Allí donde fuera Cato, iría también Brian. El plan ya no servía, pero él se adaptaría a las circunstancias. Si permanecía atento, se le presentaría otra oportunidad.

19

-Creo que alguien nos sigue, mi señor. -Giles acercó su montura a la de Cato en el camino. Miró hacia atrás con el ceño fruncido-. He tenido esa impresión durante los últimos diez kilómetros. Como un hormigueo en la espalda.

-¿Has visto algo?

-No. -Giles negó con la cabeza-. Es sólo una sensación.

Cato asintió.

-Doblaremos ese recodo y los esperaremos, ¿de acuerdo?

-Sí. -Giles parecía satisfecho, la frente ya sin arrugas-. Tal vez no sea nada, pero mejor esperar a ver. -Se rezagó para dar instrucciones a los seis soldados que los acompañaban.

¿Por qué iban a seguirlos?, se preguntó Cato. Si alguien estaba interesado en sus movimientos, sin duda debería conducirse con más sigilo.

Los ocho hombres doblaron el recodo y Cato tiró de las riendas e hizo dar la vuelta a su caballo en mitad del sendero. Tras él, Giles y los soldados formaron una medialuna.

-Manos a las armas pero sin desenvainar -ordenó Cato con calma-. No queremos asustar a ningún inocente.

Permaneció montado en su caballo. Era la viva imagen de la tranquilidad: una mano sujetaba las riendas apoyada en la perilla, la otra, la de la fusta, apoyada en el muslo. Esperó con curiosidad a saber quién surgiría en la curva.

Phoebe y Sorrel aparecieron al trote. La yegua relinchó nerviosa al ver el bloqueo ante ella y se puso a dar saltos hacia atrás. Phoebe mantuvo aferradas las riendas, apretando las piernas a la silla y rezando para no caer en el barro frente a aquel pasmado público.

De algún modo logró que *Sorrel* se detuviera; o bien *Sorrel,* por cuenta propia decidió pararse. Phoebe no estaba segura. Pero con inenarrable alivio para ella, ambas quedaron finalmente quietas en el camino.

-Os habéis detenido -exclamó Phoebe con cierta indignación-. No esperaba que lo

hicierais hasta la hora de comer.

Cato recuperó el habla.

-¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿O es una pregunta tonta?

-Quería discutir algo contigo -señaló Phoebe-. Así que decidí cabalgar detrás vuestro. Os he seguido de cerca, lo justo para pasar inadvertida, por si se producía algún contratiempo -añadió, como si eso tuviera que mitigar cualquier temor que él hubiera podido albergar respecto a su seguridad.

-Qué tranquilizador -murmuró Cato-. Pero ¿qué pensabas hacer si la yegua se desbocaba? Por lo que recuerdo, antes los caballos tenían esa costumbre contigo.

-No había ninguna posibilidad de eso, mi señor -explicó Phoebe muy seria-. Dije que sería capaz de cabalgar bien en dos días, y así ha sido.

Cato meneó la cabeza.

-No -dijo él, pensativo-. Yo no dignificaría lo que tú haces a lomos de esa yegua con semejante calificación. Pareces un saco de patatas mal acomodado.

-¡Eso no es justo! -replicó Phoebe, enardecida-. Hace dos días no habría podido aguantar todos estos kilómetros. Y ella me habría llevado a su antojo. Pero no ha mostrado la menor intención de hacerlo.

-Tiene una disposición especialmente amable -replicó Cato-. Por eso la compré.

-En todo caso, yo también tendré algo que ver -dijo Phoebe, ofendida-. Antes me arrojaban al suelo caballos con lomos como tablas y mansos como una vaca medio muerta.

Giles Crampton tosió. Cato miró a su espalda y sorprendió las sonrisas socarronas de sus hombres.

-De todos modos -prosiguió Phoebe-, ya que he llegado tan lejos, pienso que quizá podría acompañarte el resto del trayecto. Hay algo de suma importancia que tengo que discutir contigo, señor.

Cato comprendió que había sido víctima de una artimaña. Podía enviarla de vuelta con uno de sus hombres, pero se dio cuenta de que no tenía el menor deseo de hacerlo. Ella lo observaba con la cabeza ladeada, esbozando un gesto de súplica que sólo él podía describir como seductor. Era un nuevo aspecto de Phoebe que lo hechizaba. Le parecía inverosímil haberla considerado en otro tiempo una insípida nulidad.

-Esta mañana hemos cabalgado unos quince kilómetros. Quiero llegar a Aylesbury al mediodía, es decir otros cincuenta, y recorreremos quince más después de comer. Mañana y pasado recorreremos la misma distancia. -Su tono era expeditivo, en él no se traslucía ninguno de sus pensamientos.

Phoebe palideció. Quince kilómetros ya habían dejado su huella. Pero había tomado una decisión y no cejaría en su empeño.

-¿Crees que no puedo seguir el paso, señor?

-Ésa era la cuestión clave de mis observaciones -confirmó él con un ademán de frío asentimiento. -Pues sí puedo -anunció ella.

Cato la escrutó durante unos desconcertantes minutos. Ella aguantó el examen con firmeza, y al fin, torciendo ligeramente los labios, él dijo:

-Tu amiga te calificó de avalancha. Una descripción extraordinariamente precisa. ¡Caballeros, sigamos! -Cato se inclinó hacia atrás, tomó el bocado de la brida de *Sorrel,* tiró de ella hasta llevarla a su altura, *y* dijo casi sin darle importancia-: Me asombra que a tus diecinueve años aún no hayas aprendido a aceptar un no por respuesta.

-He de decirte algo importante, de veras -dijo Phoebe.

-Bueno, podrá esperar hasta la noche. -Puso el caballo al trote hasta la parte delantera del grupo, sin soltar a *Sorrel-.* Ahora no tenemos tiempo para cháchara ociosa.

Phoebe reprimió una réplica. Cato aún creía que estaba complaciéndola al dejar que fuera con él. No concebía siquiera que ella pudiera tener realmente algo importante e interesante que revelarle. Estaba siendo un esposo indulgente que, a juzgar por el destello reflexivo en sus ojos momentos antes, confiaba en que su condescendencia le reportara cierta

satisfacción como recompensa.

El viaje fue una pesadilla. Para alguien que hasta entonces no había montado a caballo más de una hora, las seis horas siguientes supusieron una implacable tortura. Pero Phoebe no dijo una sola palabra. Mantenía agarradas las riendas con manos entumecidas, saltando en la silla cuando se desviaban del camino, procurando hacer caso omiso de las magulladuras en los muslos y las nalgas y del espantoso e intenso dolor de riñones.

Cato no manifestó actitud comprensiva alguna ni ningún irritante «ya te lo dije». La ayudó a montar otra vez en la silla después del descanso para comer sin hacer comentarios, pese a que ella estaba haciendo un enorme esfuerzo por no llorar, pues sus maltratados músculos se veían obligados a adoptar posiciones antinaturales.

Pero Cato sabía con precisión cuánto estaba sufriendo Phoebe. No obstante, le correspondía a ella decir que ya no podía más y, cuando lo hiciera, él dispondría su regreso a casa acompañada por dos soldados de la escolta. Además, tenían que pasar por muchas ciudades pequeñas donde era posible conseguir una calesa o una tartana, con las que su regreso a Woodstock resultaría mucho más cómodo.

Cato aguardó toda la tarde a que ella bajara los brazos, pero no lo hizo, simplemente permaneció sentada con la cara lívida, aguantando con los labios apretados. El, pese a lamentarlo, no podía por menos que admirar la obstinada entereza de Phoebe. Era ridículo que ella sufriera de aquella manera. Cuando se detuvieran a pasar la noche entraría en razón. Cato estaba seguro.

Cuando, justo antes del crepúsculo, él la ayudó a desmontar en el patio de establos de una pequeña posada del pueblo de Aston Clinton, Phoebe se dejó caer en sus brazos. Pero a continuación rechazó su ayuda y caminó con torpeza y entumecida hacia la posada; todos y cada uno de sus músculos gritaban sublevados.

-Si os satisface, dispongo de una estancia privada junto a los servicios, señor -ofreció el posadero-. De no ser así, sólo queda el desván sobre los establos. No es habitual que personas de alcurnia nos pidan habitación para pasar la noche.

En cualesquiera otras circunstancias, el desván habría satisfecho a Cato igual que a sus hombres, pero la presencia de Phoebe cambiaba las cosas.

-¡A mí no me importa dónde esté! -declaró Phoebe, que hablaba por primera vez desde hacía horas en un tono teñido de desesperada frustración-. Mostrádmelo sin más.

El posadero inclinó la cabeza y se apresuró por el pasillo, atravesó la cocina y ascendió por una estrecha escalera de madera que había en la parte de atrás. La pequeña pieza estaba impregnada del olor a jabón de lejía procedente de las grandes calderas que hervían abajo, pero tenía una cama de buen tamaño con un colchón relleno de crin de caballo. Phoebe despidió a su escolta con un gesto indescifrable y se echó boca abajo en la cama, sofocando sus gemidos en el centón.

No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido cuando oyó la puerta que se abría y sonaban los inconfundibles pasos firmes de Cato sobre las crujientes tablas del suelo.

-No estoy dormida -dijo entre dientes-. Enseguida estaré lista para bajar a cenar.

-Pensaremos en eso dentro de un rato -señaló él con calma. Dejó en el suelo algo que tintineó.

Phoebe volvió la cabeza, esforzándose por abrir los pesados párpados mientras forcejeaba por ponerse derecha. Una mano entre las paletillas la empujó otra vez hacia abajo.

-Quédate quieta, Phoebe. No soy médico y no puedo emular las habilidades curativas de tu amiga, pero conozco uno o dos trucos para aliviar ciertas dolencias. -Su voz era alegre, incluso un tanto divertida, pero Phoebe la encontró tan calmante como una hoja de acedera para el pinchazo de una ortiga.

Mientras seguía tendida en la cama, Cato le quitó las botas, después echó hacia arriba la falda del traje de montar y, con mano experta, alcanzó los botones de los pantalones en la cintura. Tiró de ellos hacia abajo, se los quitó y los arrojó al suelo.

Phoebe soltó un débil suspiro de alivio cuando el aire fresco bañó su carne dolorida y el escozor de su piel.

-¡Dios mío! -exclamó Cato en voz baja inspeccionando el daño producido-. ¿Por qué no has dicho nada?

-No hacía ninguna falta -explicó Phoebe-. Estaba perfectamente bien.

Cato meneó la cabeza incrédulo al tiempo que mojaba la toalla en el agua humeante del cubo que había subido. La escurrió y la colocó sobre la región lumbar de Phoebe.

-¡Oh! -murmuró ella con alivio casi atónito cuando el calor de la toalla empezó a mitigar el fuerte dolor.

Cato quitó el tapón de un pequeño frasco de cuero que contenía olmo escocés y extendió su contenido por las nalgas y los muslos de Phoebe antes de aplicar más toallas calientes.

-¡Oh! es maravilloso. -Phoebe estiró los brazos por encima de la cabeza, relajándose mientras el calor penetraba en el cuerpo tumefacto.

-Mañana puedes descansar aquí y al día siguiente Adam y Garth te escoltarán hasta casa. Compraré una calesa y...

-No! -Phoebe se dio la vuelta desparramando las toallas al incorporarse-. No, no iré a casa, Cato. Dijiste que podía acompañarte a Harwich y 10 haré. Sólo me duele un poco, el dolor desaparecerá en cuanto los músculos se hayan acostumbrado. Mañana podré seguir el paso sin ninguna dificultad.

Cato escurrió otra toalla caliente.

-No digas bobadas, Phoebe. Túmbate otra vez. Toda tú eres un gran moratón, desde la zona lumbar a las rodillas. No puedes cabalgar ni un kilómetro más.

-Puedo hacerlo y lo haré -declaró con rotundidad-. Tú no me dirás lo que puedo hacer y lo que no.

-¿Ah, no? -Cato arqueó una ceja-. Mira, dado que esto es una misión militar, sin duda soy yo quien tiene algo que decir. Dejémonos de insensateces, Phoebe. Por un día te has salido con la tuya, pero ya basta.

Phoebe se levantó de la cama con tiento y se bajó la falda sacudiéndola.

-Brian Morse asegura poseer un documento del rey en el que se observan pruebas definitivas de que éste no tiene intención alguna de acceder a las demandas de los escoceses -informó Phoebe-. Eso es lo que he venido a decirte.

Cato se quedó de pie con la toalla en las manos. -¿Has hablado con Brian de esto?

-Sí. Y también sobre por qué Cromwell y otros dudan de tu compromiso... Y... -Phoebe se apresuró al advertir que Cato iba a interrumpirla-. Y de por qué tú no te defiendes de esas acusaciones. Tal vez te mandan a esta misión para desembarazarse de ti. Quizá deseen que no regreses.

-¡Cómo te atreves a hablar de mí y mis asuntos con Brian... o con quien sea!

-Yo no hablé de eso con Brian, él lo hizo conmigo. -Phoebe le aguantó la mirada con firmeza.

Cato la observó en silencio con aire severo. Acto seguido, el enojo en sus ojos se desvaneció para ser sustituido por una dureza y un resplandor que a Phoebe le pareció más amenazador que la cólera. Dejó caer la toalla en el cubo, se dirigió a la puerta y bramó en la escalera:

-¡Posadero, trae una pinta de vino blanco y dos copas! -Se volvió hacia Phoebe-. Muy bien. Ahora vas a explicarme qué pasó exactamente entre tú y Brian. Cada palabra, cada gesto. No te dejes nada en el tintero. -La voz y aquel brillo glacial en sus ojos producían escalofríos en Phoebe. Se sentó cuidadosamente en la cama.

-¿Por dónde empiezo?

-Por el principio.

Phoebe estaba pensando en la manera adecuada de comenzar a hablar mientras el posadero subía a duras penas la escalera con una jarra de vino y dos copas de peltre.

-¿Vais a cenar, señor? Jadeando, dejó la jarra y las copas sobre un desvencijado taburete que había en un rincón de la estancia-. Mi esposa está preparando una suculenta liebre estofada, pero también podéis tomar un buen plato de tripas. -Se secó la frente con un sucio pañuelo-. Para ser abril hace bastante calor.

-Sí -confirmó Cato secamente-. Cenaremos más tarde.

-Muy bien, señor. -El hombre inclinó su corpulenta estructura en una especie de reverencia y retrocedió caminando hacia atrás.

Cato fue hasta la puerta y corrió el pestillo. Después sirvió vino en las dos copas, dio una a Phoebe y ordenó lacónico:

-Empieza.

Phoebe no se dejó nada, salvo lo cerca que había estado de colaborar en el plan de Brian. Sólo de pensar en aquello sintió la frente perlada de sudor frío. Desde luego no quería que Cato lo supiera.

Cato escuchó la mayor parte en silencio, intercalando de vez en cuando alguna pregunta. No obstante, Phoebe se sintió aliviada al ver que su actitud cambiaba y que ya no parecía enfadado con ella.

Cuando ella calló, Cato asintió pensativo.

-Bien, es lo que he sospechado desde el principio.

-¿El qué?

En lugar de responder, en el rostro de Cato se dibujó una sonrisa ligeramente burlona.

-¿Por qué has aguardado hasta ahora para contármelo? Me lo podías haber dicho en cualquier momento de estos dos últimos días antes de partir, ¿no?

-No me apetecía hacerlo -contestó ella con franqueza.

Cato meneó la cabeza pero no pudo aguantar la risa.

-Vaya cuclillo he tomado por esposa.

-Está claro que si me excluyes de tu vida o no confías en mí, me veo obligada a decidir por mi cuenta -replicó Phoebe, con un destello marcial en sus ojos.

Cato frunció el ceño.

-Nadie ha aflojado las riendas con su esposa como yo hago contigo, Phoebe. Tenlo en cuenta.

-Yo no quiero riendas -espetó Phoebe-. No soy un caballo. Quiero ser tu esposa en todos los sentidos. No sólo en la cama, o para llevar la casa, o...

-No había reparado en que estabas tan atareada -interrumpió Cato, cortante.

La había pillado. Phoebe se lo reconoció muy a su pesar.

-La señora Bisset se desempeña mejor que yo. Además, tengo cosas más importantes que hacer.

-¡Sí, como ser tomada por bruja o entrometerte en mis asuntos junto con la víbora de mi hijastro!

-¡Eso no es justo! -gritó ella.

Cato le tomó el mentón con la palma de la mano y le alzó la cara para mirarla a los ojos.

-Phoebe, hago todo lo que puedo para aceptar tus excentricidades. Pero hay aspectos de mi vida que no deseo compartir... Ni contigo ni con nadie. A ver si lo entiendes.

-No deseo inmiscuirme -dijo Phoebe en un susurro-. Pero te amo. -No quería decirlo, mas ya no había vuelta atrás.

Cato la contempló con mirada absorta. *Una mujer resuelta al amor...* Amor. Qué pasión más extravagante e ingobernable.

Algo rondó por la periferia de su mente. Algo amorfo y cálido e innombrable.

-No sabes cuánto te aprecio, cariño -manifestó, y le dio un beso-. Bien, voy a decirles que calienten agua en el lavadero para que puedas darte un buen baño en un barreño. Luego te metes en la cama. Ordenaré que una criada te suba la cena.

Phoebe se apartó, desviando la mirada para que él no pudiera ver el brillo de las lágrimas. Desde luego, Cato no fingiría sentir algo que no sentía.

-Un baño me irá bien -dijo ella-. Así estaré lista para mañana.

-Phoebe, no puedes pretender seriamente...

-Voy a ir -declaró-. Por favor, ¿puedes pedirle a alguien que me suba una bolsa que hay atada con correas a la silla de Sorrel? Contiene algunas cosas que necesito.

Cato se encogió de hombros. La obstinación de Phoebe conllevaba su propio castigo.

-Muy bien. Pero no esperes ninguna concesión.

-¡Por supuesto! -exclamó con tal ferocidad que Cato quedó desconcertado-. Creía que ya lo había dejado claro, mi señor.

Phoebe estaba exhausta, se recordó Cato a sí mismo. Se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, dijo volviéndose hacia atrás:

-Tenías razón. Yo tenía que haber supuesto algo así de Brian. Pero no debes preocuparte. Estoy estudiando el asunto.

Phoebe no respondió a esa confidencia y, tras unos segundos, él se marchó.

Cuando Cato fue a la cama bastante más tarde, Phoebe parecía dormir profundamente. El se desnudó, apagó la vela y se acostó junto a ella. Con un soñoliento murmullo, Phoebe rodó de costado y se le acercó como hacía siempre cuando él se metía en la cama.

-Veo que has tomado al asalto mi equipaje -señaló Cato un tanto divertido. Phoebe iba enfundada en una de las finas camisas de batista de su esposo.

-Mi ropa estaba empapada en sudor, y después del baño quería estar fresca -musitó, apretando los labios en el hueco de la garganta de Cato-. Quería estar fresca para ti.

-Siempre lo estás -confirmó él, expresando lo que sentía. Fresca, sorprendente. Exasperante, excéntrica, terca... deliciosa.

La atrajo hacia sí.

A la mañana siguiente, Phoebe salió de la posada justo después de que amaneciera, con el aspecto de quien está a punto de hacer frente a la cámara de tortura.

Cato ya había montado y conversaba con Giles y uno de los soldados. Sorrel se hallaba junto a un bloque de montar, las riendas sujetas por uno de los mozos de la posada.

Phoebe apretó los dientes y se subió en la silla. Al principio no iba tan mal. El olmo escocés, el baño caliente y la noche de reposo habían supuesto cierto alivio. Instó a la yegua a ponerse en marcha y se acercó a Cato.

-Ah! estás aquí. -Cato le dirigió una aturdida sonrisa-. He pensado que sería mejor dejarte dormir un poco más, por eso no te he despertado al levantarme. ¿Has desayunado?

-La señora me ha preparado unas gachas de avena -respondió Phoebe-. ¿Cuánto cabalgaremos hoy? -Hasta Bishop's Stortford -la observó de cerca-.

El posadero tiene una calesa que está dispuesto a venderme. Tom ha de regresar al cuartel, él y Adam podrían escoltarte hasta Woodstock.

Phoebe negó con la cabeza.

-Estoy bien, mi señor.

Cato se limitó a arquear una ceja antes de volverse hacia Tom.

-Muy bien, Tom, puedes ir a toda velocidad. Asegúrate de que el despacho llega a manos de Cromwell o de lord Fairfax.

-Sí, señor. -El soldado se dio unas palmaditas en el pecho del jubón, donde llevaba el documento, dirigido al cuartel del Parlamento, en que se detallaba el proceder de Brian Morse, y en el que lord Granville recomendaba que localizaran y detuvieran a Brian hasta que él regresara de su misión y pudiera interrogarlo en persona. Cato dio al grupo la señal de partir, y Phoebe, con los labios tensos, alentó a Sorrel a trotar para no quedarse atrás.

Al cabo de una hora, Phoebe se vio arrastrada a un estado de trance en el que sus dolores físicos parecían formar parte de su propio ser. Ya no distinguía entre los fuertes dolores musculares y la aguda tumefacción de la carne. Si se permitía pensar en las horas que tenía por delante sabía que lloraría, de modo que dejó vagar su mente por un reino de fértiles

y verdes valles y laderas salpicadas de brezo y riachuelos sumidos en el suave aroma del heno recién segado.

Phoebe no se percató cuando Cato tiró de las riendas. Al no recibir señal alguna de su jinete, Sorrel habría seguido trotando si Cato no hubiera alargado el brazo agarrando la brida de la yegua y obligándola a detenerse.

La interrupción del movimiento sobresaltó a Phoebe y la sacó de su ensueño. Regresó al mundo real y a la realidad del dolor con un gemido.

-Ven, ya no soporto verte así -dijo Cato con brusquedad-. Voy a levantarte. Ayúdame y pon los brazos alrededor de mi cuello.

Durante un instante Phoebe lo miró presa de un desconcierto que no se vio mitigado por la contradictoria expresión en el semblante de Cato. La boca se mostraba impaciente y, sin embargo, sus oscuros ojos estaban llenos de preocupación.

-Phoebe, ¿me has oído? -Se inclinó desde su silla-. Saca los pies de los estribos y rodéame el cuello con los brazos.

Ella obedeció y alzó los brazos para agarrarle el cuello. Cato la levantó en peso de la silla y la colocó en la suya, delante de él.

-Ahora reclínate y aligera de peso el trasero. Giles, encárgate de la yegua.

Giles ya sujetaba la brida de Sorrel, y el grupo se puso en marcha de nuevo.

Phoebe se recostó en el ancho pecho de Cato. -Lo siento -dijo-. La verdad es que no quería abandonar.

El bajó la mirada hacia ella y una débil sonrisa cruzó su boca.

-Lo has hecho mejor de lo que yo pensaba. -Cabalgaré mañana.

El asintió.

-Durante una hora o así. Se tarda en adquirir resistencia, sobre todo -añadió con tono mordaz- cuando se tiene tan imponente trasero.

Phoebe no objetó nada a esa verdad. Iba sentada de lado en la silla, evitando descargar el peso sobre la carne magullada, y comenzó a disfrutar del paisaje desde una posición cómoda a la par que segura.

-Con todo, me parece que así tengo lo mejor de ambos mundos -indicó ella al cabo de un rato.

-¿Cómo? -Cato apartó un mechón de cabello que le hacía cosquillas en el mentón.

-Puedo disfrutar del viaje desde el mejor sitio: lo más cerca posible de ti. Oigo incluso los latidos de tu corazón -contestó con una serena sonrisa-. Ah, y además no estaré cansada cuando al anochecer nos detengamos en alguna posada, así podremos retozar mucho más que anoche.

-Eres incorregible -dijo Cato con una mueca burlona. Durante un instante estrechó el brazo con el que la rodeaba. Con la mano acarició la redondez de su pecho bajo la capa y percibió las palpitaciones de su corazón en la palma de la mano.

Giles, cabalgando en silencio junto a ellos, no oyó el diálogo pero sí advirtió la mueca de su señor y quedó asombrado. En todos los años que había estado a su servicio, el marqués de Granville jamás había dejado ver sus dientes. Sonreía, incluso reía, pero ¿una mueca socarrona? Era inaudito. ¡E incluir a su mujer en la expedición! Era insólito. Lord Granville nunca permitía que nada ni nadie se entrometiera en sus asuntos militares... O, en todo caso, no lo había permitido hasta entonces, corrigió Giles con semblante severo.

No podía explicárselo.

Cuando, tras investigar un poco y desembolsar unas monedas, Brian Morse se enteró de que Cato se dirigía a Harwich, se sintió intrigado. ¿Por qué viajar a Italia desde Harwich? Sería más lógico embarcar en alguno de los puertos del sur, Portsmouth o Southampton.

Por lo visto, Cato no había sido nada sincero con él. Pero no le sorprendía en absoluto. Era una conjetura razonable que lord Granville se dirigiera a Holanda desde

Harwich. La mayor parte de los barcos que zarpaban de ese puerto se dirigían a los Países Bajos. Y eso planteaba muchas e interesantes posibilidades. Si pretendía establecer contacto con Walter Strickland, Brian tenía la obligación ineludible de evitarlo.

Los propios agentes del rey en Rotterdam habían logrado eliminar a dos mensajeros del Parlamento antes de encontrarse con Strickland. Pero eran hombres de poca importancia. Por otra parte, el marqués de Granville era uno de los miembros más influyentes del alto mando del Parlamento. Quitarlo de en medio en pleno desarrollo de su misión sería, sin duda, un buen golpe.

Un golpe que Brian iba a planificar. Era un regalo de mil demonios, y no iba a desaprovecharlo. Y para facilitar aún más las cosas, por lo visto Cato no iría acompañado de ninguno de sus hombres, ni siquiera de Giles Crampton. Demasiado bueno para ser cierto.

En la posibilidad de matar dos pájaros de un tiro había una profunda satisfacción. Si asesinaba a Cato, Brian alcanzaría prestigio entre sus propios jefes. Después heredaría el título y las posesiones de Granville. Y, a continuación, la riqueza y la influencia del nombre de Granville pasarían a fortalecer el bando del rey, pérdida que el Parlamento no podría asumir.

Si jugaba bien sus cartas, en cuanto restituyeran al rey en el trono habría un ducado para Brian.

Y Brian sabría cómo jugar sus cartas. El único incordio posible lo constituía Phoebe. Si estaba embarazada, tendría que deshacerse de ella. Y eso, pensaba, sería una verdadera lástima. Lo cierto es que ella le había hecho perder los estribos con su remilgada negativa a cooperar, pero él había logrado recuperarse. Ahora contemplaba otro abanico de contingencias. El nuevo marqués de Granville necesitaría una esposa. ¿Por qué no la actual marquesa? Estaba seguro de poder meterla en vereda. Y aquellas formas voluptuosas representaban una inequívoca promesa.

Brian partió hacia Harwich un par de horas después que Cato. No obstante, tomó otra ruta, pues no quería tropezarse con su presa.

Llegó a Harwich en la tarde del tercer día, se alojó en el Pelícano, junto al puerto, y salió a pie a averiguar si Cato y su grupo se hospedaban en alguna otra de las numerosas posadas de la ciudad.

Un hombre que se desplazara con ocho soldados no podía llegar a aquel pequeño puerto sin llamar la atención, por lo que Brian confiaba en localizarlos pronto.

Se hallaba en la taberna del Barco, bebiendo cerveza y haciendo indagaciones, cuando oyó el rústico acento de Yorkshire de Giles Crampton en la entrada.

-¡Eh! posadera, necesitamos una habitación privada decente para lord Granville. Los demás ya nos instalaremos en el desván o encima de los establos.

-No sé si ahora mismo disponemos de una habitación -dijo la patrona al tiempo que Brian se deslizaba discretamente hacia el enorme rincón de la chimenea-. Pero si a su señoría no le importa compartir el espacio, en la parte delantera tenemos una pieza grande y agradable. La están ocupando tres caballeros. A ellos no les importará.

-A mi esposa y a mí sí nos importará. -El tono autoritario de Cato interrumpió la explicación de la mujer-. Tomaré esa habitación y os pagaré bien por ella, señora.

Se oyó el tintineo de una moneda y la posadera añadió con satisfacción:

-Bueno, en ese caso quizá pueda trasladar a los otros caballeros, señor. ¿La señora querrá una doncella para que la ayude?

-No, no lo creo-respondió Cato-. Pero estamos hambrientos y nos gustaría cenar.

-¡Oh! os serviré una excelente cena, señor. Tripas y cebollas y un buen pedazo de carne en gelatina.

-¿No tenéis pollo asado? Ya comimos tripas ayer.

Brian escuchó atónito el tono anhelante de Phoebe. ¿Qué diablos estaba haciendo allí? ¿Sería capaz Cato de llevársela a Holanda con él?

Se dirigió hacia la parte de atrás de la chimenea. La presencia de Phoebe no cambiaría las cosas. En cuanto averiguara dónde iba Cato, trataría de conseguir un pasaje para el

siguiente barco que zarpara hacia el mismo puerto.

Cuando regresara de Holanda, traería el cuchillo manchado con la sangre de Cato.

En la fina boca de Brian se dibujó una trémula sonrisa.

20

Phoebe se hallaba de pie en el puerto de Harwich, ajustándose a la cara la capucha de la capa para evitar la fría brisa nocturna. Eran casi las siete y el cielo ya estaba oscureciendo.

El muelle hervía de agitación. Los barcos se disponían a hacerse a la mar con la marea de la noche. Desde las puertas y los postigos abiertos de las tabernas que daban al desembarcadero, empedrado e impregnado de olor a pescado, llegaba la escasa luz.

Phoebe no podía ver a Cato. Habían cenado juntos antes, habían hecho el amor apaciblemente a modo de despedida, y después él la había dejado en la posada del Barco diciendo que iba a compartir la última jarra de cerveza con Giles y sus hombres en una taberna del puerto antes de embarcar en el *Dama Blanca* camino de Italia.

Phoebe se apartó de un brinco cuando un par de estibadores pasaron a su lado, afanándose bajo la carga de sacos de harina que llevaban a la espalda. Las luces de los barcos anclados a lo lejos arrojaban un pálido resplandor sobre las oscuras aguas.

En aquel bullicio Phoebe se sentía afligida y sola. Había acudido llevada por un impulso. Quería -no, necesitaba- ver cómo partía finalmente el barco de Cato para poder despedirse por última vez. Miraba desolada hacia las tabernas donde Cato seguramente reía y bromeaba con sus hombres, tras dejar a un lado todo pensamiento sobre la esposa resguardada en la seguridad de la posada. La que debía volver con Giles Crampton a Woodstock a la mañana siguiente y aguardar pacientemente, cual Penélope, el regreso del esposo.

Miró alrededor y lo vio. Brian Morse. Estaba enfrascado en una discusión con dos hombres a unos veinte metros, en la escalerilla de un pequeño balandro. Lo miró fijamente, incapaz por un instante de dar crédito a sus ojos. ¿Qué estaría haciendo allí Brian? Mientras lo observaba, algo cambió de manos y Brian se alejó de los dos hombres. De pronto, alzó la cabeza y, durante un espantoso instante, sus miradas se cruzaron atravesando la distancia que los separaba.

A Phoebe le pareció que el estómago se le desplomaba a los pies. ¿La habría reconocido? Una fría oleada de indecible pánico trepó por la parte posterior de su cuello, erizó el cuero cabelludo y perló su frente de finas gotas de sudor glacial. Sintió el mismo pavor que había experimentado en el patio de los establos, cuando había tenido un vislumbre del verdadero carácter de Brian bajo el disfraz de la cortesía. Ahora Phoebe casi podía ver el aura de perversidad que emanaba de él. Era algo fantasioso, lo sabía, pero estaba profunda y absolutamente convencida de la maldad de Brian. Meg siempre tenía razón.

Llevó la mano al bolsillo de la capa de manera instintiva y la cerró reconfortada sobre la bolsa de piel que reposaba contra su muslo. Casi sin querer se volvió hacia la plancha que conducía al *Dama Blanca,* que en aquel momento se encontraba desierto.

Phoebe se precipitó hacia arriba, consciente sólo de la apremiante necesidad de alejarse de Brian antes de que éste la viera, si no la había visto ya. Se dijo a sí misma que no podía haberla reconocido, embutida como iba en la capucha. No le pareció posible que él hubiera esperado verla.

En una ocasión Phoebe había notado que él estaba a dos dedos de lastimarla. Había sentido que Brian, si le resultaba conveniente, era perfectamente capaz de hacer daño de manera cruel y despiadada. Y justo ahora había detectado la misma mirada en sus ojos pese a la distancia. Tal vez no la había visto. Quizá aquella mirada no iba dirigida a ella. Pero aun así

estaba aterrada.

Llegó a la cubierta y se sumergió en las sombras de la batayola. El corazón le latía muy deprisa y tenía las manos frías y húmedas.

-¡Eh!, ¿quién sois?

Phoebe se volvió hacia la voz que sonaba a su espalda y se vio frente a un muchacho con buen color de cara que tendría, más o menos, su misma edad. La miraba con ojos curiosos.

-¿Quién eres tú? -exigió Phoebe, alzando inconsciente la barbilla, trasluciendo en su voz la ligera frialdad de la arrogancia.

-Soy un marinero -contestó el chico con orgullo-. Trabajo en el *Dama Blanca. Y* me encargo de vigilar quién sube a bordo y quién baja al puerto, ¿comprendéis?

Phoebe lo observó de cerca.

-No me parece que seas un marinero -dijo, indicando los raídos pantalones sujetos a la cintura con un cordel, los pies desnudos y la deslucida camisa-. Más bien pareces un vagabundo.

La mugrienta cara del muchacho adoptó una expresión de azoramiento.

-Soy grumete -señaló-. Y me ocupo de vigilar la plancha.

Phoebe meditó sobre ello. De nuevo cerró la mano apretando el monedero que llevaba en el bolsillo. Algo estaba tomando forma en lo más recóndito de su mente, algo tan audaz y emocionante que difícilmente se atrevería a convertirlo en pensamiento consciente. Habló despacio.

-Soy lady Granville. Lord Granville tiene un pasaje para este barco.

El chico avivó la mirada.

-Sí, es cierto. Pero nadie ha dicho nada de ninguna lady Granville.

-No -aclaró Phoebe-. Ya me lo imagino. -Sacó la bolsa y la sopesó en la mano con aire pensativo-. La verdad es que lord Granville no me espera, pero te daré una guinea si me conduces a su camarote, donde le dejaré una carta a su nombre para cuando suba a bordo.

-¿Una guinea? -El grumete la miró fijamente, asombrado, los ojos muy abiertos-. ¿Una guinea entera?

Phoebe asintió y desató el cordón de la bolsa. Sacó una moneda y la sostuvo en alto para que la luz de los fanales de popa hicieran destellar su oro.

-Te daré esto si me muestras el camarote de lord Granville y no le dices nada a nadie hasta que él haya embarcado.

El joven miró la moneda. Se humedeció los labios con la lengua. Jamás había visto tanto dinero. Ni en sueños podría haber imaginado tenerlo.

-Po-por aquí. -Hizo con la cabeza un gesto brusco en dirección a la escalera de toldilla y se precipitó hacia allí.

Phoebe le siguió presa de un impulso que la hacía estremecerse al tiempo que la extasiaba. Bajó la estrecha escalera tras el chico y ambos atravesaron un corto y oscuro corredor.

-Aquí. -El muchacho abrió una puerta en mitad del pasillo y añadió servicial-: Cuidado con el escalón.

Phoebe superó el alto umbral y entró en un camarote pequeño y constreñido. De un gancho del techo colgaba un quinqué que arrojaba una vaga luz sobre dos estrechas literas colocadas una encima de la otra en el macarrón, iluminando también una mesa y un taburete sujetos al suelo bajo una portilla redonda. Bajo la mesa estaba el baúl de viaje de Cato.

Phoebe puso la moneda en la ansiosa palma del chico.

-Espera un momento -dijo, posando la mano sobre el flacucho brazo antes de que saliera de nuevo por la puerta-. Te daré otra si no dices una palabra de esto a nadie hasta que hayamos... hayamos... -Reflexionó unos segundos y acto seguido dijo resuelta-: Hasta que estemos en alta mar. -Phoebe apenas tenía una ligera idea de lo que supondría estar en alta mar, pero para el fin que perseguía parecía lo bastante lejos.

-Habéis dicho que sólo dejaríais una carta a su señoría. -El grumete la miró ceñudo apretando con fuerza la moneda en la mano.

-Bueno, he cambiado de opinión. Voy a quedarme -anunció Phoebe-. ¿Cuánto se tarda en llegar a Italia? El muchacho se encogió de hombros.

-¿Cómo voy a saberlo? Nunca he estado allí, y no creo que vaya nunca.

-Pero este barco va hacia allá -especificó Phoebe, desconcertada.

El soltó una risotada, como si le hubieran contado un chiste propio de taberna.

-¡Vamos a Rotterdam, Holanda, tonta de capirote! -Se mondaba de risa presa de un desmesurado ataque de hilaridad.

La información la había sulfurado demasiado para ofenderse a causa de la burla. Cato le había mentido. Una mentira de tomo y lomo.

-El *Dama Blanca* siempre va desde aquí a los Países Bajos -prosiguió el grumete con un exasperante aire de superioridad-. Recorremos el mar del Norte. Por ahí no se va a Italia.

Phoebe se quedó callada. La geografía nunca había sido su fuerte. Pero ¿por qué Cato le había mentido? Había mentido a todo el mundo, salvo, probablemente, a Giles Crampton, pensó con amargura. Era otro ejemplo de su negativa a dar crédito a su esposa, a hacerle confidencias. ¿Creía él que ella revelaría algún secreto si le pedía que lo guardara? ¡Oh, qué hombre más insufrible! Ella no había hecho nada para merecer semejante falta de confianza.

Todo eso iba a cambiar, y repitió con resolución: -Otra guinea si no dices a nadie que estoy aquí hasta que estemos en alta mar.

El chico se mostró un tanto dubitativo.

-De acuerdo -dijo despacio-. Muy bien. Pero si el contramaestre se acaba enterando, me azotarán, seguro.

-Si alguien pregunta -explicó Phoebe, persuasiva-, diré que subí a bordo mientras tú mirabas hacia otro lado, y que yo sola me basté para encontrar el camino hasta el camarote de mi esposo.

El chico miraba centellear la moneda en su mano bajo la luz de la lámpara. Se la llevó a la boca y la mordió. El oro era duro y sabía a metal. La examinó minuciosamente. Era redonda y lisa, nada de bordes rebajados.

-¿Otra? -Alzó los ojos hacia Phoebe.

-Igual que ésa -respondió ella asintiendo.

-Que el diablo me lleve -murmuró. Era una fortuna que desbordaba su imaginación, que justificaba incluso una sesión de latigazos. No estaba permitiendo con ello que subiera a bordo una banda de rufianes. Al fin y al cabo, sólo era la esposa de su señoría. No era un delito grave que acarreara un duro castigo.

-Pero no debes abrir la boca -insistió de nuevo Phoebe-. Ni una sola palabra a nadie. ¿Entiendes?

-De acuerdo -dijo él al cabo de unos instantes, los dedos cerrados sobre la moneda-. Ahora debería irme.

Desapareció del camarote, dejando a Phoebe mirar a su alrededor y preguntarse si se había vuelto completamente loca. Al salir de la posada no pretendía hacer nada tan inconcebible.

¿O sí?

Miró la bolsa que aún sostenía en la mano. ¿Por qué la había llevado consigo si no había imaginado que podía serle útil? ¿Por qué había empeñado los anillos si no había previsto hacer nada fuera de la jurisdicción de Cato?

Un estremecimiento de emoción le recorrió la espalda. Tanto si lo había pretendido como si no, ahora se había embarcado en esa aventura.

Phoebe volvió a estudiar el camarote y torció el gesto. Tenía que esconderse en algún sitio. Cato no debía encontrarla hasta que estuvieran lo bastante lejos como para no poder regresar a puerto. ¿Las dos literas significaban que compartía el camarote? Eso podía resultar un fastidio. Pero el grumete no había mencionado a ningún otro pasajero. Sea como fuere, en

Librodot

el exiguo y aprovechado espacio no había sitio para un fugitivo.

Abrió la puerta y miró en el pasillo. La única luz procedía de la escalera de toldilla, en un extremo. En la cubierta de arriba se mezclaban voces con apresuradas pisadas. Creyó detectar un mayor grado de urgencia, como si se estuvieran ultimando los preparativos para zarpar. En ese caso, Cato subiría pronto a bordo. Phoebe debía hallar un lugar donde ocultarse.

Se aventuró por el corredor tras cerrar despacio la puerta a su espalda. Llamó su atención una portezuela muy estrecha en la pared de enfrente. La abrió y escrutó con ojos entornados el minúsculo espacio ocupado por varios rollos gruesos de cuerda, un balde y un lampazo.

Olía a brea y pescado, y a efluvios de algo más nocivo. Pero no tenía alternativa.

Se deslizó dentro y cerró la puerta tras ella. Al instante sintió que no podía respirar, el hedor fétido que saturaba las ventanillas de su nariz le causaba náuseas. Entreabrió la puerta y se sentó sobre los rollos de cuerda, encogiendo las piernas, dejando una mínima rendija para que entrara un soplo de aire razonablemente fresco que la reconfortara.

Phoebe perdió la noción del tiempo. Encima de su cabeza proseguían los sonidos de la inminente partida. Trataba de distinguir la voz de Cato, pero ésta no llegaba a sus oídos. Hubo un momento en que quedó aterrada sólo de imaginar qué sucedería si él decidía a última hora no embarcar en el Dama Blanca y ella se veía sola camino de Holanda. Pero nadie bajó al camarote de enfrente a recoger el baúl de viaje.

Un fuerte estrépito bajo ella la sobresaltó hasta tal punto que dio un salto y se golpeó la cabeza con la tablazón del cuartucho. Chirridos, crujidos, un atronador alboroto la hizo temblar. Luego el ruido sordo de pies sobre su cabeza adquirió una nueva urgencia entremezclado con fuertes voces de mando. El barco comenzó a moverse siguiendo lo que a Phoebe le pareció un molesto balanceo.

Cato se hallaba con el capitán en el alcázar, observando cómo los botes del barco, con sus largos remos, remolcaban el *Dama Blanca* hasta la bocana del puerto. A su alrededor, todas las embarcaciones que aprovechaban la marea alta seguían el mismo camino.

-¿Qué tipo de travesía esperáis, capitán? -preguntó Cato dando tan sólo una vaga impresión de curiosidad, si bien su tranquilidad de ánimo, y no digamos su estómago, aguardaban ansiosos la respuesta.

-Pues, bastante buena, señor -respondió el capitán, mirando al oscuro cielo tachonado de estrellas-. Por la mañana, al alcanzar el mar del Norte seguramente nos encontraremos con un fuerte viento contrario, pero de momento sopla a nuestro favor.

Cato murmuró una respuesta y se volvió para mirar las jarcias entre las cuales los marineros se movían con decisión, preparándose para el momento en que cruzaran el bajío del puerto y los remeros subieran a bordo, se sujetaran luego los botes al cabrestante *y* el *Dama Blanca* llegara a mar abierto. Hizo una mueca pensando en lo que le esperaba.

-¿Grog, lord Granville? -preguntó el capitán mientras un marinero subía a toda prisa por la pasarela que conducía al alcázar llevando dos humeantes jarras de brea. En aquella travesía, el capitán Allan no tenía más pasajeros, su cargamento era estaño de las minas de Cornish, que transportaba al mercado flamenco. Era una mercancía lucrativa, pero no tanto como la primorosa cerámica de Delft, los encajes de Bruselas ola lana flamenca que esperaba llevar a los mercados ingleses de categoría.

Cato tomó la jarra con un gesto de agradecido asentimiento. El grog tenía un aroma picante, y su vapor se rizaba en el aire frío. Se cubrió mejor los hombros con la capa, resuelto a permanecer en cubierta la mayor parte de la noche. El aire fresco era el mejor antídoto contra el mareo.

Habían llegado al bajío y los remeros desarmaron los remos y treparon rápidamente a bordo del *Dama Blanca* por escaleras de cuerda mientras los botes eran alzados a cubierta

mediante el cabrestante.

Dando sorbos de grog, Cato alzó la vista hasta los mástiles mientras se izaban las velas, hinchadas por el frío viento. Phoebe, suponía, estaría ahora dormida, bien abrigada bajo el centón de plumas en la gran cama con dosel de la posada del Barco.

Cato suspiró. Lamentaba haberla dejado, y la sombra de la ausencia de ella interfería en la lúcida valoración de la misión que le aguardaba.

No tener cabida en vuestro corazón es un tormento...

Madre de Dios, ¿por qué no podía librarse de esa maldita imagen? Los versos seguían incrustados en su cabeza sin atender a orden alguna. O al menos eso pensaba él. Y si hubiera algo sobre lo que no tuviera ningún control...?

El capitán dijo algo y Cato salió de su introspección. -Perdón, capitán...

Phoebe permaneció en el cuartucho hasta notar que el movimiento del barco cambiaba y su lento y continuo avance parecía acelerarse, subir y bajar bajo ella. Pensó que le gustaba bastante, si bien al levantarse se tambaleó y tuvo que agarrarse a la puerta para mantener el equilibrio.

Salió poco a poco de su escondite y permaneció en el corredor, escuchando. De arriba aún llegaban voces, los pies corrían presurosos por la cubierta, pero se apreciaba un sonido ordenado, como si la actividad se hubiera normalizado según un patrón acostumbrado.

Phoebe abrió el camarote y se metió dentro cerrando la puerta a su espalda. Mientras ella se encontraba en el cuartucho no había entrado nadie. Todo estaba como lo había dejado, el quinqué arrojando su oscilante resplandor sobre el escaso mobiliario. El barco dio una sacudida, y ella casi cayó sobre el mamparo.

Se enderezó y miró alrededor con más atención que antes. Con gran alivio suyo, vio una silla retrete en el rincón más alejado. Al recordar las precarias instalaciones de la casa de Cotswold, se había estado devanando los sesos con respecto a las cosas necesarias a bordo de un barco. Parecía que Cato disfrutaría de cierto grado de intimidad en su camarote.

Se quitó la capa, las botas, el traje de montar y los pantalones, y lo dejó todo pulcramente sobre el taburete. A continuación subió por la escalera hasta la litera superior. El techo era tan bajo que parecía prensarla cuando ella se introdujo bajo la fina manta. Se tendió inmóvil, sintiendo que su cuerpo se habituaba al movimiento del barco.

La rasposa sábana de percal cubría un jergón relleno de paja que crujía al menor movimiento. El sonido del agua contra el mamparo y el apacible balanceo tenían un efecto adormecedor, por lo que, al cabo de unos minutos, Phoebe notó que cada vez le pesaban más los párpados. No estaba segura de si estaban ya en alta mar, pero con toda probabilidad se hallaban lo bastante lejos de la orilla como para impedir que el barco regresara a puerto. Cato tendría que cargar con ella... en su viaje a Holanda.

¿Cómo había sido capaz de decirle que iba a Italia? Si no hubiera regresado, ella nunca habría sabido dónde había muerto. A veces no se explicaba cómo podía amarlo como lo amaba.

Cuando Cato decidió bajar era medianoche pasada. Hacía demasiado frío para dormir en cubierta y, al parecer, los estómagos sensibles disfrutarían de un mar lo suficientemente en calma. Hacía rato que el capitán había dejado en el alcázar al oficial de intendencia, que estaba al mando, silbando débilmente entre dientes mientras se hacía cargo del timón guiado por la Estrella Polar.

Cato le deseó buenas noches y bajó por la escalera de toldilla. Entró en el camarote, bostezando, y a oscuras advirtió que el quinqué no tenía aceite. Gracias a la débil luz de la luna que entraba por la portilla prendió la yesca con el pedernal y encendió la vela que había sobre la mesa.

Golpeó con el pie el taburete junto a la mesa y miró hacia abajo. Al principio quedó desconcertado. En su camarote no debía haber ropas amontonadas que no fueran suyas. Pero

había en aquellas prendas algo familiar. Algo muy familiar...

Con una progresiva sensación de inevitabilidad, Cato se volvió despacio hacia el mamparo, la vela en alto.

La luz dorada caía sobre una brillante y enmarañada mata de cabello castaño claro, una pálida mejilla apoyada en la curva del antebrazo, la medialuna de las pestañas, la boca suave y redonda, los labios algo separados por el sueño.

Cato contempló incrédulo a su esposa dormida.

Con gesto severo, tomó una jarra de cobre que había junto al retrete y volvió a cubierta, al barril de agua fresca. Llenó la jarra y regresó al camarote.

Phoebe seguía durmiendo.

Cato mojó una toalla en la jarra, la retorció y se acercó a la litera.

Phoebe se despertó bajo una lluvia de agua fría, agitando los brazos, con una incoherente protesta en los labios. Abrió los ojos de golpe y se encontró con la negra y pétrea mirada de su esposo.

-¡Oh! -exclamó ella, sin saber qué hacer, tratando de secarse el rostro empapado con el dorso de la mano. Mientras se percataba del furioso semblante de Cato, la posible queja sobre el método de despertarla quedó a medio camino.

-¿Cómo te has atrevido? -inquirió él.

Phoebe se secó la cara con la rasposa sábana, intentando pensar en algo que decir. Por desgracia, estaba aún medio dormida y no le venía palabra alguna a la cabeza.

-Baja -ordenó Cato, arrojando el empapado paño a la jarra.

Phoebe se incorporó y pareció dudar. Teniendo en cuenta la expresión de Cato, no parecía una mudanza demasiado prudente.

-No hay mucho espacio. Seguro que podemos conversar más cómodamente si me quedo aquí arriba -sugirió, vacilante.

-¡Phoebe, baja de ahí! -La dulzura de su voz no restaba fuerza a su ferocidad.

Por lo visto, no había más remedio. Phoebe apartó la fina manta y se meneó hasta colocarse bien para poder bajar de espaldas. Tiró del dobladillo de la blusa, consciente de que éste sólo le llegaba hasta la mitad del muslo y se le subía a medida que ella bajaba por la escalera. No pudo evitar sentirse vulnerable.

-Vi a Brian en el muelle. Por eso subí a bordo, para decírtelo -proclamó a toda prisa, mirando esperanzada a su espalda para verificar el efecto de su explicación.

Cato la tomó por la cintura, le ahorró los dos últimos peldaños y la dejó en el suelo con un ruido sordo y destemplado.

-¿Cómo?

-Brian. -Phoebe tiró nuevamente de la blusa-. En el muelle. Hablaba con dos hombres. Creí que querrías saberlo.

Cato la miró a los ojos.

-¿Me estás diciendo que has subido sigilosamente a bordo, te has escondido en mi camarote y has aguardado a que el barco estuviera lejos del puerto sólo para informarme de que mi hijastro ha logrado llegar a Harwich?

-¿Acaso no es algo que te interese saber?

-Esto no viene al caso. -Cato rechazó la pregunta con un gesto de impaciencia-. Y no te hagas la ingenua. Si querías decirme algo, ¿por qué has esperado hasta ahora?

-Me quedé dormida -manifestó Phoebe.

Cato aspiró con fuerza.

Tras lamentar su ligereza, Phoebe pasó al ataque.

-Me dijiste que ibas a Italia, y no es cierto -dijo sin pensarlo dos veces-. ¿Por qué me mentiste? Podrías haber muerto y yo nunca habría sabido dónde... Eso suponiendo que alguien se hubiera molestado en comunicármelo -añadió con indisimulado encono.

-Mi destino tenía que mantenerse en secreto. -Con gran asombro suyo, Cato notó que se ponía a la defensiva-. Más que nada, por razones de seguridad.

-Pero ¿por qué no me lo dijiste? -insistió Phoebe-. Yo no habría puesto en peligro tu seguridad. ¿O crees que sí?

-No tiene nada que ver. Una misión secreta es eso. Nadie ha de saber nada.

-Apuesto algo a que Giles Crampton sí lo sabe -señaló Phoebe.

-Eso es diferente -objetó cato con firmeza-. Giles es mi lugarteniente.

-Y más importante que tu esposa -replicó ella.

-En ciertas cuestiones, así es. Pero ése es otro asunto. Me cuesta creer que tú..., incluso tú... hayas tenido la desfachatez de hacer esto, Phoebe. ¿Tienes idea de lo que está en juego? ¿De lo que has puesto en peligro con tus impulsos ciegos e inconscientes?

-Vi a Brian Morse en el muelle y pensé que debía decírtelo -repitió Phoebe-. ¿Sabe él dónde vas realmente?

-No lo sabía. Pero quizá ahora sí lo sepa -dijo Cato-. De todos modos, no tiene nada que ver contigo.

-¡Sí tiene que ver! Todo lo que te afecte a ti tiene que ver conmigo -exclamó Phoebe-. Pero tú no lo entiendes. Siempre me estás diciendo que me quede en casa y cosa...

-jamás he dicho esto! -interrumpió Cato, desconcertado por esa imagen-. Nunca he dicho nada tan ridículo. La mera idea de que te quedes cosiendo es un disparate.

-Bueno, no dijiste eso exactamente -reconoció ella-. Pero sí que mi sitio estaba en casa.

-Y así es.

-¡Pues no! -gritó Phoebe-. De eso, nada. Mi sitio está contigo. Donde estás tú está mi casa, a tu lado. -Exaltada, le señaló el pecho para reforzar sus palabras.

Cato le asió la muñeca. Le miró el rostro colorado, los encendidos ojos. Era imposible ignorarla, dominarla, siempre resuelta, y tan, tan amorosa. No tenía sentido enfadarse. Era una pérdida total de tiempo y energía. Toda su legítima cólera caería sobre ella como agua sobre un pellejo aceitado. Estaba absolutamente segura de sí misma, de lo que creía que era correcto.

A Cato se le escapó un profundo suspiro de resignación, casi un gemido.

-¿Qué he hecho para merecerte? -murmuró, los dedos aún sujetándole la muñeca.

Phoebe inclinó la cabeza a un lado, mirándolo con ojos brillantes igual que el pajarillo con el que Cato solía compararla.

-Una gran proeza en una ocasión que seguramente ya has olvidado -señaló con una sonrisa tan indecisa como maliciosa.

Cato le colocó las manos suavemente en la garganta y le alzó el mentón con los pulgares.

-Phoebe, un poco más y...

De repente, el suelo del camarote se movió bajo sus pies; el barco se balanceaba con violencia. Parecía quedar colgado en el aire y cabecear después hacia delante. La jarra de agua resbaló sobre la mesa, volviendo otra vez hacia atrás cuando el barco se elevó a causa del oleaje.

Cato dejó caer las manos del cuello de Phoebe y, tras un murmullo incoherente, se volvió y salió del camarote a toda prisa.

Confusa, Phoebe posó una mano de manera inconsciente en la garganta, en la que todavía podía sentir el calor de los dedos de Cato. El barco se bamboleó de lado otra vez y ella se dejó llevar, entendiendo que resistirse al movimiento sólo contribuiría a desequilibrarla.

¿Dónde había ido él con tanta premura?

Se vistió y salió del camarote, sujetándose a la jamba de la puerta al agudizarse el balanceo y las cabezadas. Apoyándose en las paredes del pasillo, se dirigió a la escalera de toldilla y subió a cubierta.

Era una noche luminosa y estrellada, pero el viento era fuerte y frío. Phoebe se cubrió bien con la capucha de la capa y miró alrededor en busca de Cato. En un principio no vio ni rastro de él y observó unos instantes a los marineros, que hormigueaban entre los chirriantes

Librodot

aparejos plegando las velas. Nadie parecía inquieto por el viento o el oleaje. De hecho, los hombres reían y charlaban mientras trabajaban, agarrándose a las jarcias cuando la embarcación surcaba las olas. Ella se había sumido en profundas reflexiones y, de vez en cuando, volvía a prestarle atención a lo que sucedía a su alrededor.

Notó que aquello le levantaba el ánimo, mientras seguía de pie, apuntalada contra el viento y el movimiento con los pies separados y bien plantados en la empapada cubierta. Se posaron en ella ciertas miradas curiosas, pero todo el mundo parecía estar demasiado ocupado para prestar excesiva atención a aquella pasajera desconocida.

Phoebe, suponiendo que Cato tendría que negociar un pasaje para ella con el capitán en cuanto terminara todo el bullicio, miró de nuevo en torno buscando a su esposo.

Al fin lo vio en el lado de sotavento de la nave, asomado a la borda. Se abrió camino hacia él, agarrándose a la barandilla para no caerse.

-¿Es estimulante, verdad? -gritó ella entusiasmada mientras se acercaba-. ¿Crees que deberías explicarle al capitán que estoy aquí?

Cato no contestó. Siguió inclinado sobre la baranda.

-¡Oh! -exclamó Phoebe al llegar a su lado-. Estás mareado. Dijiste que te pasaba, ahora lo recuerdo.

Cato se enderezó cuando cesaron por un instante las violentas embestidas. Se limpió la boca con el pañuelo que llevaba en la mano y contempló a Phoebe, rebosante de salud, con mirada desaprobadora.

-Vete abajo y déjame solo -dijo, soltó un gemido y se volvió hacia la barandilla a vomitar presa de la impotencia.

-Pero ¿puedo hacer algo por ti? -Phoebe le tocó la espalda llena de inquietud-. Debe de haber algo...

-¡Vete! -gritó él cuando recuperó de nuevo el aliento-. ¡No puedo ocuparme de ti ahora, así que vete abajo y no incordies!

-No tienes por qué ocuparte de mí -dijo Phoebe con confiada tranquilidad-. De hecho, no lo haces. Soy yo quien se preocupa por ti. Ha de haber algo que yo pueda hacer. -Le pasó un brazo por los hombros tratando de reconfortarlo mientras las arcadas no cesaban.

-Brandy-jadeó Cato tras largos minutos-. En mi baúl de viaje hay una garrafa de brandy. A veces va bien. -Volvió a inclinarse sobre la barandilla.

Phoebe fue volando hasta el camarote. Tras sacar unas camisas y dejarlas a un lado cuidadosamente plegadas, revolvió todo en busca de la garrafa y al final la encontró en el fondo. A continuación, corrió de nuevo a cubierta al tiempo que quitaba el tapón de la garrafa.

Cato se tambaleaba derecho, apoyado en la borda. Alcanzó la garrafa y la vertió sobre su boca. A veces calmaba su estómago y le provocaba un clemente sueño.

-Qué mal lo habrás pasado -dijo Phoebe, compasiva-. Es extraño, pero yo no me mareo nada.

-Pues qué suerte la tuya -murmuró Cato con tono irónico, recostado en la barandilla, sujetando apenas el cuello de la garrafa entre el índice y el pulgar mientras el fuerte líquido le quemaba el gaznate y se instalaba en su dolorido estómago.

-De hecho -señaló Phoebe con un apabullante candor-, me parece que tengo mucha hambre. Quizá se debe al aire marino.

-¡Mocosa repelente! -exclamó Cato con cierta fuerza, antes de volverse con un gemido para arrojar el coñac a las olas.

-Perdón, no quería empeorar las cosas -se disculpó ella.

-¡Vete de una vez!

Phoebe pensó que quizá sería lo mejor. No parecía haber nada que pudiera hacer para aliviar el sufrimiento de Cato, y además se moría de hambre. Se alejó de la barandilla de cubierta, preguntándose dónde habría comida en el barco, cuando la abordó de pronto el grumete de antes.

-¡Eh! me debéis otra guinea -le recordó mientras la asía del brazo-. No se lo he dicho a

nadie.

-Sí, claro. -Phoebe buscó la bolsa y entonces tuvo una idea-. Te daré la guinea en cuanto me lleves algo de comer al camarote. ¿Puedes hacerlo?

-¿Qué queréis? -La miró con semblante reflexivo-. Tal vez pueda conseguir un poco de pan y queso. -Perfecto. Y leche. ¿Hay leche?

-¡No! -El muchacho meneó la cabeza con evidente desdén-. ¡Leche en un barco! ¡Válgame Dios! No sabéis mucho, ¿verdad?

-De barcos, no -admitió Phoebe altiva, agitando la bolsa para hacer tintinear las monedas.

-Hay cerveza -sugirió el chico ante la música que provocaban las monedas-. Creo que puedo traeros cerveza.

-Gracias. Esto será más que suficiente. -Phoebe asintió con la cabeza y se apresuró a bajar de cubierta.

El mareo en alta mar debía ser una indisposición verdaderamente horrible, pensó Phoebe, mientras se dirigía al camarote, salivando ante la perspectiva del pan y el queso.

21

-¡Oh! creo que hemos arribado. -Phoebe estaba sentada erguida en su litera, con la cabeza inclinada. La experiencia de la última semana le había enseñado algunas cosas acerca del peligro que entrañaban los movimientos imprudentes en la litera de arriba.

A juzgar por la rosácea luz que entraba por la portilla, debía ser primera hora de la mañana, y el barco ya no se movía. El ruido metálico de la cadena del ancla, junto con la repentina agitación en cubierta, la habían despertado. Había más movimiento y griterío que en los días transcurridos en alta mar.

-¿Cato? -dijo al no obtener respuesta de la otra litera. Se ladeó y miró por encima del borde de la suya al estrecho espacio de abajo. Estaba vacía.

Phoebe salió a duras penas de su lecho y bajó la escalera, sin ser consciente de que tenía la boca apretada en un leve mohín de decepción. Cato, en cuanto se acostumbró a andar por el barco, a partir del segundo día de viaje, solía despertarla de maneras que la embelesaban. Pero esa mañana no.

Se dirigió a la portilla y echó un vistazo. Estaban atracados en un muelle atestado de marineros, estibadores y carros de transporte. Ya a esa hora temprana la actividad era frenética, aunque la visión de Phoebe se limitaba a un tramo bastante pequeño de muelle empedrado y a un edificio de ladrillo rojo un tanto deteriorado que había a unos metros.

Al oír que se abría la puerta del camarote a su espalda, se dio la vuelta.

-Hemos llegado.

-Una deducción razonable -reconoció Cato con una leve sonrisa. Pero tras la sonrisa Phoebe detectó algo más, algo que le causó inquietud. El cerró la puerta y habló con calma.

Siéntate, Phoebe. Tenemos algo de que hablar. Ella lo miró indecisa.

-¿De qué?

-Siéntate. -Le puso las manos sobre los hombros y la sentó con firmeza en el taburete. Después se recostó en la puerta cerrada, con los brazos cruzados, la mirada oscura, acerada y atenta, posada en el semblante de Phoebe.

Cato vestía de manera informal: camisa y pantalones, el jubón abierto, el oscuro cabello despeinado por el viento. Un rayo del sol temprano que atravesaba la pequeña portilla hacía parpadear el oro en las más oscuras profundidades de su cabello. Phoebe observaba los latidos en la base de la fuerte garganta, y su vientre recibió la sacudida de un fogonazo de deseo ya muy familiar. Pasó por alto el recelo e inició el movimiento de levantarse, pero él volvió a

hablar y el tono serio la mantuvo sentada.

-Voy a hacerte una pregunta y antes de responder quiero que lo pienses muy bien.

Phoebe tragó saliva. No le gustaba el curso que tomaba la conversación.

-¿Me das tu palabra de honor de que después de que yo abandone el barco no irás detrás de mí? -Cato formuló la pregunta con su habitual frialdad, pero sus ojos nunca se apartaron del rostro de Phoebe.

-¿Dónde vas?

Como señal de los progresos que había hecho por comprender a su esposa, Cato respondió sin vacilar. -He de ir a la ciudad a buscar a alguien.

-¿A Brian Morse?

-No. De hecho, no. -Cato negó con la cabeza.

-Pero ¿crees que estará ahí?

El se encogió de hombros.

-Tal vez. Eso no es importante, pero...

-Es un hombre malo -interrumpió Phoebe algo furiosa. Cato frunció el ceño.

-Mal encaminado, poco fiable, con una ambición desmesurada, sin duda.

-Es un hombre malvado -proclamó Phoebe-. Lo sé yo, y Meg... y Olivia.

La pregunta de Cato parecía haber caído en el olvido. Iba a repetirla cuando Phoebe dijo de súbito:

-¿No podrías rechazarlo? ¿Desheredarlo? El ademán adusto de Cato se agudizó. La pregunta planteaba una cuestión demasiado delicada.

-Nunca he pensado en ello -dijo con voz apacible-. Presumía que no haría falta.

Phoebe se ruborizó de pies a cabeza. Al hacer la pregunta, por algún motivo no había tenido en cuenta su propio papel en la historia.

Cuando él advirtió su aflicción, lamentó sus palabras. Era lo bastante inteligente como para saber que si Phoebe no se quedaba en estado no tenía por qué ser culpa suya, podía deberse a algún desdichado capricho del destino.

-Phoebe, no hablemos ahora de eso. En este momento, Brian es lo que menos me preocupa.

-De acuerdo -dijo Phoebe en voz baja.

-Bien. Entonces ¿me das tu palabra de honor de que te quedarás en el barco hasta que regrese? -La voz volvía a ser fría y cortante.

-¿Cuándo volverás?

Cato contuvo su impaciencia. Con Phoebe no servía de nada, sus procesos mentales seguían un camino propio.

-No lo sé exactamente. Tengo que encontrar a ese hombre... o averiguar qué le ha sucedido. Quizá tenga noticias hoy mismo en el Tulipán Negro, o acaso tarde una semana. Bien, ¿me das tu palabra?

Phoebe se miró las manos apoyadas en el regazo. Hacía girar el anillo de boda, y observó distraídamente que el círculo de piel cubierto por aquél era más pálido que el resto de la mano. Tras cinco días de sol y mar estaba bronceada.

Cato aguardaba. Phoebe no decía nada.

-Bueno, confío en tu buen juicio -dijo Cato con su peculiar sentido del humor-. Pero me temo que no me queda otra alternativa.

Abandonó su posición en la puerta y agarró el talabarte, que colgaba de un gancho clavado en el mamparo. Se abrochó el tachonado cinturón y colocó la espada junto a la cadera. Tomó sus dos pistolas, las introdujo en el cinturón y deslizó un puñal en la bota.

Phoebe observaba esos preparativos con el corazón en un puño. Ya antes lo había visto vestirse de ese modo, pero era algo que siempre la llenaba de temor.

-¿Vas a enfrentarte a alguien?

-Sería de tontos no ir preparado -contestó, echándose la corta capa negra sobre los hombros. Miró a Phoebe, todavía sentada en el taburete, y, consciente de lo vano de sus

palabras, dijo-: No hay por qué temer nada, Phoebe.

-¿Ah, no? -dijo ella con la mirada desolada.

-Si no tengo intención de regresar esta noche, mandaré un mensaje -señaló al volverse hacia la puerta del camarote. La abrió y se detuvo, la mano en la jamba-. Phoebe, te lo preguntaré otra vez. ¿Me das tu palabra de que no intentarás abandonar el barco sin mi permiso?

Le tembló en los labios un gesto de conformidad, pero era un compromiso que sabía que no respetaría. Phoebe se quedó callada. Mostrarse poco fiable no era la mejor manera de ganar crédito ante su esposo, como había comprendido hacía tiempo. Cato suspiró.

-Que así sea, pues. -Salió y cerró la puerta despacio tras él. Phoebe *oyó* chirriar la llave en la cerradura.

Se puso en pie de un salto y se dirigió a la portilla, los ojos fijos en el pequeño fragmento visible de muelle. Cato apareció a los pocos minutos, dando enérgicas zancadas. Phoebe lo observó hasta que desapareció del cuadro.

Siguió en la portilla, la frente apretada contra el vidrio, observando como si de alguna manera pudiera hacer regresar a su esposo. A medida que la escena fluía y refluía en su comprimida visión, la mirada perdía algo de enfoque, por lo que apenas reparó en que Brian Morse aparecía ante sus ojos. Entonces, con una exclamación, parpadeó como si pretendiera limpiar las telarañas de la mente y los ojos y fijó la mirada.

¿Se trataba realmente de él? Sí, era inconfundible. Elegante como siempre con sus pantalones y su capa verde oscuro, encajes en el cuello y las muñecas, y la espada al cinto, estaba cruzando la línea de su campo visual y se dirigía hacía el deteriorado edificio de ladrillo rojo que había en la parte trasera del muelle. En la parte frontal del edificio había una puerta abierta. Brian se detuvo, echó un vistazo a su alrededor y entró en el lugar con gesto de determinación.

El corazón de Phoebe empezó a latir con fuerza. Brian había seguido a Cato. Dijera éste lo que dijera, en el fondo Brian no había ido a Rotterdam con las mejores intenciones para con su padrastro. Cato andaba por la ciudad, y Brian le pisaba los talones. La sensación de malignidad que Brian transmitía le hizo sentir de nuevo escalofríos. Cato podía desdeñarlo como amenaza, pero Phoebe sabía que obrar de ese modo era un error.

Se volvió hacia el camarote, furiosa. El Tulipán Negro. ¿Qué era eso? ¿Dónde estaba? Sonaba como una taberna o algo así. Se vistió, los dedos torpes por las prisas, y luego recorrió una y otra vez el reducido espacio entre la puerta y la portilla, devanándose los sesos en busca de un modo de escapar.

Miraba con desesperación por la portilla cuando la llave giró en la cerradura y se abrió la puerta a su espalda.

-Aquí está vuestro desayuno. -Entró el grumete con una bandeja-. El capitán dice que..., lord Granville dice que os quedaréis aquí. -Mientras dejaba la bandeja sobre la mesa la observó con curiosidad.

Phoebe pensó a toda velocidad. Tenía ante sí su única oportunidad. El chico ya la había ayudado antes, quizá los mismos incentivos volvieran a servirle.

-¿Sabes qué es el Tulipán Negro? -preguntó.

-Una taberna... en la ciudad..., muelle arriba.

-Bien. Ahora, escucha, no hay tiempo que perder -dijo Phoebe con apremio-. Si cuando te vayas dejas la puerta sin cerrar, te daré otras dos guineas.

Al muchacho le quedó la mandíbula colgando. -No me atrevo a hacer eso -dijo con voz entrecortada.

-Nadie te va a echar la culpa. -Phoebe buscó la bolsa bajo el colchón de paja. La agitó hasta sacar dos guineas y dejó éstas sobre la mesa, al lado de la bandeja-. Sólo tienes que salir, fingir que cierras con llave y seguir tu camino.

Las monedas destellaban bajo la luz del sol. El chico no podía apartar los ojos de las monedas.

Librodot

-No me atrevo -repitió en un susurro.

-Te aseguro que si lord Granville se enfada, su cólera caerá sobre mi espalda, no sobre la tuya -explicó Phoebe sin faltar en absoluto a la verdad-. Te prometo que él no te va a acusar de nada.

-Pero el capitán...

-El capitán sólo te echará las culpas si lord Granville se queja -puntualizó ella, tratando de eliminar el deje de desesperación en su voz. Estaban perdiendo el tiempo-. Y no va a quejarse de ti. -Empujó las monedas hacia el borde de la mesa.

El muchacho vacilaba. Reflexionó durante un rato. Lo cierto era que no había habido consecuencias desagradables después de que hubiera dejado subir a bordo a lady Granville. El capitán no había puesto objeciones, nadie había sospechado su implicación, y lord Granville y su esposa se mostraron en completa armonía durante el viaje.

Cuatro guineas eran una fortuna inimaginable. Superaba sus más ambiciosos sueños.

-No sé...

-Préstame tu gorra y tu jubón -dijo Phoebe mientras buscaba otra vez la bolsa para sacar un soberano, que puso a continuación junto a las guineas-. Te los devolveré en cuanto regrese. He de encontrar a mi esposo porque tengo que decirle algo. Si no logro hacerlo, ocurrirá una desgracia.

La intensa convicción en sus ojos azul claro era del todo sincera y bastó para convencer al grumete, que ya estaba medio convencido.

El chico se quitó el jubón y arrojó la gorra sobre la mesa.

-¿De verdad los queréis?

-Sí, así no se notará nada. -Phoebe recogió las monedas y se las dio-. Ten.

El se las metió en el bolsillo y se dirigió a la puerta.

-Sólo daré media vuelta a la llave. No tendréis más que empujar.

-Déjame intentarlo antes de que te vayas.

El muchacho cerró la puerta y giró la llave sólo un poco.

-Ahora -susurró a través de la puerta.

Phoebe dio un fuerte empujón. Al principio la puerta resistió unos instantes; luego se abrió de golpe con un crujido.

-Magnífico -declaró-. Ahora podrás decir que cerraste sin mentir.

-Sí -confirmó él aún un tanto dubitativo-. Pero será mejor si nadie llega a saberlo.

-Nadie lo sabrá -le aseguró Phoebe, cerrando la puerta de nuevo, escuchando girar la llave. En cuanto lo oyó, se resistió al impulso de probar otra vez si podía abrirse de golpe y se volvió al interior del camarote.

Se quitó la falda, la blusa y la chaqueta del traje de montar y revolvió en el baúl de Cato en busca de una de sus camisas. En su prisa desesperada, le temblaban los dedos.

Sus ajustados pantalones de montar no eran ni mucho menos como los clásicos pantalones de los hombres, pero debería conformarse con eso.

La camisa de Cato le llegaba hasta la mitad del muslo y cubría un sinnúmero de pecados. El raído y mugriento jubón del grumete sobre la camisa disimulaba su inmaculada blancura y la chorrera delantera. Se bajó las mangas para ocultar los volantes de los puños y se ató un pañuelo de Cato para exhibir en el cuello abierto lo que ella esperaba que fuera un aire desenvuelto.

En lugar de atarse los pantalones con correas por debajo de las botas, se los metió por dentro y, a continuación, se trenzó bien el cabello. Sujetó las trenzas por encima de la cabeza y se encasquetó con fuerza sobre ellas la grasienta gorra del muchacho. Al no disponer de espejo, no tenía ni idea de si componía una imagen que pudiera pasar inadvertida en las calles de Rotterdam. De todos modos, Phoebe estaba completamente segura de que, se pareciera a quien se pareciera, nadie la confundiría con lady Granville.

Se sentía mareada y hambrienta, y tuvo la tardía ocurrencia de tomar unas cuantas cucharadas colmadas de las gachas del desayuno, esperando que le arreglaran el estómago.

Fue entonces hacia la puerta, la abrió de golpe tras un empujón con el hombro, y salió al corredor.

Tenía que encontrar a Brian y seguirlo. Le parecía el proceder más sensato, más que encaminarse a ciegas en busca del Tulipán Negro, donde quizá no encontrara a Cato. Si no perdía de vista a Brian, estaba convencida de que éste la conduciría hasta su esposo. Sin duda habría alguna oportunidad de avisarle antes de que Brian los sorprendiera con algo desagradable.

Phoebe trepó por la escalera de toldilla y salió a cubierta intentando conservar el porte de quien tiene todo el derecho de estar donde está v de saber exactamente lo que está haciendo. Pero no había por qué preocuparse tanto. Nadie tenía tiempo para reparar en ella. La cubierta se hallaba en plena agitación mientras se descargaban las mercancías desde la bodega a los carros que aguardaban en el muelle, cuyos pacientes caballos sujetos a los tirantes bufaban y expulsaban vaporosos hálitos en el aire de aquella temprana hora. No obstante, la temperatura subió deprisa, a medida que el sol ascendía a lo alto prometiendo un hermoso día de primavera.

Alzó la vista hasta el alcázar, pero no había ni rastro del capitán ni del intendente, y el contramaestre dirigía las operaciones desde la orilla.

En la parte trasera del barco había una plancha secundaria, y Phoebe se dirigió al otro extremo para intentar acercarse a aquélla desde atrás. Dos marineros arrodillados estaban fregando la cubierta ayudados de piedras areniscas que llamaban «biblias». Phoebe pasó ligera frente a los hombres, que apenas alzaron la vista cuando el ordinario par de botas pisó con delicadeza el suelo recién limpio.

Phoebe bajó de un salto a la plancha en dirección al puerto y al instante se sintió más segura. Ya nadie la detendría. Se acercó resuelta al edificio de ladrillo rojo. A su alrededor no oía más que palabras en un idioma áspero y gutural que aumentaba su sentido de irrealidad. ¿Hablaba Brian flamenco? Y Cato? Curiosamente, no se le había ocurrido preguntarlo.

La puerta por la que había entrado Brian estaba entornada. ¿Estaría dentro todavía? No había podido vigilar el edificio todo el rato, por lo que acaso él ya se hubiera marchado. De ser así, Phoebe debería encontrar el Tulipán Negro.

Dudó unos segundos antes de cruzar con cautela la puerta entreabierta y pasar a un espacio cuadrado y oscuro lleno de fardos y embalajes. Era una especie de almacén, en el que la luz entraba sólo por un par de pequeñas ventanas sin cristales en lo alto de las paredes.

Se arrimó al muro de piedra y escuchó, aguzando el oído para captar el menor sonido. De pronto lo oyó: un débil murmullo de voces en el otro extremo del almacén.

A aquella distancia no podía distinguir las palabras, por lo que se deslizó junto a la pared con precaución hasta que pudo precipitarse tras un montón de fardos. Reparó en que se hallaba en una especie de laberinto. Logró abrirse paso a rastras, oculta por balas y cajas de cartón, usando las voces a modo de brújula.

Las voces se hicieron cada vez más inteligibles y pronto logró distinguir el tono nasal de Brian. Parecía estar discutiendo sobre algo. Pero hablaba en inglés.

Cuando estuvo todo lo cerca que se atrevió a llegar, Phoebe se detuvo y se quedó temblando tras un fardo de terliz a rayas, temiendo incluso respirar. Un ratón pasó a su lado rozando el suelo cubierto de paja, y ella apenas pudo reprimir un grito asustado.

-Para eso necesito cuatro hombres -dijo Brian-. A ese agente lo conozco bien, creedme.

-Con Johannes y Karl ya atrapamos a otros -señaló su interlocutor, con un fuerte acento-. Son buenos.

-No lo bastante buenos para atrapar también a Strickland -replicó Brian-. Esta vez vamos a por Strickland y a por el nuevo agente. Y sin cometer errores.

El otro hombre se limitó a soltar un gruñido y Brian siguió hablando con tono cortante y categórico.

-No conocéis a nuestra presa, amigo mío. Granville es sumamente astuto. Que venga Pieter y vos mismo.

Librodot

-Veamos el color de vuestro dinero.

-¡Habrá diez florines para vos, ya os lo dije! -El tono de Brian subió un grado-. Pagad a los hombres lo que queráis y el resto para vos. No haré preguntas.

-Veamos vuestra bolsa -respondió el hombre con severidad.

-Está en el barco. No pensaréis que soy tan tonto como para ir de paseo llevando todo ese dinero encima -dijo Brian enojado.

-Quince florines. La mitad ahora, y la otra mitad cuando hayamos terminado el trabajo -dijo el otro hombre al cabo de unos instantes-. Id a buscar el dinero y yo mandaré llamar a los demás.

Phoebe podía percibir la ruidosa respiración de Brian mientras discutía el incremento de emolumentos.

-Doce -replicó por fin-. Seis ahora, seis después. Se produjo un breve silencio. A continuación, el otro hombre gruñó de nuevo y dijo:

-Volved dentro de una hora.

Brian dio media vuelta, sus botas rozando el suelo de piedra, y salió del edificio dando grandes zancadas. Phoebe se sentó a esperar.

Brian maldecía de regreso al balandro que lo había llevado en persecución de su padrastro, pero su infame murmullo era más una manera de salvar las apariencias que una expresión de verdadero malestar. Doce florines era más dinero del que pretendía pagar, pero si la operación salía bien lo daría por bien empleado. El siempre fastidioso Strickland, eliminado; Cato, muerto; la herencia de su hijastro, garantizada; los seguros honores del rey... ¡Oh! sí, claro que valdría la pena.

Mientras se dirigía a la plancha de su embarcación, miró el *Dama Blanca.* ¿Dónde estaría Phoebe? En Harwitch la había visto subir a bordo a toda prisa. ¿Se habría quedado en Inglaterra? ¿Estaría ahora bajo la cubierta de la elegante goleta de tres mástiles?

Lo averiguaría más tarde, en cuanto hubiera atravesado a Cato con la punta de su espada. Todo habría terminado antes de anochecer. Tan cierto como que se pondría el sol.

Mientras contaba las monedas de la bolsa y las introducía en los bolsillos de los pantalones entornó sus penetrantes y pequeños ojos.

No, pese a todo, doce florines por el trabajo no era excesivo. Regresó apresuradamente al almacén.

Cuando Brian apareció de nuevo, Phoebe estaba aún en cuclillas tras el fardo de terliz. Antes que él habían llegado otros tres hombres, pero hablaban en flamenco y no les entendía. Por el tono, parecía que la discusión era por momentos enconada, pero las voces eran tan ásperas y extrañas que no estaba segura de interpretar bien dicho tono.

-¿Está todo el mundo aquí? -preguntó Brian mientras atravesaba la nave en dirección al grupo-. Bien. -Estrechó las manos a los recién llegados antes de decir con brusquedad-: Granville habrá ido primero al Tulipán Negro a obtener información sobre Strickland...

-Strickland ya está allí-señaló uno de los hombres.

Brian giró sobre sus talones.

-¿Cómo lo sabéis, Pieter? Hace tres meses que no anda por la ciudad.

Pieter se encogió de hombros.

-En ese caso, será que ha abandonado su escondite. Según mis fuentes, ha aparecido por el Tulipán Negro.

-¿Fuentes dignas de crédito? -preguntó Brian. Sus palabras fueron recibidas con un silencio burlón que encerraba la respuesta.

Brian reprimió su enfado. Sus compañeros eran asesinos a sueldo que actuaban siguiendo sus propias reglas. Si decidían que él, o el trabajo, no les gustaba, se desentenderían de ambos sin el menor remordimiento. Y él los necesitaba. Necesitaba ser capaz de confiar en ellos para guardarse las espaldas. La lealtad de aquellos hombres estaría en función del dinero que cobraran, y él consideraba que les pagaba en demasía, pero aun así no podía arriesgarse a enemistarse con ellos.

-Así que Strickland tiene alguna información que dar... -meditó Brian, como si la anterior contrariedad no se hubiera producido-. Algo lo bastante importante como para exponerse a que lo vea cualquiera que lo esté vigilando.

-Es su estilo -precisó uno de los otros-. Se mantiene en la clandestinidad durante semanas, hasta que se entera de algo interesante y después aparece de improviso, asomando sólo la cabeza como un conejo. Así es como atrapamos a los dos últimos agentes. Strickland sale a tomar aire, los otros se le acercan, y nosotros caemos sobre ellos.

-Esta vez iremos a por los dos -anunció Brian, y no pudo evitar añadir-: Lo que no entiendo es por qué, conociendo tan bien las costumbres de Strickland, él siempre se os escapa. Creía que la recompensa por su cabeza era lo bastante tentadora.

-Es tan escurridizo como una anguila -refunfuñó Heinrich-. Le hemos seguido muchas veces, pero justo cuando estamos a punto de agarrarlo se esconde en su madriguera.

-Sí, pero apuesto a que no ha mandado ningún despacho desde hace tiempo -observó el primer hombre-. Se lo hemos puesto demasiado difícil.

-De lo cual hemos de felicitarnos -susurró Brian. Después recuperó el hilo de la situación-: Empezaremos por el Tulipán Negro. Si Strickland no está allí, Granville tratará de localizarlo.

Los cinco hombres salieron del almacén, y Phoebe, tras obligarse a esperar unos minutos a que se despejara el terreno, abandonó el escondite y corrió a la puerta tras ellos.

Se quedó parpadeando debido a la luz del sol, mirando por el muelle. No había ni rastro de Brian ni del grupo de hombres. Se acercó a un transportista que supervisaba la descarga de su carro.

-¿El Tulipán Negro?

El hombre frunció el entrecejo como si no la entendiera, pero cuando Phoebe repitió las palabras, él asintió e hizo un gesto con el dedo pulgar indicando una estrecha callejuela que salía del puerto.

Phoebe le dio las gracias y se apresuró en esa dirección. El callejón estaba oscurecido por los arcos saledizos de los techos a uno y otro lado. El lugar parecía una perrera llena de desperdicios, y los adoquines estaban tan fangosos que, con las prisas, Phoebe estuvo a punto de resbalar.

Tras doblar una esquina en la empinada callejuela, Phoebe vio por delante a los cinco hombres, que andaban con grandes zancadas con calma y decisión. Daban la impresión de ir a realizar su trabajo sin importarles en absoluto que algún habitante de la ciudad pudiera desaprobar aquel modo de imponer su ley.

Cato se apoyó en el mostrador, asiendo con una mano la jarra de cerveza mientras paseaba su mirada engañosamente ociosa por la oscura estancia. El bajo techo estaba ennegrecido por el humo, y de las pipas se elevaban anillos azules que se entrelazaban sobre las cabezas de los presentes. A aquella temprana hora de la mañana, la clientela mantenía una actitud seria, silenciosa, pero Cato era consciente de que más de uno lo vigilaba.

Una moza se abrió paso por el local, llevando en alto una bandeja de jarras, esquivando con habilidad las series de escupitajos de tabaco que surcaban el aire para cuajarse en el serrín esparcido por el suelo. Col hervida, sebo humeante y cerveza rancia combinaban sus olores formando una mezcla malsana.

Cato esperó. Sabía que se habían fijado en él y esperó que alguien en contacto con Walter Strickland diera la noticia de su presencia. También tenía en cuenta, desde luego, la otra cara de la moneda. Era posible que se hubiesen enterado de la llegada del inglés a la ciudad no sólo amigos sino también enemigos. De todos modos, para llamar la atención de Strickland tenía que dejarse ver en un lugar bien concurrido.

Era de esperar que Strickland lo encontrara a él primero, pensaba Cato con semblante sombrío pidiendo que volvieran a llenarle la jarra, la mano derecha agarrada instintivamente a

Librodot

la empuñadura de la espada.

El tabernero, un hombre de cara colorada y expresión amarga y preocupada, llenó la jarra de Cato en el barril.

-Acaba de venir un muchacho, señor -murmuró-. Decía que su señoría a lo mejor querría conversar con él.

Cato arqueó una ceja.

-¿Que yo querría?

El tabernero se encogió de hombros.

-Es a su señoría a quien corresponde decidirlo.

Cato se bebió la cerveza. Echó un vistazo alrededor con aire de indiferencia y se fijó en un chico de corta estatura que estaba en el umbral. Dejó la jarra vacía en la barra, arrojó una moneda al lado y se acercó a la puerta. Pasó frente al joven y salió al callejón.

El chico se precipitó tras él y mantuvo su paso, trotando para poder seguirle de cerca. Ninguno de los dos dijo una palabra, pero cuando llegaron a una bocacalle, el joven tiró de la capa de Cato haciéndole gestos para que doblara la esquina.

Tras preguntarse si no estaría cayendo en una trampa, Cato siguió a su guía. No veía otra opción que correr el riesgo. Estaban en la calle de los zapateros remendones, sentados cada uno frente a su puerta ejerciendo su oficio. Al ver pasar al elegante caballero algunos alzaron la vista y unos cuantos intercambiaron miradas.

El chico se detuvo ante una casa que había en el extremo de la calle. Se quedó en la puerta observando a Cato con ojos expectantes.

Cato metió la mano en el bolsillo y le dio una moneda, confiando en no estar pagando al señuelo de un asesino. El muchacho tomó la moneda y puso pies en polvorosa con una presteza que aumentó la inquietud de Cato.

Observó la calle arriba y abajo. La gente parecía estar ocupada en sus asuntos, las amas de casa ajetreadas con sus cestos y sus escobas, sacudiendo alfombras desde las ventanas superiores, llamándose unas a otras en un alegre raudal de cháchara incomprensible.

Tras una leve vacilación, Cato cruzó el umbral y se adentró en la oscuridad. Debido al contraste con la luz del sol, tardó unos instantes en acostumbrar los ojos a la penumbra. Se hallaba en un pasillo largo y angosto con una puerta al final. A su derecha ascendía una escalera. Todo estaba tranquilo y, aun así, sabía que no se encontraba solo.

Miró la puerta a su espalda, casi temiendo descubrir que tenía cortada la retirada, pero allí no había nadie, sólo un charco de sol en el umbral. Se encogió de hombros y se encaminó hacia las escaleras, subiendo deprisa por los lisos peldaños de madera, desgastados por la procesión de innumerables pies durante años.

Las escaleras finalizaban en un pequeño descansillo en lo alto, donde había dos puertas, una de ellas ligeramente entreabierta. Cato la empujó para abrirla. La estancia parecía desierta. La chimenea estaba vacía y la pequeña ventana tenía los postigos abiertos. Se quedó en el umbral escuchando con atención. Después cerró despacio la puerta a su espalda y colocó la pesada barra atravesada, quedándose encerrado. Si había algún peligro, no aparecería por detrás.

-Una medida muy sensata -murmuró una voz.

Cato se dio la vuelta, la espada ya en la mano, y se vio frente a un hombre de anchas espaldas vestido con tela basta que también blandía una hoja desnuda en una mano y un puñal en la otra.

Cato reparó en que el hombre había salido de la chimenea.

-¿Strickland? -preguntó con calma, envainando la espada.

-¿Quién lo busca?

-Cato, marqués de Granville. -Cato le tendió la mano.

-Me siento muy honrado. -Walter Strickland envainó también su espada, tomó la mano de Cato y le dio un breve apretón-. Permanecer con vida las últimas semanas ha supuesto un

esfuerzo de mil demonios. -Dejó escapar una corta risotada y metió el puñal en la vaina al cinto.

-Lo suponíamos. Todos los agentes que hemos enviado han desaparecido. -Cato se acercó a la ventana y miró a la calle-. ¿Es segura esta casa?

-No, no hay ningún lugar seguro-respondió Strickland-. Me traslado sin descanso. Habéis tenido suerte de encontrarme hoy. Esta noche me voy a La Haya. Rotterdam se ha vuelto tan peligroso que pensaba mandar mis despachos desde allí.

-¿Os habéis enterado de que el rey pretende unirse a los escoceses? -Cato se apartó de la ventana y se dirigió al centro de la estancia.

-No. -Strickland meneó la cabeza-. Pero sería como meter el lobo en el redil del rey de Orange. -Fue hacia una alta alacena, la abrió y sacó una botella que contenía un líquido claro-. Ginebra -dijo quitando el tapón-. Los holandeses la destilan de bayas de enebro. -Sirvió un poco en dos copas-. Es fuerte, pero he visto cómo insuflaba coraje en muchos corazones cobardes.

-Dio a Cato una de las copas.

Cato bebió e hizo una mueca.

-Asqueroso -manifestó.

Strickland rió socarrón.

-Se le toma gusto poco a poco. -Volvió a llenarse la copa y la apuró de un trago-. Así que al rey le va lo escocés, ¿eh?

Cato asintió y dejó la copa sobre la mesa con otra mueca.

-Y me envían para llevaros conmigo. Vuestra misión aquí ha terminado y nos parece que tenéis mucho que contarnos. Pormenores y opiniones que no caben en un despacho.

-Sí, creo que sí -admitió Strickland-. Y no lamentaré volver a ver los verdes campos de mi patria. -Hubo otra breve carcajada-. ¿O debería decir los campos de mi patria bañados en sangre?

La expresión de Cato era sombría.

-Ha habido mucho de eso, pero estamos llegando al final.

-A menos que los escoceses se pongan desagradablemente agresivos de parte del rey.

-Todo es posible -dijo Cato.

-¿Pero no probable? -Strickland había captado el tono irónico.

-El rey jamás será un aliado de fiar. Pero ya veremos. -Cato se dirigió de nuevo a la ventana. Se sentía inquieto, incómodo por la facilidad y rapidez con que había realizado su misión.

Algo en la calle le llamó la atención.

Una silueta vestida con unas prendas de lo más estrafalarias se había precipitado hacia la puerta de la casa de enfrente. Sin embargo, no era la rareza de las ropas del muchacho lo que hizo que Cato frunciera el ceño, sino más bien la sensación de que algo en él le resultaba familiar.

22

Phoebe había seguido a Brian y su banda hasta el Tulipán Negro. Ella se quedó en la calle, dando puntapiés a las piedras, silbando entre dientes, intentando no llamar la atención mientras vigilaba la puerta.

El de espía era un nuevo papel para ella, y se sentía cohibida, dudando de si su disfraz le permitiría pasar inadvertida, preguntándose si resultaría convincente, indiferente a lo que la rodeaba. Le tranquilizaba que nadie pareciera echarle un segundo vistazo, y estaba comenzando a sentirse cómoda en su personaje cuando uno de los socios de Brian apareció de nuevo en el umbral de la taberna.

Era un hombre con una barba muy poblada, robusto, con poderosos bíceps y manos muy grandes. Miró a un lado y a otro de la calle, y después se llevó los dedos a los labios y soltó un silbido, un sonido agudo que parecía alejarse formando un torbellino, temblando en el aire enrarecido.

Phoebe se escondió tras una oportuna esquina desde la que podía observar sin ser vista. Enseguida llegó corriendo desde el muelle, callejuela arriba, un niño andrajoso. Se detuvo en seco frente al fornido hombre, que seguía de pie junto a la puerta de la taberna.

Phoebe podía oír la fuerte e intimidatoria voz del individuo. El chico estaba encogido como si temiera un golpe. No recibió ninguno, pero el niño siguió medio encorvado mientras vertía un locuaz torrente de palabras a las que el hombre corpulento parecía prestar mucha atención.

Cuando el chico se quedó callado, Brian salió a la puerta. Habló con su fornido socio. Phoebe no pudo oír lo que decían, pero por lo visto complacía a Brian, que arrojó una moneda de cuatro peniques a los pies del niño y volvió a entrar.

El chico recogió su exigua retribución y salió disparado calle abajo. El hombre fornido escupió sobre los adoquines y desenvainó un cuchillo que llevaba al cinto. Sostuvo en alto la hoja y, acto seguido, la afiló contra el dintel de la puerta sobre su cabeza.

El gesto suponía una amenaza tan obvia que Phoebe sintió un hormigueo en la piel.

Brian y los otros tres se reunieron con el hombre corpulento en la calle. Celebraron un breve coloquio y se marcharon a grandes zancadas.

Phoebe los siguió a una distancia prudencial, metiéndose en los portales, ocultándose tras las esquinas, intentando modificar siempre su avance, procurando que la persecución no resultara descarada por si a alguno de ellos se le ocurría mirar hacia atrás. Pero cuando doblaron la calle de los zapateros, parecían indiferentes a todo lo que había a su alrededor.

Andaban sin disimulo, como si su misión no tuviera un propósito siniestro, y Phoebe sintió que eso era precisamente lo más amenazador. En lo más profundo de sí misma sabía que tenían intención de hacer daño, y que les trajera sin cuidado que alguien lo supiera la asustaba de veras. Aquello parecía dar a entender que un acto criminal, a plena luz del día, no suscitaría comentarios en las calles de Rotterdam.

Se detuvieron a mitad de camino en la calle de los remendones. Phoebe se quedó atrás, deseando que fuera lo bastante cerca para oír lo que decían. El hombre fornido gesticulaba indicando el final de la callejuela. Tras unas palabras, los cinco hombres siguieron adelante, pero ahora pasaron del centro al lado derecho, manteniéndose arrimados a la pared, con entramados de madera y blanqueadas con cal, para que no pudieran verles desde arriba.

Phoebe se deslizó al otro lado de la calle conservando la distancia, pasando de un portal a otro. Ahora notaba que era blanco de algunas miradas, y ella respondía con una sonrisa con la boca abierta en exceso pretendiendo dar a entender así un cierto desajuste mental. No tenía la más remota idea de lo que iba a hacer, sólo sabía que tenía que hacer algo.

Brian y sus cómplices se detuvieron justo a la derecha de la casa que había al final de la calle. Parecía un edificio corriente, con una puerta estrecha, una ventana en la planta baja y otra arriba, bajo un tejado inclinado de tejas rojas.

Brian y el hombre corpulento hablaban de espaldas a la calle. Phoebe se precipitó al portal de la casa que se encontraba justo enfrente. Alzó la vista hasta la ventana de la casa y el corazón le dio un brinco. Cato estaba allí. Miraba hacia abajo, pero no podía ver a Brian y sus compinches, que estaban arrimados a la pared a uno y otro lado de la puerta.

Si ella le hacía señales, ¿la vería? No, desde luego que no. Phoebe se mordió el labio, consciente de su impotencia, y pese a ello tenía todos los músculos tensos dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara.

La puerta a su espalda estaba cerrada. En el alféizar junto a la misma había una maceta a rebosar de geranios. Phoebe alargó la mano y se apoderó del tiesto. Eran unos geranios preciosos, a rayas blancas y rosas.

Agarró la maceta con las manos, respiró hondo y la lanzó hacia la estrecha callejuela.

No pretendía alcanzar la ventana sino que la estrelló contra las piedras provocando un terrible estrépito, esparciendo por el suelo fragmentos de barro, tierra negra y flores rayadas.

Durante unos instantes hubo cierta confusión. Brian y sus hombres dieron un salto instintivo como si fueran a abrir fuego contra ellos. Cato desapareció de la ventana. Phoebe se alejó del portal en que se encontraba y se escondió entre unos arbustos al lado del edificio.

-Parece que sucede algo -señaló Walter Strickland en el típico tono de quien está habituado a tales inconveniencias. Se acercó a la chimenea-. Se puede salir por aquí.

-No -dijo Cato, encaminándose a la puerta. -Amigo, no seáis temerario! ¿Y si en la calle hay una encerrona? -protestó Strickland.

-Quizá la haya -admitió Cato con una mueca-. Pero eso no es todo lo que ocurre ahí abajo. -Se sacó las pistolas del cinturón-. ¿Bajáis conmigo?

Strickland lo observó perplejo durante unos instantes y, a continuación, se encogió de hombros.

-Desde luego. -Desenvainó la espada y se dirigió a la escalera-. Estoy acostumbrado a operaciones bastante más clandestinas -señaló, animado, en el descansillo-. Supongo que no os importará decirme a qué vamos a enfrentarnos.

-Aparte de mi esposa, sólo puedo hacer conjeturas, amigo mío -contestó Cato, que lo adelantó de un salto y corrió escaleras abajo-. Pero al menos nos han avisado.

Strickland meneó la cabeza aún más confuso. Parecía como si Granville hablara en clave. Con todo, lo siguió, espada en alto. En la vida de un agente no tenían lugar reyertas a menudo, pero de vez en cuando le apetecía una.

Salieron bruscamente a la soleada mañana. La mirada de Cato se cruzó con la de Brian, fría y dura sobre la pistola que le apuntaba. En la mirada transparente de su hijastro leyó con claridad la palabra asesinato y supo que lo había subestimado. Aquello tenía mucho más que ver con la ambición de Brian que con la política. Cato era el único y exclusivo objetivo de Brian en esa callejuela de Rotterdam. El disparo sonó en el mismo momento en que Cato adivinó la intención de su hijastro. Saltó a un lado dando vueltas como si se encontrara en el campo de batalla. La bala silbó sobre sus hombros, incrustándose en la blanda madera de la jamba de la puerta a su espalda.

Cato no se decidió a disparar. Tenía el dedo en el gatillo, apuntando con mano firme mientras recorría con la mirada el cañón del arma de Brian. Aun así, contraviniendo el instinto de todo soldado, el sentido profundo de cierta obligación moral le inmovilizaba la mano. Pero Brian había disparado a matar, y ahora Cato era consciente tan sólo de una fría determinación para vencer al enemigo. Eran cinco. Ni rastro de Phoebe, a quien debía gratitud eterna. Cabía esperar que, dondequiera que estuviese en ese momento, tuviera el suficiente sentido común de quedarse quieta.

Se echó a la izquierda y disparó con ambas pistolas a los dos hombres que estaban peleando cuerpo a cuerpo con su amigo. Uno se desplomó con un grito de dolor. Strickland se desembarazó del otro como un perro sacudiéndose el agua, y saltó de lado lanzando mandobles con la espada.

Uno fuera de combate. Cuatro contra dos. En cuanto logró olvidar que su hijastro y heredero trataba de asesinarlo, Cato fue consciente de la desigualdad de fuerzas. Arrojó a un lado sus ya inútiles pistolas y desenvainó la espada.

Phoebe seguía todavía acurrucada entre los matorrales. Se había dado cuenta con retraso de que estaba metida en un arbusto espinoso, sentía la espalda como la de un puerco espín pues las infames espinas pinchaban su cuerpo cada vez que tomaba aire. El discordante estrépito de acero contra acero penetraba en sus oídos, pero apenas podía ver nada de lo que sucedía. No obstante, sabía que Cato estaba en desventaja. Una bota, que ella sabía que no pertenecía a su esposo, se movía dando saltos cerca de Phoebe, se lanzó hacia ella y la agarró con ambas manos. Su propietario cayó con un chillido de pasmada cólera.

Envalentonada, Phoebe serpenteó hasta salir de su escondite. En su zambullida entre las espinas había perdido la gorra de grumete y las trenzas le caían sueltas sobre los hombros;

pero su aspecto era ahora lo que menos le preocupaba. Buscó a Cato con mirada inquieta.

Había sangre en la callejuela, que había quedado vacía salvo por la presencia de los cinco hombres y Phoebe. Al primer disparo de pistola, los vecinos de la calle de los zapateros se habían esfumado.

El hombre que Phoebe había derribado se puso en pie a duras penas, la vio y se lanzó sobre ella. Phoebe saltó a un lado. La espada de Cato dio un tajo en el antebrazo del hombre. Ella contempló los ojos de su esposo, oscuros, brillantes, totalmente intimidatorios; parecían mirar a través de ella. Phoebe agachó la cabeza y corrió hacia el otro lado de la calle.

Una mano la asió y la arrastró lastimándola, le torció el brazo en la espalda y ella reprimió un grito de dolor.

Entonces todo se detuvo. Cato dejó caer la punta de su espada. Walter Strickland se quedó donde estaba, la espada suspendida en alto.

Brian sujetaba con fuerza a Phoebe, que sufría un tremendo dolor en el brazo doblado, por lo que cerró los labios y miró fijamente al suelo, conteniendo las lágrimas que anegaban sus ojos.

-Vaya, vaya -murmuró Brian, la mano libre entrelazándose en el cabello suelto. No era la situación que él hubiera preferido, pero un hombre aprovechaba las oportunidades cuando éstas se presentaban. Había otras mujeres tan seductoras como la deslucida Phoebe. Muchas, todas, preparadas y dispuestas a acostarse con el marqués de Granville. Soltó una risa breve-. ¡Hablando del rey de Roma...! De veras, Phoebe, no puedo por menos que compadecer a vuestro esposo. -Alzó los ojos en dirección a Cato con indisimulada sensación de triunfo-. Tirad la espada, mi señor. -La voz era suave y dulce cuando sacó el puñal y llevó el filo hasta la garganta de Phoebe-. Y vos también, señor Strickland. -Sonrió al agente-. Estoy seguro de que lord Granville accederá a mi petición.

Walter Strickland echó un vistazo a Cato. La expresión de lord Granville parecía esculpida en hielo. La mirada de Strickland encerraba una pregunta que no recibió respuesta, y el agente siguió con el arma levantada.

-Vamos, mi señor-insistió Brian con un deje de ironía mientras apretaba el puñal en la garganta de Phoebe-. Dejad vuestras armas o ella morirá... ahora mismo. -Hizo girar la daga para que ella pudiera sentir cómo el cortante filo lastimaba la tierna base de su mentón.

Phoebe levantó los ojos y se encontró con la desolada mirada de Cato. Escalofríos de miedo le recorrían la espalda, le reptaban por el cuero cabelludo. El cuchillo en la garganta se hundía cada vez más, y ella sabía con fría y desesperada certeza que iba a morir, que Cato no iba a salvarla. Se había entrometido en su misión, y Cato no permitía que nada ni nadie se interpusiera entre él y su deber. Ella siempre había sabido eso.

-Dejad las armas, mi señor -repitió Brian. Cato contemplaba a Phoebe con los ojos en blanco. Parecía que su mirada pasaba a través de ella.

-Eres más estúpido de lo que creía, Brian -afirmó Cato con aspereza-. No tengo tiempo para los sentimientos. No lo tuve con tu madre. ¿Por qué debería tenerlos ahora con esa muchachita metomentodo? -Giró en redondo, la espada atrapando la luz al dar el tajo, rompiendo el hechizo momentáneo de la inacción.

El movimiento fue tan repentino, la sensación tan violentamente sorprendente, que la atención de Brian flaqueó por un instante. Phoebe dio un puntapié al aire al tiempo que hundía el codo en la boca del estómago de Brian. Cuando éste se dobló hacia adelante, jadeando por el dolor y las náuseas, ella hundió los dientes en la mano que ahora titubeaba en su garganta.

Brian aflojó el puño, y Phoebe se apartó de él dando vueltas no sin antes propinarle un fuerte puntapié en el muslo.

Cato la agarró, la empujó a un lado, lejos de la refriega, y fue a por Brian. Estaba inflamado por una fría cólera que sólo contemplaba un objetivo. En el alma de Cato ya no quedaba sitio para la piedad, para el remordimiento, para los lazos familiares. Mataría al hombre que había estado a punto de asesinar a Phoebe.

Phoebe había caído de rodillas a un lado de la calle. Se levantó a duras penas, sus ojos

grabando la escena. Cato luchaba con Brian. El amigo de Cato recibía el duro acoso de los otros. Había un cuchillo en el arroyo. Phoebe lo asió, cerró los ojos y lo clavó de arriba abajo en uno de los agresores de Walter Strickland. Se encontró con la resistencia de la ropa y la carne de debajo antes de penetrar en el hombro del esbirro.

El hombre dejó caer su espada con una vil maldición y Phoebe saltó hacia atrás, dejando el cuchillo clavado en la espalda de su agresor. Después se agachó, tomó la espada caída y, haciendo un supremo esfuerzo, sostuvo la pesada hoja con ambas manos agarradas a la empuñadura. No tenía ni idea de si podría esgrimirla con alguna finalidad, pero se sentía más útil con ella. A su espalda oía el entrechocar metálico de espadas mientras el avance de Cato obligaba a Brian a retroceder hacia el muro de la casa.

Cato era mejor espadachín que Brian, y en buena lid el más joven no tenía nada que hacer. Brian lo sabía. Sus ojos cada vez más extraviados buscaban alguna circunstancia favorable que le permitiera superar la mayor destreza de su padrastro. Sólo podía contar con sus cómplices, pero sus bramidos pidiendo ayuda caían en saco roto. Vio los ojos de Cato. Negros como el ágata. Despiadados como nunca los había visto. Brian sabía que estaba perdido.

Cuando la espada de Cato se deslizó por debajo del brazo de su adversario con tanta facilidad como un cuchillo cortando mantequilla, Brian lanzó un suspiro, casi aliviado de que todo hubiera acabado. Cayó sobre una rodilla y a continuación fue desplomándose poco a poco hasta quedar acurrucado en posición fetal sobre los adoquines.

Los dos hombres que quedaban de pie echaron un vistazo y después, con un ademán casi cómico de resignación, retrocedieron y desaparecieron en el callejón que corría junto a la casa, dejando que sus compañeros heridos se las arreglaran solos. Desde todas las ventanas, ojos invisibles contemplaban el campo de batalla.

Cato, con una mirada indescifrable, permaneció de pie observando a Brian Morse.

-¿Está muerto? -preguntó Phoebe, sin aliento, sosteniendo aún la pesada espada con las dos manos.

-No del todo. -Cato envainó su ensangrentada espada. Luego miró a Phoebe; una rápida mirada de aprobación. Le ladeó la barbilla, examinó la piel donde Brian había apoyado su puñal y finalmente asintió satisfecho.

-Dame esto. -Tomó la espada de manos de su mujer y se acercó a los otros hombres heridos. Los observó sin abrir la boca durante unos instantes, y después se volvió a Strickland, que estaba envainando su espada-. ¿Todo bien?

-Sí -respondió Strickland-. Pero he de confesar que no me gusta luchar en desventaja. -Miró con interés a Phoebe, que aún estaba de pie junto a Brian, sin saber muy bien qué decir o hacer a continuación. En la firme boca de Strickland se dibujó una ligera sonrisa burlona-. Aunque parece que la pelea se ha nivelado un poco.

Cato no hizo ningún comentario.

-Vámonos de aquí -dijo-. Pronto tendremos a toda la ciudad detrás de nosotros. -Con el dedo doblado dirigió a Phoebe una orden elocuente-. Ven aquí.

Phoebe se acercó despacio.

-¿Vas a dejar a Brian?

-Si no lo he matado ya, no voy a hacerlo ahora -replicó-. Ven aquí.

El tono conciso no resultaba tranquilizador, pero Phoebe no podía imaginar que Cato volviera a tranquilizarla nunca más. Echó otro vistazo a los hombres heridos. La calle se encontraba aún desierta. No vio a nadie, pero percibió un sinnúmero de ojos posados sobre ellos.

Cato le colocó una mano en la parte baja de la espalda, y Phoebe, perpleja y desventurada, cedió a la presión porque no vio otra alternativa.

-¿De quién se trata? -inquirió Walter Strickland, limpiando el puñal en el costado del muslo. Contempló a Phoebe con evidente fascinación.

-¿No me creéis? Es mi esposa -dijo Cato al tiempo que le quitaba a Phoebe una espina

que sobresalía de la parte posterior del jubón.

-No -replicó Strickland con franqueza. La examinó con atención, y Phoebe sintió que se le subían los colores.

-Pues creedlo, amigo mío. -Cato tomó un pliegue del jubón entre el índice y el pulgar-. Es una prenda de lo más asquerosa. ¿De dónde la has sacado?

-Tengo que devolverla -explicó Phoebe-. Sólo he pagado un soberano por ella. Pero creo que he perdido la gorra.

-Esto no responde a mi pregunta -señaló Cato, sombrío-, pero supongo que acabaré encontrando una explicación a todo esto. -Meneó la cabeza con gesto de fingido desaliento-. ¿Esto que llevas debajo del repugnante jubón es una de mis camisas?

El súbito cambio de tono confundió tanto a Phoebe que no fue capaz de responder. Cato parecía divertido, la brusquedad de unos momentos antes había desaparecido. En su expresión ya no detectaba enfado, aunque tampoco agradecimiento por su intervención. No entendía nada salvo el simple hecho de que Cato estaba sano y salvo, que era lo único que importaba.

Sin embargo, de resultas de aquel estallido de intensa actividad física y emocional le sobrevino un profundo desánimo. Phoebe tenía muy presentes los ojos de Cato: fríos, adustos, escrito el rechazo en ellos. Cato le había dado la espalda. Le había dicho a Brian que sólo le importaba su deber. Ella se había librado sola. El no había hecho nada por salvarla. Le había dado la espalda.

-¿Vuestra esposa, Granville? -Al parecer, Walter Strickland estaba perdiendo su acostumbrada compostura.

-Lady Granville... Walter Strickland -dijo Cato con un ademán ceremonioso.

-Encantada de conoceros, señor -dijo Phoebe, embotada. Entonces acudió en su ayuda un resquicio de ánimo, y añadió alzando la barbilla-: Pero no deberíais juzgar por las apariencias.

-¡Oh! creedme, Strickland, en este caso sí deberíais -señaló Cato.

-Encantado de conoceros, lady Granville. -Walter Strickland hizo una reverencia, un grato destello brilló en sus ojos en tanto respondía a la superflua formalidad de las presentaciones-. Esta mañana nos habéis prestado un gran servicio.

Phoebe esperó algún reconocimiento por parte de Cato, pero todo lo que dijo, con una voz seca como hojas marchitas, fue:

-Mi esposa es una mujer que interpreta muchos papeles. Todos ellos excéntricos, como el lamentable vestido que ahora luce.

Habían llegado al muelle. La cubierta del *Dama Blanca* estaba ahora tranquila, la descarga había terminado, y la tripulación tenía permiso para andar por la ciudad bajo los calientes rayos del sol del mediodía.

Phoebe notó que estaban a punto de saltársele las lágrimas. Cato se reía de ella. Primero la abandonaba y después la ponía en ridículo. Tal vez la estaba castigando, quizá él pensaba que lo merecía. Aquello era injusto y cruel.

Se adelantó un paso en dirección a la plancha del barco, anhelando la intimidad del pequeño camarote.

-Strickland, tendréis que negociar un pasaje con el capitán Allan -advirtió Cato al tiempo que dejaba caer una mano firme en el hombro de Phoebe y la atraía a su lado sin decir una palabra-. Supongo que lo encontraréis en La Gaviota. Esta mañana me ha dicho que pasaría allí casi todo el día.

Strickland echó un vistazo a la taberna en cuestión, y después miró de reojo a Phoebe, que permanecía rígida y en silencio bajo la mano de Cato.

-Bien, imagino que lo encontraré. Ya no creo que resulte peligroso que me vean la cara por la ciudad. Amenos que haya más bandas de revoltosos por mí. -Soltó una risita llana como si la idea fuera absurda y se alejó camino de La Gaviota.

-Quiero ir al camarote -dijo Phoebe, tratando de desasirse de la mano dominante de

Cato.

-Allí es precisamente donde vamos -replicó él, imperturbable-. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar. -Deslizó la mano hasta el brazo de ella y la apremió para que se moviera en dirección al *Dama Blanca.*

-Quiero ir al camarote sola -objetó Phoebe-. No me encuentro muy bien.

-Después de esta aventura, quizá resulte sorprendente -replicó con un tranquilo asentimiento y sin aflojar la mano-. Veamos qué podemos hacer para resolverlo.

No había alternativa. El la iba a acompañar tanto si ella quería como si no.

-Por cierto, ¿de quién es ese espantoso jubón? -preguntó Cato cuando llegaron a la intimidad del camarote. Acto seguido, cerró la puerta y se apoyó en ella, en jarras, con un inequívoco vislumbre de regocijo en los ojos.

-Es del grumete -contestó Phoebe, quitándose la prenda con un espasmódico movimiento le los hombros. Estaba empezando a enfadarse.

La mofa de Cato era el colmo. Ella se alegró de sentir una nítida emoción que brotaba a través del lodo de su desdichada confusión-. Le he dado un soberano, pero he perdido su gorra, así que tendré que pagársela.

-¿Has recurrido a la ayuda de ese grumete para salir del barco?

Phoebe lo miró airada.

-Fue el que me ayudó a subir en Harwich.

Cato dejó escapar un silbido.

-Nunca te pregunté cómo lo lograste. Incauto de mí. Si lo hubiera sabido, seguramente habría impedido la pequeña travesura de esta mañana. ¿Con qué incentivos convenciste a ese desventurado muchacho?

-Con guineas -dijo Phoebe-. Cuatro en total.

Cato estaba perplejo.

-¿Dónde demonios conseguiste toda esa cantidad, Phoebe?

Ella le dio la espalda mientras se desabrochaba la camisa.

-En la casa de empeños de Witney.

Hubo un instante de silencio. Después Cato habló con tono coloquial.

-Perdona, pero no estoy seguro de si te prohibí que volvieras a ir al prestamista. Ay de mí, me falla la memoria.

Phoebe apretó los labios con fuerza y arrojó la camisa a un lado. Tomó la suya, que aún estaba sobre el taburete.

-Sí, claro -prosiguió Cato con la misma afabilidad-, era la época en que yo todavía andaba engañado y creía que, como esposo, podía imponer cierta autoridad sobre tus acciones. Me hago cruces de lo errado que estaba.

La ira era ya completa, se había consumido el último maldito vestigio de compasión de sí misma. Phoebe se volvió hacia él, sosteniendo la camisa en las manos, los ojos encendidos refulgiendo en su cara pálida.

-¿Encima has de burlarte de mí? ¿Qué más te da lo que yo haga mientras no me cruce en tu camino? -gritó con amargura-. Sé muy bien cuál es mi relación contigo, mi señor.

Cato quedó estupefacto. Se apagó su mirada risueña. -Phoebe, ¿de qué estás hablando? -La voz se amansó de repente.

-No tienes por qué preocuparte -dijo ella con el mismo tono amargo-. No volveré a entrometerme entre tú y tu trabajo. Sé cuál es mi sitio, señor. He tardado mucho tiempo, lo reconozco, pero, como se puede comprobar, soy bastante dura de mollera. Para ablandar mi cabezota ha hecho falta un martillo. Pero créeme, por fin lo he entendido.

Phoebe alzó una mano como para protegerse de él mientras manipulaba nerviosa las mangas de su blusa, que por algún motivo parecían haberse vuelto del revés.

Cato le arrancó la prenda de sus manos y la arrojó a la litera. La tomó por los hombros, los dedos deslizándose por los finos tirantes de la saya hasta alcanzar con su calor la piel desnuda.

-No estoy seguro de lo que estás diciendo, Phoebe, pero creo que deberías hablarme claro.

Lágrimas de ira, de desengaño, la profunda herida se hizo evidente en los ojos azul verónica de Phoebe cuando ambos cruzaron la mirada.

-¿No es obvio? -dijo ella, la voz entrecortada pero firme-. Sé que para ti no he sido nunca más que una conveniencia... O mejor dicho, la mayor parte del tiempo una inconveniencia -añadió con mordacidad-. He intentado demostrarte que yo podía significar algo más para ti, que merecía tu confianza, que podía tomar parte en tu trabajo, en todo lo que te afecta, pero tú no lo entiendes, ni escuchas. ¡Estás cargado de prejuicios!

Llevó al punto una mano a los ojos, pero las palabras de enojo siguieron fluyendo.

-¡Y ahora sé realmente lo que valgo! ¡Nada! ¿No es cierto?

-Eh... Eh... -Cato la zarandeó ligeramente intentando detener la furiosa y lagrimosa perorata-. ¿De qué demonios estás hablando, mujer? Me doy cuenta de que has tenido una experiencia desagradable, ¡pero no puedes hacerme responsable de ello! Phoebe, has dejado claro innumerables veces que tú vas a tu aire, por lo que debes apechugar con las consecuencias de tus decisiones.

-Sí -dijo Phoebe, ahora con expresión apagada-. Tienes razón. Pero nunca creí que significara tan poco para ti, hasta el punto que tú..., que tú... -Se le quebraba la voz. Por algún motivo no era capaz de decirlo.

-¿Hasta el punto que yo qué? -inquirió Cato con un tono suave como la seda.

-Hasta el punto de abandonarme -dijo Phoebe-. Si no me las hubiera apañado yo sola, me habrías dejado a merced del cuchillo de Brian.

Cato tenía la mirada fija, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

-¿Crees que yo habría hecho algo así?

Phoebe trató de encoger los hombros para desasirse de él.

-Ya no importa -espetó-. Debería haberlo sabido. Tú siempre has dicho muy claro que lo primero es el deber. Yo me entrometí. Desde luego, no podías sacrificar tu misión por culpa de mi estúpido error.

Cato comenzó a entender de qué hablaba Phoebe. Pero lo que decía no tenía pies ni cabeza. Era ridículo que ella lo creyera capaz de tal barbaridad.

-A ver si lo entiendo. Porque quiero estar seguro de haber oído bien. -Sus dedos se doblaron en los hombros de ella magullándola levemente-. ¿Me estás acusando de haber estado dispuesto a dejarte en manos de Brian? ¿Estás diciendo eso de veras, Phoebe?

Phoebe notó que se apagaba un poco el brillante lustre de su justificado convencimiento.

-Lo has hecho -remarcó ella-. Le has dicho que yo no te importaba. Me has dado la espalda. No sé cómo has podido hacerlo, pero lo has hecho.

-¡Dios mío! ¿Cómo puedes siquiera imaginar algo así? ¿Qué demonios he hecho yo para que tú creas algo así de mí? -preguntó apremiante Cato.

-Lo has dicho.

-Y qué ha pasado tras haberlo dicho? -inquirió. Un músculo palpitaba nervioso en la comisura de la boca.

En ese músculo había algo que indicaba peligro. Phoebe recordó lo sucedido, buscando la respuesta adecuada. Aún podía sentir el puñal en la garganta. Podía ver todavía los ojos de Cato, negros, sin vida, mirando a través de ella. No respondió, pero se llevó la mano inconscientemente al cuello.

-Brian perdió el equilibrio por lo inesperado de la acción. -El propio Cato respondió a su pregunta-. Si no hubieras sido lo bastante rápida para aprovechar su sorpresa momentánea, lo habría hecho yo.

¿Estaba entonces equivocada? Confusa por el dolor y la incertidumbre, ¿había sacado conclusiones equivocadas?

-¡Ven! -ordenó él, chasqueando los dedos con ademán imperioso. En el severo rictus de

su boca, en el resplandor oscuro de los ojos, advertía Phoebe cómo Cato

intentaba reprimir su cólera-. Me debes una explicación por esa acusación. Y la quiero oír ahora.

¿Cómo había conseguido él echarle finalmente la culpa a ella? No era justo. Todos los meses de esperanzas frustradas se hicieron de pronto bien visibles. Phoebe se enfrentó entonces a Cato con una enfurecida efusión de sus emociones más profundas, la verdad surgiendo de sus labios en una vehemente cascada.

-No me amas. Yo te amo con locura y tú no sientes hacia mí nada parecido. ¡Oh! a veces, soy un divertido juguete. Buena para la cama. Un día dijiste que te gustaba, y seguramente es cierto la mayoría de las veces, excepto cuando me cruzo en tu camino. Sé que no soy importante para ti, que no soy importante de verdad. Lo has dejado claro en muchas ocasiones. Sólo te importa tu propio mundo, de modo que ¿por qué ibas a hacer semejante sacrificio por mí?

Apartó los ojos de él, incapaz de mirarlo mientras desahogaba su corazón.

-¿No lo entiendes? Necesito que me ames. Yo te he amado todo este tiempo, tú eres mi vida. Yo necesito ser tu vida. Pero sé que no puedes amarme, y ya que no significo nada importante para ti, apenas ha de sorprender que crea en tus palabras a pies juntillas.

-¡Dios mío, Phoebe! -Cato le tomó el rostro entre sus duras manos para que ella lo mirara-. ¿Cómo puedes decir todas estas cosas? Sí, admito que más de una vez has estado a punto de volverme loco. Tan a punto que, en alguna ocasión, casi he perdido todo rastro de control. No sé qué hacer contigo. No puedo manejarte. Pero, ¡Dios mío, muchacha!

Se calló, escrutando la penetrante expresión de Phoebe, la ancha y generosa boca, la redondeada barbilla, la nariz respingona. Miró en la profundidad de sus ojos llenos de pasión. Y era como si la viera por primera vez. Vio su indecisión, su vulnerabilidad, la confianza con que le había entregado el corazón. Vio el profundo pozo de amor y pasión, atisbó en las genuinas profundidades de su alma... Por fin Cato entendió sus propios sentimientos. Por mucho que se tratara de una emoción pesada y molesta, el amor lo había esclavizado. Hasta entonces, él lo había negado porque le asustaba. Perder el control suponía la culminación de sus miedos. Nunca había admitido la ira, y jamás reconoció el amor. Sin embargo, Phoebe lo había sacado de sus casillas y lo había cubierto de amor. Se pasó las manos por el pelo en un gesto de resignada derrota.

-No concibo respirar cada día sin saber que estás a mi lado -dijo, sin intentar disimular lo más mínimo su sorpresa ante esa revelación-. Estoy tardando mucho en comprenderte, pero, Dios mío, eso forma parte de tu hechizo. Soy tu esclavo. No puedo vivir sin ti.

Phoebe, sin habla, se limitó a mirarlo fijamente. Ni en sus más disparatadas fantasías habría imaginado jamás una declaración de amor como aquélla. No era tierna, ni dulce, ni cariñosa. Era rotunda y desaforada. Sin embargo, ella no había oído jamás nada que sonara tan bien.

-No lo sabía -dijo al fin-. ¿Cómo podía saberlo?

-Podías haber utilizado el sentido común que Dios te ha dado -espetó Cato-. En este momento no sé si estoy más cerca de hacerte el amor o de retorcerte el cuello. Ambas cosas me atraen.

-¿Puedo elegir? -Phoebe deslizó los brazos en torno al cuello de Cato y le sonrió. Era una sonrisa temblorosa, pero bajo ella latía el poder recién adquirido de una mujer que había acabado conociéndose a sí misma. Y se sabía amada.

Cato leyó ese pensamiento en los ojos seductores y entornados de su esposa como si estuviera escrito en papel vitela.

-Dios mío -murmuró-. ¿Qué acabo de provocar?

-Todo aquello que quieras, señor -respondió Phoebe-. Yo puedo ser cualquier cosa... Todo lo que... desees.

Cato le pasó las manos por el cabello, alisándolo, dibujando el contorno de su rostro, dejando éste despejado y al descubierto.

-Lo eres, cariño mío, no lo dudes.

El tono resignado de la voz de Cato no engañó a Phoebe, pues sus ojos le delataban: estaban encendidos de amor y deseo.

Al fin el mundo funcionaba bien.

-Te amo -susurró Phoebe, y sintió que el amor de Cato entraba en su interior de mano de su dulce aliento al acercar su boca a la de ella.

Epílogo

Woodstock, Oxford, noviembre de 1646

-¡Olivia, mira qué gorda estoy! -En la voz de Phoebe no se apreciaba deje de lamento alguno, sino más bien una nota de presumida satisfacción, se estaba mirando de lado en el espejo, tomándose el redondeado vientre con las manos.

Olivia alzó la vista de la carta que estaba leyendo. -No estás gorda. Es más, tienes la cara más delgada que antes.

-¿Eso crees? -Phoebe se pellizcó la piel bajo el mentón, estudiándose con atención el semblante-. Sí, me parece que tienes razón. Se me destacan los pómulos. Estoy elegante, ¿no te parece? -Ante ese disparate rió entre dientes y se dirigió a la ventana.

-Portia dice que quizá pu-pueda venir por Navidad. Al menos ella y los niños. Rufus tiene que ir otra vez a Londres. -Olivia volvió a doblar la carta.

-¡Oh! magnífico -exclamó Phoebe satisfecha-. Así todos podrán tomar parte en la representación de mi obra de la Noche de Reyes. -Observaba a través de la ventana. Una rama desnuda arañaba el cristal azotada por el vigoroso viento de principios de noviembre-. La verdad es que ahora me alegro de que no pudiéramos representarla en verano. Cuando los escoceses entregaron al rey al

Parlamento hubo mucho alboroto, y Cato no habría podido estar. La gente no se hubiera concentrado como es debido. Es mucho mejor que forme parte de las fiestas navideñas, ¿no?

-Desde luego -ratificó Olivia-. Todo el mundo tiene ganas de pasarlo bien. ¿Cuándo deberíamos comenzar los ensayos? Además, tendríamos que pensar en...

-¡Oh, ahí llega Cato! -Phoebe la interrumpió sin formalidades. Un grupo de jinetes ascendía por el sendero, lord Granville iba a la cabeza. Phoebe se recogió la falda y se apresuró a la puerta, diciendo llena de gozo-: Creía que volvía dentro de unos días.

Salió a toda prisa del salón y corrió escaleras abajo hasta la puerta principal, que Bisset ya había abierto. Pasó volando ante el mayordomo y descendió los cortos peldaños hasta la extensión de grava, donde Cato acababa de desmontar.

-¡Has adelantado tu regreso una semana! -A Phoebe le brillaban los ojos mientras se acercaba a él.

-Bueno, terminé mis asuntos antes de lo previsto -explicó Cato. Le tomó las manos y la atrajo hacia sí, haciendo caso omiso del público presente-. Y, la verdad cariño, estaba impaciente por volver contigo. ¿Te encuentras bien? -Le estrechó ligeramente la nuca, dejando correr los dedos entre los rizos sueltos de su cabello.

-¡De maravilla! -exclamó Phoebe, poniéndose de puntillas para darle un beso en la comisura de la boca-. Creo que nunca me he sentido mejor.

Cato rió con ternura. Si el embarazo podía sentarle bien a una mujer, ésa era Phoebe. Todo en ella irradiaba una exuberante suntuosidad y una sensualidad acentuada por la alegría de hallarse en estado.

Se conducía con un orgullo y una elegancia de espíritu que trascendía los fortuitos botones, horquillas o dobladillos de las diversas prendas. Estaba radiante incluso con barro en las manos y manchas en la cara.

-¿Esta vez te quedarás más tiempo en casa? -No, pero cuando me vaya, nos iremos

todos.

-¡Oh! -Phoebe frunció el ceño-. ¿Iremos lejos? -A Hampton Court, donde residirá el rey mientras se celebren las conversaciones con el Parlamento. Estaré negociando con sus consejeros durante toda la Navidad, así que más vale que nos reunamos allí.

-¡Oh! entonces deberé representar mi obra en palacio. -Al detenerse en la puerta del estudio de Cato, Phoebe torció el gesto-. Pensaba representarla la Noche de Reyes. ¿Crees que es una buena idea?

En el rostro de Cato se dibujó una sonrisa propia de conspirador.

-Es una idea excelente, aunque con esa barriga difícilmente podrás hacer el papel de Gloriana.

-No, pero Portia vendrá a visitarnos y ella sí podría hacerlo. Estoy segura de que ellos también serán bienvenidos en Hampton Court.

-El Parlamento ya le ha pedido a Decatur que actúe como mediador. Estará en Hampton Court -le informó Cato-. Pero entonces, ¿en quién has pensado para que haga de Dudley para la reina Portia? -Arqueó una ceja burlona-. En mí no, ¿verdad?

-No, claro que no -respondió Phoebe enérgicamente-. Escribí el papel para ti, pero sólo si me dabas la réplica a mí. Tal vez podría hacerlo Rufus, pero es tan... llano e intransigente. No se parece en nada a Robert Dudley.

La callada sonrisa se hizo más notoria.

-Tengo un regalo para ti. Y dadas las circunstancias, parece muy apropiado.

-¿Ah, sí? -Phoebe abrió de par en par sus expectantes ojos-. ¿Qué es?

-Bien, si pasas dentro en lugar de bloquear la puerta, quizá pueda enseñártelo. -La hizo entrar en el despacho.

Phoebe miraba absorta cómo metía la mano en el jubón de terciopelo negro para sacar un fino paquete envuelto en pergamino tratado con aceite.

Se lo dio sin dejar de sonreír.

-¿Qué es esto? -exclamó Phoebe dándole la vuelta al paquete en la mano.

-Hay una manera sencilla de averiguarlo.

Phoebe rasgó el envoltorio. Al descubrir el contenido quedó boquiabierta.

Se trataba de un libro encuadernado en piel, con letras de oro en el lomo y la cubierta. Llevaba su nombre. Abrió el libro y con gesto de admiración pasó las delicadas páginas de vitela.

-Es mi obra -dijo asombrada, alzando lentamente los ojos hacia el rostro de Cato-. Impresa. ¿Cómo ha acabado convirtiéndose en libro?

-Gracias a un impresor de Londres -contestó Cato.

-Pero... Pero ¿cómo la consiguió? ¿Cómo llegó a sus manos?

-Cariño, yo se la di -explicó Cato con paciencia, divertido y encantado con la reacción de Phoebe.

-¿Cómo es posible? Está en el salón de arriba. -Lo miró perpleja.

-Confieso que he tenido cierta ayuda -dijo él-. Olivia hizo una copia en secreto. Por suerte entiende tu letra... Dudo de que el impresor hubiera podido descifrarla -añadió con una risita.

-¡Todo este tiempo lo has estado planeando y no has dicho jamás una palabra! -gritó Phoebe-. Nunca has dicho nada de mi trabajo. Yo daba por sentado que no te interesaba en absoluto.

-En otro tiempo, quizá. -Cato le apartó de la frente un mechón suelto de cabello-. Pero de eso hace muchos meses. Ahora eres una poetisa consumada. Me he tomado la libertad de mostrar éste y otros ejemplos de tu poesía a varias personas, y todas ellas desean conocerte cuando vayamos a Londres.

-¿Poetas?

-Algunos de ellos. John Suckling y el señor Milton entre los más destacados.

-¿Les ha gustado mi trabajo? -Phoebe miraba fijamente con cara de total incredulidad.

-A regañadientes, al menos en el caso del señor Milton. No concibe que una simple mujer pueda aspirar a desenvolverse en su propio terreno, aunque se le oyó decir por lo bajo que había estancias interesantes; incluso algunas expresiones líricas. -Cato hizo una mueca socarrona.

-¿Cuando podemos ir? -preguntó Phoebe con apremio, dándole la vuelta al libro sobre sus manos con el mismo semblante asombrado.

-Pronto, pues debemos instalarnos mucho antes de que nazca el bebé.

-Quiero llevar a Meg como comadrona -señaló Phoebe, su atención ajena durante unos segundos al maravilloso objeto que sostenía en las manos. Lo dejó reacia sobre la mesa-. No puede ser ninguna otra.

-En ese caso, si Meg está dispuesta, que venga con nosotros también.

-Y el gato -añadió Phoebe.

-Sí, claro. Y todo lo que sea necesario para que te encuentres a gusto -corroboró él con tranquila convicción.

-¿No crees que estoy maravillosamente redonda? -dijo Phoebe, poniéndose de perfil frente a Cato-. Mira qué barriga más grande. A lo mejor son gemelos. ¿Qué opinas? -Alzó los ojos hasta la cara de Cato, sintiendo que la atracción entre ambos era can fuerte e intensa como la de dos imanes.

-Yo me conformo con uno -observó Cato, arreglando de nuevo el despeinado cabello de Phoebe-. Pero si he de serte sincero, cariño, tú lo eres todo para mí, y no te perdería por un ejército de hijos.

Phoebe se echó en sus brazos.

-No me perderás -prometió-. Estoy hecha para darte hijos, mi señor. -Se recostó en el brazo que la rodeaba y le sonrió con un destello de picardía en la mirada-. Y tú estás hecho para hacérmelos -musitó, tocándole la boca con la yema de un dedo-. No se pueden tener hijos sin amor... o sin amar -agregó.

-Entonces preveo una gran estancia para los niños -dijo Cato. La intensa pasión de sus ojos desmintió la liviandad de sus palabras. Se apoyó en la mesa y desplazó las manos hacia la cintura de Phoebe mientras repetía con dulzura-: Amor mío, lo eres todo para mí.

Phoebe se inclinó hacia él.

El niño daba patadas, y ella advirtió que Cato reparaba en ese detalle al instante al percibir el movimiento contra su propio cuerpo. Ella le sostuvo radiante la mirada y, en la oscura intensidad de los ojos de Cato, Phoebe leyó el conocimiento que había buscado durante tanto tiempo.

La vida, el alma, el corazón de Cato le pertenecían, y ella le correspondía por completo.

FIN